

Líbranos del bien



Leon, Donna

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Líbranos del bien

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Donna Leon
Líbranos del bien -Brunetti
16-

OceanofPDF.com

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats
Título original:
Suffer the Little Children
Primera edición: abril de 2007
© Donna Leon
y Diogenes Verlag AG Zürich, 2007
Todos los derechos reservados.
Derechos exclusivos de edición
en español reservados
para todo el mundo:
© Editorial Seix Barral, S. A., 2007
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
© Traducción: Ana M^a de la Fuente, 2007
ISBN: 978-84-322-2811-7
Depósito legal: M-11.171-2007

-

A Ravi Mirchandani
Welche Freude wird das sein,
Wenn die Götter uns bedenken,
Unsrer Liebe Kinder schenken,
So liebe kleine Kinderlein!
¡Qué dicha cuando los dioses
nos escuchan y a nuestro amor otorguen
el regalo de los hijos,
adorables criaturas!
La flauta mágica
Mozart

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1

—... y entonces mi nuera me dijo que debía venir a contárselo a ustedes. Yo no quería, y mi marido decía que sería una tonta si me metía, que no haría más que buscarme problemas, y que bastantes problemas tiene él ya. Y que me pasaría lo que a su tío, al que un vecino se le había conectado a la línea y le robaba la corriente, y cuando él lo denunció fueron y le dijeron que tenía que...

—Perdón, *signora*, ¿podríamos volver a lo que sucedió el mes pasado?

—Oh, sí, claro, pero lo cierto es que al final el tío de mi marido tuvo que pagar trescientas mil liras.

—*Signora*.

—Y entonces mi nuera dijo que, si no venía yo, les llamaría ella, pero, como era yo la que lo había visto, valía más que viniera a contárselo yo, ¿no?

—Desde luego.

—De manera que, cuando han dicho por la radio que seguramente esta mañana llovería, he sacado el paraguas y las botas y los he dejado al lado de la puerta por si acaso, pero luego no ha llovido, ¿verdad?

—No, *signora*. Decía usted que quería hablar de algo extraño que había ocurrido en el apartamento que está frente al suyo, ¿verdad?

—Sí, esa muchacha.

—¿Qué muchacha, *signora*?

—La jovencita embarazada.

—¿Cuántos años cree que podría tener, *signora*?

—Pues unos diecisiete, o por ahí. Yo he tenido dos chicos, sabe usted, y de un chico habría podido decirlo, pero de una chica...

—¿Y dice que estaba embarazada?

—Sí. Y a punto de dar a luz. Por eso se lo dije a mi nuera y por eso ella me dijo que viniera a contárselo a ustedes.

—¿Que estaba embarazada?

—Que había tenido el niño.

—¿Dónde tuvo el niño, *signora*?

—En mi misma calle, enfrente de mi casa. No en la calle, se entiende. En el apartamento del otro lado de la calle. Está algo más abajo, frente

a la casa de al lado, pero como la fachada sale un poco puedo ver por las ventanas, y por eso la vi.

—¿Dónde es eso exactamente, *signora*?

—En la calle dei Stagneri. Ya sabe, cerca de San Bortolo, bajando a *campo* de la Fava. Yo vivo a mano derecha y ella, a la izquierda, en el lado de la *pizzeria*, al extremo, cerca del puente. El apartamento era de una señora mayor, que no sé cómo se llamaba, que se murió, y lo heredó el hijo, que lo alquila a turistas, sabe usted, como hace la gente, por semanas o por meses.

»Pero cuando vi a la chica, y me fijé en que estaba embarazada, pensé que a lo mejor había decidido alquilarlo como un apartamento normal, comprende, con contrato y todo eso. Porque, si estaba embarazada, tenía que ser una de nosotras, no una turista, ¿verdad? Claro que rinde más alquilar por semanas, sobre todo, a los extranjeros. Y no tienes que pagar el...

»Ay, perdone. Supongo que eso no le interesa. Como le decía, esa chica estaba embarazada, y yo pensé que sería una parejita joven, pero luego me di cuenta de que nunca se veía al marido.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí la joven, *signora*?

—Cosa de una semana, quizá no tanto. Pero lo bastante para que yo llegara a conocer sus hábitos, poco más o menos.

—¿Y podría decirme cuáles eran?

—¿Sus hábitos?

—Sí.

—Bueno, no es que la viera mucho. Sólo cuando pasaba por delante de la ventana para ir a la cocina. Y no es que cocinara nada, por lo menos, que yo sepa. Pero del resto de la casa no sé, y no tengo idea de lo que hacía allí, supongo que sólo esperar.

—¿Esperar?

—Esperar a que naciera la criatura. Porque los niños vienen cuando quieren.

—Ya. ¿Y ella se fijó en usted, *signora*?

—No; mi casa tiene visillos y la suya no. La calle es oscura, y normalmente por las ventanas apenas se ve, pero hará un par de años, poco más o menos, les pusieron delante una de esas farolas nuevas y por la noche hay luz en el piso. No sé cómo lo aguantan. Nosotros

hemos de dormir con los postigos cerrados, porque si no me parece que no podríamos pegar ojo, no sé si me entiende.

—Desde luego, *signora*. Dice que no veía al marido, pero ¿vio en la casa a otras personas?

—A veces. Siempre por la noche. Bueno, después de cenar, aunque no es que la viera guisar, pero bien debía de hacerlo, ¿no?, a menos que alguien le llevara comida. Porque estando embarazada tienes que comer. Cuando yo estaba de mis chicos comía como una lima. O sea que bien debía de comer, sólo que yo no la veía guisar. Porque no se puede tener sin comer a una embarazada, ¿no le parece?

—Claro que no, *signora*. ¿Y a quién veía con ella en el apartamento?

—A veces, venían hombres que se sentaban a la mesa de la cocina y hablaban. Como fumaban, abrían la ventana.

—¿Cuántos hombres, *signora*?

—Tres. Se les veía porque tenían la luz encendida.

—¿Hablaban en italiano?

—A ver, déjeme pensar. En italiano, sí. Pero no eran de aquí, venecianos quiero decir. El dialecto no me sonaba, no era veneciano.

—¿Y sólo hablaban, sentados a la mesa?

—Sí.

—¿Y la muchacha?

—A ella no la veía, cuando estaban ellos. Cuando se iban, a veces entraba en la cocina, a por un vaso de agua, quizá. Por lo menos, la veía en la ventana.

—¿Y nunca le habló?

—No. Como ya le he dicho, nunca tuve tratos con ella ni con los hombres. Yo sólo la observaba, deseando que comiera algo. Yo, cuando estaba de Luca y de Pietro, siempre tenía hambre. No hacía más que comer. Tuve suerte de no engordar demasiado...

—¿Esos hombres comían, *signora*?

—¿Comer? Qué va. Y, ahora que lo dice, es curioso, ¿verdad? Tampoco bebían. Sólo hablaban allí sentados, como el que está esperando un *vaporetto*, por ejemplo. A veces, cuando ellos se iban, la chica entraba en la cocina, pero nunca encendía la luz. Eso era lo más curioso. Nunca encendía las luces por la noche, en ninguna habitación,

por lo menos, que yo pudiera ver. A los hombres los veía, pero a ella, sólo de día o cuando pasaba por delante de una ventana por la noche.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Entonces, una noche la oí gritar, pero no entendí lo que decía. Me pareció que una de las palabras era «*mamma*», pero no estoy segura. Y entonces oí a la criatura. ¿Sabe usted cómo suena el llanto de un recién nacido? No hay en el mundo nada que pueda compararse. Recuerdo que cuando nació Luca...

—¿Había alguien más?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando tuvo la criatura.

—No vi a nadie, si a eso se refiere, pero alguien tenía que estar con ella. No se puede dejar que una chica dé a luz sola, ¿no le parece?

—¿No le llamó la atención que viviera sola, estando tan avanzado el embarazo?

—Pues no sé. Quizá me figuré que el marido estaba de viaje, o que no tenía marido. Y que el parto se adelantó y no le dio tiempo de ir al hospital.

—El hospital está a pocos minutos, ¿no, *signora*?

—Sí, sí, ya lo sé. Pero puede pillarte desprevenida. Mis dos chicos tardaron lo suyo, pero sé de mujeres que han parido en media hora, y supuse que eso le habría ocurrido a ella. La oí a ella y luego a la criatura, y ya no oí nada más.

—¿Y qué ocurrió entonces, *signora*?

—Al día siguiente, o quizá al otro... no recuerdo... vi a otra mujer que hablaba por el *telefonino*, delante de la ventana abierta.

—¿Hablaban en italiano, *signora*?

—¿En italiano? Un momento... Sí, en italiano.

—¿Qué decía?

—Algo así como: «Todo va bien. Nos veremos mañana en Mestre.»

—¿Podría describir a la mujer, *signora*?

—¿Quiere decir... qué aspecto tenía?

—Sí.

—Déjeme pensar. Tendría la edad de mi nuera. Unos treinta y ocho. Pelo negro, corto. Alta, como mi nuera, pero quizá no tan delgada. De

todos modos, como le he dicho, sólo la vi un momento, hablando por el telefonino.

—¿Y después?

—Después se fueron. Al día siguiente, en el apartamento no había nadie, ni vi allí a nadie durante un par de semanas. Sencillamente, desaparecieron.

—¿Sabe si algún vecino vio algo, *signora*?

—Sólo el *spazzino*. Un día me dijo que debía de haber alguien en el piso porque cada mañana dejaban una bolsa de basura en la puerta, pero no había visto entrar ni salir a nadie.

—¿Algún vecino le dijo algo?

—A mí directamente, no. Pero supongo que alguno debió de darse cuenta de que allí había alguien, u oír algo.

—¿Habló de esto con alguien, *signora*?

—Pues no. Sólo con mi marido, pero él me dijo que no me metiera, que no era asunto mío. Si supiera que he venido, no sé lo que haría. Nunca habíamos tenido tratos con la policía, porque siempre traen problemas..., perdone, no quería decir eso en realidad, pero ya sabe lo que pasa, quiero decir que ya sabe lo que piensa la gente.

—Sí, *signora*, lo sé. ¿Recuerda algo más?

—Pues no, nada.

—¿Cree que reconocería a la joven si volviera a verla?

—Quizá. Pero está una tan distinta con el embarazo... Sobre todo, al final, como estaba ella. Cuando Pietro, yo parecía una...

—¿Cree que reconocería a alguno de los hombres, *signora*?

—No sé. Puede que sí. O puede que no.

—¿Y a la otra mujer?

—No. Probablemente, no. Sólo la vi un momento, en la ventana, y ella estaba un poco de lado, como si vigilara algo que estaba en el apartamento. O sea que no, a ella no.

—¿Se le ocurre alguna otra cosa que pueda ser importante?

—Me parece que no.

—Muchas gracias por venir, *signora*.

—No habría venido, si no es por mi nuera. Es que yo se lo contaba, comprende, lo extraño que me parecía todo, esos hombres, y el apartamento a oscuras. Era algo de qué hablar, comprende. Y luego,

cuando la muchacha tuvo el niño y todos desaparecieron, bueno, mi nuera me dijo que debía venir a decírselo a ustedes. Decía que podía tener problemas si pasaba algo y ustedes descubrían que yo la había visto y no había venido a decírselo. Y es que ella es así, me refiero a mi nuera, siempre temiendo hacer algo malo. O que lo haga yo.

–Comprendo. Creo que ha hecho bien en hacerle caso.

–Quizá sí. Seguramente es lo que debía hacer. Quién sabe lo que pueda haber detrás de todo eso, ¿verdad?

–Muchas gracias por la molestia, *signora*. El inspector bajará con usted y la acompañará hasta la puerta.

–Gracias. Uh...

–¿Sí, *signora*?

–Mi marido no tiene por qué enterarse de que he venido, ¿verdad?

–Por nosotros no lo sabrá, desde luego.

–Gracias. No es por nada, pero no le gusta meterse en cosas.

–Comprendo perfectamente, *signora*. Descuide, que no se enterará.

–Muchas gracias. Y buenos días.

–Buenos días, *signora*. Inspector Vianello, ¿hará el favor de acompañar a la *signora* hasta la salida?

CAPÍTULO 2

Gustavo Pedrolli estaba a punto de sumirse en el sueño de los justos, abrazado a la espalda de su mujer. Lo embargaba un duermevela nebuloso y placentero que él se resistía a trocar por el simple sueño. El día le había deparado una emoción distinta a cualquiera de las que había conocido hasta entonces, y aún no quería desasirse de tan grato recuerdo. Trataba de evocar cuándo se había sentido tan feliz. Quizá en el momento en que Bianca le dijo que se casaría con él, o el día de su boda, en un Miracoli lleno de flores blancas, mientras la novia subía de la góndola al muelle y él bajaba la escalera corriendo a tomarla de la mano, ansioso por cuidarla siempre.

Él había tenido otros días felices, desde luego -cuando terminó la carrera de Medicina, o cuando fue nombrado ayudante del jefe de Pediatría-, pero era una felicidad distinta de la dicha que lo había inundado antes de cenar, cuando acababa de bañar a Alfredo. Le había prendido los extremos del pañal con dedos hábiles, le había subido el pantalón del pijama y luego le había puesto la chaqueta de los patitos, jugando, como siempre, a buscar la mano dentro de la manga. Alfredo chillaba de gozo, tan sorprendido como su padre, de ver asomar sus deditos.

Gustavo tomó al niño por la cintura columpiándolo arriba y abajo mientras Alfredo agitaba los brazos al mismo ritmo.

–¿Dónde está el niño guapo? ¿Quién es el tesoro de papá? – preguntó Gustavo. Y, como siempre, Alfredo levantó un puñito precioso, extendió un dedo y se aplastó la nariz, mientras miraba fijamente a su padre con sus ojos oscuros y luego se señalaba a sí mismo abriendo y cerrando los brazos y gorjeando de júbilo.

–Muy bien. Alfredo es el tesoro de papá, el tesoro de papá, el tesoro de papá. – Más balanceo y vuelta a bracear. Gustavo no lanzó al niño al aire: Bianca decía que el pequeño se excitaba mucho si jugaban a eso a la hora de acostarse, por lo que sólo lo subía y lo bajaba unas cuantas veces, dándole algún que otro beso en la nariz.

Llevó al niño a su habitación y lo acostó en la cuna, sobre la que planeaba una galaxia de figuras. La cómoda era un zoo. Abrazó al niño con delicadeza, consciente de la fragilidad de sus costillas. Alfredo

gorgoteó y Gustavo hundió la cara en los suaves pliegues del cuello del niño.

Bajó las manos y, sosteniendo al niño con los brazos extendidos, volvió a preguntar con una cantilena:

–¿Quién es el tesoro de papá? – No podía contenerse. Nuevamente, Alfredo se tocó la nariz y Gustavo sintió que el corazón le rebosaba de gozo. Los deditos se movieron en el aire hasta que uno de ellos tocó la punta de la nariz de Gustavo y el niño dijo algo que sonaba como «papá», agitó los brazos y abrió la boca en ancha sonrisa enseñando unos dientes diminutos.

Era la primera vez que Gustavo oía al niño decir esta palabra y se sintió tan conmovido que, involuntariamente, se llevó una mano al corazón. Alfredo cayó sobre el hombro del padre y, afortunadamente, Gustavo tuvo el reflejo, nacido de su experiencia en el trato con niños asustados, para decir, en tono festivo:

–¿Quién quiere esconderse en el jersey de papá? – Apretando a Alfredo contra su pecho, se quitó una manga de la chaqueta de punto y envolvió al niño riendo a carcajadas de aquel juego nuevo, tan divertido-. No, no, no puedes esconderte ahí. No, señor. Es hora de dormir. – Levantó al niño, lo puso en la cuna boca arriba y lo arropó con la manta de algodón-. Que tengas bonitos sueños, mi príncipe -dijo, lo mismo que todas las noches desde que Alfredo había empezado a dormir en la cuna. En la puerta se paró sólo un momento, para que el niño no tomara la costumbre de tratar de retener a su padre en la habitación. Al mirar aquel bultito de la cuna, sintió lágrimas en los ojos y las enjugó rápidamente, porque le daba vergüenza que Bianca las viera.

Cuando entró en la cocina, Bianca estaba de espaldas a la puerta, escurriendo los *penne*. Gustavo abrió el frigorífico y sacó una botella de Moët del estante de abajo. La puso en la encimera y bajó del armario dos copas altas de la docena que la hermana de Bianca les había regalado cuando se casaron.

–¿Champán? – preguntó ella, tan curiosa como complacida.

–Mi hijo me ha llamado «papá» -dijo él retirando el papel de estaño. Rehuyendo la mirada de escepticismo de ella, agregó-: Nuestro

hijo. Pero por esta vez, porque me ha llamado «papá», voy a llamarlo mi hijo durante una hora, ¿de acuerdo?

Al ver su expresión, ella abandonó la pasta que humeaba en la olla. Tomó una copa en cada mano y se las presentó inclinándolas ligeramente.

–Llénalas, haz el favor, para que brindemos por tu hijo. – Entonces se empinó un poco y le dio un beso en los labios.

Como en los primeros tiempos de su matrimonio, la pasta se enfrió en el fregadero, y ellos bebieron el champán en la cama. Mucho después de vaciar la botella, fueron a la cocina, desnudos y hambrientos. Despreciando la apelmazada pasta, untaron con la salsa de tomate gruesas rebanadas de pan, que comieron de pie al lado del fregadero. Se daban los trozos de pan el uno al otro y, para hacerlos bajar, bebieron media botella de Pinot Grigio. Luego volvieron al dormitorio.

Gustavo se sentía flotar en la estela de lo ocurrido aquella noche. Ahora se reía de sus temores de los últimos meses, de que Bianca pudiera haber cambiado en su... ¿En su qué? Era natural -él lo había visto en el consultorio- que la llegada de un hijo absorbiera a la madre y que ella estuviera menos interesada, o menos receptiva, respecto al padre. Pero esta noche habían estado como dos adolescentes desmadrados ante el descubrimiento del sexo, y sus dudas se habían desvanecido.

Y él había oído aquella palabra. Su hijo le había llamado «papá». Volvió a ahogarle la alegría y abrazó más estrechamente a Bianca, con la vaga esperanza de que ella se despertara y se volviera hacia él. Pero ella siguió durmiendo, y Gustavo pensó en el día siguiente y en el tren de primera hora que tenía que tomar para ir a Padua, y se resignó a dormir, dispuesto ya a dejarse llevar hacia aquel plácido mundo, quizá a soñar con otro hijo, o hija, o con los dos.

Le pareció oír ruido al otro lado de la puerta del dormitorio, y se obligó a escuchar, por si era Alfredo que gritaba o lloraba. Pero el sonido se alejó y él lo siguió, sonriendo con el recuerdo de aquella palabra.

Cuando el doctor Gustavo Pedrolli se sumía en el primer y más profundo sueño de la noche, volvió a sonar el ruido, pero él ya no lo

oyó, ni tampoco su esposa, que dormía a su lado, desnuda, exhausta y satisfecha. Ni el niño, en la habitación contigua, que acaso soñaba, feliz, con el nuevo juego que había aprendido aquella noche, escondido y seguro bajo la protección del hombre que ahora ya sabía que era «papá».

Pasaba el tiempo y los sueños discurrían por las mentes de los durmientes. Veían movimiento y color, uno de ellos vio algo parecido a un tigre, y todos seguían durmiendo.

La noche estalló. La puerta de la escalera reventó y chocó contra la pared, de la que el picaporte hizo saltar un trozo de yeso. En el apartamento irrumpió un hombre que llevaba pasamontañas, una especie de uniforme de camuflaje y gruesas botas. Y tenía una metralleta en las manos. Otro enmascarado, vestido de modo similar, lo siguió. Detrás de ellos entró otro hombre con uniforme oscuro y la cara descubierta. Otros dos hombres con uniforme oscuro se quedaron en la puerta.

Los dos enmascarados cruzaron corriendo la sala y el pasillo, en dirección a los dormitorios. El de la cara descubierta los siguió, más despacio. Uno de los enmascarados abrió la primera puerta y, al ver que era un cuarto de baño, siguió adelante, sin cerrarla, hacia una puerta abierta. Vio la cuna y el móvil que oscilaba suavemente movido por la corriente que venía del baño.

—Está aquí —dijo el hombre, sin molestarse en bajar la voz.

El segundo enmascarado fue a la puerta del dormitorio de enfrente y se precipitó en él, blandiendo el fusil ametralladora, seguido por su compañero. Las dos personas que estaban en la cama se incorporaron bruscamente, sobresaltadas por la luz que llegaba del pasillo. El tercer hombre la había encendido antes de entrar en la habitación en la que dormía el niño.

La mujer lanzó un grito y se cubrió los pechos con la sábana. El *dottor* Pedrolli saltó de la cama y se abalanzó sobre el primer intruso y sin darle tiempo a reaccionar, le golpeó con un puño en la cabeza y con el otro en la nariz. El hombre lanzó un grito de dolor y cayó al suelo mientras Pedrolli gritaba a su esposa:

—¡Llama a la policía! ¡Llama a la policía!

El segundo enmascarado apuntó a Pedrolli con el fusil ametralladora. Dijo algo, pero el pasamontañas distorsionó sus palabras, y nadie las entendió. De todos modos, Pedrolli tampoco las habría atendido, porque ya se arrojaba sobre él con las manos extendidas para el ataque. El enmascarado, instintivamente, levantó la culata del arma contra su atacante y le golpeó encima del oído izquierdo.

La mujer gritó y, desde la habitación contigua, el niño lanzó un alarido de respuesta, en el tono agudo y estridente del pánico infantil. La mujer apartó la ropa de la cama y, olvidando que estaba desnuda, corrió hacia la puerta.

Se detuvo bruscamente cuando el hombre sin máscara apareció en el vano cerrándole el paso. Ella, maquinalmente, levantó los brazos, para cubrirse los pechos. Al ver la escena, el hombre se acercó rápidamente al enmascarado que apuntaba con el fusil al hombre desnudo caído a sus pies.

—Imbécil -dijo y agarrándolo por la gruesa tela de la chaqueta, le hizo dar media vuelta y lo apartó de un empujón. Entonces se volvió hacia la mujer y levantó las manos con las palmas hacia ella.

—El niño está bien, *signora*. No le pasará nada.

Ella, helada de pánico, ni gritar podía.

Rompió la tensión del momento el enmascarado que estaba en el suelo, que gimió y se levantó tambaleándose como un borracho. Se llevó una enguantada mano a la nariz y, al retirarla y verla manchada de su propia sangre, pareció consternado.

—Me ha roto la nariz -dijo con voz ahogada, se quitó el pasamontañas y lo dejó caer al suelo. La sangre de la nariz le goteaba sobre el pecho. Cuando el hombre se volvió hacia el que parecía el jefe, la mujer vio la palabra escrita en letras fosforescentes en la espalda de la chaqueta acolchada.

—*Carabinieri?* -preguntó con una voz casi inaudible por los constantes berridos del niño.

—Sí, *signora*. *Carabinieri* -respondió el hombre-. ¿Pensaba que no vendríamos? — preguntó no sin conmiseración en la voz.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

Guido Brunetti estaba a punto de sumirse en el sueño de los justos, abrazado a la espalda de su esposa. Lo embargaba un duermevela nebuloso y placentero que él se resistía a trocar por el simple sueño, reacio a olvidar los felices momentos del día. Durante la cena, su hijo había hecho un comentario casual acerca de la estupidez de uno de sus compañeros que tonteaba con las drogas, ajeno a la mirada de alivio que habían cruzado sus padres. La hija había pedido perdón a su madre por una observación malhumorada que había hecho la víspera, y ahora, en el linde de la conciencia de Brunetti, flotaban las palabras «Mahoma» y «montaña». Y, para colmo de dicha, su esposa, su dulce esposa de los veinte últimos años, lo había sorprendido con un arrebatado de ansia amorosa que lo había inflamado como si aquellas dos décadas no hubieran transcurrido.

Él flotaba en aquella sensación de contento, rememorando los hechos, uno a uno. Arrepentimiento espontáneo de una quinceañera: ¿habría que convocar a la prensa? Lo que más le admiraba era la seguridad de Paola de que la manifestación de tan decorosos sentimientos no era una táctica de Chiara para conseguir una contrapartida. Desde luego, la niña era lo bastante lista para calcular la eficacia del recurso, pero Brunetti prefería creer a su esposa: Chiara era demasiado íntegra para servirse de artimañas.

Brunetti se preguntaba si no sería una ingenuidad creer en la honradez de los hijos. Pero la pregunta quedó sin respuesta, mientras él se deslizaba por la pendiente del sueño.

Sonó el teléfono. Cinco veces antes de que Brunetti contestara con la voz ronca de un drogado o un apaleado.

–¿Sí? – musitó, mientras su pensamiento saltaba hacia el fondo del pasillo y al instante se calmaba con el recuerdo de haber dado las buenas noches a sus dos hijos antes de acostarse.

–Soy Vianello -dijo la voz familiar-. Estoy en el hospital. Tenemos fregado.

Brunetti se sentó y encendió la luz. El tono de la voz de Vianello tanto como las palabras le indicaban que no tendría más remedio que reunirse con él en el hospital.

–¿Qué clase de fregado?

–Han ingresado en Urgencias a un pediatra. Los médicos hablan de lesión cerebral.

Eso no parecía tener sentido, pero Brunetti, aún amodorrado, comprendía que Vianello se explicaría, y no dijo nada.

–Ha sido atacado en su domicilio -prosiguió el inspector y, tras una larga pausa, agregó-: Por la policía.

–¿Por nosotros? – preguntó Brunetti, atónito.

–No; por los *carabinieri*. Han reventado la puerta. Iban a arrestarlo. El capitán que estaba al mando dice que atacó a uno de ellos. – Brunetti entornó los ojos mientras el inspector añadía-: Pero es lo que se dice siempre, ¿no?

–¿Cuántos eran? – preguntó Brunetti.

–Cinco -respondió Vianello-. Tres en la casa y dos fuera, de refuerzo.

Brunetti se puso en pie.

–Estaré ahí dentro de veinte minutos. – Entonces preguntó-: ¿Sabes a qué iban?

Vianello titubeó antes de responder:

–Iban a llevarse a su hijo. Tiene dieciocho meses. Dicen que lo adoptó ilegalmente.

–Veinte minutos -repitió Brunetti colgando el teléfono.

No miró la hora hasta que ya cerraba la puerta. Las dos y cuarto. Al salir a la calle y sentir el primer fresco del otoño, se alegró de haberse puesto el abrigo. Torció a la derecha en dirección a Rialto. Pudo haber pedido la lancha, pero nunca se sabía lo que tardaría en acudir, mientras que, yendo a pie, podía estar seguro del tiempo que invertiría en el trayecto.

Caminaba pensativo, sin ver la ciudad que lo envolvía. Cinco hombres, para llevarse a un niño de dieciocho meses. Era de presumir, especialmente si el hombre estaba en el hospital con una lesión cerebral, que no habían llamado al timbre y preguntado cortésmente si podían entrar. El propio Brunetti había intervenido en muchas redadas de madrugada y sabía el pánico que causan. Si a criminales curtidos se les afloja el vientre al verse asaltados por hombres armados, cuál sería la reacción de un médico, tanto si había hecho una adopción ilegal

como si no. Y los *carabinieri*... Demasiado había visto Brunetti cómo muchos de ellos disfrutaban dando patadas a las puertas e intimidando a la gente, como si Mussolini estuviera todavía en el poder y nadie pudiera oponerse a su terrible autoridad.

Al cruzar Rialto, Brunetti iba tan ensimismado que ni se acordó de mirar a uno y otro lado sino que bajó rápidamente hacia la calle de la Bissa. ¿Por qué hacían falta cinco hombres y cómo se habían desplazado hasta allí? Habrían necesitado una embarcación. Y ¿con qué autoridad llevaban a cabo semejante acción en esta ciudad? ¿A quién se había informado y, si se había dado parte, por qué a él no se le había comunicado?

El *portiere* parecía dormir detrás de la ventanilla de su despacho; por lo menos, no levantó la cabeza cuando Brunetti entró en el hospital. Indiferente a la magnificencia del vestíbulo, aunque sensible al brusco descenso de la temperatura, Brunetti avanzó primero hacia la derecha, después hacia la izquierda y nuevamente hacia la izquierda hasta llegar a las puertas automáticas de Urgencias, que se deslizaron hacia uno y otro lado al aproximarse él. Después de las segundas puertas, el comisario sacó su credencial y se acercó al empleado de bata blanca que estaba detrás del tabique de vidrio.

El hombre, grueso, de cara redonda con una expresión más jovial de lo que la hora y las circunstancias hacían prever, miró el documento, sonrió a Brunetti y dijo:

—Al fondo a la izquierda, *signore*. Segunda puerta de la derecha. Allí está.

Brunetti dio las gracias y siguió las indicaciones. Golpeó la puerta con los nudillos y entró. El comisario no conocía al hombre con uniforme de campaña que estaba en la litera, pero reconoció el uniforme del que se hallaba de pie junto a la ventana. Una mujer con bata blanca, sentada al lado de la litera, aplicaba una tira de esparadrapo de plástico cruzada sobre la nariz del hombre. Luego, bajo la mirada de Brunetti, cortó otra tira y la puso paralela a la primera. Los esparadrapos sujetaban un grueso vendaje sobre la nariz taponada con algodones. Brunetti observó que el hombre ya tenía círculos oscuros debajo de los ojos.

El otro hombre estaba apoyado en la pared, cruzado de brazos y de piernas, observando la escena. Llevaba las tres estrellas de capitán y botas altas y negras, más aptas para cabalgar en un caballo que en una Ducati.

–Buenos días, *dottorressa* -dijo Brunetti cuando la mujer levantó la cabeza-. Soy el comisario Guido Brunetti y le agradecería que me explicara qué sucede.

Brunetti esperaba que el capitán lo interrumpiera, y se sintió sorprendido y un poco decepcionado por el silencio del hombre. La doctora se volvió de nuevo hacia el herido y oprimió varias veces los extremos del esparadrapo, para fijarlos a la cara.

–Déjelo así durante dos días por lo menos. El cartílago está desviado, pero seguramente se enderezará por sí mismo. Sólo tenga cuidado. Quítese el algodón esta noche antes de acostarse. Si se afloja el vendaje o si sangra, vaya al médico o vuelva al hospital. ¿De acuerdo?

–Sí -dijo el herido, en un tono más sibilante de lo normal.

El hombre se asió a la mano que le tendía la doctora mientras ponía los pies en el suelo y se levantaba, apoyándose en la litera con la otra mano. Tardó un momento en encontrar el equilibrio. Ella se agachó para mirar las torundas de algodón que le taponaban las fosas nasales, y debió de encontrarlas en orden, porque se irguió y dio un paso atrás.

–Aunque no haya incidencias, vuelva dentro de tres días para que le eche un vistazo. – El hombre asintió con cautela y pareció ir a decir algo, pero ella lo atajó-. No debe preocuparse. Todo irá bien.

El hombre miró un momento al capitán y luego a la doctora.

–Soy de Verona, *dottorressa* -dijo con voz ronca.

–En tal caso, vaya a su médico dentro de tres días, o si sangra -dijo ella rápidamente-. ¿De acuerdo?

El hombre asintió y miró a su superior.

–¿Y el servicio, capitán?

–No creo que sea de mucha utilidad con eso -dijo el capitán señalando el vendaje, y agregó-: Hablaré con su sargento. – Y a la doctora-: Si extiende un certificado, *dottorressa*, él podrá tener unos días de baja.

Algo, quizá el mero sentido de lo teatral o el hábito de la suspicacia, hizo que Brunetti se preguntara si el capitán se habría mostrado tan

benévolo de no haber estado él allí de testigo y no haberse identificado como comisario de policía.

La doctora se sentó al escritorio y se acercó un bloc. Escribió unas líneas, arrancó la hoja y la dio al herido, que la tomó, le dio las gracias, saludó al capitán y salió de la habitación.

–Me han dicho que han traído a otro hombre, *dottorressa* -dijo Brunetti-. ¿Puede indicarme dónde está?

Ella era joven, muy joven para ser médico. No era muy bonita, pero tenía una cara agradable, de las que dan buen resultado, una de esas caras que ganan con los años.

–Es un colega, el ayudante del jefe de Pediatría -dijo ella, poniendo el acento en el cargo, como si fuera prueba suficiente de que los *carabinieri* no tenían por qué meterse con él-. No me ha gustado la lesión que presentaba -aquí miró al capitán-, por eso lo he enviado a Neurología y he mandado llamar al especialista. – Brunetti observó que el capitán seguía sus palabras con tanta atención como él-. Como no se le dilataban las pupilas y tenía dificultades para mover el pie izquierdo, he pensado que debían verlo en Neurología.

Aquí el capitán interrumpió, siempre apoyado en la pared:

–¿No podía esperar, *dottorressa*? No creo que haya necesidad de levantar de la cama a un médico porque un hombre se dé un golpe en la cabeza.

La mujer volvió su atención hacia el capitán y, por la mirada que le lanzó, Brunetti esperaba un exabrupto, pero ella dijo con voz neutra:

–Lo creí conveniente, capitán, ya que parece que el golpe se lo dio con la culata de un fusil.

«Toma ya, capitán», pensó Brunetti. Captó la mirada del oficial y le sorprendió observar que parecía incómodo.

–¿Se lo ha dicho él, *dottorressa*? -preguntó.

–No. Él no ha dicho nada. Me lo dijo su hombre. Le pregunté cómo se había lesionado la nariz y me lo explicó. – La voz seguía siendo átona.

El capitán movió la cabeza afirmativamente y se separó de la pared. Se acercó a Brunetti y le tendió la mano.

–Marvilli -dijo. Los dos hombres se estrecharon la mano. Miró a la doctora-: Por si le interesa, no es mi hombre, *dottorressa*. Como él

mismo le ha dicho, es de Verona. Los cuatro son de allí. – Como ni Brunetti ni la doctora respondieran, el capitán delató su juventud y falta de seguridad al explicar-: El oficial que debía venir con ellos ha tenido que sustituir a alguien en Milán y me han asignado a la operación porque estoy destinado aquí.

–Comprendo -dijo la doctora. Brunetti, que no tenía idea del alcance, ni de la naturaleza, de la operación, creyó oportuno guardar silencio.

Marvilli parecía no saber qué más decir y, después de una pausa, Brunetti dijo:

–Me gustaría ver al hombre, si es posible, *dottoressa*. Al de Neurología.

–¿Sabe dónde es?

–¿Al lado de Dermatología? – preguntó Brunetti.

–Sí. Si conoce el camino, supongo que no habrá inconveniente en que suba -dijo ella.

Brunetti quería darle las gracias llamándola por su nombre y miró la tarjeta de identificación que llevaba en el pecho. «*Dottoressa Claudia Cardinale*», leyó para sí. Con ese nombre, toda la vida. «¿Es que hay padres que no tienen sentido común?», pensó.

–Muchas gracias, *dottoressa Cardinale* -dijo formalmente y le tendió la mano. Ella se la estrechó y entonces lo sorprendió al estrechar también la del capitán. Luego se fue dejándolos solos en la habitación.

–Capitán -dijo Brunetti en tono neutro-, ¿puedo saber qué es lo que ocurre?

Marvilli alzó la mano en un ademán curiosamente impersonal.

–Puedo explicarle, por lo menos, una parte, comisario. – Como Brunetti no decía nada, Marvilli prosiguió-: Lo ocurrido esta noche es consecuencia de una investigación iniciada hace por lo menos dos años. El *dottor* Pedrolli -y Brunetti supuso que se refería al hombre que estaba en Neurología- cometió un acto ilegal hace dieciocho meses al adoptar a un niño. Él y varias personas han sido arrestados esta noche en distintas acciones.

Aunque sentía curiosidad por saber cuántas eran las personas, Brunetti no preguntó, ni Marvilli creyó necesario dar más explicaciones.

–¿De eso se le acusa? – preguntó Brunetti-. ¿De adopción ilegal? – Y, con esa pregunta, el comisario se involucró en el conflicto de Gustavo Pedrolli con el poder y la majestad de la Justicia.

–Es probable que también se le acuse de soborno a funcionario público, falsificación de documentos oficiales, secuestro de un menor y transferencia de fondos ilegal. – El capitán observaba la cara de Brunetti y, al ver cómo se ensombrecía su expresión, agregó-: A medida que avance la instrucción habrá otras acusaciones. – Clavó la punta de una elegante bota en una gasa manchada de sangre que estaba en el suelo y miró a Brunetti-: Y no me sorprendería que se agregara a los cargos el de resistencia al arresto y agresión a un funcionario público en el cumplimiento de su deber.

Brunetti, consciente de lo poco que sabía de los hechos, optó por callar. Abrió la puerta y dio un paso atrás para dejar salir a Marvilli. Aunque el capitán tenía acento del Véneto, no era veneciano, y Brunetti dudaba de que estuviera familiarizado con el laberinto del hospital, por lo que lo condujo en silencio por los desiertos pasillos, girando a la derecha o a la izquierda casi mecánicamente.

Se pararon frente a las puertas de Neurología.

–¿Está con él uno de sus hombres? – preguntó Brunetti.

–Sí; el que no fue atacado -dijo el capitán y, al darse cuenta de cómo sonaba la frase, rectificó-: Uno de Verona.

Brunetti empujó la puerta de la planta. Una enfermera joven, de cabello negro y largo estaba sentada detrás del mostrador. Cuando levantó la cabeza, a Brunetti le pareció cansada y malhumorada.

–¿Sí? – dijo la joven una vez hubieron entrado-. ¿Qué desean?

Sin darle tiempo a decir que la planta estaba cerrada, Brunetti se acercó al mostrador con una sonrisa conciliadora.

–Perdone la molestia, enfermera. Soy de la policía y vengo a ver al *dottor* Pedrolli. Creo que mi inspector está aquí.

Al oír la alusión a Vianello, ella suavizó la expresión.

–Estaba -dijo-, pero me parece que ha bajado. Han traído al *dottor* Pedrolli hace cosa de una hora. El *dottor* Damasco lo está examinando. – Ella se volvió hacia el uniformado Marvilli-. Al parecer, ha sido golpeado por los *carabinieri*.

Brunetti advirtió que Marvilli se ponía tenso e iba a avanzar, y se adelantó, interponiéndose.

–¿Podría verlo? – preguntó, y se volvió hacia Marvilli, silenciándolo con una mirada severa.

–Supongo que sí -dijo ella hablando despacio-. Venga conmigo, tenga la bondad. – La joven se levantó. Al pasar junto a la mesa, Brunetti observó que en la pantalla del ordenador había una escena de una película histórica, quizá *Gladiator* o *Alejandro*.

Él la siguió por el pasillo, oyendo a su espalda los pasos de Marvilli. La enfermera se detuvo frente a una puerta a mano derecha, llamó con los nudillos y, en respuesta a un sonido que no llegó a los oídos de Brunetti, abrió y se asomó al interior.

–Un policía, *dottore* -dijo.

–Ya tengo a uno aquí dentro, maldita sea -dijo un hombre que no se molestaba en disimular la cólera-. Ya basta. Dígale que espere.

La enfermera retiró la cabeza y cerró la puerta.

–Ya lo ha oído -dijo, y de su cara y su voz se había disipado todo rastro de amabilidad.

Marvilli miró el reloj.

–¿A qué hora abre la cafetería? – preguntó.

–A las cinco. – Al ver la expresión con que el capitán recibía la noticia, ella suavizó el tono-: En la planta baja hay máquinas de café. – Y, sin una palabra más, se fue a seguir viendo su película.

Marvilli preguntó a Brunetti si quería algo, pero éste rehusó. El capitán dijo que volvía enseguida y se fue. Brunetti, arrepentido de su negativa, estuvo tentado de gritarle: *Caffè doppio, con due zuccheri, per piacere*, pero algo le impidió romper el silencio. Vio a Marvilli cruzar las puertas oscilantes del extremo del pasillo y se acercó a una hilera de sillas de plástico color naranja. Se sentó y se quedó esperando a que alguien saliera de la habitación.

CAPÍTULO 4

Mientras esperaba, Brunetti trató de atar cabos. Si a las tres de la mañana se había llamado al ayudante de Neurología, era señal de que al tal *dottor* Pedrolli se le había causado una lesión grave, por mucho que Marvilli tratara de restarle importancia. Brunetti no concebía semejante exceso de violencia, aunque quizá un capitán ajeno a la unidad de aquellos hombres no habría podido controlar la operación con tanta eficacia como alguien que conociera bien a sus subordinados. No era de extrañar que Marvilli pareciera preocupado.

¿Acaso el *dottor* Pedrolli, además de haber adoptado ilegalmente, estuviera involucrado en semejante tráfico de forma activa? En su calidad de pediatra, trataba a muchos niños y, a través de ellos, a los padres, quizá a padres que desearan más hijos o padres que pudieran ser persuadidos de renunciar a un hijo no deseado.

También tenía acceso a orfanatos: esos niños precisan tanta atención médica como los que viven con sus padres, o más. Brunetti sabía que Vianello se había criado con huérfanos: su madre se había hecho cargo de los hijos de una amiga, para impedir que fueran a un orfanato, por el atávico horror que estas instituciones inspiraban a la generación de sus padres. Sin duda, ahora las cosas eran distintas, con la intervención de los servicios sociales y los psicólogos infantiles. Pero Brunetti tuvo que reconocer que no sabía cuántos orfanatos existían en el país, ni dónde estaban.

Recordó los primeros años de su matrimonio, cuando la universidad asignó a Paola un curso sobre Dickens y él, con la solidaridad de un marido nuevo, había leído con ella todas aquellas novelas. Aún se estremecía al recordar el orfanato al que envían a Oliver Twist, o aquel pasaje de *Grandes esperanzas* que le heló la sangre, cuando la señora Joe sentencia que a los niños hay que educarlos «con la mano», expresión que ni él ni Paola se atrevían a descifrar y que los sobrecogía a ambos.

Pero Dickens escribía sus novelas hacía casi dos siglos, una época en que las familias eran mucho más numerosas que las de ahora. Sin ir más lejos, sus propios padres tenían seis hermanos cada uno. «¿Se

procura tratar mejor a los niños ahora que están escasos?», se preguntó.

De pronto, Brunetti se llevó la mano derecha a la frente, con un involuntario ademán de sorpresa. No se había formulado acusación alguna contra el *dottor* Pedrolli, ni Brunetti había visto pruebas y, no obstante, ya daba por descontado que el hombre era culpable, por la sola palabra de un capitán calzado con botas de montar.

Interrumpió sus pensamientos la aparición de Vianello, por el extremo del corredor. El inspector se acercó, se sentó a su lado y le dijo:

–Me alegro de que aún estés aquí.

–¿Qué sucede? – preguntó Brunetti, que también se alegraba de ver al inspector.

En voz baja, Vianello empezó su explicación.

–Yo hacía el turno de noche con Riverre cuando se recibió la llamada. No entendía nada -dijo, tratando en vano de ahogar un bostezo. El inspector inclinó el cuerpo hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y volvió la cara hacia Brunetti-. Llamaba una mujer que decía que había hombres armados delante de una casa de San Marco. Por La Fenice, calle Venier, cerca de las viejas oficinas de la Carive.*
Enviamos a una patrulla, pero cuando llegó los hombres ya se habían ido y alguien gritó desde una ventana que eran carabinieri y que habían llevado a un herido al hospital. – Miró a Brunetti, para ver si le seguía y continuó:- Los de la patrulla, nuestros hombres, me llamaron, me dijeron todo eso y también que el herido era un médico. Yo decidí venir a ver qué pasaba, y un imbécil de capitán, ¡con botas de montar, nada menos!, me dijo que el caso era suyo y que no me metiera. – Brunetti pasó por alto el insulto del inspector a un oficial-. Por eso te he llamado.

El inspector calló y Brunetti preguntó:

–¿Qué más puedes decirme?

–Después de llamarte, me he quedado esperando un rato. Cuando ha llegado el neurólogo he tratado de hablar con él para decirle lo ocurrido, pero entonces ha salido de la habitación el fantoche de las botas, y el médico ha entrado a ver al paciente. Yo he bajado a la lancha y he estado hablando con uno de los *carabinieri* que lo han traído. Me ha dicho que la unidad que ha hecho el arresto es de Verona,

pero el de las botas está destinado aquí. Es de Pordenone o de por ahí y lleva unos seis meses en Venecia. Y cuando han entrado en la casa a arrestar a ese médico ha habido problemas. Él ha ido a atacar a uno de los hombres, se ha caído y, al ver que no se levantaba, su esposa se ha puesto a chillar y ellos lo han traído al hospital para que los médicos lo examinaran.

—¿Te ha hablado de un niño? — preguntó Brunetti.

—No. Nada de eso -respondió Vianello, desconcertado-. El hombre no parecía querer decir mucho, ni yo sabía qué preguntar. Sólo deseaba averiguar qué le había pasado a ese médico, cómo se había lesionado.

En pocas palabras, Brunetti refirió a Vianello lo que Marvilli le había dicho de la redada, el objetivo y el resultado. Vianello murmuró unas palabras entre dientes y a Brunetti le pareció oír «agredido».

—¿No crees que se haya caído? — preguntó Brunetti, recordando lo que había dicho la *dottoressa* Cardinale.

Vianello expulsó bruscamente el aliento con un estallido de incredulidad.

—No, a menos que tropezara con las espuelas del capitán cuando lo han sacado de la cama. Lo han traído desnudo. O, por lo menos, eso me ha dicho una de las enfermeras de abajo. Envuelto en una manta, pero desnudo.

—¿Y eso? — preguntó Brunetti.

—Un hombre, sin la ropa, no es más que medio hombre -dijo Vianello-. Un hombre desnudo no atacaría a un hombre armado -dedujo, erróneamente en este caso.

—Dos hombres armados, según creo -observó Brunetti.

—Exactamente -dijo Vianello, firme en su convicción.

—Sí -admitió Brunetti, y levantó la mirada al oír pasos en el corredor. Marvilli se acercaba. Mirando a Vianello, pero dirigiéndose a Brunetti, el capitán dijo:

—Veo que su sargento está explicándole lo sucedido.

Vianello fue a decir algo, pero Brunetti se lo impidió poniéndose en pie y dando un paso hacia Marvilli.

—El inspector me dice lo que le han dicho, capitán -respondió Brunetti con sonrisa pronta, y agregó-: Que no es forzosamente lo mismo.

A lo que Marvilli replicó al instante:

–Eso depende de con quién haya hablado, supongo.

–Estoy seguro de que al fin alguien nos dirá la verdad -concluyó Brunetti, que se preguntaba si Marvilli no estaría tan nervioso a causa del café.

La respuesta de Marvilli quedó cortada al abrirse la puerta de la habitación de Pedrolli. Salió un hombre de mediana edad cuya cara resultaba vagamente familiar a Brunetti. Vestía chaqueta deportiva de *tweed*, jersey amarillo pálido y pantalón vaquero. El hombre tenía la cara vuelta hacia el interior de la habitación y, levantando una mano, señaló al pasillo y dijo con voz amenazadora, sin apartar la mirada de algo o, según parecía ahora, de alguien:

–Fuera.

Un hombre mucho más joven, que vestía uniforme de camuflaje y portaba un fusil ametralladora, apareció en la puerta. Se detuvo, con la cara crispada por la confusión, miró hacia el extremo del pasillo y fue a decir algo.

El capitán agitó una mano para imponer silencio y, con un movimiento de la cabeza, le ordenó salir de la habitación. El joven salió al pasillo y se acercó a Marvilli, pero el capitán repitió el gesto, ahora con impaciencia, y el joven pasó por delante de él y siguió pasillo adelante. Ellos se quedaron escuchando el ruido de sus pasos que se alejaban.

Cuando se hizo el silencio, el médico cerró la puerta y se acercó. Al reconocer a Vianello movió la cabeza de arriba abajo, miró a Marvilli y le preguntó:

–¿Es usted el que está al mando? – Su tono era francamente agresivo.

–Sí -respondió Marvilli, y Brunetti notó cómo se esforzaba en mantener la voz tranquila-. ¿Puedo preguntar quién es usted? ¿Y por qué pregunta?

–Porque soy médico y ahí dentro tengo a un paciente que ha sido víctima de una agresión y, como usted es oficial de *carabinieri* y supongo que sabe lo ocurrido, quiero denunciar el hecho, y denunciarlo como delito.

–¿Una agresión? – preguntó Marvilli con fingida curiosidad-. Su paciente ha atacado a dos de mis hombres y a uno le ha roto la nariz. Así que, si ha habido agresión, el denunciado será él.

El médico miró a Marvilli con desdén y, sin molestarse en impedir que este sentimiento sonara en su voz, dijo:

–Mire, oficial... ignoro su graduación. A no ser que lo desnudaran después de fracturarle el cráneo, sus hombres, que supongo iban armados, fueron agredidos por un hombre desnudo. – Hizo una pausa y continuó-: No sé de dónde vienen ustedes, pero en Venecia no permitimos que la policía golpee a la gente. – Se volvió de espaldas a Marvilli, dando a entender que ya había terminado con él. Dirigiéndose a Vianello, dijo-: ¿Me permite dos palabras, inspector? – Y, cuando Vianello se disponía a hablar, agregó-: Ahí dentro.

–Por supuesto, *dottore* -dijo Vianello que, indicando a Brunetti con la mano derecha, añadió-: Mi superior, el comisario Brunetti. Está muy preocupado por todo este asunto.

–Ah, conque es usted. Mucho gusto -sonrió el médico, que tendió la mano a Brunetti como si considerara perfectamente natural observar las reglas de la etiqueta a las cuatro de la madrugada-. También me gustaría hablar con usted -dijo, como si Marvilli no estuviera a menos de un metro de él.

El médico se hizo a un lado para que entraran Brunetti y Vianello y cerró la puerta.

–Me llamo Damasco -dijo yendo hacia la cama-. Bartolomeo.

El herido los miraba con ojos turbios. La lámpara de la cabecera no estaba encendida ni en la habitación había más luz que la de una lamparilla situada al otro lado de la cama. Brunetti distinguió una mata de pelo castaño claro que cubría la frente del hombre y una barbita bastante canosa. La piel que asomaba por encima de la barba era áspera y rugosa y la parte superior de la oreja izquierda estaba roja e hinchada.

Pedrolli abrió la boca, pero el otro médico se inclinó hacia él y dijo:

–No temas, Gustavo. Estos hombres vienen a ayudarte. Y no te preocupes por la voz. Ya volverá. Tú descansa y deja actuar a los medicamentos. – Dio al hombre una palmada en el hombro y le subió la manta hasta la barbilla.

El de la cama miraba fijamente a su compañero, como conminándolo a entender lo que quería decir.

–Tranquilo, Gustavo. Bianca está bien. Alfredo está bien.

Brunetti observó que, al oír el último nombre, el hombre contrajo la cara en una mueca de dolor. Apretó los párpados para no mostrar la emoción que sentía y volvió la cara, sin abrir los ojos.

–¿Qué le ha pasado? – preguntó Brunetti.

Damasco meneó la cabeza, como si quisiera desechar tanto la pregunta como su causa.

–Averiguarlo es tarea suya, comisario. La mía es tratar las consecuencias físicas.

Damasco observó la sorpresa de los dos hombres ante su brusquedad y se los llevó hacia la puerta:

–A eso de las dos, me ha llamado la *dottoressa* Cardinale -explicó-. Me ha dicho que uno de nuestros compañeros, el *dottor* Gustavo Pedrolli, estaba en Urgencias y que lo habían traído los *carabinieri*. Lo habían golpeado detrás de la oreja izquierda con un objeto lo bastante duro como para fracturarle el cráneo. Afortunadamente, en esa zona la pared es gruesa, y sólo tiene una fisura. Pero la lesión es grave. O puede serlo.

»Cuando llegué al hospital, unos veinte minutos después, había dos *carabinieri* en la puerta. Me han dicho que el herido tenía que estar bajo vigilancia porque había agredido a un compañero cuando éste trataba de arrestarlo. – Damasco cerró los ojos y apretó los labios, para indicar el crédito que le merecía la explicación.

»Poco después, mi colega de Pronto Soccorso me ha llamado para decirme que el "agredido" no tenía más que una desviación del cartílago nasal. Por consiguiente, no creo que haya sido víctima de una agresión violenta.

Brunetti preguntó con curiosidad:

–¿El *dottor* Pedrolli es de la clase de hombres que reaccionarían de ese modo? ¿Con violencia?

Damasco fue a responder, pero pareció recapacitar y finalmente dijo:

–No. Un hombre desnudo no atacaría a un hombre que tuviera una metralleta en la mano. – Hizo una pausa y agregó-: Como no fuera

para defender a su familia. – Al ver que había captado la atención de sus oyentes, prosiguió-: Han tratado de impedir que entrara a ver a mi paciente. Quizá pensaban que iba a ayudarlo a escapar por la ventana o qué sé yo. O a inventar una fábula. Les he dicho que era médico y cuando les he pedido el nombre del oficial al mando, me han dejado entrar, aunque me han exigido que uno estuviera conmigo mientras reconocía a Gustavo. – El médico agregó con orgullo-: Pero ahora lo he echado. Aquí no se hacen esas cosas.

El tono en que Damasco pronunció la última frase encontró eco en el interior de Brunetti. No; aquí no, y, menos, sin permiso de la policía local. Brunetti no consideró necesario decirlo así a Damasco y se limitó a señalar:

–Por la forma en que se ha dirigido a él, *dottore*, da la impresión de que su paciente no puede hablar. ¿Puede explicarme por qué?

Damasco desvió la mirada, como si buscara la respuesta en la pared. Finalmente, dijo:

–Parece querer hablar, pero no le salen las palabras.

–¿El golpe? – preguntó Brunetti.

Damasco se encogió de hombros.

–Puede ser. – Miró a sus interlocutores, primero a uno y luego al otro, como calculando hasta dónde podía explicar-. El cerebro es un órgano extraño y la mente lo es todavía más. Hace más de treinta años que trabajo con el cerebro y algo sé de su funcionamiento, pero la mente sigue siendo un misterio para mí.

–¿Y eso ocurre en este caso, *dottore*? -dijo Brunetti, intuyendo que el médico deseaba que se lo preguntara.

Otra vez se encogió de hombros Damasco, que dijo:

–Tengo la impresión de que la causa del mutismo no es el golpe. Puede ser el *shock* o puede ser que haya decidido no hablar hasta tener una idea más clara de lo que ocurre. – Damasco se frotó las mejillas con las palmas de las manos. Al bajar los brazos, prosiguió-: No sé. Como les he dicho, yo trabajo con el cerebro físico, neuronas y sinapsis, y las cosas que pueden ser probadas y medidas. Lo demás, lo psíquico, si quieren llamarlo así, lo dejo para otras personas.

–Pero lo menciona, *dottore* -dijo Brunetti, en un tono de voz tan bajo como el del médico.

–Sí; lo menciono. Hace mucho tiempo que conozco a Gustavo y en cierta medida sé cómo piensa y cómo reacciona. Por eso lo menciono.

–¿Querría ser más explícito sobre eso, *dottore*? -preguntó Brunetti.

–¿Sobre qué?

–Sobre el modo de pensar y de reaccionar de su paciente.

Damasco miró fijamente a Brunetti, y era evidente que meditaba la respuesta con lucidez y seriedad.

–No creo poder decir sino que es un hombre rigurosamente honrado, comisario, cualidad que, por lo menos profesionalmente, le ha perjudicado más que favorecido -dijo, e hizo una pausa como para escuchar sus propias palabras. Luego agregó-: Es mi amigo, pero también es mi paciente, y mi responsabilidad es protegerlo lo mejor que pueda.

–¿Protegerlo de qué? – preguntó Brunetti optando por hacer caso omiso, por el momento, de las observaciones sobre las consecuencias de la honradez de Pedrolli.

La sonrisa de Damasco fue tan espontánea como benévola al decir:

–Si de otra cosa no, de la policía, comisario. – Dio media vuelta y se acercó al hombre que estaba en la cama. Volviéndose a mirar atrás, dijo-: Si no les importa, caballeros, ahora me gustaría quedarme a solas con mi paciente.

CAPÍTULO 5

Al salir de la habitación, Brunetti y Vianello vieron a Marvilli apoyado en la pared, brazos y piernas cruzados, en la misma postura que tenía cuando Brunetti lo había visto por primera vez.

–¿Qué tenía que decirles el médico? – preguntó.

–Que su paciente no puede hablar, a consecuencia de un golpe que ha recibido en la cabeza -dijo Brunetti, optando por mencionar sólo una de las posibilidades apuntadas por el médico. Dio al capitán tiempo de meditar antes de preguntarle-: ¿Querrá usted decirme qué ocurrió?

Marvilli miró a uno y otro lado del corredor, como buscando oídos hostiles, pero no había nadie. Descruzó las piernas y los brazos, se subió la manga y miró el reloj.

–El bar aún estará cerrado, ¿verdad? – preguntó. De pronto, parecía más cansado que receloso-. La máquina no funciona, y de verdad que necesito un café.

–A veces, el bar de abajo abre temprano -dijo Vianello.

Moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de agradecimiento, Marvilli empezó a andar, sin mirar si los policías le seguían, y se metió en Dermatología. Brunetti, sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar y, cuando iba a llamarle, Vianello dijo, girando en sentido contrario:

–Vamos, ya encontrará el camino.

Abajo, al acercarse a la puerta abierta del bar, oyeron el áspero zumbido del molinillo de café y el siseo de la cafetera. Al verlos entrar, el camarero empezó a protestar, pero Brunetti se identificó y el hombre accedió a servirles. De pie frente al mostrador, los dos policías removían el azúcar mientras esperaban a Marvilli. Entraron dos auxiliares con bata azul que pidieron *caffè coretto*, uno con una buena dosis de *grappa* y el otro con Fernet-Branca. Lo bebieron de un trago y se fueron sin pagar. Brunetti observó que el camarero abría una libretita que tenía apoyada en la caja registradora, pasaba hojas rápidamente y hacía una anotación.

–Buenos días, comisario -dijo una voz femenina a su espalda y, al volverse, él vio a la *dottoressa* Cardinale.

–Ah, *dottoressa* -dijo haciéndole sitio en la barra-. ¿Me permite invitarla a un café? – preguntó en voz alta, para que le oyera el camarero.

–Y salvarme la vida -sonrió ella, dejando el maletín en el suelo-. La última hora es la peor. Generalmente, no llega nadie, y una empieza a pensar en el café. Algo así debe de sentir el que está extraviado en el desierto: no piensas más que en ese primer sorbo que te salvará la vida.

Llegó el café y ella se echó tres terrones. Al observar la expresión de los policías, dijo:

–Si viera hacer esto a un paciente, le reñiría. – Hizo girar el líquido en la taza varias veces, y Brunetti tuvo la impresión de que ella sabía cuántas vueltas tenía que darle hasta que estuviera lo bastante frío para poder beberlo.

La joven bebió el café de un trago, dejó la taza en el platillo, miró a Brunetti y dijo:

–Salvada. Vuelvo a ser una persona.

–¿Se atreve con otro? – preguntó Brunetti.

–No; cuando llegue a casa, quiero dormir. Pero gracias por el ofrecimiento.

Ella se agachó a recoger el maletín, y Brunetti preguntó:

–¿Era grave la lesión del agente, *dottoressa*?

–Tenía más lastimado el orgullo que la nariz. – Levantó el maletín y agregó:- Si el golpe hubiera sido fuerte, le habría fracturado el hueso o aplastado el cartílago por completo. Lo que tiene no es más grave que lo que se habría hecho al darse con una puerta. Y estando cerca.

–¿Y el *dottor* Pedrolli? – preguntó Brunetti.

Ella movió la cabeza negativamente.

–Como ya le he dicho, no sé mucho de neurología. Por eso llamé al *dottor* Damasco.

Por encima del hombro de ella, Brunetti vio a Marvilli. El capitán, sin disimular su irritación por haberse extraviado, se acercó a la barra y pidió un café.

La *dottoressa* Cardinale se pasó el maletín a la mano izquierda, estrechó la de Brunetti e, inclinándose hacia adelante, la de Vianello.

–Gracias otra vez por el café, comisario -dijo. Sonrió a Marvilli y le tendió la mano. Tras apenas un momento de vacilación, él se ablandó y

se la estrechó.

La doctora salió al pasillo y se volvió. Esperó a que Marvilli la mirara, dijo con una sonrisa enorme:

–Unas botas formidables, capitán -y dando media vuelta, se fue.

Brunetti mantenía los ojos fijos en su café, lo apuró y dejó la taza en el platillo con suavidad. Al comprobar que eran los únicos clientes del bar, se volvió hacia Marvilli:

–¿Cree poder decirme algo más acerca de esa operación, capitán?

Marvilli tomó un sorbo de café y dejó la taza antes de responder:

–Como ya le he dicho, comisario, la investigación fue iniciada hace tiempo.

–¿Cuánto tiempo? – preguntó Brunetti.

–Ya se lo he dicho, casi dos años.

Vianello dejó la taza con un chasquido quizá demasiado sonoro y pidió al camarero otros tres cafés.

–Sí, capitán, eso ya me lo ha dicho -respondió Brunetti-. Pero lo que me interesa es qué dio lugar a la investigación, especialmente, a este episodio.

–No sabría decirle, comisario. Pero sí puedo decir que esta acción forma parte de una operación más amplia que anoche se desarrolló en distintas ciudades. – Apartó la taza y añadió-: No creo estar facultado para decir más.

Brunetti resistió el impulso de señalar que la «acción» había llevado a un hombre al hospital.

–Capitán -dijo con suavidad-, yo, por el contrario, sí creo estar facultado para arrestarlo, a usted o a aquel de sus hombres que haya golpeado al *dottor* Pedrolli, por agresión. – Brunetti sonrió-. No es que vaya a hacer tal cosa, desde luego, pero lo digo para demostrar que no debemos sentirnos obligados a hacer o dejar de hacer todo aquello para lo que creamos estar facultados. – Durante un momento lo tentó la idea de señalar que las botas del capitán justificarían que se le acusara de suplantación de personalidad de un oficial de caballería, pero pudo más la prudencia.

Brunetti rasgó una bolsita y vertió el azúcar en la taza. Mientras removía el café, con los ojos fijos en la cucharilla, prosiguió en tono coloquial:

–A falta de información acerca de esa operación de ustedes y, por consiguiente, ignorando si sus hombres tenían derecho a ejecutarla en esta ciudad, capitán, no tengo más opción que la de defender la seguridad de los ciudadanos de Venecia. Como es mi deber. – Levantó la mirada-. Por eso deseo más información.

Con gesto de cansancio, Marvilli alargó la mano hacia su segundo café al tiempo que apartaba la taza vacía y el platillo con tanta brusquedad que ambos fueron a parar directamente al fregadero con estrépito pero sin romperse.

–Perdón -dijo el capitán automáticamente. El camarero recuperó taza y plato.

Marvilli miró a Brunetti.

–¿No será un farol, comisario? – preguntó.

–Si ésa es su respuesta, capitán, sintiéndolo mucho voy a tener que cursar una protesta oficial por abuso de fuerza, y solicitar una investigación. – Dejó la taza-. A falta de una orden judicial que les autorizara a entrar en el domicilio del *dottor* Pedrolli, sus hombres han cometido allanamiento.

–Hay una orden -dijo Marvilli.

–¿Extendida por un juez de esta ciudad?

Después de una pausa, Marvilli dijo:

–No sé si el juez es de esta ciudad, comisario, pero sé que había una orden. No habríamos hecho eso sin una orden, ni aquí ni en las otras ciudades.

Brunetti tuvo que convenir en que esto era probable. Los tiempos en los que la policía podía irrumpir en cualquier sitio sin una orden no habían llegado todavía. Al fin y al cabo, esto no era Estados Unidos.

Con una voz en la que imprimió todo el cansancio del hombre que ha sido despertado varias horas antes de la habitual y al que todo lo ocurrido desde entonces ha hecho perder la paciencia, Brunetti dijo:

–Quizá valdría más, capitán, que los dos dejáramos de hacernos los duros, fuéramos hasta la *questura* dando un paseo y, por el camino, usted me explicara qué es lo que ocurre. – Sacó un billete de diez euros, lo dejó en el mostrador y se volvió hacia la puerta.

–El cambio, *signore* -gritó el barman.

Brunetti sonrió al hombre.

–Usted ha salvado la vida a la *dottoressa*, ¿recuerda? Yo diría que eso no tiene precio.

El barman le dio las gracias riendo, y Brunetti y Vianello se alejaron por el pasillo en dirección al vestíbulo. Un pensativo Marvilli los siguió.

Al salir a la calle, Brunetti notó el primer calorcillo del día y observó que la acera estaba mojada. No recordaba si llovía cuando llegó al hospital, ni lo había observado mientras estaba dentro. Ahora no amenazaba lluvia, el aire estaba limpio y el otoño recién llegado regalaba a la ciudad uno de sus días cristalinos, quizá en compensación por haberle robado el verano. Brunetti estuvo tentado de bajar hasta el extremo del canal, para ver si se divisaban las montañas del otro lado de la laguna, pero comprendió que esto haría que Marvilli se impacientara, y desechó la idea. Por la tarde, la contaminación y la humedad habrían ocultado las montañas, pero quizá al día siguiente reaparecieran.

Al cruzar el *campo*, Brunetti observó que por fin le habían quitado a la estatua de Colleoni el andamio que la había cubierto durante años. Daba gusto volver a ver al viejo canalla. Cortó por delante de Rosa Salva, que aún no había abierto, y entró en la calle Bressana. En lo alto del puente, se paró a esperar a Vianello y Marvilli, pero Vianello optó por quedarse al pie de la escalera, para distanciarse. Brunetti dio media vuelta y apoyó la espalda en el pretil. Marvilli se quedó de pie a su lado mirando en sentido opuesto.

–Hace unos dos años -empezó el capitán-, se nos informó de que una inmigrante polaca, soltera, que estaba en el país legalmente, empleada en el servicio doméstico, iba a dar a luz en un hospital de Vicenza. A los pocos días, un matrimonio de Milán, de unos cuarenta años, salió del hospital con el niño y un certificado de nacimiento en el que constaba el nombre del hombre. Él declaró que la polaca era su amante y que el hijo era suyo, y la polaca confirmó su declaración. – Marvilli apoyó los codos en el pretil, miró a los edificios del extremo del canal y prosiguió-: Lo curioso es que, en las fechas en que el niño había sido concebido, el supuesto padre estaba trabajando en Inglaterra, y la madre ya debía de estar embarazada cuando llegó a Italia, porque en su permiso de trabajo consta que entró en el país seis meses antes de

que naciera el niño. Ni el que afirmaba ser el padre había estado en Polonia ni ella había salido de su país hasta que vino a Italia. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Marvilli dijo-: Eso está comprobado, puede creerme. – Hizo una pausa y estudió la cara de Brunetti-. Él no es el padre.

–¿Cómo averiguaron ustedes todas esas cosas? – preguntó Brunetti.

Sin dejar de mirar al agua, Marvilli respondió, en una voz en la que ahora, de pronto, se advertía el nerviosismo del que divulga información que no está autorizado a revelar:

–Por una mujer que había dado a luz al mismo tiempo que la polaca y estaba en la misma habitación. Dijo que la polaca no hablaba más que de su novio y de cómo deseaba hacerle feliz. Al parecer, la manera de hacerle feliz consistía en regresar a Polonia con mucho dinero, y eso le decía cada vez que la llamaba por teléfono.

–Comprendo -dijo Brunetti-. ¿Y esa otra mujer los llamó a ustedes?

–No; se lo dijo a su marido, que trabaja para los servicios sociales, y él llamó a la comandancia de Verona.

Brunetti miró en la misma dirección que Marvilli, a un taxi que se acercaba por el canal, y dijo:

–Qué casualidad, capitán. Qué suerte tienen las fuerzas del orden, de verse favorecidas por tan felices coincidencias. La otra mujer debía de saber el suficiente polaco como para entender lo que su compañera de habitación le decía al novio. – Brunetti lanzó una mirada de soslayo al capitán-. Para no hablar del hecho de que, casualmente, el marido trabajara para los servicios sociales y fuera tan escrupuloso como para pensar en informar a los *carabinieri*. -Miró fijamente al capitán sin disimular el enojo.

Marvilli titubeó un rato antes de decir:

–Está bien, comisario. – Levantó la mano en ademán de rendición-. Habíamos sido informados de antemano por otra fuente, y plantamos a la mujer en el hospital antes de que llegara la polaca.

–¿Y la llamada que recibieron ustedes del asistente social?

–Esas operaciones son secretas -dijo Marvilli con irritación.

–Continúe, capitán -dijo Brunetti desabrochándose el abrigo, porque, a medida que se hacía de día, subía la temperatura.

Marvilli se volvió hacia él bruscamente.

–¿Quiere que le sea sincero, comisario?

Brunetti observó que, según aumentaba la luz, Marvilli iba pareciendo más joven.

–Huelga decir, capitán, que su pregunta da a entender que hasta ahora no lo ha sido. Sí; puede usted hablar sin tapujos -respondió Brunetti en una voz que, de pronto, se había hecho afable.

Marvilli parpadeó, sin saber si responder a las palabras o al tono de Brunetti. Se alzó sobre las puntas de los pies y extendió los brazos hacia atrás mientras decía:

–¡Dios, cómo aborrezco estas salidas de madrugada! Esta noche ni siquiera nos hemos acostado; no valía la pena.

–¿Otro café? – propuso Brunetti.

Por primera vez Marvilli sonrió, y ahora pareció más joven todavía.

–Ha dicho usted al camarero que aquel café le había salvado la vida a la doctora. Seguramente, éste me la salvará a mí.

–Vianello -gritó Brunetti al inspector, que estaba al pie de la escalera, fingiendo admirar la fachada de los edificios de su izquierda-. ¿Qué hay por aquí que esté abierto?

Vianello miró el reloj.

–Ponte dei Greci -dijo, empezando a subir la escalera.

Cuando llegaron al bar, vieron que el cierre metálico que protegía la puerta y las ventanas estaba subido unos centímetros, lo que indicaba que dentro ya había café disponible. Brunetti golpeó la plancha.

–Sergio -gritó-. ¿Estás ahí? – Volvió a llamar y, al cabo de un momento, cuatro dedos peludos asomaron por el borde inferior del cierre, que lentamente empezó subir. Marvilli, para sorpresa de sus acompañantes, se agachó y ayudó a levantarlo hasta hacerlo encajar en el tope. Detrás estaba Sergio, grueso, moreno, velludo: una visión deliciosa a ojos de Brunetti.

–¿Es que ustedes nunca duermen? – rezongó Sergio, más ladrador que mordedor, yendo hacia el fondo del café para ponerse detrás del mostrador-. ¿Tres? – dijo entonces sin molestarse en preguntar de qué: bastaba con mirarles a la cara.

Brunetti asintió y llevó a los otros hacia una mesa situada delante de una ventana.

Brunetti oyó el siseo de la cafetera y unos golpes en la puerta y, al levantar la mirada, vio a un africano alto con chilaba azul celeste y jersey de lana que portaba una bandeja de pastas recién hechas, tapadas con papel.

–Llévalas a esa mesa, Bambola, haz el favor -gritó Sergio.

El africano se volvió hacia los clientes y, al ver el uniforme de Marvilli, tuvo un sobresalto, se detuvo y, con un instintivo movimiento de defensa, se acercó la bandeja al pecho.

Vianello hizo un ademán de displicencia.

–Aún no hemos empezado a trabajar -gritó.

Bambola miró a Vianello y a los otros dos, que asintieron. El hombre relajó las facciones, se acercó a la mesa y dejó la bandeja. Entonces, con un movimiento de prestidigitador, levantó el papel y el aire se llenó de olor a crema, huevo, azúcar, pasas y pasta recién salida del horno.

–Déjalo ahí -dijo Marvilli, y luego-: Por favor.

El africano fue al mostrador, dijo unas palabras a Sergio y salió.

Eligieron una pasta cada uno, y Sergio se acercó con los tres cafés en una bandeja y un plato en el que puso varias pastas. Las que quedaban se las llevó al mostrador y las colocó en una fuente de plexiglás.

Observando tácitamente el principio de que es preferible no hablar de asuntos oficiales mientras se comen brioches de crema, los tres hombres guardaron silencio hasta que los cafés y las pastas hubieron desaparecido. Brunetti sintió el efecto de la cafeína y el azúcar, y observó que también los otros dos parecían más despejados.

–¿Y qué pasó después de que ese matrimonio de Milán se llevara a su casa al niño de la polaca? – preguntó Brunetti. En el hospital, el capitán había dicho que la operación Pedrolli era «caso aparte», pero Brunetti no tenía prisa por averiguar qué significaba eso; sabía que, antes o después, conseguiría que el capitán se lo explicara.

Marvilli arrojó al plato la servilleta de papel y dijo:

–Un juez dictó una autorización para que se les mantuviera bajo vigilancia.

–¿Lo que significa...? – preguntó Brunetti, como si no lo supiera.

–Que se les intervinieron el teléfono, el fax y el correo electrónico, y también los móviles. Se abría su correo y, de vez en cuando, eran seguidos -respondió Marvilli.

–¿Se hizo lo mismo con el *dottor* Pedrolli y su esposa? – preguntó Brunetti.

–No; su caso es distinto.

–¿En qué sentido?

Marvilli apretó los labios antes de responder:

–No puedo decir sino que respecto a ellos nos informó otra fuente.

–¿No puede o no quiere? – preguntó Brunetti.

–No puedo -dijo Marvilli. Parecía disgustado, y Brunetti no sabía si por la pregunta o por no poder responderla.

El comisario decidió arriesgarse a hacer otra pregunta.

–¿También estabais informados respecto a ellos desde el principio?

Marvilli movió la cabeza negativamente, pero no dijo nada.

Brunetti aceptó la respuesta de Marvilli con aparente resignación, intrigado por la repetida alusión a que la situación de Pedrolli era diferente y, en cierta medida, independiente de la operación planeada a tan largo plazo. Advirtió que Vianello quería decir algo y decidió darle la oportunidad de hacerlo. Serviría para desviar la conversación del anómalo caso de los Pedrolli. Miró a Vianello y, tuteándolo deliberadamente, preguntó:

–¿Qué ibas a decir, Lorenzo?

–Capitán -empezó Vianello-, si sus superiores sabían lo que habían hecho esas personas, ¿por qué no los arrestaban desde el primer momento?

–Queríamos descubrir al intermediario, el que organizaba las transacciones -explicó Marvilli y, volviéndose hacia Brunetti, añadió:- Ahora ya habrán comprendido que no nos interesan únicamente las personas arrestadas anoche.

Brunetti asintió.

–No se trata de casos aislados -prosiguió Marvilli-. Es algo que está ocurriendo en todo el país. Probablemente, aún ignoramos lo extendida que está esa actividad. – Miró otra vez a Vianello:- Por eso hemos de descubrir al intermediario, para averiguar quién facilitaba los documentos, los certificados de nacimiento y, en un caso, hasta un falso

certificado médico en el que se hacía constar que una mujer había dado a luz a una criatura inexistente. – Cruzó las manos sobre la mesa como un buen colegial.

Brunetti dejó transcurrir unos momentos antes de decir:

–Aquí, en el Véneto, hemos tenido varios casos pero, que yo sepa, ésta es la primera vez que se arresta a alguien en nuestra ciudad.

Marvilli asintió, y Brunetti preguntó:

–¿Alguien tiene idea..., digamos, de todo el conjunto?

–Tampoco a eso puedo responder, comisario. Este caso me fue asignado ayer por la noche y hasta entonces no se me instruyó.

A Brunetti le parecía que eran muchas las cosas que el capitán había sabido en tan poco tiempo, pero, lejos de hacer alguna observación al respecto, se limitó a preguntar:

–¿Sabe si se ha arrestado al intermediario?

Marvilli se encogió de hombros, de lo que Brunetti dedujo que la respuesta era no.

–Lo que sé es que dos de las parejas que anoche fueron arrestadas habían visitado la misma clínica de Verona -dijo finalmente el capitán.

La sorpresa que experimentó Brunetti al oír el nombre de una ciudad situada en el centro económico del país le hizo comprender lo convencional que era su suposición de que, en cierta medida, el crimen era privativo del Sur. Pero, ¿por qué la disposición a infringir la ley a fin de tener un hijo había de estar más extendida allí que en el confortable y próspero Norte?

Brunetti salió de su abstracción a tiempo de oír decir a Marvilli:

–... el *dottor* Pedrolli y su esposa.

–Perdone, capitán, ¿podría repetir eso? Estaba pensando en otra cosa.

Brunetti observó con agrado que Marvilli no mostraba irritación porque su interlocutor hubiera dejado de prestarle atención.

–Decía que dos de las otras parejas habían estado en la misma clínica de Verona, especializada en problemas de esterilidad. Les envían a gente de todo el país. – Cuando vio que sus oyentes habían asimilado la información, agregó-: Hace unos dos años, los Pedrolli fueron a esa clínica a hacerse unas pruebas. – Brunetti no sabía cuántas clínicas del

Véneto estaban especializadas en problemas de esterilidad, y se preguntó si eso podía ser algo más que una coincidencia.

—¿Y? —preguntó Brunetti, curioso por averiguar en qué medida y durante cuánto tiempo la policía podía haberse ocupado de la clínica y de la vida de las personas que acudían a ella en calidad de pacientes.

—Pues nada -dijo Marvilli con impaciencia-. Nada. Tenían hora para una visita. Es lo único que sabemos.

Brunetti se abstuvo de preguntar si los *carabinieri* tenían vigilados a los Pedrolli y a la clínica y en qué medida. Se preguntaba cómo se habían enterado de la visita y con qué derecho, pero la voz de la prudencia le susurró al oído la lista de los secretos accesibles a las portentosas habilidades de la *signorina* Elettra Zorzi, la secretaria de su superior, por lo que se tragó su farisaica indignación por la violación de la intimidad de unos ciudadanos y preguntó:

—¿Encontraron alguna relación con la clínica?

Marvilli apartó el plato.

—Estamos trabajando en eso -dijo evasivamente.

Brunetti estiró las piernas debajo de la mesa, procurando no tropezar con las de Marvilli. Echando el tronco hacia atrás en la banqueta, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Permítame pensar en voz alta, capitán. — La mirada que le lanzó Marvilli era de desconfianza-. En esa clínica deben de visitarse cientos de personas al cabo del año. — Como Marvilli no respondiera, inquirió:- ¿No es cierto, capitán?

—Sí.

—Bien -dijo Brunetti, y sonrió como si Marvilli hubiera confirmado de antemano la teoría que él iba a proponer-. En tal caso, los Pedrolli se cuentan entre los cientos de personas que tienen problemas parecidos. — Volvió a sonreír a Marvilli como el maestro que trata de incentivar al discípulo predilecto-. En tal caso, ¿por qué los *carabinieri* decidieron que, de todas las personas que pasaron por esa clínica, también los Pedrolli habían adoptado ilegalmente a un niño? Es decir, dado que el intermediario no ha sido arrestado.

Marvilli dudó antes de responder.

—Eso no me lo han comunicado. — Después de otra pausa, agregó:- Creo que de eso debería usted hablar con el *dottor* Pedrolli.

Un hombre más rudo, o más implacable, que Brunetti habría recordado a Marvilli que Pedrolli no estaba en condiciones de hablar de nada. Pero, en lugar de eso, sorprendió a Marvilli al decir:

–No debí preguntarle eso a usted. – Cambiando de inflexión, dijo entonces-: ¿Y a esos niños? ¿Qué les pasará?

–A todos lo mismo -dijo Marvilli.

–¿Qué es?

–Serán enviados a un orfanato.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Brunetti no dejó traslucir el efecto que le habían causado las palabras de Marvilli y se abstuvo de mirar a Vianello. Esperaba que el inspector seguiría su ejemplo y no diría nada que perturbara o rompiera la buena comunicación que parecían haber establecido con el capitán.

–¿Y luego? – preguntó Brunetti en tono profesional-. ¿Qué es de los niños?

Marvilli no disimuló su extrañeza.

–Ya se lo he dicho, comisario. Nosotros nos encargamos de que sean llevados a un orfanato, y los servicios sociales y el Tribunal de Menores asumen su tutela.

Brunetti se reservó sus comentarios al respecto y sólo dijo:

–Ya. O sea que, en cada caso, ustedes... -Brunetti trató de decidir cuál era la palabra apropiada: «confiscan», «incautan», «roban»-... entregan al niño a los servicios sociales.

–Es nuestro cometido -convino Marvilli llanamente.

–¿Y Pedrolli? – preguntó Brunetti-. ¿Qué pasará con él?

Marvilli reflexionó antes de responder:

–Eso depende del magistrado, supongo. Si Pedrolli decide colaborar, los cargos serán más leves.

–¿Colaborar cómo? – preguntó Brunetti. El silencio de Marvilli le hizo comprender que no tenía que haber hecho esta pregunta, y antes de que pudiera hacer otra, Marvilli miró el reloj.

–Tengo que volver al cuartel, *signori*. -Desplazando el cuerpo hacia un lado, se levantó de la banqueta. Ya de pie, preguntó-: ¿Me permiten que les invite?

–Muchas gracias, capitán, pero no -respondió Brunetti con una sonrisa-. Me gustaría haber salvado dos vidas en un día.

Marvilli se rió. Tendió la mano a Brunetti y después, inclinándose sobre la mesa, estrechó también la de Vianello con un cortés:

–Adiós, inspector.

Si Brunetti esperaba que el capitán hiciera referencia a mantener informada a la policía local o a que ésta compartiera con los *carabinieri*

la información que pudieran obtener, se vio defraudado. Marvilli volvió a dar las gracias por el café, giró sobre sí mismo y salió del bar.

Brunetti miró los platos y las servilletas usadas.

–Si tomo otro café, podré llegar a la *questura* volando.

–Lo mismo digo -murmuró Vianello, y preguntó-: ¿Por dónde empezamos?

–Por Pedrolli, me parece, y luego quizá deberíamos buscar esa clínica de Verona -respondió Brunetti-. También me gustaría saber cómo descubrieron los *carabinieri* lo de Pedrolli.

Vianello señaló el sitio que había ocupado Marvilli.

–Sí; estaba muy evasivo al respecto.

Ninguno hizo conjeturas y, finalmente, tras un silencio contemplativo, Vianello dijo:

–Probablemente, la esposa estará en el hospital. ¿Quieres que vayamos a hablar con ella?

Brunetti asintió. Se levantó y se acercó al bar.

–Diez euros, comisario -dijo Sergio.

Brunetti puso el billete en el mostrador y se volvió a medias hacia la puerta en la que ya le esperaba Vianello. Por encima del hombro preguntó:

–¿Bambola?

Sergio sonrió.

–Vi su verdadero nombre en el permiso de trabajo, pero en mi vida podría pronunciarlo. Entonces él sugirió que podía llamarle Bambola, que es lo que más se parece a su verdadero nombre en italiano.

–¿Permiso de trabajo? – preguntó Brunetti.

–Trabaja en la *pasticceria* que está en Barbaria delle Tolle -dijo Sergio pronunciando el nombre de la calle en veneciano, cosa que Brunetti nunca había oído de boca de un forastero-. Lo tiene, de verdad.

Brunetti y Vianello salieron del bar y se encaminaron hacia la *questura*. Aún no eran las siete, por lo que fueron a la sala de patrullas, donde había un vetusto televisor en blanco y negro, en el que podrían ver el informativo de la mañana. Aguantaron los interminables vídeos en los que ministros y políticos aparecían hablando delante de micrófonos mientras la voz del locutor explicaba lo que se suponía que

habían dicho. Luego, un coche bomba. La pretensión del Gobierno de que la inflación no había subido. Nuevas canonizaciones.

Iban llegando otros policías. Entró un vídeo borroso de un coche azul de los *carabinieri* que paraba delante de la *questura* de Brescia. Del coche se apeó un hombre que se tapaba la cara con las manos esposadas. El locutor explicó que los *carabinieri* habían realizado redadas nocturnas en Brescia, Verona y Venecia para desarticular una banda dedicada al tráfico de niños. Cinco personas habían sido arrestadas y tres niños, confiados a la tutela del Estado.

—Pobrecillos -murmuró Vianello, y estaba claro que se refería a los niños.

—¿Y qué más se puede hacer con ellos? — respondió Brunetti.

Alvise, que había entrado sin que lo advirtieran y estaba de pie cerca de ellos, barbotó, como si hablara al televisor, pero dirigiéndose a Brunetti:

—¿Qué más? ¡Dejarlos con sus padres, por el amor de Dios!

—Sus padres no los querían -observó Brunetti secamente-. Por eso pasa lo que pasa.

Alvise levantó la mano derecha.

—No me refería a las personas que los trajeron al mundo, sino a sus padres, los que han cuidado de ellos, los que los han tenido durante... - alzó un poco la voz-... algunos desde hace dieciocho meses. Es año y medio. Ya andan, ya hablan. No puedes meterte en su casa, quitárselos y llevarlos a un orfanato. *Porco Giuda*, son niños, no alijos de cocaína de los que nos incautamos y encerramos en un armario. — Alvise golpeó la mesa con la palma de la mano y miró a su superior, con la cara colorada-. ¿Qué país es éste, si aquí pueden pasar estas cosas?

Brunetti no podía estar más de acuerdo. La pregunta de Alvise era razonable. ¿Qué país, realmente?

La pantalla se llenó de futbolistas que o hacían huelga o eran arrestados, Brunetti no lo sabía ni le interesaba, por lo que dando la espalda al televisor salió de la sala seguido de Vianello.

Mientras subían la escalera, el inspector dijo:

—Tiene razón Alvise.

Brunetti no respondió, y Vianello añadió:

—Quizá sea la primera vez en la historia, pero tiene razón.

Brunetti se detuvo en lo alto de la escalera y, cuando Vianello llegó arriba, dijo:

–La ley es una bestia sin entrañas, Lorenzo.

–¿Qué significa eso?

–Significa -empezó Brunetti parándose en la puerta de su despacho- que, si se permitiera a esas personas conservar a los niños, se sentaría un precedente: la gente podría comprar niños o hacerse con ellos como quisiera y donde quisiera, y para el fin que quisiera, y sería perfectamente legal.

–¿Qué otro fin puede haber más que el de criarlos y quererlos? – preguntó un indignado Vianello.

La primera vez que oyó el rumor de la compra de niños para utilizarlos como involuntarios donantes de órganos, Brunetti decidió considerarlo una leyenda urbana. Pero, con los años, el rumor se había hecho más insistente y ya no se refería sólo a países del Tercer Mundo sino a los del Primero y ahora, aunque seguía resistiéndose a creerlo, cada vez que lo oía, sentía desasosiego. La lógica sugiere que una operación tan complicada como un trasplante requiere la intervención de numerosas personas y un entorno médico bien equipado y controlado, en el que por lo menos uno de los pacientes pueda recuperarse. Las posibilidades de que pudieran darse todas estas circunstancias y que todas las personas involucradas guardaran silencio parecían a Brunetti muy remotas.

Por lo menos, en Italia. Sobre lo que ocurría al otro lado de las fronteras no se atrevía a especular.

Aún recordaba haber leído la carta, publicada en *La Repubblica* más de diez años atrás, en la que una madre angustiada reconocía haber quebrantado la ley al llevar a su hija de doce años a la India para que se le practicara un trasplante de riñón. En la carta se mencionaba el diagnóstico y el puesto asignado a la niña en la lista de espera de la sanidad pública, que equivalía a una sentencia de muerte.

Decía en su carta la mujer que era consciente de que alguna otra persona, quizá otro niño, se vería obligado por la pobreza a vender parte de su cuerpo y que la salud del donante quedaría afectada de modo permanente, independientemente de lo que le pagaran y de lo que pudiera hacer con el dinero. Pero, al contraponer la vida de su hija

al riesgo que correría la persona desconocida, había optado por cargar con la culpa. Había llevado a su hija a la India con un riñón enfermo y la había traído con un riñón sano.

Una de las cosas que Brunetti siempre había admirado en secreto de los ciudadanos de la Antigüedad era la aparente facilidad con que tomaban decisiones éticas. Bueno o malo, blanco o negro. Ah, qué tiempos aquéllos.

Pero vino la ciencia, que levantó obstáculos a la decisión ética, mientras las reglas trataban de adaptarse a la ciencia y la tecnología. La concepción se conseguía de distintas maneras, los muertos no estaban del todo muertos ni los vivos bien vivos y quizá existía un lugar en el que se vendían hígados y corazones.

Brunetti quería decir todo esto para responder a Vianello, pero no encontraba la manera de condensarlo o articularlo de forma que tuviera sentido. En lugar de intentarlo, se volvió hacia el inspector y le puso una mano en el hombro.

—No tengo grandes respuestas, sólo pequeñas ideas.

—¿Qué significa eso?

—Significa -empezó aunque la idea no se le ocurrió sino a medida que iba hablando- que, ya que no lo hemos arrestado nosotros, quizá podamos tratar de protegerlo.

—No sé si acabo de entender -dijo Vianello.

—Yo tampoco, Lorenzo, pero pienso que ese hombre puede necesitar protección.

—¿De Marvilli?

—No de él, sino de la clase de hombres para los que Marvilli trabaja.

Vianello se sentó en una de las sillas del despacho de Brunetti.

—¿Has tenido tratos con ellos?

Brunetti, que aún sentía el hormigueo del café y el azúcar y estaba muy agitado para sentarse, se apoyó en la mesa.

—No me refería a los de Verona en particular, sino a la especie en general.

—¿Los hombres que son capaces de dar a los niños al orfanato? — preguntó Vianello, incapaz de superar la impresión que la idea le había causado.

—Sí -convino Brunetti-, supongo que se les puede describir así.

Vianello acogió el concepto meneando la cabeza.

–¿Cómo vamos a protegerlo?

–De entrada, averiguando si tiene abogado y quién es -respondió Brunetti.

Con una sonrisa maliciosa, Vianello comentó:

–Da la impresión de que quieres apostar contra nosotros.

–Si van a acusarlo de todo lo que ha dicho Marvilli, necesitará a un buen abogado.

–¿Donatini? – sugirió Vianello, pronunciando el nombre como si fuera una obscenidad.

Brunetti levantó la mano con falso horror.

–No; yo no llegaría a tanto. Necesitará a alguien que sea tan bueno como Donatini, pero íntegro.

Más por fórmula que por convicción, Vianello repitió:

–¿Íntegro? ¿Un abogado?

–También los hay. Está la Rosato, aunque no sé en qué medida se dedica a lo criminal. Y Barasciutti, y Leonardi... -Su voz, poco a poco, se apagó.

Vianello no juzgó necesario señalar que, entre los dos, llevaban casi medio siglo trabajando con abogados criminalistas y sólo habían podido mencionar a tres que fueran honrados, y se limitó a decir:

–Deberíamos buscarlos, más que íntegros, eficaces.

De común acuerdo, soslayaron la evidencia de que ello situaba el nombre de Donatini en cabeza de la lista.

Brunetti miró el reloj.

–Cuando hable con la esposa le preguntaré si sabe de alguno. – Se enderezó, dio la vuelta a la mesa y se sentó.

Vio unos papeles que no estaban allí la víspera, pero apenas los miró.

–Habrá que averiguar una cosa -dijo.

–¿Quién autorizó la operación? – preguntó Vianello.

–Exactamente. Una patrulla de *carabinieri* no entrarían en la ciudad e irrumpirían en un domicilio particular sin autorización judicial y sin habernos informado a nosotros.

–¿Patta? – preguntó Vianello-. ¿Lo sabría él?

El nombre del *vicequestore* era el primero que le había venido a la cabeza a Brunetti, pero cuanto más lo pensaba menos probable le parecía la idea.

–Es posible. Pero nos habríamos enterado. – No mencionó que la inevitable fuente de tal información no habría sido el propio *vicequestore* sino su secretaria, la *signorina* Elettra.

–Entonces, ¿quién? – preguntó Vianello.

Al cabo de un momento, Brunetti dijo:

–Podría ser Scarpa.

–Pero él pertenece a Patta -dijo Vianello sin disimular su antipatía por el teniente.

–Últimamente ha cometido errores. Podría haber informado directamente al *questore*, para hacer méritos.

–¿Y cuando se entere Patta? – preguntó Vianello-. No le gustará que Scarpa le haya ninguneado.

No era la primera vez que Brunetti reparaba en la simbiosis existente entre aquellos dos caballeros del Sur: el *vicequestore* Patta y su perro guardián, el teniente Scarpa. Siempre había supuesto que Scarpa aspiraba a ser el protegido del *vicequestore*. Pero, ¿y si el teniente picaba más alto, y si su obsequiosidad para con Patta era un simple coqueteo, el medio para escalar un peldaño en el camino hacia una meta más alta? ¿Y si había puesto las miras en el propio *questore*?

Con los años, Brunetti había aprendido a no subestimar a Scarpa, por lo que quizá conviniera contemplar esta posibilidad y, en lo sucesivo, tomarla en consideración en sus tratos con el teniente. Patta podía ser un idiota inclinado a la indolencia y la vanidad, pero Brunetti no tenía pruebas de que fuera corrupto -o sólo en trivialidades- ni de que estuviera en manos de la Mafia.

Desvió la mirada mientras desarrollaba este razonamiento. «¿Es que hemos llegado al punto en el que la ausencia de vicio es ya la virtud? – se preguntaba-. ¿Nos hemos vuelto todos locos?»

Vianello, conocedor de los hábitos de Brunetti, esperó a que su superior saliera de su abstracción para preguntar:

–¿Le pedimos a ella que lo averigüe?

–Creo que lo hará con mucho gusto -respondió Brunetti inmediatamente, pese a reconocer que no debía alentar a la *signorina*

Elettra a practicar su afición de infiltrarse en el ámbito de la seguridad policial.

—¿Te acuerdas de la mujer que hará unos seis meses vino a hablarnos de aquella muchacha embarazada? — preguntó Brunetti.

Vianello asintió.

—¿Por qué?

Brunetti evocó a la mujer que había hablado con él: baja, más de sesenta años, pelo rubio con una fuerte permanente, y muy preocupada de que su marido pudiera enterarse de su visita a la policía. Pero alguien le había dicho que fuera. Una hija o una nuera la había convencido, si mal no recordaba.

—Me gustaría que comprobaras si se hizo transcripción de la entrevista. No recuerdo si la pedí, y he olvidado el nombre de la mujer. Fue en primavera, ¿no?

—Creo que sí -respondió Vianello-. Veré si la encuentro.

—Quizá no tenga nada que ver con esto, pero me gustaría leer qué dijo y, quizá, volver a hablar con ella.

—Si hay transcripción la encontraré -dijo Vianello.

Brunetti miró el reloj.

—Voy al hospital, a hablar con la esposa. Y pregunta a la *signorina* Elettra si podría averiguar quién fue informado de la... operación de los *carabinieri*. -Quería utilizar una palabra más dura (incursión, asalto), pero se contuvo.

—Hablaré con ella por la tarde -dijo el inspector.

—¿Por la tarde? — se sorprendió Brunetti.

—Hoy es martes -dijo Vianello, a modo de explicación, como quien dice: «Las tiendas de alimentación cierran los miércoles por la tarde, los restaurantes de pescado no abren los lunes y la *signorina* Elettra no trabaja los martes por la mañana.»

—Ah, sí, claro.

CAPÍTULO 7

Era una mujer fuerte. Si a Brunetti le hubieran preguntado por qué se le había ocurrido esta palabra nada más ver a la esposa de Pedrolli, le habría costado trabajo dar con la respuesta, pero su sola presencia se la sugirió y la tuvo presente mientras estuvo hablando con ella. Estaba de pie al lado de la cama de su marido y tuvo un gesto de extrañeza al ver entrar a Brunetti, a pesar de que él había llamado a la puerta. Quizá esperaba a otra persona, alguien con bata blanca.

Era hermosa. Esto se le ocurrió a continuación: alta y esbelta, con una melena de rizos castaño oscuro. Tenía los pómulos marcados; los ojos claros, que tanto podían ser verdes como grises; y la nariz larga, fina y un poco respingona. La boca era grande, desproporcionada respecto a la nariz, pero los labios gruesos armonizaban perfectamente con la cara. Aunque debía de tener más de cuarenta años, su cutis era terso. Parecía por lo menos una década más joven que el hombre que estaba en la cama, aunque, dadas las circunstancias, la comparación no era justa.

Cuando la mujer vio que Brunetti no era la persona esperada, se volvió hacia su marido, que parecía dormir. Brunetti veía la frente, la nariz y la barba de Pedrolli y la larga forma de su cuerpo debajo de la manta.

La mujer miraba a su marido y Brunetti miraba a la mujer. Ella llevaba falda de lana verde oscuro y jersey beige. Zapatos marrones, caros, hechos más para estar de pie que para andar.

-Signora? -dijo Brunetti desde la puerta.

-¿Sí? – preguntó ella lanzándole una mirada rápida y volviéndose otra vez hacia su marido.

-Soy de la policía.

El furor fue instantáneo y lo pilló desprevenido. Su voz tenía un filo sibilante que parecía precursor de una violencia física inminente:

-¿Cómo se atreven a venir aquí después de lo que nos han hecho? ¿Lo dejan inconsciente y ahora pretenden hablar conmigo?

Apretando los puños, dio dos pasos hacia Brunetti, que no pudo menos que levantar las manos con las palmas hacia afuera, en un

ademán más apropiado para defenderse de los malos espíritus que de la violencia física.

–Yo no he tenido nada que ver con lo que ha ocurrido esta noche, *signora*. Estoy aquí para investigar el ataque del que ha sido objeto su marido.

–Mentira -escupió ella, pero no se acercó más.

–*Signora* -dijo Brunetti en un tono de voz deliberadamente bajo-. A las dos de la mañana, me han llamado a casa, y he venido al hospital porque en la *questura* se había recibido información de que un hombre había sido atacado y conducido al hospital. – Era una versión un poco maquillada, incluso podía haber quien la calificara de mentira, pero la esencia era verdad-. Puede preguntar a los médicos y a las enfermeras, si lo desea. – Él la vio reflexionar.

–¿Cómo se llama usted? – inquirió.

–Guido Brunetti, comisario de policía. La acción en la que su marido ha resultado lesionado... -Vio que ella iba a protestar, pero continuó-... era de los *carabinieri*, no nuestra. Que yo sepa, no habíamos sido informados previamente. – Quizá no debía haberle dicho esto, pero pretendía desviar su indignación e inducirla a hablar con él.

El intento fracasó, porque ella volvió al ataque inmediatamente, aunque por duras que fueran sus palabras, la voz no pasaba de un susurro.

–¿Quiere decir que esos gorilas pueden entrar en la ciudad cuando se les antoje, meterse en nuestras casas, secuestrar a nuestros hijos y dejar a un hombre tendido en el suelo en ese estado? – Se volvió a señalar a su marido, y el ademán, lo mismo que las palabras, parecieron a Brunetti intencionadamente dramáticos. Por mucha compasión que sintiera hacia Pedrolli y su esposa, no se permitía a sí mismo olvidar, al parecer, a diferencia de ella, que ambos estaban acusados de adopción ilegal y que su marido estaba bajo arresto.

–*Signora*, no deseo molestar a su marido. – La mujer pareció ablandarse, por lo que él prosiguió-: Si encuentro a una enfermera que pueda quedarse a vigilarlo, ¿querrá salir al pasillo a hablar conmigo?

–Si es capaz de encontrar a una enfermera en este hospital, sabe más que yo. No he visto a nadie desde que me han traído -dijo, todavía

furiosa-. Se desentienden de él.

La prudencia aconsejó a Brunetti no responder. Se limitó a alzar la mano en ademán de apaciguamiento. El *carabiniere* seguía sentado en el pasillo y ni levantó la mirada cuando Brunetti salió de la habitación. Por el fondo, llegaban las enfermeras del turno de día, dos mujeres de mediana edad, con el uniforme de la enfermera de hoy: pantalón vaquero y jersey debajo de la bata blanca. Una, la más alta, calzaba zapatos rojos. Su compañera tenía el pelo blanco.

Él sacó la credencial y se la mostró.

–He venido por el caso del *dottor* Pedrolli -dijo.

–¿Y para qué? – preguntó la más alta-. ¿No le parece que ya han hecho bastante?

La de más edad puso la mano en el antebrazo de su compañera, como si temiera que ella y Brunetti fueran a enzarzarse a puñetazos, y dijo, tirándole de la manga con energía:

–Ten cuidado, Gina -y a Brunetti-: ¿Qué desea? – Su tono era menos agresivo, pero también ella parecía acusar a Brunetti de complicidad en el golpe que había puesto al *dottor* Pedrolli en la habitación situada a la mitad del pasillo.

Reacia a dejarse aplacar, la llamada Gina resopló, pero ahora, por lo menos, escuchaba, así que Brunetti prosiguió:

–He venido al hospital a las tres de la mañana, para ver a un hombre al que creía víctima de una agresión. Mis hombres no han tenido nada que ver.

La mayor parecía dispuesta a creerle, lo que relajó la tensión.

–¿Lo conoce? – preguntó el comisario dirigiéndose a ella únicamente. La mujer asintió.

–Trabajé en Pediatría hasta hace dos años. Créame, el *dottor* Pedrolli es una excelente persona. De lo mejor. A veces pienso que era el único que se preocupaba realmente por los niños o, por lo menos, el único que hacía como si fuera importante escucharles y hablar con ellos. Pasaba aquí la mayor parte del tiempo; acudía a la más mínima. Todos sabíamos que, si algo ocurría durante la noche, había que llamarlo a él. Nunca te daba motivo para pensar que no debías haberlo llamado.

Brunetti sonrió ante esta descripción y miró a la otra mujer.

–¿También usted lo conoce, enfermera?

Ella movió la cabeza negativamente. La mayor le oprimió el brazo.

–Vamos, Gina, pues claro que lo conoces -dijo, y la soltó.

Gina dijo, dirigiéndose a su compañera:

–Nunca he trabajado con él, Sandra. Sí -agregó entonces volviéndose hacia Brunetti-, lo he visto por el hospital, en el bar y en los pasillos, pero no recuerdo que hayamos hablado, como no sea para decir buenos días. – Al observar que Brunetti movía la cabeza de arriba abajo, añadió-: Pero he oído hablar de él, como todos, supongo. Es un buen hombre.

–Y un buen médico -añadió Sandra. Ni Brunetti ni Gina parecían dispuestos a decir algo, y cambió de tema-. He leído la ficha. No saben lo que tiene. Damasco quiere hacerle más radiografías y un TAC esta mañana: eso ha anotado antes de irse a casa.

Brunetti, que sabía que podría conseguir el informe médico más adelante, preguntó a Gina:

–¿Usted conoce a la esposa?

La pregunta sorprendió a la mujer, que respondió en tono formal:

–No. Es decir, sólo he hablado con ella por teléfono, un par de veces.

– Miró a la puerta de la habitación de Pedrolli-. Ahora está con él, ¿verdad?

–Sí -respondió Brunetti-. Y agradecería que, de ser posible, una de ustedes estuviera con él mientras yo hablo con ella aquí fuera.

Las dos mujeres se miraron y Sandra dijo:

–Yo entraré.

–Está bien -dijo Gina, que se fue dejando a Brunetti con su compañera.

Él precedió a la mujer hasta la puerta, llamó con los nudillos y entró. La esposa de Pedrolli seguía donde él la había dejado, al lado de la cama, mirando a su marido.

Ella se volvió un momento en dirección a los recién llegados y, al ver la bata blanca de la enfermera, preguntó:

–¿Sabe cuándo vendrá un médico? – Aunque las palabras eran bastante neutras, el tono indicaba que temía tener que esperar varios días.

–La visita empieza a las diez, *signora* -respondió la enfermera llanamente.

La esposa de Pedrolli miró el reloj, apretó los labios y dijo a Brunetti:

–Tenemos tiempo de sobra para hablar. – Rozó el dorso de la mano derecha de su marido y se apartó de la cama.

Brunetti dio un paso atrás para dejar que ella lo precediera y cerró la puerta. La mujer miró al *carabiniere* y luego a Brunetti, dando a entender que él era responsable de la presencia de aquel hombre, pero no dijo nada. El pasillo terminaba en un ventanal que daba a un patio en el que había un pino raquítico, tan torcido que algunas ramas rozaban el suelo, y daba la impresión de que crecía en sentido horizontal.

Al llegar a la ventana, él dijo:

–Me llamo Guido Brunetti, *signora*. -No le tendió la mano.

–Bianca Marcolini -dijo ella, medio vuelta hacia la ventana, mirando al árbol.

Como si no reconociera el apellido, Brunetti dijo:

–Me gustaría hablar de lo ocurrido esta noche, *signora*, si me lo permite.

–No estoy segura de que haya mucho que decir, comisario. Dos hombres con pasamontañas irrumpieron en nuestro domicilio, acompañados por otro hombre. Iban armados. Golpearon a mi marido dejándolo en ese estado -dijo, señalando a la habitación con un movimiento brusco. Y añadió con voz áspera:- Y se llevaron a nuestro hijo.

Brunetti no sabía si aquella mujer trataba de provocarlo, al seguir hablándole como si él fuera responsable de lo ocurrido, pero preguntó sencillamente:

–¿Podría decirme qué recuerda de lo ocurrido, *signora*?

–Acabo de decirle lo que sucedió. ¿No me escuchaba, comisario?

–Sí -respondió él-. Ya me lo ha dicho. Pero necesito más detalles, *signora*. Necesito saber qué se dijo, si los hombres que entraron en su casa se identificaron como *carabinieri*, y si atacaron a su esposo sin ser provocados. – Brunetti se preguntaba por qué llevarían pasamontañas los *carabinieri*; normalmente, sólo los llevaban si había posibilidad de

que fueran fotografiados e identificados. Lo cual no parecía probable, durante el arresto de un pediatra.

—Pues claro que no nos dijeron quiénes eran -dijo ella alzando la voz-. ¿Imagina que mi marido habría tratado de pelear con ellos si lo hubieran dicho? — Él observó su expresión mientras ella rememoraba la escena del dormitorio-. ¡Si hasta me dijo que llamara a la policía, por Dios!

Sin rectificarla por confundir a los *carabinieri* con la policía, Brunetti preguntó:

—¿Tenían su marido o usted motivos para esperar su visita, *signora*?

—No sé a qué se refiere -respondió ella airadamente, quizá tratando de eludir la respuesta con el tono.

—Trataré de expresarme con más claridad. ¿Existe alguna razón por la que usted o su marido pudieran creer que la policía o los *carabinieri* estarían interesados en ustedes o en contactar con ustedes? — Aún no había terminado de hablar cuando Brunetti comprendió que había elegido una mala palabra, una palabra que no podía dejar de indignarla.

No se equivocaba.

—«Contactar» con nosotros -resopló ella sin poder contenerse. Se apartó un paso de la ventana y levantó una mano. Apuntándole con el dedo, dijo con una voz cargada de indignación:- ¡*Contactar!* Eso no fue un contacto, *signore*, fue un ataque, un asalto, un atropello. — Ella se interrumpió, y Brunetti vio que la piel que rodeaba sus labios estaba muy blanca, en contraste con el resto de la cara, que, repentinamente, se había teñido de rojo. La mujer dio un paso hacia él, pero se tambaleó. Apoyó una mano en el alféizar de la ventana, encajando el codo en el ángulo, para no caer.

Al instante Brunetti estuvo a su lado sujetándola del brazo mientras ella se sentaba a medias en el alféizar. Él siguió sosteniéndola. La mujer cerró los ojos y se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas y la cabeza colgando.

A mitad del pasillo, Sandra asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Pedrolli, pero Brunetti levantó una mano con gesto tranquilizador y la enfermera se retiró. La mujer que estaba a su lado aspiró ronca y profundamente varias veces, sin levantar la cabeza.

Por el fondo del pasillo apareció un hombre con bata blanca, pero tenía la atención puesta en un papel que llevaba en la mano y no vio, o hizo como si no viera, a Brunetti y la mujer. Entró en una habitación sin llamar.

Pasó un rato y, finalmente, la *signora* Marcolini se puso en pie, aunque sin abrir los ojos. Brunetti le soltó el brazo.

—Gracias -dijo ella, respirando todavía con fatiga. Con los ojos cerrados, dijo-: Ha sido terrible. Me despertó el ruido. Gritos de hombres, y vi que uno golpeaba a Gustavo no sé con qué, y él caía al suelo, y entonces Alfredo se puso a chillar, y yo creí que habían venido a atacarnos. — Abrió los ojos y miró a Brunetti-. Creo que nos hemos vuelto un poco locos. De miedo.

—¿Miedo de qué, *signora*? -preguntó Brunetti con suavidad, confiando en que su pregunta no volviera a provocar su cólera.

—De que nos arrestaran -dijo ella.

—¿Por lo del niño?

Ella bajó la cabeza, pero él la oyó responder:

—Sí.

CAPÍTULO 8

–¿Quiere hablarme de eso, *signora*? -preguntó Brunetti. Miró al pasillo y vio que el hombre de la bata blanca salía de la habitación a mano izquierda y se alejaba hacia las vidrieras dobles del fondo. El hombre las cruzó, giró hacia un lado y desapareció.

La experiencia aconsejaba a Brunetti permanecer quieto hasta que su presencia se convirtiera en una parte casi imperceptible del entorno de la mujer. Transcurrió un minuto, luego otro. Él seguía mirando hacia el pasillo, pero estaba pendiente de la mujer.

Al fin ella dijo con voz más suave:

–No podíamos tener hijos. Ni podíamos adoptar. – Otra pausa y añadió:- En cualquier caso, cuando se hubiera terminado el papeleo y nos hubieran aceptado, los únicos niños que nos habrían dado serían..., en fin, serían mayores. Y nosotros queríamos... -dijo ella, y Brunetti se preparó para oír lo que iba a decir la mujer... un recién nacido. – Lo dijo serenamente, como si no se diera cuenta del patetismo de sus palabras, y a Brunetti eso le pareció aún más patético.

Él seguía sin mirarla; sólo se permitió mover la cabeza de arriba abajo, sin decir nada.

–Mi hermana no está casada, pero la hermana de Gustavo tiene tres hijos -dijo ella-. Y su hermano, dos. – Ella lo miró, como espiando su reacción a esta confesión de su frustración, y prosiguió:- Entonces alguien del hospital, no sé si fue uno de sus colegas o un paciente, habló a Gustavo de una clínica particular. – Hizo otra pausa. Él esperó, sin decir nada:- Fuimos a la clínica, nos hicieron pruebas y... resultó que había problemas. – La revelación de la naturaleza de la visita violentaba a Brunetti tanto como si hubiera sido sorprendido leyendo correspondencia ajena.

Distraídamente, ella frotaba con la punta del zapato un gran arañazo que un carro o algún objeto pesado había dejado en las baldosas. Sin levantar la mirada, prosiguió:

–Los dos teníamos problemas. De haber sido uno solo, aun habría sido posible. Pero siendo los dos... -Brunetti dejó que la pausa se prolongara hasta que ella agregó:- Él vio los resultados. No quería decírmelos, pero le obligué.

Su profesión había hecho de Brunetti un maestro de las pausas: era capaz de distinguir unas de otras como un director de orquesta distingue los tonos de los distintos instrumentos de cuerda. Está la pausa absoluta, casi beligerante, que hay que romper a fuerza de apremios o amenazas. Está la pausa especulativa, en la que el que ha hablado mide el efecto de sus palabras en el oyente. Y está la pausa por fatiga extrema, que hay que respetar, hasta que la persona recupera el control de sus emociones.

Creyendo encontrarse ante una pausa del tercer tipo, Brunetti guardó silencio, seguro de que ella seguiría hablando. Se oyó un sonido en el corredor, un quejido, o el grito de un durmiente. Cuando cesó, el silencio pareció expandirse hasta llenar el vacío.

Brunetti miró a la mujer y movió la cabeza de arriba abajo, gesto que podía interpretarse lo mismo como asentimiento que como invitación a que siguiera hablando. Al parecer, ella lo tomó en ambos sentidos y prosiguió:

—Cuando tuvimos los resultados, nos resignamos. A no ser padres. Pero luego, creo que fue pocos meses después de haber ido a la clínica, Gustavo dijo que estaba pensando en la posibilidad de hacer una adopción particular.

A Brunetti le parecía que ella recitaba una declaración preparada de antemano.

—Comprendo -dijo en tono neutro-. ¿Qué clase de posibilidad?

Ella movió la cabeza negativamente y dijo casi en un susurro:

—Eso no me lo explicó.

Aunque Brunetti lo dudaba, no hizo comentario alguno.

—¿Mencionó la clínica?

Ella lo miró, sorprendida, y Brunetti aclaró:

—La clínica en la que les habían hecho las pruebas.

—No; no mencionó la clínica. Sólo que existía la posibilidad de adoptar a un recién nacido.

—*Signora* -dijo Brunetti-, yo no puedo obligarla a que me cuente estas cosas. — En cierto modo, era verdad, pero antes o después alguien tendría autoridad para obligarla.

Ella debía de comprenderlo así, porque continuó:

–No me dijo de dónde, no quería que me hiciera ilusiones, pero creía poder conseguirlo. Yo supuse que era por medio de su trabajo o de algún conocido. – La mujer miró por la ventana y luego a Brunetti. La verdad, creo que no quería saberlo. Él me dijo que todo se haría *in regola*, que sería legal. Dijo que tendría que declarar que el niño era suyo, pero me aseguró que no lo era.

De haber estado interrogando a un sospechoso, Brunetti habría preguntado con una voz cargada de escepticismo: «¿Y usted le creyó?» Pero ahora, en tono de amistosa preocupación, dijo:

–¿No le dijo cómo lo haría, *signora*? -dejó transcurrir tres segundos y añadió:- ¿O no se le ocurrió preguntárselo?

Ella movió la cabeza negativamente.

–No. Creo que prefería no saberlo. Sólo quería que lo consiguiera. Yo deseaba un niño.

Brunetti le dio un momento para que se recuperara de su confesión antes de preguntar:

–¿Le habló de la mujer?

–¿La mujer? – preguntó ella, realmente confusa.

–La que lo había tenido.

Ella titubeó, pero apretó los labios.

–No. No me dijo nada.

Brunetti tenía la extraña sensación de que, durante aquella conversación, la mujer había envejecido, y las líneas que al principio sólo se le marcaban en el cuello, se habían extendido a las comisuras de los labios y las sienes.

–Comprendo -dijo Brunetti-. ¿Y ya no supo nada más? – Él había tenido que decirle algo, pensaba Brunetti; ella había tenido que preguntar.

Ahora vio que los ojos de ella eran grises, no verdes.

–No -dijo la mujer inclinando la cabeza-. Nunca hablé de eso con Gustavo. No quise. Él debía de pensar, me refiero a Gustavo, que me disgustaría conocer los detalles. Dijo que quería que desde el primer momento yo pensara que el niño era nuestro, y... -Ella se interrumpió, y Brunetti tuvo la impresión de que hacía un esfuerzo para no añadir algo esencial y terminante.

–Por supuesto -murmuró Brunetti cuando comprendió que ella no iba a terminar la frase. No sabía cuánto podía inducirle a decir todavía, pero no creía oportuno seguir interrogándola porque, si manifestaba más curiosidad que preocupación, podía perder la confianza que ella parecía haber depositado en él.

Sandra abrió la puerta de la habitación situada a la mitad del pasillo e hizo una seña a la *signora* Marcolini.

–Su marido está muy agitado, *signora*. Quizá debería usted entrar a hablarle. – La preocupación de la enfermera era evidente, y la esposa de Pedrolli reaccionó al momento. Rápidamente, fue a la habitación, entró y cerró la puerta.

Suponiendo que ella tardaría en salir, Brunetti decidió ir en busca del *dottor* Damasco, para preguntarle si se había producido algún cambio en el estado de Pedrolli. Conocía el camino de Neurología y, al llegar al departamento, se dirigió al pasillo en el que sabía que estaban los despachos de los médicos.

Encontró la puerta, pero cuando llamaba un enfermero que pasaba le dijo que el doctor estaba terminando la visita y que después solía volver a su despacho. Cuando el hombre dijo que eso sería dentro de unos diez minutos, Brunetti decidió esperar. El enfermero se fue y él se sentó en una de las sillas de plástico color naranja, tan familiares ya como incómodas. A falta de lectura, Brunetti apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos, a fin de preparar mejor las preguntas que pensaba hacer al *dottor* Damasco.

–*Signore? Signore?* -fue lo primero que oyó a continuación. Abrió los ojos y vio al enfermero-. ¿Se encuentra bien, *signore?* -preguntó el joven.

–Sí, sí -dijo Brunetti poniéndose en pie. Al recordar la situación, preguntó:- ¿Está libre el doctor?

El enfermero sonrió con nerviosismo.

–Lo siento, *signore*, pero el doctor se ha marchado. Se ha ido a su casa directamente al terminar la visita. Yo no lo he sabido hasta que alguien lo ha mencionado, y he venido a avisarle. Lo siento -repitió, como si se considerara responsable de la desaparición del *dottor* Damasco.

Brunetti miró el reloj y vio que había transcurrido más de media hora.

—Está bien -dijo, dándose cuenta de lo cansado que estaba y deseando terminar su propia ronda e irse también a su casa cuanto antes.

En lugar de lo cual, fingiéndose completamente despierto, Brunetti dio las gracias al joven y se encaminó hacia el mostrador de Recepción. Pasó por delante de Enfermería y se acercó a las puertas vidrieras que conducían a las habitaciones, desde donde descubrió, con gran asombro, hacia la mitad del pasillo, a pocos pasos de la habitación de Pedrolli, la inconfundible espalda de su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta. Brunetti reconoció los anchos hombros enfundados en el abrigo de cachemir y la espesa cabellera plateada. Lo que no reconoció fue la deferente actitud del *vicequestore*, que estaba inclinado hacia un hombre, del que sólo se veía el contorno, ya que el resto quedaba tapado por el cuerpo de Patta. El *vicequestore* levantó la mano derecha y la agitó ante sí con ademán conciliador, luego la hizo caer a lo largo del cuerpo y dio un paso atrás, como dejando espacio para la respuesta de su interlocutor.

Respeto de perro Beta hacia perro Alfa, fue el inmediato pensamiento de Brunetti, que retrocedió hasta quedar parcialmente oculto por el mostrador de Enfermería. Si Patta hacía señal de mirar atrás, él tendría tiempo de esconderse, dar media vuelta, y pasearse por el pasillo mientras asimilaba la fenomenal sorpresa de encontrar a su superior en este lugar a esta hora y decidía si era conveniente dejarse ver.

El otro hombre, cuya considerable corpulencia seguía semiescondida tras el cuerpo de Patta, alzó las dos manos en un ademán que tanto podía ser de exasperación como de sorpresa y señaló repetidamente con un índice furioso la puerta de la habitación de Pedrolli. En respuesta, Patta movió la cabeza de derecha a izquierda y después de arriba abajo, como cabecea un perrito de juguete en la trasera de un automóvil que pasa por un bache.

De pronto, el otro hombre dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Lo único que Brunetti vio antes de agacharse detrás del mostrador, fue su espalda: un cuello tan ancho como la cabeza de pelo blanco, cortado

a cepillo y una silueta casi cuadrada. Cuando volvió a mirar, observó que Patta no hacía movimiento alguno para seguir al que se alejaba, quien, al llegar a las puertas del fondo, las empujó violentamente, haciendo que la de la derecha chocara contra la pared con un golpe que resonó en todo el pasillo.

El primer impulso de Brunetti fue el de acercarse a Patta y fingir sorpresa, pero la prudencia le aconsejó retroceder por otro pasillo hasta otra salida. Allí esperó durante cinco minutos y, cuando volvió a Neurología, Patta había desaparecido.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

Brunetti volvió al pasillo de la habitación de Pedrolli y se quedó esperando a que saliera la *signora* Marcolini, con la intención de volver a asumir su papel de amigable oyente. Metió la mano en el bolsillo, buscando el *telefonino*, y descubrió que lo había dejado en casa. No quería perder a la *signora* Marcolini, pero tenía que llamar a Paola para decirle que no almorzaría en casa ni sabía cuándo llegaría.

Se sentó en la silla de plástico, mirando al vacío, procurando mantener la cabeza erguida, apartada de la tentación de la pared que tenía a la espalda. Al cabo de menos de un minuto, fue hasta el extremo del pasillo y leyó las instrucciones de evacuación en caso de incendio y la lista de los médicos de la planta. Gina apareció por la puerta situada al otro lado del mostrador.

–Perdón, *signora* Gina, ¿puedo usar el teléfono?

Ella le dedicó una sonrisa mínima y dijo:

–Primero marque el nueve.

Él descolgó el teléfono que estaba detrás del mostrador y marcó el número de su casa.

–¿Sí? – oyó que contestaba Paola.

–¿Todavía muy cansada para hablar? – no pudo menos que preguntar.

–Por supuesto que no -contestó ella-. ¿Dónde estás?

–En el hospital.

–¿Problemas?

–Al parecer, los *carabinieri* se extralimitaron al hacer un arresto y el hombre está aquí. Es médico, de modo que, por lo menos, tiene asegurada una buena atención.

–¿Los *carabinieri* atacaron a un médico? – preguntó ella con estupor.

–No he dicho que le atacaran, Paola -puntualizó él, aunque lo que decía su mujer no dejaba de ser verdad-; sólo que se extralimitaron.

–¿Y eso qué quiere decir, que corrían demasiado con las lanchas cuando lo llevaban al hospital? ¿O que hicieron mucho ruido y molestaron al vecindario al dar la patada a la puerta?

En términos generales, Brunetti solía compartir el escepticismo de Paola acerca de la competencia de los *carabinieri*, pero, en este momento, bajo los efectos de la cafeína y el azúcar, no le apetecía oírlo expresarlo.

—Quiere decir que él se resistió al arresto y le partió la nariz a uno de los hombres que iban a arrestarlo.

Ella se abatió sobre él como un halcón.

—¿Uno de los hombres? ¿Cuántos eran?

—Dos -optó por mentir Brunetti, admirado de lo pronto que había sido inducido a defender a los hombres que habían agredido a Pedrolli.

—¿Hombres *armados*? -preguntó ella.

De pronto, el cansancio pudo con Brunetti.

—Paola, luego te lo cuento todo, ¿de acuerdo?

—Claro -respondió ella-. ¿Tú lo conoces?

—No. — Había oído acerca del médico lo suficiente como para formar de él una impresión favorable, pero no bastaba para poder afirmar que lo conocía, dedujo Brunetti.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Hace un año y medio adoptó a un niño, y ahora parece que lo hizo ilegalmente.

—¿Y qué han hecho con el niño?

—Se lo han llevado -dijo Brunetti con voz neutra.

—¿Se lo han llevado? — preguntó Paola con toda su anterior beligerancia-. ¿Qué significa eso?

—Que ha sido dado en custodia.

—¿Dado en custodia a su verdadera madre o dado en custodia a un orfanato?

—Me temo que a un orfanato -reconoció Brunetti.

Hubo una pausa larga, y Paola dijo, como si hablara consigo misma:

—Un año y medio. — Y agregó-: Dios mío, ¿no son unos desalmados hijos de puta?

¿Traicionar al Estado dándole la razón o traicionar al sentimiento humanitario negándosela? Brunetti consideró una y otra opción y dio la única respuesta que él podía dar:

—Sí.

–Luego hablamos, ¿eh? – dijo una Paola repentinamente amansada.

–Sí -repitió Brunetti colgando el teléfono.

Brunetti se alegraba de no haber hablado a Paola de las otras personas, las que habían estado bajo vigilancia durante casi dos años. A Alvise, y al propio Brunetti, les había llamado la atención ese período de tiempo, ese año y medio en el que una autoridad bien informada había permitido a los nuevos padres conservar a la criatura. Es entonces cuando un hombre se hace padre, eso lo sabía Brunetti o, por lo menos, recordaba que durante aquel primer año y medio de vida sus hijos se habían convertido en una parte de su corazón. Si uno de ellos le hubiera sido arrebatado, por la causa que fuera, después de aquel período, él habría ido por la vida con una parte de su ser irreparablemente dañada. Antes de que esta convicción se anclara en su mente, Brunetti reconoció que si uno de sus hijos le hubiera sido arrebatado en cualquier momento después de que él lo viera por primera vez, su dolor no habría sido menor que si lo hubiera tenido a su lado durante dieciocho meses o dieciocho años.

Brunetti volvió a su silla y reanudó su contemplación de la pared y de la curiosa circunstancia de la presencia de Patta en el hospital y, al cabo de otros veinte minutos, la *signora* Marcolini salió al pasillo y se acercó. Parecía mucho más cansada ahora que cuando había entrado en la habitación.

–¿Aún está aquí? – dijo-. Perdone, he olvidado su nombre.

–Brunetti, *signora*, Guido -dijo él poniéndose en pie. Le sonrió pero no le tendió la mano-. He hablado con las enfermeras, y parece que su marido goza de gran aprecio. Estoy seguro de que estará bien atendido.

Él esperaba una respuesta agria, y la mujer no lo defraudó.

–Podrían empezar por librarlo de los *carabinieri*.

–Claro. Veré lo que puedo hacer al respecto -dijo Brunetti, que dudaba de poder hacer algo. Cambiando de registro, preguntó:- ¿Su marido entiende lo que usted le dice, *signora*?

–Sí.

–Bien. – Los conocimientos de Brunetti acerca del funcionamiento del cerebro eran rudimentarios, pero parecía lógico que, si el hombre comprendía las palabras, era probable que pudiera recuperar el habla.

¿Existía algún medio de comprobar las facultades de Pedrolli? Sin habla, ¿qué somos?

—... alejados a los medios -la oyó decir.

—Disculpe, *signora*, no he oído lo que decía. Estaba pensando en su marido.

—Si existe la manera de impedir que esto llegue a los medios -repitió ella.

Sin duda se refería a los cargos de adopción ilegal que serían formulados contra ellos, pero Brunetti pensó instantáneamente en las brutales tácticas de los *carabinieri*: evidentemente, al Estado le convenía que no aparecieran en la prensa. Pero, en el caso de que los arrestos llegaran a ser de dominio público -y aquí intervino el recuerdo del telediario de aquella mañana para decirle que ya lo eran-, convendría a los Pedrolli que también se difundiera el trato que habían sufrido a manos de los *carabinieri*.

—En su lugar, *signora*, yo esperaría a ver cómo lo presentan.

—¿Qué quiere decir?

—Usted y su marido cometieron un error llevados del amor, según me parece -empezó Brunetti, consciente de que estaba aleccionando a una testigo o, incluso, ayudando a una sospechosa. Pero, a su modo de ver, mientras se limitara a referirse al comportamiento de los medios, no podía haber nada reproable en lo que pudiera decir ni en las advertencias que pudiera hacer-. Por lo tanto, quizá decidan tratarlos con benevolencia.

—No si los *carabinieri* hablan los primeros -dijo ella, demostrando poseer un excelente conocimiento de los resortes mediáticos-. No tienen más que mencionar al agente herido para que todo el mundo se nos eche encima.

—Quizá no, *signora*, cuando se conozca el trato sufrido por su esposo y por usted, naturalmente.

A veces, preocupaba a Brunetti la creciente ferocidad de su desprecio hacia los medios de comunicación. Tenía la impresión de que todo lo que tenía que hacer un criminal era presentarse como una víctima para que el clamor popular se oyera hasta en Roma. Pon una bomba, roba un banco, degüella a alguien, poco importa: cuando los medios deciden que el acusado ha sufrido maltrato o cualquier

injusticia, por mucho tiempo que haga de ello, esa persona se convierte en tema de largos artículos, de editoriales y hasta de entrevistas. Y aquí estaba él ahora, prácticamente enseñando a una sospechosa a presentarse bajo ese aspecto.

Brunetti salió de su ensimismamiento y volvió a centrar la atención en la *signora* Marcolini.

—... volver con mi marido -la oyó decir.

—Desde luego. ¿Podría volver a hablar con usted, *signora*? - preguntó, sabiendo que tenía autoridad para llevarla a la *questura* y retenerla allí varias horas, si quería.

—Antes deseo hablar con un abogado -dijo ella, con lo que ganó varios puntos en la estima de Brunetti. Conociendo el apellido de la familia que la respaldaría y protegería, Brunetti no dudaba de que su representante legal fuera el mejor.

Brunetti pensó en preguntarle por el hombre que tan claramente había apabullado a Patta en la breve escena que había tenido lugar delante de la habitación de su marido, pero consideró que más valdría callarse ese conocimiento.

—Desde luego, *signora* -dijo sacando una tarjeta de la cartera y entregándosela-. Si en algo puedo ayudarla, llámeme.

Ella tomó la tarjeta, la guardó en el bolsillo de la falda sin mirarla y movió la cabeza de arriba abajo antes de volver a entrar en la habitación de su marido.

Brunetti salió de la planta y del hospital y se encaminó hacia la *questura*, repasando mentalmente su última conversación con la *signora* Marcolini. Su preocupación por su marido parecía sincera. Entonces se puso a pensar en el juicio de Salomón y la historia de las dos mujeres que afirmaban ser madres de la misma criatura. La verdadera madre, por amor a su hijo, renunció a él ante la decisión de Salomón de cortar al niño por la mitad, a fin de que cada mujer tuviera una parte, mientras que la falsa no hizo objeción alguna. Era una historia repetida hasta la saciedad que se había convertido en parte integrante de la memoria colectiva.

Entonces, ¿por qué la *signora* Marcolini no había mostrado curiosidad por la suerte del niño?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 10

Al llegar a la *questura*, Brunetti decidió ver si Patta había llegado y, al subir, lo sorprendió encontrar a la *signorina* Elettra detrás de su mesa, trabajando. A primera vista, parecía una estampa de la selva: camisa con colorista estampado de ramas y pájaros, un par de diminutas patas de mono asomando por debajo del cuello y, completando el efecto tropical, un pañuelo tan rojo como el culo de un babuino.

–Pero si hoy es martes -dijo Brunetti al verla.

Ella sonrió y levantó una mano en ademán de reconocimiento de la debilidad humana.

–Lo sé, lo sé, pero el *vicequestore* me ha llamado a casa para decir que estaba en el hospital y yo me he brindado a venir porque él no sabía cuánto tardaría en llegar. – Y, con una voz en la que Brunetti detectó verdadera preocupación, preguntó: ¿Es que se ha puesto malo?

–Ah, *signorina* -sonrió Brunetti, ésa es una pregunta a la que mi concepto del buen gusto y la ecuanimidad me impiden contestar.

–Claro -dijo ella sonriendo a su vez-. Me temo que voy a tener que usar esa impagable expresión de los políticos cuando son pillados en renuncio: «un lamentable desacierto semántico». Quería decir por qué se encontraba en el hospital cuando me ha llamado.

–Lo he visto allí hace cosa de una hora -dijo Brunetti-. Estaba delante de la habitación de un hombre, un pediatra llamado Pedrolli, que ha sido herido durante una incursión de los *carabinieri* en su casa.

–¿Por qué iban a querer arrestar a un pediatra los *carabinieri*? -preguntó ella, y Brunetti observó la expresión con la que ella sopesaba posibilidades.

–Parece ser que, hace año y medio, él y su mujer adoptaron ilegalmente a un recién nacido -explicó Brunetti-. Anoche los *carabinieri* entraron en varias casas de distintas ciudades, entre ellas, la suya. Debían de estar informados de lo del niño. – Al decirlo, Brunetti reparó en que ésa era una deducción que él había hecho a partir de lo que había insinuado Marvilli, quien se había mostrado extrañamente

evasivo al respecto, y no una información explícita que le hubiera dado el capitán.

–¿Qué ha sido del niño? – preguntó ella.

–Me temo que se lo han llevado.

–¿Qué? ¿Quién se lo ha llevado?

–Los *carabinieri* -dijo Brunetti-. Por lo menos, eso me dijo uno.

–¿Por qué han tenido que hacer eso? – Ella había levantado la voz, y preguntaba en tono perentorio, como si Brunetti fuera el responsable de la suerte del niño. Al no obtener respuesta, la joven insistió:-

¿Adónde se lo han llevado?

–A un orfanato -fue la única respuesta que Brunetti pudo dar-.

Supongo que es ahí donde dejan a los niños hasta que encuentran a los verdaderos padres o hasta que el tribunal decide qué se hace con ellos.

–No; yo no me refiero a eso. ¿Cómo han podido llevarse a un niño después de más de un año?

Nuevamente, Brunetti se encontró en el trance de tratar de justificar lo que creía injustificable.

–Parece ser que el médico y su esposa consiguieron el niño ilegalmente. Ella casi me lo ha confesado. Los *carabinieri* quieren encontrar a la persona que organizó... la venta o lo que fuera. El capitán con el que he hablado me ha dicho que están buscando a un intermediario que ha gestionado varios de los casos. – Omitió que Marvilli no había mencionado al intermediario en relación con los Pedrolli.

La *signorina* Elettra apoyó los codos en la mesa y bajó la cabeza escondiendo la cara en las manos.

–Toda la vida he oído contar chistes de *carabinieri*, pero nunca habría creído que pudieran llegar a ser tan estúpidos -dijo.

–No son estúpidos -dijo Brunetti rápidamente, aunque sin gran convicción.

Ella separó las manos y lo miró:

–Entonces son crueles, lo que es peor. – Aspiró profundamente, y Brunetti supuso que iba a asumir una actitud más profesional.

–Entonces, ¿qué hacemos? – preguntó ella al cabo de un momento.

–Parece ser que Pedrolli y su esposa fueron a una clínica, imagino que particular, de Verona. Una clínica especializada en fertilidad o, por

lo menos, que trata problemas de esterilidad. Me gustaría que viera si encuentra un centro de esas características en Verona. Otras dos parejas que adoptaron ilegalmente pasaron por la misma clínica.

Ella, más calmada ahora que tenía asignada una misión, dijo:

–No creo que sea difícil. Al fin y al cabo, ¿cuántas clínicas de esa especialidad puede haber en Verona?

Él subió a su despacho, dejándola entregada a la tarea de averiguarlo.

Había pasado más de una hora cuando la *signorina* Elettra entró en el despacho de Brunetti. Él observó que llevaba una falda verde hasta media pantorrilla y unas botas que dejaban en ridículo a las de Marvilli.

–¿Sí, *signorina*? -dijo él cuando hubo terminado de contemplar las botas.

–¿Quién lo iba a decir, comisario? – preguntó la joven, que, al parecer, ya lo había perdonado por su intento de defender a los *carabinieri*.

–¿A decir qué?

–Que en Verona y sus alrededores hay tres clínicas de esterilidad, o clínicas particulares con departamentos especializados en problemas de esterilidad.

–¿Y el hospital público?

–Lo he comprobado. Los trata la unidad de Obstetricia.

–O sea, cuatro en total -observó Brunetti-. Y todas en Verona.

–Extraordinario, ¿verdad?

Él asintió. Brunetti, lector infatigable, hacía años que estaba enterado del sensible descenso observado en el número de espermatozoides de la población masculina europea, y había seguido con tristeza la campaña de publicidad que había contribuido a derrotar un referéndum que habría ayudado a fomentar la investigación en materia de fertilidad. La tesitura adoptada por muchos políticos -ex fascistas que abogaban por la inseminación artificial y antiguos comunistas que suscribían los dictados de la Iglesia- tenía a Brunetti alucinado.

–Si está seguro de que fueron a una clínica de Verona, no tengo más que encontrar su número de la Seguridad Social. Tuvieron que darlo,

aunque fuera una clínica privada.

Cuando la *signorina* Elettra entró a trabajar en la *questura*, semejante declaración de intenciones habría impulsado a Brunetti a improvisar un sermón acerca del derecho de los ciudadanos a la intimidad y, en este caso concreto, a la sacrosanta confidencialidad de la relación entre médico y paciente, seguido de un comentario sobre la inviolabilidad del historial clínico de las personas.

–Sí -respondió ahora, sencillamente.

Viendo que ella iba a añadir algo, él levantó la barbilla en señal de interrogación.

–Probablemente, lo más fácil sea repasar sus datos telefónicos y ver a qué números de Verona llamaron -sugirió ella. Brunetti ya ni se molestó en preguntar cómo pensaba obtenerlos.

Después de escribir el nombre de Pedrolli bajo la mirada de Brunetti, ella levantó la cabeza.

–¿La esposa usa el apellido de él o el suyo propio?

–El propio. Marcolini. Su nombre es Bianca.

Ella lo miró e hizo un pequeño sonido gutural que tanto podía ser de afirmación como de sorpresa.

–Marcolini -repitió en voz baja-. Veré qué puedo encontrar. – Y se fue.

Cuando ella salió del despacho, Brunetti pensó en quién podría darle los nombres de las otras personas arrestadas por los *carabinieri*. Quizá lo más rápido fuera utilizar las vías burocráticas existentes y preguntar a los propios *carabinieri*.

Empezó por llamar a Marvilli a la comandancia de Riva degli Schiavoni, donde le informaron de que el capitán había salido a un servicio y no estaba localizable telefónicamente. Cuarenta minutos después, Brunetti había hablado con el comandante de Marvilli, y también con los de Verona y de Brescia, y todos le habían dicho que no estaban autorizados a divulgar los nombres de las personas que habían sido arrestadas. Ni cuando Brunetti afirmó que llamaba por orden de su superior, el *questore* de Venecia, pudo obtener información. Cuando pidió que se retirara al agente de la puerta de la habitación del *dottor* Pedrolli, se le dijo que se tomaba nota de su petición.

Cambiando de táctica, Brunetti marcó el número del despacho de Elio Pelusso, un amigo periodista que trabajaba para *Il Gazzettino*. A los pocos minutos, tenía el nombre, la profesión, la edad y la dirección de cada una de las personas arrestadas, así como el nombre de la clínica de Verona en la que muchos de los detenidos habían sido tratados.

Llevó la información a la *signorina* Elettra y repitió lo que le había dicho la *signora* Marcolini acerca de sus intentos por tener un bebé. Ella movía la cabeza de arriba abajo mientras tomaba nota y luego dijo:

–Existe un libro sobre esto, ¿sabe?

–¿Cómo dice?

–Una novela de un escritor inglés, no recuerdo el nombre. De cuando los niños se acaban y lo que hace la gente por conseguirlos.

–Una idea antimalthusiana, ¿no? – dijo Brunetti.

–Sí. Es casi como si viviéramos en dos mundos -dijo ella-. El mundo en el que la gente tiene demasiados hijos, que enferman y mueren de hambre, y nuestro mundo, en el que la gente desea hijos y no puede tenerlos.

–¿Y hace cualquier cosa por conseguirlos? – preguntó él.

Ella golpeó con el índice los papeles que tenía delante y dijo:

–Eso parece.

De nuevo en su despacho, Brunetti marcó el número de su casa. Cuando Paola contestó con un lacónico «Sí», supuso que la había arrancado de algún pasaje especialmente apasionante de lo que estuviera leyendo y preguntó:

–¿Puedo contratarte como documentalista de internet?

–Depende del tema.

–Tratamientos contra la esterilidad.

Tras una larga pausa, ella preguntó:

–¿Es por ese caso?

–Sí.

–¿Por qué yo?

–Porque sabes buscar.

Después de un muy audible suspiro, Paola dijo:

–Podría enseñarte fácilmente, ya lo sabes.

–Hace años que me dices eso -respondió Brunetti.

–Lo mismo que la *signorina* Elettra, y Vianello, y hasta tus hijos.

–Sí.

–¿Y sirve de algo?

–Pues no, en realidad no sirve de nada.

Se hizo otro largo silencio, y Paola dijo:

–Está bien. Te daré dos horas de mi tiempo y bajaré lo que me parezca interesante.

–Gracias, Paola.

–¿Qué consigo a cambio?

–Devoción imperecedera.

–Creí que eso ya lo tenía.

–Devoción imperecedera y el café servido en la cama durante una semana.

–Esta mañana te han sacado de la cama a las dos -le recordó ella.

–Ya pensaré algo -dijo él, consciente de lo vagas que sonaban sus palabras.

–Más te vale -dijo ella-. De acuerdo, dos horas, pero no podré empezar hasta mañana.

–¿Por qué?

–Porque tengo que terminar este libro.

–¿Qué libro?

-Los *embajadores* -respondió ella.

–Pero, ¿no lo habías leído ya?

–Sí. Cuatro veces.

Un hombre menos bregado en las exigencias de los intelectuales, las exigencias del matrimonio y las exigencias de la prudencia, habría hecho alguna objeción, pero Brunetti claudicó.

–Está bien -dijo, y colgó.

Cuando dejó el teléfono, Brunetti comprendió que habría podido hacer el encargo a Vianello, a Pucetti o, incluso, a cualquiera de los otros agentes. Él había aprendido en el colegio leyendo papel impreso, había estudiado la carrera en papel impreso y conservaba el hábito de creer en el papel impreso. Las contadas veces que había consentido en que alguien le enseñara a utilizar internet para buscar información, se había encontrado inundado de anuncios de toda clase de chorradas y

hasta se había tropezado con alguna página porno. Desde entonces, en las raras ocasiones en que había extendido sus trémulas antenas en la Red había tenido que plegarlas, confuso y derrotado. Se sentía incapaz de descubrir las conexiones entre las cosas.

La idea reverberaba en su cerebro. Conexiones. Concretamente, ¿cuál era la conexión existente entre la *questura* de Venecia y la comandancia de los *carabinieri* de Verona y cómo se había obtenido el permiso para irrumpir en el domicilio del *dottor* Pedrolli?

Si otro comisario había autorizado tal cosa, él se habría enterado, y nadie había mencionado semejante orden, ni antes de la incursión ni después. Brunetti consideró la posibilidad de que los *carabinieri* hubieran montado la operación sin comunicarla a la policía de Venecia y que el juez que la había autorizado les hubiera dicho que era admisible prescindir de tal comunicación. Pero enseguida desechó la idea: demasiados tiroteos -bien pregonados por los medios- se habían producido ya entre diferentes cuerpos de seguridad que operaban ignorando los respectivos planes, como para que un juez se arriesgara a dar lugar a otro de tales incidentes.

Por consiguiente, sólo quedaba la posibilidad más obvia: la incompetencia. Nada más fácil: un e-mail que se envía a una dirección equivocada, un fax que se traspapela, un mensaje telefónico que no se pasa. La explicación más sencilla suele ser la acertada. Aunque él sería de los últimos en negar que el engaño y la intriga desempeñaban también su papel en el normal funcionamiento de la *questura*, sabía que mucho más frecuente era la simple incompetencia. Se asombraba de sí mismo por encontrar reconfortante esta explicación.

CAPÍTULO 11

Brunetti esperó hasta casi las dos a que la *signorina* Elettra le llevara la información que hubiera encontrado acerca de las personas arrestadas la noche anterior. En vista de que ella no aparecía, fue en su busca. A través de la puerta del despacho de Patta, se oía la voz del *vicequestore*: las largas pausas indicaban que estaba hablando por teléfono. La *signorina* Elettra había desaparecido, de lo que Brunetti dedujo que había decidido recuperar la libertad perdida por la mañana, y que volvería cuando lo creyera oportuno.

Era tarde para ir a casa a almorzar, y la mayoría de los restaurantes de los alrededores ya no servían, por lo que Brunetti pensó en ir al bar del puente a tomar un *panino*, y bajó a la sala de agentes, en busca de Vianello, con la intención de preguntarle si quería acompañarle. No estaban ni el inspector ni Pucetti, sólo Alvise, que saludó al comisario con su afable sonrisa.

—¿Ha visto al inspector Vianello, Alvise?

Brunetti observó cómo el agente procesaba la pregunta: el mecanismo mental de Alvise tenía un componente visual. Primero, consideraba la pregunta, luego consideraba quién la había hecho y, finalmente, consideraba qué consecuencias tendría la respuesta que él pudiera dar. Ahora paseó rápidamente la mirada por la sala, quizá para comprobar que seguía tan vacía como cuando había entrado Brunetti, o quizá para ver si se le había pasado por alto la presencia de Vianello, el cual podía estar debajo de alguna mesa. Al comprobar que allí no había nadie que pudiera ayudarlo a responder, concluyó:

—No, señor.

El nerviosismo del agente dio la clave a Brunetti: Vianello había salido de la *questura* para un asunto particular y había dicho a Alvise adónde iba.

El bocado era muy apetitoso para que Brunetti lo dejara escapar:

—Iba a bajar a la esquina a tomar un *panino*. ¿Me acompaña?

Alvise agarró un fajo de papeles de encima de su mesa y lo mostró a Brunetti:

—No, señor. He de leer todo esto. Pero se lo agradezco de todos modos. Es como si hubiera aceptado. — El agente clavó la mirada en la

primera hoja y Brunetti salió de la sala, divertido pero sintiéndose también un poco degradado por la diversión.

Vianello estaba en el bar, leyendo el periódico en la barra, cuando llegó Brunetti. Delante tenía una copa de vino blanco a medio beber.

Primero comer, después hablar. Brunetti señaló unos cuantos *tramezzini*, pidió a Sergio una copa de Pinot Grigio y se quedó al lado de Vianello.

—¿Dice algo? — preguntó señalando el periódico.

Con la vista en los titulares, que voceaban las últimas luchas entre los distintos partidos políticos que repartían codazos a diestro y siniestro, en su afán por mantener el morro en el comedero, Vianello dijo:

—Verás, siempre pensé que no había ningún mal en comprar este diario mientras no lo leyera. Como si comprarlo fuera pecado venial y leerlo, mortal. — Miró a Brunetti y otra vez a los titulares—. Pero ahora me parece que es al contrario, que el pecado grave es comprarlo porque así los animas a seguir imprimiéndolo. Y leerlo es un simple pecado venial porque en realidad no te hace mella. — Vianello levantó la copa y bebió el resto del vino.

—Tendrás que hablarlo con Sergio -dijo Brunetti moviendo la cabeza de arriba abajo para dar las gracias al camarero que le ponía delante el plato de *tramezzini* y la copa de vino. Estaba más interesado en saciar el apetito que en oír despotricar de la prensa a Vianello.

—¿Hablarme de qué? — preguntó Sergio.

—De lo bueno que es el vino -dijo Vianello-. Tan bueno que voy a tomar otra copa.

Vianello apartó el periódico. Brunetti tomó uno de los *tramezzini* y le hincó el diente.

—Demasiada mayonesa -dijo. Terminó el sándwich y bebió media copa de vino.

—¿La esposa te ha dicho algo? — preguntó Vianello cuando Sergio le hubo servido el vino.

—Lo de siempre. Dejó todo el asunto de la adopción en manos del marido y no quiso enterarse de que era ilegal. — Las palabras de Brunetti eran neutras y escéptico el tono-. Las otras personas

arrestadas eran parejas. Así que sospecho que no han atrapado al intermediario.

–¿Alguna posibilidad de que los *carabinieri* nos digan lo que averigüen en los interrogatorios? – preguntó Vianello.

–No han querido ni darme los nombres de los arrestados -respondió Brunetti-. He tenido que recurrir a Pelusso para conseguirlos.

–En general, suelen colaborar un poco más.

Brunetti no estaba convencido de ello. Con frecuencia, había encontrado a *carabinieri* que estaban dispuestos a cooperar, pero individualmente, casos aislados. El cuerpo en sí nunca le había parecido muy dispuesto a compartir información, o triunfos, con otras fuerzas del orden.

–¿Qué te ha parecido el Zorro? – preguntó Vianello.

–¿El Zorro? – preguntó Brunetti distraído, fija la atención en el segundo *tramezzino*.

–El de las botas de cowboy.

–Ah. – Brunetti terminó el vino. Con una seña, pidió a Sergio otra copa y, mientras esperaba, esbozó su opinión del oficial-. Es muy joven para capitán, y no debe de tener mucha experiencia en el mando de esta clase de incursiones. Sus hombres se descontrolaron y va a tener problemas, de manera que está preocupado por su carrera. Al fin y al cabo, la víctima es un médico.

–Sí. Y la mujer es una Marcolini -agregó Vianello.

–Sí. La mujer es una Marcolini.

–En el Véneto esto podía contar bastante más que la profesión del marido.

–¿Qué opinas tú del capitán? – preguntó Vianello.

–Como te he dicho, es joven, aún es una incógnita.

–¿Y eso qué significa?

–Pues que puede resultar un buen oficial: ha estado un poco duro con su hombre, pero estaba con él en el hospital y le ha conseguido unos días de permiso -dijo Brunetti-. Quizá con el tiempo hasta deje de llevar las botas.

–¿O si no?

–Si no, puede convertirse en un bestia y complicar la vida a la gente.

– Sergio puso la segunda copa de vino. Brunetti le dio las gracias y

atacó el tercer *tramezzino*: atún y huevo-. ¿Y a ti qué te ha parecido?

–Creo que puede ser un buen tipo.

–¿Por qué?

–Porque ha ayudado a Sergio a subir el cierre y porque ha dicho «por favor» al negro.

Brunetti tomó un sorbo de vino y consideró la respuesta del inspector.

–Sí, es cierto. – También a Brunetti le parecían sintomáticos estos detalles-. Ojalá tengas razón.

Eran mucho más de las tres cuando volvieron a la *questura*. El resto del día no aportó novedades. La *signorina* Elettra ni volvió ni llamó para justificar su ausencia, por lo menos, a Brunetti; ninguno de los mandos de los *carabinieri* con los que se había puesto en contacto llamó para facilitar información. Brunetti volvió a pedir por Marvilli en el cuartel de Riva degli Schiavoni, pero tampoco estaba. No dio su nombre, ni se molestó en reiterar la petición de que se retirara al agente del hospital.

Poco antes de las cinco, Brunetti marcó el número de la planta de Neurología y preguntó por la *signorina* Sandra. Ella recordaba su nombre, y dijo que el *dottor* Pedrolli, que ella supiera, aún no hablaba, aunque parecía consciente de lo que sucedía a su alrededor. Sí, su esposa seguía con él en la habitación. Dijo Sandra que, instintivamente, ella había impedido que los *carabinieri* hablaran al *dottor* Pedrolli, pero uno de ellos estaba apostado en el pasillo, al parecer, para impedir que entrara en la habitación cualquiera que no fuera médico o enfermera.

Brunetti le dio las gracias y colgó. Bonita colaboración entre las fuerzas del orden. Viles rencillas, luchas intestinas... Comoquiera que lo llamara, Brunetti sabía lo que se avecinaba. Pero prefería no pensar en ello hasta el día siguiente.

Habitualmente, a Brunetti le disgustaba comer lo mismo en el almuerzo y en la cena, pero el atún de los filetes que Paola había cocinado a fuego lento en una salsa de alcaparras, aceitunas y tomate, no parecía proceder del mismo planeta que el de los *tramezzini* del almuerzo. El tacto y la prudencia le aconsejaron no hacer alusión a estos últimos, porque hay comparaciones que ofenden, aunque pretendan ser lisonjeras. Él y su hijo Raffi compartieron el último trozo

del pescado, y Brunetti se aliñó su segunda ración de arroz con el resto de la salsa.

–¿Qué hay de postre? – preguntó Chiara a su madre, y Brunetti notó que aún le quedaba un hueco para algo dulce.

–Helado de higo -dijo Paola, lo que provocó en Brunetti una erupción de contento.

–¿Higo? – preguntó Raffi.

–De la heladería que está cerca de San Giacomo dell'Orio -explicó Paola.

–¿No es la que tiene cantidad de sabores raros? – preguntó Brunetti.

–Sí. Y el de higos es sensacional. El hombre me ha dicho que eran los últimos de la temporada.

En efecto, era sensacional y después de que, entre los cuatro, consiguieran despachar un kilo de helado, Brunetti y Paola se fueron a la sala con sendos vasitos de *grappa*, que era lo que el tío Ludovico siempre había recomendado para contrarrestar los efectos de una comida pesada.

Estaban sentados en el sofá, contemplando los tenues vestigios de luz que aún creían vislumbrar hacia el Oeste.

–Cuando atrasen la hora, antes de cenar ya será de noche -dijo Paola-. Es lo que más me disgusta del invierno, que oscurezca tan temprano.

–Pues es una suerte que no vivamos en Helsinki -dijo él tomando un sorbo de *grappa*.

Paola se movió hasta encontrar una postura más cómoda y dijo:

–Me parece que podrías nombrar cualquier ciudad del mundo y yo estaría de acuerdo en que es una suerte no vivir allí.

–¿Roma? – propuso él, y ella asintió-. ¿París? – Ella asintió con más vehemencia-. ¿Los Ángeles? – aventuró.

–¿Has perdido el juicio?

–¿A qué viene este súbito amor a la patria? – preguntó él.

–A la patria no, a todo el país no, sólo a este trozo.

–¿Por qué así, de repente?

Ella terminó la *grappa* y ladeó el cuerpo, para dejar el vasito en la mesa.

–Porque esta mañana he ido paseando hasta San Basilio. Sin motivo, no porque tuviera algo que hacer allí. Como una turista, digamos. Era temprano, antes de las nueve y aún no había mucha gente. Entré en una *pasticceria* en la que nunca había estado y tomé un brioche que parecía hecho de aire y un *cappuccino* que sabía a gloria, y el camarero comentaba el tiempo con todo el que entraba, y la gente hablaba veneciano, y ha sido como si volviera a ser una niña y ésta fuera una ciudad provinciana, pequeña y tranquila.

–Lo sigue siendo -observó Brunetti.

–Sí, ya lo sé, pero yo me refiero a como era antes de que empezaran a venir millones de personas.

–¿Todas en busca de un brioche hecho de aire y un *cappuccino* que sabe a gloria?

–Exactamente, y de la *trattoria* baratita en la que sólo comen los del barrio.

Brunetti apuró la *grappa* y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, con el vasito en la mano.

–¿Conoces a Bianca Marcolini? Está casada con el pediatra Gustavo Pedrolli.

Ella lo miró un momento.

–De oídas. Trabaja en un banco. Hace obras sociales, me parece, ya sabes, Lions Club, Salvar Venecia y esas cosas. – Ella calló y a Brunetti casi le parecía oír pasar las páginas de su memoria-. Si es quien creo que es, mejor dicho, si son los Marcolini que yo imagino, mi padre los conoce.

–¿Personal o profesionalmente?

Ella sonrió.

–Sólo profesionalmente. Marcolini no es la clase de hombre al que mi padre trataría socialmente. – Al ver la expresión con que Brunetti recibía estas palabras, añadió-: Ya sé lo que piensas de las ideas políticas de mi padre, Guido, pero puedo asegurarte que las de Marcolini incluso a él le repelen.

–¿Por qué razón en concreto? – preguntó Brunetti, aunque no estaba sorprendido. El *conte* Orazio Falier era tan dado a despreciar a los políticos de la derecha como a los de la izquierda. Si en Italia

hubiera existido un centro, sin duda también habría encontrado razones para despreciarlo.

–Hay quien ha oído a mi padre tachar sus ideas de fascistoides.

–¿En público?

La pregunta la hizo sonreír otra vez.

–¿Recuerdas alguna vez en la que mi padre haya hecho una observación política en público?

–Acepto la rectificación -admitió Brunetti, aunque le resultaba difícil imaginar que existiera una doctrina política que una persona como el conde pudiera tachar de fascistoide.

–¿Ya has terminado *Los embajadores*? -preguntó Brunetti, que lo consideró una forma cortés de inquirir si había empezado su búsqueda de información sobre esterilidad.

–No.

–Está bien, no te preocupes por la información que te pedí que buscaras.

–¿Sobre fertilidad?

–Sí.

Ella lo miró con evidente alivio.

–Pero me gustaría que tuvieras el oído alerta por si pescas algo acerca de Bianca Marcolini y su familia.

–¿Incluido el horrendo padre y sus aún más horrendas ideas políticas?

–Sí. Por favor.

–¿La policía piensa pagarme o se supone que es uno de mis deberes de ciudadana del Estado?

Brunetti se puso en pie.

–La policía te traerá otra *grappa*.

CAPÍTULO 12

Brunetti durmió hasta casi las nueve y luego se quedó en la cocina leyendo los periódicos que Paola había subido antes de ir a la universidad. Todos los artículos daban los nombres de las personas arrestadas en la redada de los *carabinieri*, pero sólo *Il Corriere* informaba de que los *carabinieri* seguían buscando al presunto organizador del tráfico. Ninguno de los artículos daba detalles sobre el paradero de los niños, aunque *La Repubblica* decía que sus edades oscilaban entre uno y tres años.

En este punto, Brunetti interrumpió la lectura: si incluso una persona tan poco imaginativa como Alvise se había indignado al oír que un niño de dieciocho meses había sido separado de sus padres, ¿qué habrían de sentir los padres de un niño de tres años? Brunetti no podía considerar a las personas que habían adoptado a los niños más que como padres, no padres adoptivos sino, sencillamente, padres.

Fue directamente a su despacho. En la mesa encontró más papeles, cosas de rutina, asuntos de personal, ascensos, nuevas disposiciones sobre el registro de armas de fuego. También había -lo cual era más interesante- una nota de Vianello. El inspector había escrito que iba a hacer una visita para hablar acerca de «sus médicos». No «con» sino «acerca de», lo que indicaba a Brunetti que el inspector seguía con la que se había convertido en su casi personal investigación de la relación que sospechaba que existía entre tres especialistas del Ospedale Civile y uno o más farmacéuticos locales.

El interés de Vianello se había despertado semanas antes, cuando uno de sus informadores -cuya identidad Vianello se resistía a revelar- dijo que quizá interesara al inspector conocer la frecuencia con la que ciertos farmacéuticos, que estaban autorizados a programar las visitas a especialistas, enviaban a sus clientes a esos tres médicos. Vianello mencionó la información a la *signorina* Elettra, que la encontró tan sorprendente como él. Entre los dos habían convertido el caso en una especie de proyecto científico escolar y rivalizaban para descubrir cómo aquellos tres médicos habían atraído la atención del informante de Vianello.

La explicación fue aportada por la hermana de la *signorina* Elettra, también médico, cuando les dijo que una reciente innovación burocrática daba acceso a los farmacéuticos al ordenador central de la sanidad pública de la ciudad, a fin de permitirles programar las visitas a los especialistas, de los pacientes que les enviaban los médicos de atención primaria. Con ello se evitaba a los pacientes pérdidas de tiempo haciendo cola en los hospitales para pedir hora. Por este servicio el farmacéutico percibía unos honorarios.

La *signorina* Elettra, al igual que Vianello, inmediatamente imaginó el procedimiento: lo único que un farmacéutico avisado necesitaba era un especialista, o más de uno, que se aviniera a aceptar visitas de pacientes fantasmas. ¿Y cuánto más productivo no sería generar directamente las visitas al especialista, para lo que el farmacéutico no tenía más que escribir al pie de una receta cualquiera, cuatro palabras recomendándola? La sanidad pública, la ULSS, no era famosa por su eficacia administrativa, y parecía poco probable que se examinara atentamente la caligrafía de las recetas: lo único que se cotejaba era el nombre del paciente y su número de registro. Los pacientes casi nunca veían su ficha médica, por lo que la posibilidad de que se enterasen de sus visitas fantasma al especialista era remota. La sanidad pública no tendría por qué cuestionar el cargo del médico por la visita ni los honorarios del farmacéutico por haberla programado. Se ignoraban los tratos que hacían el médico y el farmacéutico, aunque 25-75 parecía un reparto equitativo. Si una visita al especialista suponía entre 150 y 200 euros, el farmacéutico que consiguiera programar cuatro o cinco a la semana podía darse por satisfecho, y más aún, los médicos, que aumentaban sus ingresos pero no el volumen de trabajo.

Era, pues, de suponer que esta mañana Vianello estaba en algún lugar de la ciudad hablando con la persona que le había dado el soplo del tejemaneje, o con alguno de sus otros informadores. Brunetti no sabía, y prefería no preguntar, qué daba Vianello a cambio de aquella información, como, por su parte, confiaba en que nadie le preguntara cómo se las ingeniaba él para recompensar a sus propias fuentes por la información que le facilitaban.

Seguro de que, a su vuelta, Vianello le pondría al corriente de las novedades, Brunetti marcó el número de Neurología y preguntó por la

signora Sandra.

–Aquí el comisario Brunetti, *signora* -dijo cuando ella contestó.

–Está mejor -dijo ella, saltándose preliminares, para ahorrarles tiempo a ambos.

–¿Ya ha hablado?

–No conmigo ni con nadie del personal, por lo menos, que yo sepa.

–¿Con su esposa?

–No lo sé, comisario. Ella se ha ido a su casa hará una media hora, y ha dicho que volvería a la hora del almuerzo. El *dottor* Damasco ha llegado hace un rato y en este momento está en la habitación.

–Si yo fuera al hospital ahora, ¿podría hablar con él?

–¿Con quién? ¿Con el *dottor* Damasco o con el *dottor* Pedrolli?

–Con cualquiera. Con los dos.

La voz de la mujer se redujo a un susurro.

–El *carabiniere* sigue en el pasillo, delante de la habitación. No dejan entrar a nadie más que a la esposa y al personal del hospital.

–En tal caso, tendré que hablar sólo con el *dottor* Damasco -dijo Brunetti.

Después de una pausa larga, la enfermera dijo:

–Si viene enseguida, quizá pueda hablar con los dos.

–¿Cómo dice?

–Venga a Enfermería. Si yo no estoy, espéreme. En el cajón superior de la derecha encontrará un estetoscopio. – La mujer colgó el teléfono.

Brunetti salió de la *questura* sin decir adónde iba, fue andando hasta el hospital y se dirigió a la planta de Neurología. Detrás del mostrador no había nadie. Brunetti tuvo un momento de nerviosismo, miró hacia el pasillo para cerciorarse de que estaba desierto, dio la vuelta a la mesa y abrió el cajón de arriba a mano derecha. Extrajo el estetoscopio, se lo colgó del cuello y volvió a situarse al otro lado. Sacó dos hojas de la papelera, las sujetó a una tablilla y se puso a leerlas.

Al cabo de un momento, la *signora* Sandra, que hoy llevaba vaqueros negros y bambas negras, se reunió con él. Otra enfermera a la que Brunetti no conocía se les acercó por detrás y Sandra dijo dirigiéndose a Brunetti:

–Ah, *dottore*, me alegro de que haya podido venir. El *dottor* Damasco lo espera. – Y, a la otra enfermera-: Maria Grazia, por favor,

acompaña al *dottor* Costantini a la 307. El *dottor* Damasco lo está esperando.

Brunetti se preguntaba si Sandra trataba de mantenerse al margen del subterfugio, por si después había problemas, pero luego se le ocurrió que el guardia podía haber observado su actitud protectora hacia el *dottor* Pedrolli y sospechar de ella.

Con la mirada en los papeles, copias de informes de laboratorio que no tenían ningún sentido para él, Brunetti siguió a la enfermera hacia la habitación. El *carabiniere* uniformado que estaba sentado frente a la puerta miró a la enfermera y luego a Brunetti cuando se acercaban.

-*Dottor* Costantini -explicó la mujer señalando a Brunetti-. Ha venido para una consulta con el *dottor* Damasco.

El guardia asintió y reanudó la lectura de la revista que tenía abierta sobre las rodillas. La enfermera abrió la puerta, anunció al *dottor* Costantini e hizo entrar a Brunetti. Ella se quedó en el pasillo y cerró la puerta.

Damasco miró al recién llegado y movió la cabeza de arriba abajo.

-Ah, sí, Sandra me ha dicho que quería usted vernos. - Volviéndose hacia Pedrolli, que tenía los ojos fijos en Brunetti, dijo:- Gustavo, éste es el hombre que estuvo aquí ayer.

Pedrolli miraba a Brunetti sin parpadear.

-Es policía, Gustavo, ya te lo dije.

Pedrolli levantó la mano derecha y la movió arriba y abajo sobre el pecho, donde Brunetti llevaba el estetoscopio.

-Los *carabinieri* han puesto un guardia en la puerta. La única manera de que pudiera entrar a hablar contigo era hacerse pasar por médico -explicó Damasco.

La expresión de Pedrolli se suavizó. La barba disimulaba los surcos de las mejillas que parecían haberse acentuado desde la víspera. Estaba tendido en la cama, con la manta subida hasta el pecho. Por encima de la manta, Brunetti vio un pijama a rayas azules y blancas. El pelo, que había sido castaño claro, estaba canoso, lo mismo que la barba. Tenía la tez y los ojos claros que suelen acompañar a este tono de pelo. Un hematoma negro le bajaba desde encima de la oreja y desaparecía en la barba.

Brunetti permanecía en silencio, atento a si Pedrolli querría, o podría, decir algo. Al dejar la tablilla en la mesita de noche, el estetoscopio le rozó el brazo, y se sintió ridículo por aquella impostura.

Transcurrió un minuto sin que ninguno de los tres hombres hablara. Finalmente, Damasco dijo, sin disimular la impaciencia:

—De acuerdo, Gustavo. Si te empeñas, seguiremos jugando a las adivinanzas. — Y a Brunetti-: Si levanta un dedo la respuesta es sí. Dos dedos, no. — Como Brunetti no respondiera, apremió-: Adelante, comisario. Es engorroso y, probablemente, innecesario, pero si es el medio que Gustavo ha adoptado para protegerse, tendremos que aceptarlo. — Damasco extendió el brazo y asió un pie de Pedrolli por encima de la manta con un afectuoso apretón, como para compensar la sequedad de su tono. — En vista de que Brunetti seguía sin hablar, agregó-: No le he preguntado sobre lo sucedido. Es decir, sólo si recordaba haber sido golpeado, y no lo recuerda. Es lo único que me preocupa, como médico.

—¿Y como amigo? — preguntó Brunetti.

—Como amigo... -empezó Damasco y se detuvo un momento a reflexionar-. Como amigo, he aceptado la descabellada idea de Sandra de hacerle entrar a usted para que pueda hablar con él.

Pedrolli parecía seguir la conversación; por lo menos, su mirada iba del uno al otro. Cuando Damasco terminó de hablar, Pedrolli miró a Brunetti, esperando la respuesta.

—Como ya le ha dicho su amigo -empezó Brunetti volviéndose hacia el hombre que estaba en la cama-, soy policía. Ayer, de madrugada, uno de mis agentes me llamó para decirme que un hombre había sido agredido y estaba en el hospital, y vine a enterarme de lo sucedido. Mi preocupación era, y sigue siendo, la agresión armada a un ciudadano, no el motivo ni su propia reacción. Por lo que yo sé, usted actuó como lo habría hecho cualquier ciudadano que fuera atacado en su domicilio: trató de defender a su familia y a sí mismo.

Brunetti hizo una pausa y miró a Pedrolli. El médico levantó un dedo.

—Ignoro cómo van a llevar este caso los *carabinieri*, cómo presentarán la información, y cuáles serán las acusaciones que formulen contra usted, *dottore* -dijo Brunetti, decidiendo ajustarse a la

verdad todo lo posible-. Pero me consta que creen poder imputarle una larga lista de cargos.

A esto, Pedrolli levantó la mano derecha y la agitó en el aire.

–El oficial con el que hablé mencionó soborno de funcionario público, falsificación de documentos oficiales, resistencia al arresto y agresión a un agente de la autoridad en acto de servicio. El hombre al que pegó.

Nuevamente, se alzó la mano en señal de interrogación.

–No; nada grave. Ni siquiera tiene rota la nariz. Mucha sangre pero poco daño.

Pedrolli cerró los ojos con lo que podía ser expresión de alivio. Después miró a Brunetti y, con los dedos de la mano derecha, le tomó la izquierda y movió su alianza arriba y abajo.

–Su esposa está bien, *dottore* -respondió Brunetti, sorprendido por la preocupación de Pedrolli, dado que hacía poco que la mujer había salido de la habitación.

Pedrolli meneó la cabeza, repitió la señal con el anillo y después, para mayor claridad, juntó las muñecas como si estuvieran atadas. O esposadas.

Brunetti levantó las dos manos rechazando la idea.

–No se han presentado cargos contra ella, *dottore*. Y el capitán me dijo que, probablemente, no los habrá.

A esto, Pedrolli se señaló el pecho con el índice de la mano derecha, y Brunetti dijo:

–Sí, sólo contra usted, *dottore*.

Pedrolli inclinó la cabeza hacia un lado y encogió el hombro contrario, como resignándose a su suerte.

Brunetti añadió, a título de información y sin hacer derroche de sinceridad:

–Esta investigación no me incumbe, *dottore*. Será hecha por los *carabinieri*, no por nosotros. – Hizo una pausa y prosiguió:- Es cuestión jurisdiccional. Habiendo hecho ellos el arresto, el caso les pertenece. – Esperó la señal de que Pedrolli había comprendido, o creído, sus palabras y añadió:- Mi cometido se limita a esclarecer las circunstancias de la agresión de la que ha sido víctima, agresión que puede constituir delito. – Brunetti sonrió y se volvió hacia el *dottor*

Damasco-. No quiero cansar a su amigo, *dottore*. -Eligiendo cuidadosamente las palabras, añadió-: Si se produce algún cambio, ¿me avisará?

Antes de que Damasco pudiera responder, Pedrolli extendió el brazo y asió a Brunetti por la muñeca, tirando de él con fuerza, para que se acercara a la cama. Movi6 los labios, pero de ellos no salió sonido alguno. Al observar la extrañeza de Brunetti, Pedrolli hizo con los dos brazos ademán de acunar y mecer a un niño.

–¿Alfredo? – preguntó Brunetti.

Pedrolli asintió.

Brunetti dio unas palmadas en el dorso de la mano derecha de Pedrolli.

–Él está bien, *dottore*. No se preocupe. Está muy bien.

Pedrolli agrandó los ojos, y Brunetti vio asomar unas lágrimas. Volvió la cabeza, fingiendo que Damasco había dicho algo, y cuando volvió a mirar a Pedrolli, éste tenía los ojos cerrados.

Damasco se adelantó diciendo:

–Le llamaré si hay novedad, comisario.

Brunetti asintió en señal de agradecimiento, recuperó la tablilla y salió de la habitación. El *carabiniere* seguía sentado delante de la puerta, pero casi ni miró a Brunetti. En Enfermería, Brunetti no vio a nadie, ni tampoco en el pasillo. Desprendió los papeles de la tablilla y los arrojó a la papelera, luego puso la tablilla en la mesa. Se quitó el estetoscopio, lo guardó en el cajón y salió de la planta.

CAPÍTULO 13

Brunetti regresó a la *questura* sin prisas, pensando en las cosas que había dejado de preguntar y dando vueltas a las incógnitas del... ni siquiera sabía cómo llamarlo: caso, situación, dilema, fregado... Pedrolli.

Sin información de las otras adopciones y con el persistente silencio de Pedrolli, Brunetti ignoraba los detalles de la adquisición tanto del niño del doctor como de los otros. No sabía si las madres eran italianas, dónde habían dado a luz, cómo y dónde se había hecho entrega de los niños, ni cuál era la tarifa. Esta palabra lo horrorizó. Luego estaba el aspecto burocrático: ¿cuánto papeleo se precisaba para probar la paternidad? En una caja metálica color naranja de galletas de Navidad, guardaban él y Paola las partidas de nacimiento de los niños, las fichas médicas, las cartillas de vacunación, las fes de bautismo, los recordatorios de la primera comunión y varios certificados escolares. Si mal no recordaba, la caja estaba en el estante de arriba del armario del dormitorio, y los pasaportes, en un cajón del estudio de Paola. No recordaba cómo habían conseguido los pasaportes de los chicos; seguramente, habrían tenido que presentar los certificados de nacimiento, que también habrían sido necesarios para matricularlos en la escuela.

Toda la información oficial sobre los nacimientos y defunciones ocurridos en Venecia, así como los cambios de domicilio, se guarda en el Ufficio Anagrafe. Al salir del hospital, Brunetti decidió pasarse por allí: no podía haber momento más oportuno para hablar con algún empleado acerca del proceso burocrático que tiene por objeto la creación de la identidad legal.

Caminando tras un lento cortejo de turistas, Brunetti cruzó el Ponte del Lovo, pasó por delante del teatro y dobló la esquina pero, al llegar al Ufficio Anagrafe y entrar en el laberinto de oficinas municipales de la calle Loredan, vio cómo sus planes se frustraban por una banalidad: aquel día, los funcionarios municipales hacían huelga para protestar por el retraso en la firma de su convenio, que había expirado diecisiete meses atrás. Brunetti se preguntó si la policía -funcionarios municipales al fin y al cabo- tenía derecho a hacer huelga, decidió que

sí, y entró en Rosa Salva a tomar café y luego en la librería Tarantela, a ver qué novedades habían recibido. No vio nada que lo sedujera: las biografías de Mao, Stalin y Lenin seguramente lo llevarían a la desesperación. Había leído una crítica desfavorable de una nueva traducción de Pausanias que le hizo desistir de su compra. Como tenía por costumbre no salir de una librería con las manos vacías, se decidió por *Lettere dalla Russia*, una traducción de las crónicas del *marquis* de Custine de sus viajes por Rusia de 1839, editada en Turín en 1977. El libro se refería a una época más moderna que la que le interesaba normalmente, pero era el único que lo atraía y, con huelga o sin huelga, ya no podía entretenerse más.

Brunetti se sentía muy virtuoso al reanudar la marcha hacia la *questura* para volver al trabajo, sabiendo que había una huelga de funcionarios que le brindaba la oportunidad de irse a casa a empezar el libro. Entró en su despacho muy satisfecho de sí mismo, dejó el libro en la mesa y se acercó los papeles que se habían acumulado. Por más que se esforzaba en concentrarse en listas y propuestas, no podía dejar de dar vueltas a los interrogantes que suscitaba Pedrolli. ¿Por qué Marvilli se había negado a dar más información? ¿Quién había autorizado el asalto de los *carabinieri* al domicilio de un ciudadano de Venecia? ¿Qué poder había hecho acudir al *vicequestore* a la habitación de Pedrolli, a las pocas horas de su ingreso en el hospital? ¿Y cómo se habían enterado los *carabinieri* de la ilegalidad cometida por el pediatra?

Su reflexión fue interrumpida por el timbre del teléfono.

—Brunetti.

—Baje ahora mismo. — Y la voz de Patta cesó bruscamente.

Al levantarse Brunetti, su mirada tropezó con la contracubierta del libro que acababa de comprar: «... la arbitraria imposición del poder que caracterizaba...».

—Ah, *Monsieur le Marquis* -dijo en voz alta-, y eso que no sabíais de la misa la mitad...

No vio a la *signorina* Elettra. Brunetti llamó a la puerta y entró en el despacho del *vicequestore* sin esperar respuesta. Patta estaba sentado a una mesa cubierta por el cúmulo de papeles propio del funcionario público estresado; su bronceado veraniego empezaba a palidecer, lo

que acentuaba la impresión de incansable dedicación a las múltiples tareas del cargo.

Brunetti aún no había llegado a la mesa cuando Patta preguntó:

–¿En que está trabajando, Brunetti?

–En el asunto del personal de equipajes del aeropuerto y en el del Casino -dijo como el que informa al dermatólogo acerca del hongo que ha pillado por enésima vez en el trabajo.

–Todo eso puede esperar -dijo Patta, apreciación que su subordinado compartía plenamente. Y, cuando Brunetti llegó frente a la mesa, el *vicequestore* preguntó-: Supongo que ya se habrá enterado de esa descoordinación que ha habido con los *carabinieri*, ¿no?

–¿Una descoordinación ha sido? Sí, señor.

–Bien. Siéntese, Brunetti. Me pone nervioso ahí de pie.

Brunetti obedeció.

–Los *carabinieri* se extralimitaron y tendrán que dar gracias si el hombre al que mandaron al hospital no los demanda. – La observación de Patta acrecentó a los ojos de Brunetti la importancia del individuo al que había visto hablar con el *vicequestore* frente a la puerta de Pedrolli. Tras un momento de reflexión, Patta concedió-: Aunque no creo que lo haga. Nadie desea esa clase de complicaciones judiciales. – Brunetti pensó en preguntar si el hombre del pelo blanco desearía involucrarse en la consiguiente causa legal, pero la prudencia le aconsejó no revelar que estaba enterado de la visita de Patta al hospital, y se limitó a preguntar:

–¿Qué desea que haga, señor?

–Parece que no está muy clara la naturaleza de las comunicaciones que hubo entre los *carabinieri* y nosotros -empezó Patta. Miró a Brunetti entornando los ojos, como para comprobar si recibía el mensaje en clave y sabría actuar en consecuencia.

–Comprendo -dijo Brunetti. Así pues, los *carabinieri* podían aportar la prueba de que habían informado a la policía acerca de la operación, y la policía no había encontrado la prueba de haberlo recibido. Brunetti indagó entonces en las reglas de la lógica que con tanto interés había estudiado en la universidad, hacía ya décadas. Algo decían acerca de la dificultad -¿o era la imposibilidad?– de demostrar una negativa. Eso significaba que Patta estaba tanteando el terreno

para decidir qué sería menos arriesgado: culpar a los *carabinieri* por abuso de fuerza o encontrar en la *questura* a un chivo expiatorio que se llevara el varapalo por no haber dado curso al mensaje de los *carabinieri*.

–Visto lo ocurrido a ese médico, quiero que usted se encargue de que se le trate con la debida consideración. Para que no pase algo más.

Brunetti se abstuvo de terminar la frase del *vicequestore* con las palabras: «... que pueda traerme complicaciones».

–Desde luego, *vicequestore*. ¿Le parece bien que hable con él o, quizá, con la esposa?

–Sí -dijo Patta-. Haga lo que crea conveniente. Sólo procure que el asunto no se nos vaya de las manos y nos cree problemas.

–Por supuesto, *vicequestore* -dijo Brunetti.

Patta, una vez transferida la responsabilidad, fijó la atención en los papeles que tenía en la mesa.

–Le tendré informado, señor -dijo Brunetti poniéndose en pie.

Muy absorto en las obligaciones del cargo para responder de viva voz, Patta agitó una mano, y Brunetti abandonó el despacho.

Ya que Paola había accedido a ayudarle buscando información acerca de Bianca Marcolini, Brunetti, haciendo de tripas corazón, bajó al ordenador de la sala de los agentes, donde causó la admiración de sus colegas por la soltura con que se conectó a internet y tecleó «*infertilità*» sin tener que rectificar más que dos errores de pulsación.

Durante la hora siguiente, el comisario, rodeado de la rama uniformada del personal, fue el aglutinante de una labor corporativa orientada a la recopilación de datos. En ocasiones, alguno de los agentes más jóvenes no es que tratara de quitar de en medio a su superior pero sí deslizaba la mano por debajo de la del comisario, para teclear una palabra o dos. No obstante, Brunetti en ningún momento cedió el mando del teclado ni del ratón, e insistía en imprimir todo aquello que le parecía de interés, con la vana ilusión de que realizaba una labor de documentación análoga a la que solía hacer en sus tiempos de estudiante, en la biblioteca de la universidad.

Cuando hubo terminado y recogió el montón de hojas acumulado en la impresora, lo asaltaron dos pensamientos: la información era muy rápida, casi instantánea, pero él no sabía en qué medida era fiable.

¿Qué acreditaba a una página más que a otra? ¿Y qué demonios era «Il Centro per le Ricerche sull'Uomo» o el «Istituto della Demografia»? Que él supiera, detrás de las fuentes consultadas tanto podía estar la Iglesia católica como una sociedad abortista.

Hacía tiempo que Brunetti se había hecho a la idea de que la mayor parte de lo que leía en los libros, diarios y revistas era sólo una aproximación de la verdad, sesgada siempre hacia la izquierda o hacia la derecha. Pero, por lo menos, sabía de qué pie cojeaban la mayoría de los periodistas y, con los años, había aprendido a leer discriminando y casi siempre conseguía descubrir una parte de verdad -no se hacía ilusiones de encontrarla toda- en lo que leía. Pero frente a la Red, al ignorar el contexto, todas las fuentes le merecían la misma confianza. Brunetti se encontraba a la deriva en lo que bien podía ser un mar de mentiras y distorsiones de internet, sin la brújula que había aprendido a usar en las aguas más familiares de las mentiras periodísticas.

Cuando por fin volvió a su despacho y se puso a leer lo que había impreso, descubrió entre las distintas fuentes una sorprendente coincidencia. Aunque las cifras y porcentajes variaban ligeramente, saltaba a la vista el fuerte descenso del índice de natalidad en la mayoría de los países occidentales, por lo menos, entre la población autóctona. Los inmigrantes tenían más hijos. Él sabía que existía una definición políticamente correcta de este hecho estadístico esencial: «diversidad cultural», «expectativas culturales diferentes»... Comoquiera que se formulara la idea: los pobres tenían más hijos que los ricos, como siempre, sólo que antes morían más niños a causa de enfermedad y de miseria y, ahora, asentados en Occidente, sobrevivían.

Por un lado, en toda Europa aumentaba el número de los niños nacidos de los inmigrantes, mientras, por otro lado, los nativos tenían dificultades para reproducirse. Actualmente, las europeas tenían su primer hijo a una edad más avanzada que las mujeres de la generación anterior. El número de las parejas que contraían matrimonio era menor. El precio de la vivienda se había disparado espectacularmente, lo que dificultaba formar un hogar a los jóvenes de clase trabajadora. ¿Y cuántas parejas podían permitirse tener un hijo, con un solo sueldo?

Estos factores, Brunetti lo sabía, simplemente, planteaban opciones, no suponían impedimentos físicos insuperables. La constante disminución de la cantidad de espermatozoides viables, por el contrario, no era mera cuestión optativa. ¿La causaba la contaminación? ¿Algún cambio genético? ¿Una enfermedad no detectada? Las páginas de la Red mencionaban repetidamente un número de sustancias fálicas, que se encontraban en multitud de productos de uso habitual, entre otros, los desodorantes y los envoltorios de los alimentos: al parecer, se observaba una proporción inversa entre su presencia en la sangre y el índice espermático del hombre. Aunque había coincidencia en atribuir a estas sustancias la causa del deterioro ocurrido durante el medio siglo último, ninguno de los artículos se atrevía a mencionarlas como causa directa. Brunetti siempre había opinado que las mayores expectativas económicas debían de haber influido en la tasa de natalidad tanto como el declive del índice espermático. Al fin y al cabo, siempre había habido millones de espermatozoides y aunque ahora su número se hubiera reducido a la mitad tenían que seguir siendo suficientes.

Uno de los artículos señalaba que el índice espermático de los inmigrantes que llevaban varios años en Europa también empezaba a disminuir, lo cual confirmaba la teoría de que la contaminación ambiental era la causa.

¿No era el plomo de las conducciones de agua lo que, según se decía, contribuyó al deterioro de la salud y la fertilidad de la población de la Roma imperial? Ahora ya poco importaba, pero los romanos, por lo menos, no sospechaban la posible relación; sería en épocas posteriores cuando se descubriera la causa, pero tampoco se hacía algo por remediarla.

Las disquisiciones históricas de Brunetti fueron interrumpidas por la llegada de Vianello. El inspector entró en el despacho con una amplia sonrisa en la cara y un fajo de papeles en la mano.

—Yo siempre había odiado el delito administrativo, pero ahora cuantas más cosas sé de él más me apasiona -dijo poniendo los papeles en la mesa y sentándose.

Brunetti se preguntó si Vianello no estaría pensando en cambiar de profesión, y a buen seguro que la *signorina* Elettra no sería ajena a tal decisión.

–¿Que te apasiona? – preguntó Brunetti señalando los papeles como si fueran el instrumento de la conversión de Vianello.

–Verás -matizó Vianello, advirtiéndole la sorna de su superior-: me gusta porque no tienes que seguir a nadie por la calle, ni pasarte horas en la puerta de su casa, aguantando la lluvia, esperando a que salga para volver a pegarte a sus talones. Ante el silencio de Brunetti, el inspector prosiguió-: Antes me aburría estar horas repasando declaraciones de impuestos y memorias financieras, comprobando cargos a tarjetas de crédito y datos bancarios.

Brunetti estuvo a punto de observar que, dado que la mayoría de tales actividades eran ilegales, a menos que se dispusiera de una orden judicial, quizá era preferible que un policía las encontrara aburridas.

–¿Y ahora? – preguntó Brunetti suavemente.

Vianello sonrió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

–Ahora me parece que le voy encontrando el gusto. – No necesitó que Brunetti le animara, para continuar-: Debe de ser la emoción de la cacería. Encuentras una señal de lo que pueden estar tramando: cifras que no casan, que son muy altas o muy bajas, y empiezas a seguir el rastro por otras anotaciones, o encuentras sus nombres en sitios inesperados, donde no deberían estar. Y van apareciendo cifras cada vez más extrañas, y entonces ves qué es lo que pretenden y cómo puedes seguirles la pista. – Sin darse cuenta, Vianello había ido subiendo el tono de voz y hablando con más vehemencia-. Y, sin moverte de la mesa, has descubierto todo lo que hacen, porque has visto su modo de operar y puedes adelantarte a sus manejos. – Vianello calló un momento y sonrió-. Supongo que esto es lo que debe de sentir la araña. Las moscas no saben que la tela está ahí, no pueden verla ni adivinar su presencia, y siguen zumbando y haciendo de moscas, y tú estás allí sentado, esperando a que caigan.

–¿Y entonces te las zampas? – preguntó Brunetti.

–Es una manera de expresarlo, supongo -respondió Vianello, visiblemente satisfecho de sí mismo y de su metáfora.

–¿Y... más concretamente? – dijo Brunetti mirando en dirección a los papeles-. ¿Por lo que se refiere a tus médicos y a sus servicios farmacéuticos?

Vianello asintió.

–He echado un vistazo a las cuentas bancarias de los médicos que mi..., hum, mi contacto mencionó. Durante los seis últimos años. – Aun ante la patente ilegalidad del casual «echado un vistazo» de Vianello, Brunetti permaneció impávido como una esfinge-. Viven bien, desde luego, son especialistas, y cobran en efectivo buena parte de sus ingresos. ¿Ha existido alguna vez un especialista que te extendiera un recibo por una visita particular? Hace cuatro años, uno abrió una cuenta en Liechtenstein.

–¿Fue entonces cuando se empezó a hinchar el número de las visitas?

–No estoy seguro, pero mi contacto me dijo que hace años que funciona la cosa.

–¿Y los farmacéuticos?

–Eso es lo curioso -dijo Vianello-. En Venecia, sólo hay cinco farmacéuticos autorizados a programar las visitas a los especialistas: creo que la capacidad del ordenador influye en la autorización. He empezado a mirar sus archivos. – Nuevamente, Brunetti se hizo el sordo-. Durante este período, ninguno ha aumentado su promedio de ahorro ni sus compras con tarjeta -reconoció el inspector Vianello con gesto de decepción. Y, como para darse ánimo, añadió-: Pero esto no supone necesariamente que tengamos que descartarlos.

–¿A cuántos has examinado?

–A dos.

–Hmm. ¿Cuánto tiempo te llevará comprobar a los otros?

–Un par de días.

–¿Y no hay dudas acerca de esas falsas visitas?

–Ninguna. Sólo que, de momento, no sé cuáles son las farmacias implicadas.

Brunetti hizo un breve repaso de las posibilidades.

–Sexo, droga y juego: éstos acostumbran a ser los motivos por los que la gente se arriesga a cometer un fraude para hacer dinero.

–Pues si éstos han de ser los únicos motivos, los que ya he investigado quedan fuera de sospecha -dijo Vianello sin convicción.

–¿Por qué?

–Porque el uno tiene setenta y seis años y el otro vive con su madre.

Brunetti, que opinaba que tales circunstancias no impedían necesariamente que un individuo tuviera adicción al sexo, la droga o el juego, preguntó:

–¿Quiénes son?

–El viejo se llama Gabetti. Padece del corazón y se presenta en la farmacia sólo dos veces a la semana. No tiene hijos, sólo un sobrino que vive en Turín y que lo heredará todo.

–¿Así pues, descartado? – preguntó Brunetti.

–Algunos lo descartarían, pero yo no -dijo Vianello con súbito énfasis-. Es el clásico avaro. Heredó la farmacia de su padre hace más de cuarenta años y desde entonces no se ha gastado ni un céntimo en mantenimiento. Me han dicho que, si te asomas a la trastienda, tienes la impresión de estar en Albania o algún sitio por el estilo. Y, del váter, vale más no hablar. Es soltero y siempre ha vivido solo. No tiene otra afición que la de hacer dinero, invertirlo y verlo crecer. Es el único aliciente de su vida.

–¿Y tú piensas que él haría algo así? – preguntó Brunetti sin disimular su escepticismo.

–La mayoría de las visitas programadas para los tres médicos lo han sido por Gabetti.

–Ya -dijo Brunetti, asimilando la información-. ¿Y qué hay del otro?

Vianello cambió de expresión e, involuntariamente, movió la cabeza de arriba abajo, como asintiendo a la teoría de Brunetti.

–Éste es muy religioso, aún vive con su madre, a la que adora. No da pie a las habladurías, y desde luego, nada hace pensar que tenga especial interés por el dinero. No he encontrado nada en sus cuentas bancarias.

–Pues siempre suele haber algo, especialmente, si son religiosos -dijo Brunetti: si Vianello podía sospechar del avaro, él tenía derecho a recelar del religioso-. Si no le interesa ni el sexo ni las drogas, ¿entonces, qué?

–Lo que te he dicho, la Iglesia -dijo Vianello, divertido por la sorpresa de Brunetti-. Es de una de esas agrupaciones religiosas: oración dos veces a la semana, nada de alcohol, ni siquiera vino con las comidas, nada de... nada de nada, al parecer.

–¿Cómo te has enterado de todas esas cosas? – preguntó Brunetti.

–He preguntado a varias personas -respondió Vianello oblicuamente-. Pero créeme, este tipo no esconde nada. Vive para su madre y para la Iglesia. – Hizo una pausa-. Y, por lo que me han dicho, para ufanarse de la virtuosa vida que lleva y lamentar que otras personas no sigan su ejemplo. Aunque, probablemente, él querría ser el que definiera lo que es la virtud.

–¿Por qué lo dices?

–Porque en su farmacia no se venden condones.

–¿Qué?

–No puede negarse a despachar recetas de anticonceptivos y de píldoras del día después, pero tiene derecho a no vender gomas si no quiere.

–¿Eso, en el tercer milenio? – preguntó Brunetti, escondiendo la cara entre las manos.

–Como te he dicho, él define lo que es la virtud.

Brunetti apartó las manos.

–¿Y los otros, los que todavía no has investigado?

–A uno lo conozco. Andrea, en San Bortolo, y él no haría eso.

–¿Vas a investigarlos a todos? – preguntó Brunetti.

–Por supuesto -respondió Vianello, como si la duda le ofendiera.

Cambiando de tema, Brunetti preguntó:

–¿Cómo has descubierto que las visitas falsas las programaban esas farmacias?

Vianello no trató de disimular el orgullo que sentía al poder dar la explicación.

–Los archivos del hospital pueden clasificar las visitas por fechas, por pacientes, por médicos o por los que las programan. Nosotros nos limitamos a tomar del año pasado todas las visitas a especialistas - explicó, sin molestarse en puntualizar quiénes eran «nosotros» ni cómo habían conseguido los archivos-, las ordenamos según las farmacias que las habían programado y luego hicimos una lista de las visitas programadas a través de esas farmacias concretas y, a continuación, una lista de las visitas programadas en las dos últimas semanas y llamamos a todos los pacientes diciendo que estábamos haciendo una encuesta sobre el grado de satisfacción de los usuarios de las

prestaciones de la sanidad pública. – Se quedó esperando la reacción de asombro que tendría Brunetti al oír esto y, en vista de que su superior no decía nada, prosiguió-: La mayoría habían sido visitados realmente por el especialista para el que tenían visita programada, pero nueve dijeron no saber nada de tal visita, a lo que nosotros respondimos que debía de haberse producido un error informático, e incluso fingimos hacer una comprobación y luego reconocimos humildemente el error y pedimos disculpas por la molestia. – Vianello sonrió-: Todas las visitas habían sido programadas por Gabetti.

–¿No temíais que alguno de ellos pudiera hablar al farmacéutico de vuestra llamada? – preguntó Brunetti.

Vianello descartó la sugerencia con un ademán.

–Ahí está la gracia -dijo, no sin admiración-. Ninguna de esas personas tenía ni remota idea de la clase de confusión que podía haberse producido, y estoy seguro de que, cuando dijimos que había un error en el sistema informático, todos se lo creyeron.

Brunetti pasó revista a las posibilidades y preguntó:

–¿Y si uno de ellos se ponía enfermo, tenían que programar una visita de verdad y el ordenador indicaba que el paciente ya había sido visitado?

–En ese caso supongo que el paciente haría lo que cualquiera de nosotros en su lugar: insistir en que no había sido visitado y echar la culpa al ordenador. Y como la persona con la que estaría tratando sería un funcionario de la sanidad pública, es de suponer que se lo creería.

–¿Y se programaría la visita?

–Con toda seguridad -dijo Vianello con desenfado-. Además, la posibilidad de que se levantaran sospechas es prácticamente nula.

–¿Y si, a pesar de todo, alguien sospechaba? Al fin y al cabo, son fondos públicos los que se están malversando, ¿no?

–Me temo que sí -dijo Vianello-. Sería otro caso de error administrativo.

Los dos hombres callaron un momento, y Brunetti preguntó:

–Pero aún no habéis encontrado a ningún farmacéutico con el dinero, ¿verdad?

–El dinero tiene que estar ahí -insistió Vianello-. Mañana nos pondremos a buscar mejor.

–Da la impresión de que nada podría disuadirte -dijo Brunetti no sin aspereza.

–Quizá -respondió Vianello rápidamente, casi a la defensiva-. Pero la idea es muy buena para que a nadie se le haya ocurrido ponerla en práctica. La sanidad pública puede ser un chollo.

–¿Y si te equivocas? – preguntó Brunetti con cierta impaciencia.

–Pues me habré equivocado. Pero habré aprendido un montón de maneras de buscar datos con el ordenador -dijo Vianello, y en el despacho se restableció la buena armonía.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

Brunetti bajó la escalera con Vianello y continuó hacia el despacho de la *signorina* Elettra, a la que encontró hablando por teléfono. Ella le hizo una seña para que entrara y aguardara y siguió dando una serie de monosílabas respuestas al torrente de verborrea que llegaba del otro extremo de la línea.

–Sí. No. Claro. Sí. Sí -decía con largos intervalos, durante algunos de los cuales tomaba notas-. Comprendo. El *signor* Brunini tiene mucho interés en hablar con el doctor y, sí, él y su pareja, como pacientes particulares.

Siguió un silencio que pareció aún más largo, ahora que Brunetti había oído el nombre y se preguntaba qué estaría tramando aquella mujer.

–Sí, lo comprendo, desde luego. Sí, esperaré. – Apartó el teléfono, se frotó el oído y volvió a acercárselo al oír una voz femenina-. Ah, ¿sí? ¿Tan pronto? Ah, *signora*, es usted muy amable. El *signor* Brunini estará encantado. Sí, lo he anotado. El viernes, a las tres y media. Ahora mismo lo llamo. Y muchas gracias.

La *signorina* Elettra colgó el teléfono, miró a Brunetti y escribió unas palabras en el papel que tenía delante.

–¿Me atrevo a preguntar? – dijo Brunetti.

–Clínica Villa Colonna. En Verona -dijo ella-. Es a donde ellos fueron.

Aunque la información era un tanto telegráfica, Brunetti no tuvo dificultad para entenderla.

–¿Y eso la indujo a...? – empezó Brunetti, y entonces descubrió que le faltaba el verbo apropiado-. ¿A especular? – concluyó.

–Sí; puede decirlo así -respondió ella, complacida por la elección-. Especular sobre muchas cosas. Pero, sobre todo, sobre la coincidencia de que varias de las personas examinadas en esta clínica fueron puestas en contacto con la persona o personas que tenían un niño que vender. – Uno no podía menos que admirar su concisión.

–¿Usted apostaría por esa clínica?

Ella elevó el arco de una ceja apenas un milímetro, pero el movimiento sugería un sinfín de posibilidades.

Brunetti se aventuró entonces por un terreno aún más frágil.

–¿*Signor* Brunini? – preguntó.

–Ah, sí -dijo ella-. El *signor* Brunini. – Brunetti esperó hasta que ella prosiguió-: He pensado que sería interesante obsequiar a la clínica con otra pareja que esté ansiosa por tener un niño y sea lo bastante rica como para pagar lo que le pidan.

–¿*Signor* Brunini? – repitió él, recordando que en las películas policiacas siempre se aconseja a los que adoptan una personalidad falsa elegir un nombre que sea parecido al propio, porque ello les permitirá responder a él automáticamente.

–Eso es.

–¿Y la *signora* Brunini? ¿Ha pensado en alguien para el papel?

–Creo que a usted debería acompañarle una persona que estuviera familiarizada con la investigación, ya que así habría allí dos personas capaces de formarse una opinión del lugar.

–¿Acompañarme *a mí*? -preguntó Brunetti, con un énfasis innecesario.

–El viernes a las tres y media -dijo ella-. Hay un Eurocity a Munich que sale a la una y veintinueve, y llega a Verona a las tres de la tarde.

–¿Y la persona que me acompañará será la *signora* Brunini?

Ella consideró un momento la pregunta, aunque Brunetti la conocía lo suficiente como para saber que ella ya tenía la respuesta preparada.

–Me ha parecido que quizá el deseo del *signor* Brunini de un hijo parecería más apremiante si ella fuera..., hmm, su compañera. Bastante más joven y ansiosa por tener un niño.

Brunetti hizo la primera objeción que se le ocurrió.

–¿Y los historiales? ¿No querrá verlos el médico de esa clínica antes de examinar a... a la pareja?

–Ah, eso -dijo ella como si ya la aburrieran semejantes detalles-. El *dottor* Rizzardi ha pedido a un amigo del Ospedale que los prepare.

–¿Para el *signor* Brunini y su..., hmm, compañera?

–Exacto. Ya deben de estar listos, y el amigo del *dottor* Rizzardi no tiene más que enviarlos por fax a Verona.

¿Tenía Brunetti alternativa? La pregunta era absurda.

Pocas novedades ocurrieron durante el día y medio anterior al momento en que el comisario tuvo que asumir el papel del *signor*

Brunini. Las parejas arrestadas en Verona y Brescia fueron enviadas a casa, y la petición de la policía de que fueran puestas bajo arresto domiciliario fue desestimada por los magistrados de una y otra ciudad. Los niños, según informaban dos artículos, habían sido confiados a los servicios sociales. Al *dottor* Pedrolli el magistrado de Venecia le comunicó que también él podía irse a su casa y volver a su trabajo, pero, por recomendación del *dottor* Damasco, optó por permanecer en el hospital. Los *carabinieri* decidieron imputarle sólo los cargos relacionados con la adopción irregular de un niño, y no volvió a hablarse de resistencia al arresto ni agresión a un agente de policía en el desempeño de sus obligaciones. Ni él ni su esposa trataron de ponerse en contacto con Brunetti, que tuvo la precaución de solicitar un informe por escrito a los *carabinieri*, aunque había muy poco sobre lo que informar.

En vista de lo cual, Brunetti, impulsado por el deseo de hacer que ocurriera algo, fuera lo que fuera, el viernes tomó el Eurocity de las 13:29 a Munich que tenía su llegada a Verona a las 14:54.

—Mire, si quiere lo dejamos -dijo Brunetti cuando el tren entraba en la estación de Verona.

La *signorina* Elettra levantó la mirada de su ejemplar de *Il Manifesto*, sonrió y respondió:

—En tal caso, yo tendría que volver al despacho, ¿no, comisario? — La sonrisa era cálida, pero se borró en el momento en que ella dobló el periódico y se puso en pie. Dejó el periódico en el asiento y se colgó el abrigo del brazo.

Cuando ella salió al pasillo, Brunetti recogió el periódico y le gritó:

—Olvida esto.

—No; vale más que se quede ahí. Dudo que los pacientes de la clínica lean algo que no sea *Il Giornale*. No es cosa de hacer saltar las alarmas presentándome con un diario comunista.

—A uno se le olvida que los comunistas se comen a los niños crudos - dijo Brunetti en tono coloquial mientras iban hacia el extremo del coche.

—¿Los comunistas? — dijo ella volviéndose a mirarlo en lo alto de la escalera.

–Así lo creía mi tía Anna -dijo Brunetti, y añadió-: Quizá todavía lo cree. – Bajó del tren detrás de ella y fueron hacia la escalera que conducía al nivel inferior y la salida de la estación.

Había una fila de taxis. Brunetti abrió la puerta del primero y la sostuvo mientras la *signorina* Elettra subía. Cerró, dio la vuelta y entró por el otro lado. Dio el nombre y la dirección de la Clínica Villa Colonna al taxista, que parecía indio o pakistaní. El hombre movió la cabeza afirmativamente, como si conociera el sitio.

Ni Brunetti ni la *signorina* Elettra hablaron mientras el taxi se metía entre el tráfico, giraba a la izquierda delante de la estación y circulaba en dirección a lo que Brunetti suponía el Oeste. Como le había ocurrido tantas otras veces, lo asombraba la cantidad de coches que llenaban las calles, y el ruido que hacían, aun amortiguado por los cristales de las ventanillas, que estaban subidos. Los coches parecían venirles encima desde todas las direcciones, y algunos hacían sonar el claxon, un ruido que a Brunetti siempre le había parecido agresivo. El taxista rezongaba entre dientes en una lengua que no era italiano, frenando o acelerando, según se cerrara o se abriera el espacio delante de ellos. Por más que lo intentaba, Brunetti no conseguía entender por qué la percepción de la relación entre causa y efecto que tenía él parecía diferir de la que tenía un automovilista.

Se recostó en el respaldo y contempló las interminables hileras de edificios nuevos de su izquierda, todos de poca altura, todos feos y, al parecer, todos destinados a la venta de algo.

La *signorina* Elettra preguntó en voz baja:

–¿Seguimos adelante con nuestro plan?

–Creo que sí -respondió él, aunque el plan era sólo de ella: ni lo habían hecho entre los dos, ni, por supuesto, había sido idea de él-. Yo seré el hombre obsequioso, dispuesto a todo con tal de hacer feliz a su pareja.

–Y yo tendré un papel muy interesante.

Antes de que él pudiera responder, el taxi frenó bruscamente, proyectándolos hacia adelante y obligándolos a apoyar las manos en los asientos de enfrente, para no caer. El taxista juró, golpeó varias veces el cuadro con el puño y siguió refunfuñando. Delante de ellos había un camión de caja cuadrada, con las luces del freno encendidas. Mientras

ellos lo miraban, de debajo del camión empezaron a salir gases negros. A los pocos segundos, el taxi estaba envuelto en una nube oscura y el interior se llenó del olor acre del aceite quemado.

—¿Va a explotar ese camión? — preguntó Brunetti al taxista, sin detenerse a pensar cómo podía el hombre saber tal cosa.

—No, señor.

Más tranquilo, Brunetti se apoyó en el respaldo y miró a la *signorina* Elettra, que se tapaba la boca y la nariz con la mano.

Brunetti fue a sacar el pañuelo para dárselo cuando el taxi, con una fuerte sacudida, arrancó y sorteó al camión. Ahora avanzaban a una velocidad que los comprimía contra el respaldo. Cuando Brunetti se volvió a mirar por la luneta trasera, ya habían perdido de vista al camión.

—¡Dios mío! — dijo la *signorina* Elettra-. ¿Cómo puede vivir así la gente?

—No tengo ni idea -respondió Brunetti. Se quedaron en silencio y, al poco rato, el taxi aminoró la marcha y entró en una avenida que describía un arco frente a un reluciente edificio de tres pisos, todo metal y vidrio.

—Doce euros cincuenta -dijo el taxista parando el coche.

Brunetti le dio un billete de diez y uno de cinco y le dijo que se quedara con el cambio.

—¿Quiere recibo? — preguntó el taxista-. Se lo hago por el importe que quiera.

Brunetti le dio las gracias, dijo que no era necesario, se apeó y dio la vuelta al taxi para abrir la puerta a la *signorina* Elettra. Ella giró el cuerpo, extendió las piernas y se puso en pie, luego se colgó de su brazo y se inclinó hacia él.

—Empieza la función, comisario -dijo con una amplia sonrisa rematada con un guiño.

Las puertas automáticas se abrían a un vestíbulo que podría haber sido de una agencia de publicidad o quizá, incluso, de unos estudios de televisión. Por todas partes resplandecía el dinero. Sin estridencia, sin vulgar ostentación, pero allí estaba, en el parquet, en las miniaturas persas de las paredes y en el tresillo de piel color crema dispuesto en torno a una mesa de mármol con un centro de flores más espléndido

que cualquiera de los que la *signorina* Elettra había encargado para la *questura*.

Una joven no menos bonita que las flores, aunque de colorido más discreto, estaba sentada detrás de una mesa de vidrio, en la que no se veían papeles ni bolígrafos, sólo un ordenador de pantalla plana y un teclado. A través del vidrio de la mesa, Brunetti observó que la joven tenía los pies juntos, calzados con zapatos color marrón que asomaban por los bajos de un pantalón que parecía de seda negra.

Al acercarse ellos, la joven les sonrió, revelando hoyuelos a cada lado de una boca perfecta. El pelo parecía rubio natural, aunque Brunetti había renunciado ya a pretender distinguirlo, y los ojos eran verdes, uno mínimamente más grande que el otro.

—¿En qué puedo servirles? — preguntó, haciendo que la pregunta sonara como si ésta fuera su máxima aspiración.

—Me llamo Brunini -dijo él-. Tengo hora a las tres y media con el *dottor* Calamandri. Otra vez la sonrisa.

—Un momento, por favor. — La muchacha giró el cuerpo hacia un lado y pulsó varias teclas con sus dedos de uñas cortas. Esperó un segundo, volvió a mirarlos y dijo-: Tengan la bondad de sentarse ahí. El *dottore* les atenderá dentro de cinco minutos.

Brunetti asintió y empezó a darse la vuelta. La joven salió de detrás de su mesa y los acompañó hasta el tresillo, como si dudara de que pudieran hacer una travesía de dos metros sin ayuda.

—¿Desean beber algo? — preguntó sin dejar que se le borrara la sonrisa.

La *signorina* Elettra movió negativamente la cabeza, sin molestarse en decir «gracias». Por algo era la amante consentida de un hombre rico, y estas mujeres no sonríen a sus inferiores. Ni sonríen a mujeres más jóvenes que ellas y, menos aún, estando en compañía de un hombre.

Ellos se sentaron, la joven volvió a su mesa y se puso a operar con su ordenador, cuya pantalla Brunetti no podía ver. Miró las revistas que estaban debajo de las flores: *AD*, *Vogue*, *Focus*. Nada tan vulgar como *Gente*, *Oggi* o *Chi*, la clase de revistas que uno espera poder hojear en la sala de espera del médico.

Brunetti tomó *Architectural Digest* pero la dejó sin abrirla, al recordar que el papel que interpretaba exigía que estuviera pendiente de su compañera. Inclinandose hacia ella preguntó:

—¿Estás bien?

—Lo estaré en cuanto termine todo esto -dijo ella sonriéndole con esfuerzo.

Estuvieron un rato en silencio y, nuevamente, Brunetti dejó caer la mirada en las portadas de las revistas. Oyó abrirse una puerta y, al levantar la cabeza, vio a otra mujer, mayor y menos atractiva que la recepcionista, que se acercaba a ellos. Tenía el pelo castaño, que llevaba peinado con raya en medio y cortado a ras de los lóbulos de las orejas, tapándole las mejillas y, por el borde de la falda de lana gris que llevaba debajo de la bata blanca, asomaban unas piernas largas y musculosas, de mujer que juega al tenis o corre, pero no menos bonitas por ello.

Brunetti se puso en pie. Ella le tendió la mano diciendo:

—Buenas tardes, *signor* Brunini.

Brunetti manifestó el placer que le producía conocerla. Entonces observó el motivo de aquel peinado: una gruesa capa de maquillaje pretendía -sin conseguirlo- cubrir unas señales de acné o de otra afección cutánea. Las marcas, concentradas en la parte posterior de las mejillas, quedaban casi cubiertas por el pelo.

—Soy la *dottoressa* Fontana, ayudante del *dottor* Calamandri. Les acompañaré a su despacho.

La *signorina* Elettra, más segura frente a una competencia no tan potente como la que representaba la recepcionista, se permitió una sonrisa benévola. Se asió del brazo de Brunetti, dando a entender que podía necesitar su apoyo para recorrer la distancia que pudiera haber hasta el despacho del *dottor* Calamandri.

La *dottoressa* Fontana los llevó por un pasillo en el que la elegancia del vestíbulo había dado paso a la funcionalidad de una institución médica: el suelo era de mosaico gris y los cuadros de las paredes, vistas de la ciudad, en blanco y negro. Las piernas de la doctora estaban tan buenas por detrás como por delante.

La *dottoressa* Fontana se paró frente a una puerta a mano derecha, llamó con los nudillos y abrió. Hizo pasar a Brunetti y a la *signorina*

Elettra, entró detrás de ellos y cerró la puerta.

Un hombre algo mayor que Brunetti estaba sentado detrás de una mesa cuya superficie no pretendía optar a otro calificativo que el de caótica. Por todas partes, montones de carpetas, papeles, catálogos, revistas, cajas de medicamentos, lápices, bolígrafos, una navaja del ejército suizo y boletines médicos abandonados como si el lector hubiera tenido que marcharse precipitadamente.

El mismo desorden se observaba en la persona del médico: por el cuello de la bata se le veía un flojo nudo de corbata y del bolsillo del pecho, que tenía bordadas sus iniciales, asomaban varios lápices y un termómetro.

Tenía un aire de perplejidad, como si no pudiera explicarse semejante desbarajuste. Aquel hombre de cara redonda que los miraba sonriendo recordó a Brunetti los médicos de su infancia, que acudían a visitar a un enfermo a cualquier hora del día o de la noche, sin escatimar tiempo ni esfuerzo a sus pacientes.

Brunetti lanzó una rápida mirada al despacho y vio los obligados títulos colgados de las paredes, vitrinas con cajas de medicamentos y el pie de una camilla de reconocimiento cubierta con una banda de papel, que asomaba por detrás de un biombo.

Calamandri se levantó e, inclinándose sobre la mesa, tendió la mano primero a la *signorina* Elettra y después a Brunetti, les dio las buenas tardes y señaló dos de las sillas situadas delante de la mesa. La *dottoressa* Fontana se sentó a la derecha, en la tercera silla.

—Aquí tengo su expediente -dijo Calamandri en tono profesional y, con un certero movimiento, extrajo una carpeta marrón de uno de los rimeros de encima de la mesa. Apartó papeles para hacer un hueco a la carpeta y la abrió. Apoyó la palma de la mano derecha, con los dedos extendidos, en el contenido y miró a sus visitantes.

—He visto los resultados de todas las exploraciones y pruebas, y creo que vale más que les diga toda la verdad. — La *signorina* Elettra levantó una mano y la dejó en suspenso, a medio camino de la boca-. Comprendo que no es lo que desean oír, pero es la información más objetiva que puedo darles.

La *signorina* Elettra exhaló un pequeño suspiro y dejó caer la mano en el regazo, junto a la otra, que apretaba el bolso. Brunetti la miró y le

oprimió el antebrazo con gesto de consuelo.

Calamandri esperaba que ella dijera algo, o Brunetti, pero, en vista de que ninguno de los dos hablaba, prosiguió:

–Podría sugerirles que volvieran a hacerse las pruebas...

La *signorina* Elettra lo interrumpió con un violento movimiento de la cabeza.

–No. Ya basta de pruebas -dijo secamente. Miró a Brunetti y añadió, suavizando el tono-: No puedo pasar otra vez por todo eso, Guido.

Calamandri alzó una mano apaciguadora y dijo, dirigiéndose a Brunetti:

–Estoy de acuerdo con su, hmm... -al no encontrar la palabra que describiera la relación, rectificó, dirigiéndose a la *signorina* Elettra-: Estoy de acuerdo con usted, *signora*.

Ella respondió con una media sonrisa entristecida.

Mirando de Brunetti a la *signorina* Elettra, para dar a entender que lo que iba a decir estaba dirigido a los dos, Calamandri prosiguió:

–Los resultados de las pruebas no dejan lugar a dudas. Se las han hecho dos veces, por lo que, desde luego, de nada serviría repetirlas. – Miró los papeles que tenía delante y luego a Brunetti-. En la segunda prueba el número de espermatozoides aún es más bajo.

Brunetti pensó en bajar la cabeza avergonzado ante ese golpe a su virilidad, pero resistió la tentación y sostuvo la mirada del doctor, aunque con nerviosismo.

Calamandri dijo entonces a la *signorina* Elettra:

–No sé lo que le habrán dicho los otros médicos, *signora*, pero por lo que veo aquí yo diría que no hay posibilidad de fecundación. – Pasó una hoja, miró un momento lo que Rizzardi y su amigo del laboratorio habían inventado y preguntó-: ¿Cuántos años tenía cuando ocurrió esto?

–Dieciocho -respondió ella mirándole a los ojos.

–Si me permite la pregunta, ¿por qué esperó tanto para hacerse tratar esa infección? – dijo el médico, procurando hablar sin reproche.

–Yo era muy joven entonces -respondió ella encogiéndose de hombros ligeramente, como para distanciarse de aquella jovencita.

Calamandri no dijo nada, y al fin su silencio la obligó a justificarse:

–Creí que era otra cosa, una infección de la vejiga o algo por el estilo, uno de esos hongos que pilla una. – Se volvió hacia Brunetti y le oprimió la mano-. Cuando fui al médico, la infección se había extendido.

Brunetti procuraba mirarla a la cara como si ella estuviera recitando un soneto o cantando una nana al hijo que no podría tener, en lugar de referirse a un episodio de enfermedad venérea. Esperaba que Calamandri hubiera acumulado experiencia suficiente para reconocer a un hombre idiotizado por el amor. O la libido. Brunetti había visto bastantes casos de unos y de otros para saber que las señales eran idénticas.

–¿Le dijeron entonces qué consecuencias podía tener la infección, *signora*? -preguntó Calamandri-. ¿Que probablemente no podría tener hijos?

–Ya se lo he dicho -respondió ella, incómoda e impaciente-. Yo era más joven. – Meneó la cabeza varias veces y retiró la mano que asía la de Brunetti, para enjugarse los ojos. Luego miró a Brunetti y dijo con vehemencia, como si en el despacho no hubiera nadie más que ellos dos-: Eso fue antes de conocerte, *caro*, antes de desear un hijo. Un hijo nuestro.

–Comprendo -dijo el doctor cerrando la carpeta. Juntó las manos con gesto lúgubre y las puso encima del expediente. Mirando a su colega, preguntó-: ¿Tiene algo que añadir a lo dicho, *dottoressa*?

La mujer inclinó el cuerpo para hablar a Brunetti, que estaba al otro lado de la *signorina* Elettra.

–Antes de ver el expediente, había pensado en la posibilidad de la fecundación asistida, pero después de examinar las radiografías y leer el dictamen de los médicos del Ospedale Civile, no me parece viable.

La *signorina* Elettra saltó:

–Yo no tengo la culpa.

Como si no la hubiera oído, la *dottoressa* Fontana prosiguió, dirigiéndose ahora a su colega:

–Como usted ha dicho, *dottore*, el número de espermatozoides es muy bajo, por lo que no creo que una fecundación natural pudiera prosperar, independientemente del estado de la *signora*. -Miró a la

signorina Elettra y dijo con frialdad-: Somos médicos, *signora*. No culpamos a las personas. Simplemente, las tratamos.

–¿Y eso qué significa? – preguntó Brunetti antes de que la *signorina* Elettra pudiera decir algo.

–Me temo que eso significa que no podemos ayudarles -dijo Calamandri, apretando ligeramente los labios.

–Pues no es eso lo que me han dicho -estalló Brunetti.

–¿Quién, *signore*? -preguntó Calamandri.

–Mi médico de Venecia. Dice que hacen ustedes milagros.

Calamandri sonrió moviendo la cabeza negativamente.

–Lo lamento, *signor* Brunini, pero sólo *il Signore* hacía milagros. Y hasta Él necesitaba tener algo con qué obrarlos: panes y peces, o agua, en las bodas. – Miró a la pareja y observó que el símil, que Brunetti había admitido con un gesto de asentimiento, a ella se le había escapado.

–El dinero no importa -dijo Brunetti-. Tiene que haber algo que ustedes puedan hacer.

–Me temo que lo único que yo puedo hacer, *signore* -dijo Calamandri con una elocuente mirada al reloj-, es sugerirles que usted y su esposa consideren la vía de la adopción. El proceso es largo y nada fácil, pero, en sus circunstancias, me parece la única posibilidad.

¿Cómo lo habría hecho para ponerse colorada?, se preguntaba Brunetti. ¿Cómo había conseguido la *signorina* Elettra que toda la cara, incluidas las orejas, se le pusiera como un tomate, y durante un buen rato, mientras bajaba la mirada y abría y cerraba la boquilla del bolso?

–No estamos casados -dijo Brunetti, para poner fin al silencio, algo que ninguna de las otras personas presentes parecía querer, o poder, hacer-. Estoy separado de mi esposa, es decir, no legalmente. Y Elettra y yo llevamos juntos más de un año. – Su esposa, la alegría de su vida, estaba en Venecia y él en Verona, por lo que podía afirmar sin faltar a la verdad que estaban separados. No separados judicialmente, desde luego, y quisiera Dios que tal posibilidad siguiera siendo siempre tan absurda como en este momento. Por otra parte, hacía diez años que la *signorina* Elettra trabajaba en la *questura*, por lo que, en efecto,

llevaban juntos más de un año. De manera que, dentro del engaño, sus declaraciones eran literalmente ciertas.

Miró por el rabillo del ojo a la *signorina* Elettra y vio que seguía con los ojos fijos en el regazo, pero ahora tenía las manos quietas y la cara mortalmente pálida.

–Por consiguiente -dijo volviéndose hacia Calamandri-, ya ve que hemos de descartar la adopción. Por eso esperábamos poder tener un hijo. Quiero decir un hijo que fuera de los dos.

Al cabo de un largo momento, Calamandri dijo:

–Comprendo. – Dio una palmada a la carpeta y la deslizó hacia la derecha. Miró a la *dottoressa* Fontana, que parecía no tener nada que decir, y se levantó. La *dottoressa* lo imitó, al igual que Brunetti. La *signorina* Elettra seguía sentada, y Brunetti se inclinó y le puso una mano en el hombro.

–Vamos, *cara*. Aquí ya nada podemos hacer.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos y dijo con voz suplicante:

–Pero tú decías que tendríamos un niño. Decías que harías cualquier cosa.

Brunetti se arrodilló, apoyó en su hombro la llorosa cara de ella y le dijo en voz baja, aunque no tanto como para que los otros dos no pudieran oírle:

–Te lo prometí, sí. Y te lo prometo por la vida de mi madre. Haré cualquier cosa. – Miró a Calamandri y a Fontana, pero ellos ya salían del despacho.

Cuando los médicos cerraron la puerta, Brunetti ayudó a levantarse a la *signorina* Elettra y le rodeó los hombros con el brazo.

–Ven, Elettra. Vámonos a casa. Aquí no pueden hacer nada por nosotros.

–¿Pero tú me prometes, me prometes que harás algo? – suplicó ella.

–Cualquier cosa -repitió Brunetti y llevó hacia la puerta a la desconsolada mujer.

CAPÍTULO 15

Siguieron representando su papel hasta que estuvieron en el tren de regreso a Venecia, sentados frente a frente en el coche de primera clase, casi vacío, del Eurocity de Milán. No habían hablado mientras esperaban el taxi que había pedido la recepcionista ni tampoco en el taxi. Pero en el tren, donde ya no había posibilidad de que fueran descubiertos, la *signorina* Elettra se recostó en la butaca exhalando un hondo suspiro. Brunetti creyó ver cómo su verdadera personalidad volvía a tomar posesión, aunque, no estando seguro de cuál era esa personalidad, tampoco podía afirmar que la metamorfosis se hubiera producido realmente.

–¿Y bien? – preguntó Brunetti.

–Un momento, por favor -dijo ella-. Aún estoy exhausta, después de tantas lágrimas.

–¿Cómo lo hace? – preguntó Brunetti.

–¿El qué? ¿Llorar?

–Sí. – En más de una década, sólo la había visto llorar una vez, y fue de verdad. Muchas de las consecuencias de las miserias humanas que se descubrían en la *questura*, podrían hacer llorar a las piedras, pero ella siempre había conseguido distanciarse con profesionalidad, incluso en casos que habían conmovido hasta al impávido y nada imaginativo Alvise.

–He pensado en los *masegni* -dijo ella con una pequeña sonrisa.

La *signorina* Elettra había hecho más de una observación original en el pasado, pero él no estaba preparado para oír que fuera capaz de llorar al pensar en las losetas del pavimento.

–¿Cómo? – preguntó olvidando momentáneamente al *dottor* Calamandri-. ¿Por qué la hacen llorar los *masegni*?

–Porque soy veneciana -respondió ella, lo que no daba ninguna pista.

En aquel momento, pasó el revisor y, cuando el hombre se alejaba, después de tacharles los billetes, Brunetti dijo:

–¿Me lo explica?

–Han desaparecido. ¿Es que no se ha dado cuenta?

¿Cómo podían haber desaparecido las losetas?, se preguntó Brunetti. ¿Y adónde habrían ido a parar? Quizá la tensión de la última hora la había...

—Cuando cambiaron el pavimento de las calles -prosiguió ella, sin darle tiempo a completar el pensamiento-, cuando elevaron las aceras para ponerlas por encima del nivel del *acqua alta* -agregó, arqueando las cejas ante la futilidad del intento-, quitaron todos los *masegni* que llevaban allí siglos.

Brunetti recordó entonces los meses durante los que había observado a brigadas de obreros levantar el pavimento de *campi y calli*, tender o sustituir tuberías y cables y luego tapar las zanjas.

—¿Y qué han puesto en su lugar? —inquirió ella.

El comisario siempre había procurado desincentivar el empleo de preguntas retóricas por el procedimiento de no darles respuesta, por lo que ahora guardó silencio.

—Han puesto losetas hechas a máquina, perfectamente rectangulares, cada una, ejemplo fehaciente de la simetría de cuatro ángulos rectos.

Brunetti recordó entonces que le había llamado la atención el buen encaje de las nuevas losetas, a diferencia de las anteriores, de cantos desiguales y superficie irregular.

—¿Y adónde han ido a parar las viejas, me lo puede decir? —preguntó ella, levantando el índice de la mano derecha en ritual ademán de interrogación. Como Brunetti tampoco respondía, prosiguió-: Unos amigos las han visto en un descampado de Marghera, bien apiladas. — Y agregó, con una sonrisa-: Ataditas con alambre, listas para el transporte. Hasta las fotografiaron. Y se dice que las han puesto en una *piazza* del Japón.

—¿Del Japón? — preguntó Brunetti sin disimular la extrañeza.

—Eso es lo que se dice, comisario. Pero, como yo personalmente no he visto las losetas sino sólo las fotos, supongo que podría tratarse de una leyenda urbana. Y no hay pruebas, es decir, aparte del hecho de que, cuando empezaron las obras, había miles de ellas, losetas hechas hace siglos, y la mayoría *ya no están*. Por lo que, a no ser que decidieran convertirse en lemmings y arrojarse todas a la laguna de noche sin ser vistas, alguien se las ha llevado y no las ha devuelto.

Brunetti trataba de calcular el volumen de material. Debía de haber barcos, camiones, hectáreas de losetas. Eran muchas como para que pudieran esconderse, y el transporte tenía que salir muy caro. ¿Quién iba a organizar algo así? ¿Y con qué objeto?

Casi como si lo hubiera preguntado en voz alta, ella dijo:

–Para venderlas, comisario. Levantarlas y retirarlas a cargo de la ciudad y luego venderlas: losetas de roca volcánica, hechas a mano siglos atrás. Para eso. – Cuando Brunetti pensaba que ya había terminado, ella añadió: Los franceses y los austríacos nos invadieron y saquearon a mansalva, bien lo sabe Dios, pero ellos, por lo menos, nos dejaron las losetas. Sólo de pensarlo me dan ganas de llorar.

«Lo mismo que a cualquier veneciano», comprendió entonces Brunetti. Se puso a pensar en quién podía haber organizado el plan y qué complicidades habría precisado para ponerlo en práctica, y no le gustó ninguna de las posibilidades que se le ocurrían. Entonces, de pronto, recordó una expresión que solía utilizar su madre al hablar de los napolitanos que, decía, «son capaces de robarte los zapatos mientras andas». Pues aún más listos eran algunos venecianos, que podían robarte las losetas de debajo de los pies.

–En cuanto al *dottor* Calamandri -dijo ella, atrayendo la errante atención de Brunetti-, parece un médico entregado a su trabajo y deseoso de ser escrupulosamente sincero con sus pacientes. Por lo menos en este caso, se ha esforzado por disipar falsas ilusiones y expectativas infundadas. – Hizo una pausa, para dejar que sus palabras calaran, antes de preguntar: ¿Usted qué dice, comisario?

–Lo mismo, poco más o menos. Habría podido recomendar que se repitieran las pruebas. En la clínica. En su laboratorio.

–Y no lo ha hecho -convino ella-. Lo que indica que es honrado.

–O quiere parecerlo -apuntó Brunetti.

–Me ha quitado las palabras de la boca -dijo ella con una sonrisa. El tren iba aminorando velocidad y, a poco, entraba en la estación de Mestre. A su izquierda, la gente iba y venía por el andén y entraba y salía de un McDonald's. Ellos contemplaban el movimiento u observaban a los pasajeros del tren que estaba parado a su derecha hasta que se cerraron las puertas y volvieron a ponerse en marcha.

En una charla casual, comentaron los fríos modales de la *dottoressa* Fontana y convinieron en que ahora sólo cabía esperar a que Brunini recibiera la llamada de alguien que dijera que colaboraba con la clínica. Si nadie llamaba, quizá valiera la pena volver a hablar con Pedrolli o con su mujer, a ver si estaban más comunicativos, o, quizá, la *signorina* Elettra encontrara la manera de introducirse en el *dossier* de la investigación que tenían en curso los *carabinieri*.

Minutos después, aparecían por la derecha las chimeneas de Marghera, y Brunetti se preguntó cuál sería el comentario que la *signorina* Elettra haría hoy sobre ellas. Pero, al parecer, ella había agotado su cupo de indignación en los *masegni*, porque permaneció en silencio, y el tren no tardó en entrar en Santa Lucia.

Cuando se dirigían a la salida, Brunetti levantó la mirada hacia el reloj de la estación y vio que eran las seis y trece. Podría tomar el Uno de las seis y dieciséis, ya que, por un mecanismo de la memoria análogo al que permite al bebé pingüino reconocer la imagen de la madre, Brunetti sabía, desde hacía más de una generación, que el Uno salía de delante de la estación cada diez minutos, a partir de seis minutos después de cada hora.

—Me parece que iré andando -dijo ella cuando empezaban a bajar la escalera, sorteando a la gente que se dirigía apresuradamente a sus trenes. Ninguno de ellos mencionó la posibilidad, ni la obligación, de volver a la *questura*.

Al pie de la escalera, se detuvieron, y ella se dispuso a ir hacia la izquierda y él hacia el *embarcadero* de la derecha.

—Gracias -dijo Brunetti, sonriendo.

—No hay de qué darlas, comisario. Es mucho mejor eso que pasarse la tarde trabajando en las proyecciones de personal para el mes próximo. — Ella levantó una mano en gesto de saludo y se alejó con el río de gente que salía de la estación. Él la siguió con la mirada un momento, pero, oyendo el tableteo del *vaporetto* que se acercaba al *embarcadero* marcha atrás, rápidamente, se encaminó hacia el barco y el hogar.

—Llegas temprano -gritó Paola desde la sala cuando él entró en el apartamento. Lo dijo como si su inesperada llegada fuera lo más agradable que le había ocurrido en bastante tiempo.

–He tenido que salir de la ciudad para ir a ver a alguien, y he regresado tan tarde que ya no merecía la pena volver al despacho -respondió él mientras colgaba la chaqueta. Prefería no dar explicaciones acerca de este viaje. Si ella preguntaba, se lo contaría, pero no había motivo para atosigarla con los detalles de su trabajo. Se aflojó el nudo de la corbata. ¿Por qué seguían los hombres usando esta prenda? Peor aún: ¿por qué él se sentía desnudo sin corbata?

Entró en la sala y, tal como esperaba, encontró a su mujer echada en el sofá con un libro abierto sobre el pecho. Se acercó, se inclinó ligeramente y le oprimió un pie.

–Hace veinte años, te habrías agachado para darme un beso -dijo ella.

–Hace veinte años, no me dolía la espalda al agacharme -respondió él, que entonces se agachó y la besó. Al enderezarse, se llevó una mano a los riñones con gesto melodramático de hombre acabado y se fue a la cocina tambaleándose.

–Sólo el vino puede aliviarme -jadeó.

En la cocina, le salió al encuentro la mezcla de aromas de pasta caliente y de algo dulce y picante a la vez. Sin el menor esfuerzo ni lamento, se agachó para atisbar a través del cristal del horno y vio la fuente honda de pyrex que Paola solía usar para las *crespelle*: esta vez con achicoria y lo que parecían pimientos amarillos: de ahí los dos aromas.

Abrió el frigorífico y buscó con la mirada. No; había refrescado y le apetecía más un tinto. Bajó del armario una botella de un tal Masetto Nero y examinó la etiqueta, preguntándose de dónde habría venido.

Fue a la puerta de la sala.

–¿Qué es Masetto Nero y de dónde ha salido?

–Es de un viñedo llamado Endrizzi. Nos lo envió mi padre -dijo ella sin levantar la mirada de la página.

La explicación dejó a Brunetti algo confuso: era difícil adivinar la cuantía del «envío» siendo el remitente el *conte* Orazio Falier. ¿Había enviado el barco con una docena de cajas? ¿Había enviado a un empleado con una única botella para que la probaran? ¿Había comprado el viñedo y les había enviado varias botellas, para saber su opinión?

Brunetti volvió a la cocina y destapó el vino. Olió el tapón, a pesar de que aún no sabía a qué se suponía que tenía que oler. Olía a corcho de botella de vino, como la mayoría. Sirvió dos copas y las llevó a la sala.

Dejó la copa de Paola en la mesa y se sentó en el espacio que ella dejó libre encogiéndose las piernas. Bebió un sorbo y pensó que no estaría mal que el conde hubiera comprado el viñedo.

—¿Qué lees? — preguntó al ver que ella volvía al libro, a pesar de que ahora tenía la copa en la otra mano y parecía complacida con lo que degustaba.

—A Lucas.

Ella, en tantos años, nunca se había permitido referirse a su adorado Henry James más que por su nombre completo, como tampoco Jane Austen había sido objeto de la afrenta de una familiaridad no consentida.

—¿Lucas qué?

—Lucas Evangelista.

—¿Del Nuevo Testamento? — preguntó él, a pesar de que no se le ocurría qué otra cosa podía haber escrito Lucas.

—Precisamente.

—¿Qué parte?

—Eso de hacer por el prójimo lo que te gustaría que el prójimo hiciera por ti.

—¿Significa eso que la otra botella la traerás tú?

Paola dejó caer el libro sobre el pecho, un tanto teatralmente, según pensó él. Tomó un sorbo de vino y alzó las cejas en señal de aprobación.

—Delicioso, pero me parece que hasta la cena bastará una botella, Guido. — Volvió a beber.

—Sí. Bueno, ¿eh?

Ella asintió y tomó otro sorbo.

Al cabo de un momento, intrigado porque una persona como Paola estuviera leyendo a Lucas, preguntó:

—¿Y qué reflexiones en concreto te ha inspirado ese texto?

—Me encanta ese sarcasmo que gastas a veces para sonsacarme -dijo ella dejando la copa en la mesa. Cerró el libro y lo puso al lado de la

copa-. Hoy he estado hablando con Marina Canziani. Me he tropezado con ella en la Marciana.

–¿Y?

–Me ha hablado de su tía, la que la crió a ella.

–¿Sí?

–Dice que últimamente la tía, que tiene unos noventa años, ha dado un bajón. Es lo que les ocurre a algunas personas muy mayores, que hoy están perfectamente y, al cabo de dos semanas, las encuentras hechas una ruina.

La tía de Marina -si mal no recordaba Brunetti, se llamaba Italia o algo así de ciclópeo- había sido una presencia constante en la vida de su amiga desde que Brunetti y Paola la habían conocido, hacía ya décadas. La tía se hizo cargo de la pequeña Marina cuando los padres murieron en un accidente de carretera, la educó con inflexible rigor, la envió a la universidad y se preocupó de su formación, pero, mientras Marina estuvo bajo su tutela, la tía nunca le hizo ni la más mínima demostración de afecto. Había sido una buena administradora de la herencia de Marina convirtiéndola en una mujer muy rica y se había opuesto resueltamente al matrimonio que había hecho de Marina una mujer feliz.

No llegaba más información. Brunetti pensaba en la tía de Marina y saboreaba el vino. Finalmente, dijo:

–No veo qué puede tener que ver San Lucas. Paola sonrió enseñando demasiados dientes, o así le pareció a él.

–La tía ha pedido a Marina que se la lleve a vivir con ellos, a su casa. Se ha ofrecido a pagarle una mensualidad y el sueldo de alguien que la atienda día y noche.

–¿Y Marina? – preguntó Brunetti.

–Le ha dicho que le buscará a una *badante* para que la cuide en su propia casa, o una buena residencia particular en el Lido.

Brunetti seguía sin ver la relación con el Evangelio.

–¿Y qué? – insistió.

–Pues se me ha ocurrido que tal vez lo que hacía Cristo venía a ser como un buen asesoramiento de inversiones. Quiero decir que lo de hacer siempre el bien al prójimo quizá no deberíamos interpretarlo como una especie de imperativo moral, sino más bien como una

observación sobre lo que puede ocurrir si dejamos de hacerlo. La caridad, digamos, es una buena inversión porque el prójimo nos paga en la misma moneda.

–¿Y la tía de Marina hizo una mala inversión?

–Exactamente.

Él se inclinó hacia adelante para dejar la copa en la mesa.

–Interesante interpretación -dijo-. ¿De estas cosas habláis los intelectuales durante el trabajo?

Ella tomó la copa, apuró el vino y dijo:

–Cuando no estamos demostrando nuestra superioridad a los alumnos.

–Eso no requiere demostración, diría yo -dijo Brunetti-. ¿Qué hay después de las *crespelle*?

–*Coniglio in umido* -dijo ella, y entonces preguntó a su vez-: ¿Por qué siempre das por descontado que yo no tengo nada mejor que hacer con mi tiempo que preparar la cena? Soy profesora universitaria, ¿sabes?, tengo mi trabajo. Tengo una vida profesional.

Él atrapó la frase al vuelo y la continuó:

–... y no tengo por qué verme relegada a la condición de esclava de los fogones por un marido machista que se ha creído que mi tarea es cocinar y la suya traer a casa a cuestras a la bestia cazada -dijo él, fue a la cocina y volvió con la botella.

Sirvió un poco de vino en la copa de ella, llenó la suya y se sentó otra vez al lado de los pies de Paola. Levantó la copa hacia ella y tomó otro sorbo.

–Fabuloso, realmente. ¿Cuánto nos ha enviado?

–Tres cajas, y no has contestado mi pregunta.

–Es que aún no sé si tengo que tomarla muy en serio. Considerando que das cuatro horas de clase a la semana y dedicas aún menos tiempo a hablar con los alumnos, no me remuerde la conciencia por la diferencia de horas que pasamos en la cocina. – Ella fue a hablar, pero él prosiguió-: Y, si me dices que tienes que leer mucho, yo te contesto que, si no pudieras pasar todo el tiempo libre leyendo, probablemente, te volverías loca. – Tomó un buen trago de vino y le oprimió suavemente un pie.

Ella sonrió y dijo:

–Ahí acaba mi intento de legítima protesta.

Él cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

–Bueno, dejémoslo en simple protesta -concedió ella al cabo de un rato.

Él dejó pasar un rato aún más largo y dijo, sin abrir los ojos:

–Hoy he ido a esa clínica de Verona.

–¿La de fertilidad?

–Sí.

Como pasaba el tiempo sin que ella dijera algo, él abrió los ojos y la miró:

–¿Qué hay? – preguntó intuyendo que ella tenía algo que decir.

–Me da la impresión de que no puedo abrir una revista ni un diario sin tropezarme con un artículo que hable de la superpoblación del planeta -empezó Paola-. Seis mil millones, siete, ocho, la amenaza de la explosión demográfica y la falta de recursos naturales para todos. Y, al mismo tiempo, la gente va a clínicas de fertilidad...

–¿Para aumentar la población? – preguntó él.

–No -respondió ella rápidamente-. Nada de eso. Para satisfacer un instinto humano.

–¿No una necesidad? – preguntó él.

–Guido -dijo ella, imprimiendo cansancio en la voz-, no es la primera vez que tratamos de definir lo que es la «necesidad». Ya sabes lo que yo creo que es: únicamente aquello que, si no lo satisfaces con alimento o con agua, mueres.

–Y yo sigo pensando que es algo más: que es todo lo que nos hace diferentes de los otros animales.

Él la vio mover la cabeza de arriba abajo, pero entonces ella dijo:

–No quiero seguir hablando ahora de eso. Además, sé que, aunque me apabulles con tu lógica y tu sentido común, y aunque pases al terreno personal y hables de nuestros hijos, no conseguirás que reconozca que tener hijos es una necesidad. De manera que vamos a dejarlo, y a no malgastar tiempo y energía, ¿de acuerdo?

Él se inclinó hacia adelante para asir la botella» pero cambió de idea y volvió dejarla en la mesa.

–He ido a Verona con la *signorina* Elettra -dijo, sorprendiéndose a sí mismo con la revelación-. Nos hemos hecho pasar por una pareja

ansiosa de tener un hijo. Quería ver si la clínica está implicada en esas adopciones.

–¿Se lo han creído? ¿En la clínica? – preguntó ella, aunque para Brunetti lo importante era si la clínica realmente estaba involucrada en las adopciones ilegales.

–Creo que sí -respondió él y consideró preferible no tratar de explicar por qué.

Paola puso los pies en el suelo y se sentó. Dejó la copa en la mesa, se volvió hacia Brunetti y retiró un largo pelo negro de la pechera de la camisa de su marido. Dejó caer el pelo a la alfombra, se levantó y, sin decir nada, se fue a la cocina a acabar de hacer la cena.

CAPÍTULO 16

A medida que pasaban los días, el caso Pedrolli y, en menor medida, los casos de las adopciones ilegales de las otras ciudades, fueron desapareciendo de los medios. Brunetti seguía interesándose por ellos de un modo semioficial. Vianello encontró la transcripción de la conversación que Brunetti había mantenido con la mujer que vivía cerca de Rialto. Cuando el inspector fue a verla, ella no pudo añadir nada a lo dicho, salvo que la mujer que hablaba por teléfono llevaba gafas. El apartamento de enfrente, donde se había alojado la embarazada, resultó ser propiedad de un hombre de Turín que lo alquilaba por semanas o por meses. Cuando fue interrogado, el administrador sólo encontró la indicación de que un tal *signor* Giulio D'Alessio, que no dio dirección y pagó en efectivo, había alquilado el apartamento durante el período en que la joven había estado allí. No; el administrador no recordaba al *signor* Rossi. La pista, si realmente era una pista, acababa allí.

Marvilli no devolvía las llamadas que Brunetti hacía a su despacho, y los otros contactos que el comisario tenía entre los *carabinieri* no le habían dado más información que la facilitada a la prensa: los niños estaban bajo la tutela de los servicios sociales y la investigación seguía su curso. Brunetti averiguó, sí, que la víspera de la redada los *carabinieri* habían enviado un fax a la *questura*, informando a la policía de Venecia de la operación y dando el nombre y dirección de Pedrolli. La falta de respuesta fue interpretada como conformidad. A petición de Brunetti, los *carabinieri* le enviaron copia del fax y de la confirmación de su transmisión al número de la *questura*.

Todo ello se hacía constar en los informes de Brunetti al *vicequestore* con la indicación de que los intentos de localizar el fax extraviado habían resultado infructuosos. En respuesta, Patta sugirió que Brunetti volviera a sus otros casos y que dejara el del *dottor* Pedrolli para los *carabinieri*.

Brunetti no comprendía el aparente desinterés de los medios por el tema: le parecía natural que se tendiera el velo del silencio oficial o burocrático por lo que respectaba a los niños, y no se revelaran sus nombres ni su paradero, pero los padres y los esfuerzos que habían

hecho para adoptarlos, forzosamente tenían que interesar a lectores y telespectadores. En un país en el que la presencia de un niño en un caso criminal, como víctima de asesinato, como superviviente de un intento o, mejor aún, como autor, le aseguraba la permanencia en los medios durante días y hasta semanas, era curioso que aquellas personas hubieran desaparecido tan pronto de la actualidad.

Años después de su arresto por el asesinato de su hijo, bastaba una entrevista con «la madre de Cogne» -o, incluso un simple artículo sobre ella- para hacer subir el número de telespectadores o de lectores.*

Hasta una ucraniana que arrojó a su hijo recién nacido a un contenedor generó titulares durante tres días. Pero la prensa local se desentendió de Pedrolli a los dos días, y sólo *La Repubblica* siguió informando durante tres días más, hasta que se produjo la muerte de un joven carabinieri, contra el que disparó un asesino convicto que había salido con un permiso de fin de semana. Pero era precisamente la rapidez con que el caso Pedrolli desapareció de *Il Gazzettino* y *La Nuova* lo que excitaba la curiosidad de Brunetti, por lo que, a la segunda mañana en la que no se mencionaba el caso en los periódicos, el comisario llamó a su amigo Pelusso al despacho. El periodista le explicó que en *Il Gazzettino* corría el rumor de que la historia no había sido del agrado de cierta persona y se había retirado.

Brunetti, asiduo lector de este periódico, sabía quiénes eran sus principales anunciantes, y la *signorina* Elettra había averiguado que la *signora* Marcolini llevaba la rama de sanitarios de la industria familiar, por lo que Brunetti observó:

–Decir baño es decir Marcolini.

–Exacto -convino Pelusso, pero agregó rápidamente, como impulsado por un resto de respeto por la precisión que había sobrevivido a décadas de oficio periodístico-: Él sería el primer interesado, a causa de la hija, pero aquí nadie ha mencionado su nombre explícitamente.

–¿Y crees que es necesario mencionarlo? – preguntó Brunetti-. Después de todo, como tú dices, ella es su hija, y esta clase de publicidad no hace bien a nadie.

–No estés tan seguro, Guido -respondió el periodista-. Los carabinieri asaltaron la casa, el marido quizá aún esté en el hospital, y

les han quitado al niño: esto les valdrá a ambos la simpatía del público, sin que importe cómo consiguieran al niño.

Esto ofrecía a Brunetti una posibilidad interesante.

—Entonces, ¿los *carabinieri*? -preguntó.

—¿Por qué iban ellos a tapar el caso?

—Pues, en primer lugar, porque los presenta con un aspecto poco agradable o, quizá, para hacer creer a quienes sospechan que estén detrás de todo esto, que ha pasado el peligro y pueden salir del agujero -sugirió Brunetti. Como Pelusso no decía nada, el comisario prosiguió, hilvanando ideas mientras hablaba-: Si hay una trama, el que mueve los hilos ha de conocer a personas que deseen niños aunque sea a cambio de dinero y a futuras madres que estén dispuestas a renunciar a sus hijos al dar a luz.

—Evidente.

—Pero la transacción no puede programarse a voluntad, ¿verdad? -preguntó Brunetti-. La que va a tener un hijo, tendrá el hijo cuando le toque, no cuando el intermediario se lo diga.

—Y si en esto hay tanto dinero como he oído decir que hay -continuó Pelusso lentamente, agregando su razonamiento al de Brunetti-, llegado el momento, tendrá que ponerse en contacto con los compradores.

Brunetti, súbitamente alerta, preguntó:

—¿Oyes hablar mucho de eso?

—Yo creo que hay en ello buena parte de leyenda urbana -respondió Pelusso-. Como en eso de los chinos, que dice la gente que no se mueren porque nunca hay entierros. Pero sí, mucha gente habla del negocio de la compraventa de niños.

—¿Has oído mencionar un precio? -preguntó Brunetti, confiando en que Pelusso no le preguntara a él por qué la policía no tenía ya esta información.

Siguió una pausa más bien larga, como si Pelusso estuviera pensando lo mismo, pero cuando habló fue sólo para responder a la pregunta de Brunetti.

—No, nada concreto. He oído rumores, pero, como te he dicho, Guido, la gente habla de eso como de tantas otras cosas: «Lo sé de buena tinta.» «Tengo un amigo que está enterado.» «Mi vecina tiene

una prima que tiene una amiga que...» No hay manera de saber si nos dicen la verdad.

Brunetti estuvo a punto de decir que esta incertidumbre era un fenómeno universal y que no se limitaba a la experiencia periodística de Pelusso. Brunetti no sabía si los italianos eran más crédulos que otros pueblos o si, simplemente, estaban peor informados. Había oído hablar de países en los que existía una prensa independiente que informaba con exactitud y en los que la televisión no estaba controlada por un solo hombre: su misma esposa estaba convencida de la existencia de tales portentos.

La voz de Pelusso le hizo volver de sus divagaciones.

–¿Alguna cosa más? – preguntó el periodista.

–Sí; si consigues enterarte de quién podría querer que dejara de hablarse del caso, te agradeceré que me llames -dijo Brunetti.

–Te tendré al corriente -respondió Pelusso, y colgó.

Al colgar el teléfono, Brunetti se puso a pensar, sin saber por qué oscuras asociaciones de ideas, en unas poesías que Paola le había leído años atrás. Las había escrito un poeta isabelino con motivo de la muerte de sus dos hijos, un niño y una niña. Brunetti recordaba la indignación de su esposa porque el poeta estaba mucho más afligido por la muerte del hijo que por la de la hija, pero en este momento Brunetti sólo recordaba el deseo de aquel hombre destrozado que ansiaba «perder ahora todo el padre que había en mí». ¿Cuán hondo había de ser el sufrimiento de un hombre, para hacerle desear no haber sido padre? Él tenía dos amigos que habían visto morir a un hijo, y ninguno de ellos había conseguido superar el dolor. Haciendo un esfuerzo, desvió la atención hacia las personas que podían facilitarle información acerca de este negocio de recién nacidos, y recordó su infructuosa visita al Ufficio Anagrafe.

Brunetti decidió llamarles y, en cuestión de minutos, tuvo la información que deseaba: un hombre y una mujer se personaban en la oficina, firmaban la declaración de que el hombre era el padre, y aquí se acababan los trámites. Desde luego, tenían que presentar los documentos de identidad y el certificado de nacimiento. Incluso, si lo deseaban, podían cumplimentar la diligencia en el mismo hospital, donde existía una delegación de la oficina del Registro.

Brunetti acababa de susurrar las palabras «Licencia para robar», cuando Vianello entró en el despacho sin llamar.

—Abajo se ha recibido una llamada -dijo sin preámbulos el inspector-. Han forzado la puerta de una farmacia de *campo* Sant'Angelo.

—¿Es uno de tus farmacéuticos? — preguntó Brunetti con franco interés.

Vianello asintió y, antes de que el comisario pudiera hacer otra pregunta, dijo:

—Aún estamos repasando sus cuentas bancarias.

—¿Han forzado la puerta y qué más han hecho? — preguntó Brunetti, diciéndose si no sería un intento de destruir pruebas o echar tierra a los ojos de quien pudiera estar investigando.

—La mujer que ha llamado ha dicho que, al ver la puerta, ni siquiera ha entrado y nos ha llamado enseguida.

—¿Y no ha dicho qué ha ocurrido? — preguntó Brunetti sin disimular del todo la impaciencia.

—No. He dicho a Foa que nos lleve. La lancha espera. — Al ver que el comisario no se movía, Vianello añadió:- Creo que debemos ir. Antes de que alguien se nos adelante.

—¿No te parece una coincidencia interesante? — preguntó Brunetti.

—No sé lo que será, pero dudo mucho que alguno de nosotros piense que es una coincidencia -respondió Vianello.

Brunetti miró su reloj y vio que eran casi las diez.

—¿Por qué la mujer no ha llegado hasta ahora? ¿No deberían haber abierto hace una hora?

—No lo ha explicado o, por lo menos, Riverre no me lo ha dicho. Sólo, que la mujer había llamado para denunciar que habían forzado la puerta.

En respuesta a la creciente impaciencia que se percibía en la voz de Vianello, Brunetti se levantó y se reunió con él en la puerta.

—Está bien. Vamos a echar un vistazo.

Siguiendo la vía más rápida, Foa se metió por Río San Maurizio hasta *campo* Sant'Angelo. Desembarcaron y cruzaron el *campo* en dirección a la farmacia. La luz natural iluminaba los carteles expuestos en los dos escaparates. Las luces eléctricas del interior estaban

apagadas. La mirada de Brunetti se posó en un par de esbeltos y bronceados muslos femeninos que se ofrecían a la vista del transeúnte en prueba de la facilidad con que podías librarte de la celulitis en una semana. Al otro lado, una pareja de pelo blanco se miraban a los ojos con ternura, cogidos de la mano en una esplendorosa playa tropical. A sus pies, sobre la blanca arena, una caja de un medicamento contra la artritis.

—¿Es la única entrada? — preguntó Brunetti señalando la intacta puerta vidriera situada entre los escaparates.

—No; los empleados utilizan una puerta lateral -respondió Vianello, mostrando una curiosa familiaridad con las costumbres del establecimiento. Siguiendo sus propias indicaciones, el inspector condujo a Brunetti hacia la izquierda, a una calle que iba a salir a La Fenice.

Cuando se acercaban a la primera puerta a mano derecha, se apartó del umbral una mujer de poco más o menos la edad de Brunetti.

—¿Son de la policía? — preguntó.

—Sí, *signora* -respondió Brunetti presentándose a sí mismo y a Vianello.

La mujer podía ser una de tantas venecianas. Llevaba el pelo corto, teñido de caoba oscuro. Acumulaba carga en el busto, pero tenía el acierto de disimularlo con una chaqueta corta de cuello a caja que llevaba sobre una camiseta color beige a juego. Unas buenas pantorrillas asomaban por el bajo de una falda marrón hasta la rodilla. Calzaba zapatos salón de tacón bajo. Tenía en la cara restos del bronceado veraniego y todo el maquillaje se reducía a lápiz de labios de color claro y sombra de ojos azul.

—Soy Eleonora Invernizzi y trabajo para el *dottor* Franchi. — Y, a renglón seguido, como para impedir que la tomaran por licenciada, puntualizó: Soy la dependienta. — No tendió la mano y hablaba mirándolos alternativamente.

—¿Querrá explicarnos lo ocurrido, *signora*? -preguntó Brunetti. Ella estaba delante de la puerta de madera que, al parecer, conducía a la farmacia, pero Brunetti no hizo ademán de dirigirse hacia allí.

La mujer se asentó la correa del bolso en el hombro y señaló la cerradura. Ellos dos pudieron ver el daño: alguien había apalancado la

puerta, con tanta violencia que la madera estaba abombada y astillada por encima y por debajo de la cerradura, señal de que la palanqueta había resbalado varias veces antes de encontrar apoyo suficiente para hacer saltar la cerradura.

La *signora* Invernizzi dijo:

—No sé cuántas veces he dicho al *dottor* que esa puerta era una invitación para los ladrones. Y él siempre me decía que sí, que la cambiaría por una *porta blindata*, pero no la cambiaba, y yo, vuelta a decírselo y él, nada. — La mujer señaló la reja metálica que protegía la pequeña ventana de la puerta-. He puesto la mano ahí para empujar la puerta. No he tocado nada más. Ni siquiera he entrado. Sólo he mirado y les he llamado.

—Muy bien hecho, *signora* -dijo Vianello.

Brunetti se acercó a la puerta y puso la palma de la mano en el sitio en el que la mujer decía haber puesto la suya. Empujó ligeramente y la puerta se abrió con suavidad hasta golpear la pared.

Brunetti vio un pasillo estrecho y una puerta abierta sobre la que brillaba una luz roja de seguridad. Al bajar la mirada comprendió por qué la *signora* Invernizzi había llamado a la policía. Delante de la puerta interior, en una superficie de un metro aproximadamente, el suelo estaba cubierto de una alfombra de cajas, frascos y ampollas triturados y aplastados, como si los hubieran pisoteado. Brunetti avanzó unos pasos hasta el borde del revoltijo. Adelantó el pie derecho y, con la punta del zapato, hizo un hueco para apoyar el pie y repitió la operación hasta llegar a la segunda puerta, donde el pasillo torcía a la derecha, hacia la parte delantera de la farmacia.

Brunetti avanzó por el pasillo hasta lo que parecía el laboratorio farmacéutico, donde los destrozos adquirían proporciones de catástrofe. Cubrían el suelo astillas de cristal marrón de aspecto peligroso, entre fragmentos de botes de cerámica. En uno de los trozos, unos diminutos capullos de rosa se trenzaban en guirnalda entre tres letras: «IUM». Líquidos y polvos se habían mezclado formando una sopa espesa que olía ligeramente a huevos podridos y a algo astringente que podía ser alcohol para friegas. Un líquido había resbalado por la puerta de un armario dejando en el plástico un surco de corrosión. Al pie del armario, las placas de linóleo del suelo parecían atacadas por un

cáncer que había dejado al descubierto el cemento que había debajo. En la estantería aún había dos botes, pero el resto habían sido barridos al suelo, donde se habían roto todos menos uno. Brunetti levantó la cabeza, retrocediendo instintivamente ante el agresivo olor, y su mirada tropezó con el Cristo crucificado que también parecía haber vuelto la cara para escapar del hedor.

Brunetti oyó a su espalda la voz de Vianello, que lo llamaba y, siguiendo el sonido, salió a la tienda. Quizá para evitar ser visto desde el exterior, el asaltante había limitado su actividad casi exclusivamente a la zona situada detrás del mostrador, la más alejada de los escaparates. Aquí las estanterías habían sido barridas y los cajones, arrancados y arrojados al suelo, donde había cajas y botellas, pisoteadas. La caja registradora y la pantalla del ordenador estaban tumbadas encima de la debacle, la registradora, con el cajetín hacia afuera y torcido, como si le hubiera quedado la lengua colgando, después de vomitar monedas y billetes pequeños.

-*Mamma mia* -dijo Vianello-. Me parece que nunca había visto algo así. Ni siquiera aquel individuo que entró en la nueva casa de su ex mujer hizo tanto estropicio.

-El nuevo marido se lo impidió, ¿recuerdas? – dijo Brunetti.

-Ah, sí, lo había olvidado. Pero aun así, ni punto de comparación. – Y Vianello señalaba la capa de frascos y cajas que llenaba el suelo detrás del mostrador hasta la altura de los tobillos.

Oyeron ruido a su espalda, se volvieron como movidos por un resorte y vieron a la *signora* Invernizzi en la puerta, abrazada al bolso.

-*María Vergine* -susurró-. ¿Creen que han sido otra vez los drogadictos?

Visto el alcance de los destrozos, Brunetti ya había descartado esa posibilidad. Los drogadictos saben lo que quieren y dónde buscarlo. Generalmente, agarran las drogas, miran si hay algo en la caja registradora y se van silenciosamente. Aquí nada hacía pensar en el robo, porque ni siquiera se habían llevado el dinero. La destrucción que contemplaban denotaba rabia, no codicia.

-Creo que no, *signora* -respondió Brunetti. Miró el reloj y preguntó:- ¿Cómo es que esta mañana no ha venido nadie a trabajar? Aparte de usted, desde luego.

–La semana pasada estuvimos de guardia permanente, día y noche. Hoy no teníamos que abrir hasta las tres y media, pero yo he venido a rellenar estanterías. No es gran cosa, pero el *dottor* Franchi dice que es conveniente que el personal tenga medio día de descanso extra después de una guardia. – Se quedó pensativa al mencionar a su jefe y añadió: Confío en que no tarde en llegar.

–¿Le ha llamado? – preguntó Vianello.

–Sí. Inmediatamente después que a ustedes. Él estaba en Mestre.

–¿Y qué le ha dicho, *signora*?

Ella pareció sorprendida por la pregunta.

–Lo mismo que a ustedes: que habían forzado la puerta.

–¿Le ha hablado de esto? – preguntó Brunetti abarcando con un ademán la devastación que les rodeaba.

–No, señor. No lo había visto -le recordó ella. La mujer bajó el bolso y buscó con la mirada un sitio donde dejarlo. Al no encontrar una superficie libre, volvió a colgárselo del hombro-. Supongo que no quería ser yo quien se lo dijera, ni tan sólo lo que había visto desde la puerta. – De pronto, como si hubiera recordado algo, dejó el bolso en el revuelto mostrador y se fue rápidamente sin pronunciar palabra.

Brunetti con una seña indicó a Vianello que se quedara en la tienda y él siguió a la *signora* Invernizzi, que iba por el pasillo y se paró delante de una puerta que Brunetti y Vianello no habían abierto todavía. La mujer la abrió y alargó el brazo para encender la luz. Lo que allí vio le hizo taparse la cara con las manos y menear la cabeza. A Brunetti le pareció que murmuraba algo y temió que aquella violencia hubiera encontrado una víctima humana.

El comisario se acercó a la mujer, la tomó del brazo y la apartó de la puerta y de lo que fuera que la había horrorizado. Cuando ella echó a andar hacia la tienda, él volvió a la habitación. Era pequeña, cuadrada, de apenas tres metros de lado. Debía de haber servido de almacén o de trastero. Dos de las paredes estaban cubiertas por librerías, pero todos los libros estaban en el suelo. La robusta mesa debía de haber sostenido un ordenador, pero tanto el ordenador como la mesa estaban tumbados. La mesa, probablemente gracias a su sólida construcción, no había sufrido más daño que un par de arañazos, pero el ordenador no se había salvado. Bajo las suelas de los zapatos de

Brunetti crujieron trozos de pantalla. De la eviscerada carcasa del monitor asomaban cables. El teclado estaba partido en dos, aunque la funda de plástico mantenía juntas las mitades. La columna rectangular de la unidad central había sido golpeada varias veces con lo que Brunetti supuso que era la palanqueta utilizada para reventar la puerta. El metal tenía varias muescas y algún que otro boquete. Una de las esquinas estaba hundida, como si hubieran intentado apalancar la caja, pero el asaltante sólo había conseguido desprender una parte de la cubierta posterior. Por la rendija, Brunetti distinguió una placa metálica con motitas de colores soldadas a la superficie. Si el resto de la destrucción era vandalismo, esto era intento de asesinato.

Brunetti oyó pasos a su espalda y supuso que eran de Vianello. Vio una raya roja en un trozo de metal arrancado del panel posterior y se agachó para ver mejor. Sí, era sangre, de una mancha que había sido enjugada precipitadamente y que había dejado una estría y una pequeña incrustación en el intersticio que quedaba entre el panel posterior y el marco. Cerca, en la tapa blanca de un libro, había lo que parecía una gota redonda, rodeada de pequeñas salpicaduras.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? — preguntó airadamente una voz de hombre detrás de él.

Brunetti se puso en pie rápidamente y se volvió. El recién llegado era más bajo que el comisario, pero más ancho, sobre todo, de hombros y tórax, como si hiciera un duro trabajo físico o hubiera pasado mucho tiempo nadando. El pelo, de color albaricoque, le clareaba ensanchándole la frente. Tenía los ojos claros, quizá verde pálido, la nariz afilada y los labios finos, comprimidos en un gesto de irritación ante el persistente mutismo de Brunetti.

—Soy el comisario Guido Brunetti -dijo éste al fin.

El hombre no pudo disimular la sorpresa. Con un esfuerzo evidente, sustituyó la agresividad de su cara por una expresión más suave.

—¿Es usted el dueño? — preguntó Brunetti afablemente.

—Sí -respondió el hombre y, suavizando más aún la actitud, tendió la mano-. Mauro Franchi.

Brunetti estrechó la mano del hombre con deliberada energía.

—La *signora* Invernizzi ha llamado a la *questura* para denunciar el hecho, y como mi colega y yo nos encontrábamos casualmente en la

zona, nos han avisado -dijo Brunetti con una leve irritación en la voz, dando a entender que un comisario tenía cosas más importantes que hacer con su tiempo que acudir corriendo al escenario de algo tan vulgar como un atraco. Brunetti no se explicaba qué le impulsaba a justificar la presencia de un funcionario con rango de comisario, pero no quería que el *dottor* Franchi empezara a hacer especulaciones.

—¿Cuánto hace que están aquí? — dijo Franchi. Otra pregunta, pensó Brunetti, que le correspondía a él haber hecho.

—Unos minutos -respondió-. Pero tiempo suficiente para apreciar los daños.

—Es la tercera vez -dijo Franchi, para sorpresa del comisario-. Ya no se puede llevar un negocio en esta ciudad.

—¿La tercera vez de qué? — preguntó Brunetti, pasando por alto el comentario de Franchi. Antes de que éste pudiera responder, oyeron acercarse pasos procedentes de la tienda.

Franchi dio media vuelta rápidamente y, cuando Vianello apareció en la puerta, seguido de la *signora* Invernizzi, Brunetti dijo:

—Mi compañero, el inspector Vianello.

Franchi saludó con un movimiento de la cabeza, pero no tendió la mano. Salió al pasillo y fue hacia la *signora* Invernizzi. A una señal de Brunetti, Vianello se reunió con él en el pequeño despacho, y el comisario señaló el rastro de sangre de la carcasa metálica y las salpicaduras del libro.

Vianello dobló una rodilla. Brunetti vio que giraba lentamente la cabeza de izquierda a derecha y que, de pronto, extendía el brazo apuntando con el dedo.

—Ahí tenemos otra.

Entonces Brunetti vio la mancha en la baldosa oscura.

—Si pillamos a alguien, podremos hacer la prueba del ADN, supongo -dijo Vianello sin convicción, porque dudaba de que se utilizara la prueba para un caso tan simple, y también de que se llegara a arrestar a alguien.

Al cabo de un momento, oyeron cómo los otros dos se alejaban hacia la tienda, hablando en voz baja. A Brunetti le pareció que Franchi decía: «Mi madre no querrá...»

—¿Invernizzi ha dicho algo? — preguntó Brunetti.

–Sólo se ha quejado del trabajo que tendrán para limpiar y poner las cosas en orden -respondió Vianello-. También ha hablado del seguro y de que es imposible conseguir que paguen. Ha empezado a contarme el caso de la hija de una amiga a la que derribaron de la bicicleta hace diez años, y aún no ha cobrado la indemnización.

–¿Y por eso volvías? – preguntó Brunetti con una sonrisa.

Vianello se encogió de hombros.

–Ha estado insistiendo en si podía llamar a los otros empleados para pedirles que vengan a ayudar.

–¿Cuántos son?

–Dos farmacéuticos y la encargada de la limpieza. Además del dueño.

–Veamos qué dice él. – Brunetti dio unos pasos y, al llegar a la puerta, se detuvo-. Llama a Bocchese, haz el favor. Que mande a un equipo del laboratorio.

–¿El ordenador? – preguntó Vianello.

–Si se usaba para programar las visitas, tendremos que llevárnoslo - respondió Brunetti.

Franchi y la mujer estaban en la tienda, a un extremo del mostrador, del lado del público. El farmacéutico señalaba un mueble del que habían sido arrancados todos los cajones.

–¿Puedo llamar a Donatella? ¿O a Gianmaria, *dottore*? -oyó Brunetti que decía ella.

–Sí, supongo. Habrá que ver qué hacemos con las cajas.

–¿Intentamos recuperar algunas?

–Sí, si se puede. Todo lo que no esté roto ni pisoteado. Y del resto empiece a hacer una lista, para el seguro. – Hablaba con fatiga: Sísifo mirando la roca.

–¿Cree que han sido los mismos? – preguntó ella.

Franchi miró a Brunetti y a Vianello y dijo:

–Espero que eso lo averigüe la policía, Eleonora. – Y, como si advirtiera que su tono rozaba el sarcasmo, añadió:- Los designios del Señor son inescrutables.

–Ha dicho usted «tres veces», *dottore* -dijo Brunetti, insensible a la piedad-. ¿Esto había ocurrido ya otras dos?

–Esto no -respondió Franchi agitando las manos hacia la escena que los rodeaba-. Pero nos han robado dos veces. Una noche entraron y se llevaron todo lo que quisieron. La segunda vez vinieron de día.

Drogadictos. Uno tenía la mano dentro de una bolsa de plástico y dijo que nos estaba apuntando con una pistola. Les dimos el dinero.

–Es lo mejor que podían hacer -apostilló Vianello.

–Ni se nos ocurrió resistirnos -dijo Franchi-. Que se lleven el dinero, mientras nadie salga herido. Pobres diablos; no pueden evitarlo, imagino.

¿Lo había mirado con extrañeza la *signora* Invernizzi al oírle decir eso?

–¿Entonces piensa que esto ha sido otro robo? – preguntó Brunetti.

–¿Y qué puede ser si no? – preguntó Franchi con impaciencia.

–Desde luego -convino Brunetti. Ciertamente, no era el momento de ponerse a discutir.

El farmacéutico levantó las manos con un ademán cargado de resignación y dijo:

-*Va bene*. -Miró a la *signora* Invernizzi-. Creo que deben venir los demás; puede usted empezar por llamarlos. – Levantó el pulgar y fue contando con los dedos mientras decía-: Yo llamaré a Sanidad para dar parte, y al Seguro; luego, cuando tengamos una lista, haremos reposición de existencias, y veré manera de conseguir otro ordenador para mañana por la mañana. – La conformidad de su voz no ahogaba por completo la rabia.

Franchi fue hasta el mostrador y se inclinó para descolgar el teléfono, pero habían arrancado el cable. Se apartó del mostrador dándose impulso con las manos y fue hacia el pasillo.

–Llamaré desde el despacho -dijo por encima del hombro.

–Perdón, *dottore* -dijo Brunetti alzando la voz-. Lo siento, pero no puede entrar en su despacho.

–¿Que no puedo qué? – inquirió Franchi encarándose con el comisario.

Brunetti se reunió con él en el pasillo y explicó:

–Ahí dentro hay pruebas y, hasta que las hayamos examinado, nadie puede entrar.

–Es que tengo que hablar por teléfono.

Brunetti sacó el *telefonino* del bolsillo y se lo tendió.

–Puede usar éste, *dottore*.

–Es que tengo los números ahí dentro.

–Lo lamento -dijo Brunetti con una sonrisa que daba a entender que él se sentía tan víctima del reglamento como el farmacéutico-. Si marca Información le darán los números. O llame a mi secretaria y ella los buscará. – Antes de que Franchi pudiera protestar, Brunetti agregó:- Y lo siento, pero no tiene objeto que diga a sus empleados que vengan. Por lo menos, hasta que haya pasado el equipo del laboratorio.

–No hubo nada de esto la última vez -dijo Franchi en un tono de voz que fluctuaba entre el sarcasmo y la indignación.

–Esto parece algo distinto de un simple robo, *dottore* -dijo Brunetti con calma.

Franchi tomó el *telefonino* con evidente desgana, pero no hizo ademán de utilizarlo.

–¿Y las otras cosas de ahí dentro? – preguntó señalando al despacho con un movimiento de la cabeza.

–Lo siento, *dottore*, pero toda la zona debe ser procesada como escenario de un crimen.

La cara de Franchi reflejó más cólera todavía, pero el farmacéutico sólo dijo:

–Todos mis archivos están en el ordenador: los cargos de los proveedores, mis propias facturas y la documentación de la ULSS. La póliza del seguro... Seguramente, esta misma tarde podría tener otro ordenador, pero necesito el disco para copiar los datos.

–Lo lamento, pero eso no es posible, *dottore* -dijo Brunetti, venciendo la tentación de utilizar una expresión informática que había oído con frecuencia y que creía entender: «copia de seguridad»-. No sé si se habrá dado cuenta, pero quien haya hecho esto ha reventado el ordenador. Dudo que pueda usted recuperar algo.

–¿Reventado el ordenador? – preguntó Franchi como si nunca hubiera oído la frase e ignorara el significado.

–O, más exactamente, ha intentado abrirlo metiendo una cuña por una esquina, ¿no, Vianello? – preguntó Brunetti al inspector, que acababa de entrar.

—¿Se refiere a esa especie de caja metálica? — preguntó el inspector con estudiada estupidez bovina-. Sí, lo han roto, buscando lo que hubiera dentro. — Daba la impresión de que, para el inspector, un ordenador era como una especie de hucha. Cambiando de tono anunció:- Bocchese está en camino.

Sin dar a Franchi tiempo de preguntar, Brunetti explicó:

—El equipo del laboratorio. Querrán tomar huellas. — Con una cortés inclinación de cabeza dedicada a la *signora* Invernizzi, que seguía la conversación con interés, Brunetti dijo:- La *signora* tuvo la precaución de quedarse fuera, por lo que, si han dejado huellas, ahí seguirán. Los técnicos querrán tomar las de ustedes -prosiguió, dirigiéndose a ambos-, para excluirlas de las del intruso. Y también las de los demás empleados, desde luego, pero eso puede esperar hasta mañana.

La *signora* Invernizzi asintió y Franchi la imitó.

—Y les agradeceré que no toquen nada hasta que mis hombres lo hayan examinado -agregó Brunetti.

—¿Cuánto tardarán? — preguntó Franchi.

Brunetti miró el reloj y vio que eran casi las once.

—Pueden venir ustedes a eso de las tres, *dottore*. Estoy seguro de que para entonces ellos ya habrán terminado.

—¿Y puedo...? — empezó Franchi, pero pareció cambiar de idea-. Me gustaría salir a tomar un café. Volveré luego para que me tomen las huellas, ¿de acuerdo?

—Desde luego, *dottore* -respondió Brunetti.

El comisario esperó a ver si Franchi invitaba a la *signora* Invernizzi a acompañarlo, pero no fue así. El farmacéutico devolvió el *telefonino* a Brunetti, sorteó a Vianello, se alejó por el pasillo, salió a la calle y desapareció sin decir palabra.

—¿Puedo irme a casa? — dijo la mujer-. Volveré dentro de una hora, pero me parece que me vendrá bien echarme un rato.

—Por supuesto, *signora*. ¿Quiere que la acompañe el inspector?

Ella sonrió por primera vez y rejuveneció diez años.

—Muy amable. Pero vivo cerca, al otro lado del puente. Volveré antes del almuerzo, ¿conforme?

–Está bien, *signora* -dijo Brunetti y la acompañó hasta la puerta de la calle lateral. Salió con ella, la despidió y la vio alejarse. Al llegar a la desembocadura de la calle en el *campo Sant'Angelo*, la mujer se volvió y agitó ligeramente la mano.

Brunetti le devolvió el saludo y entró otra vez en la farmacia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

–¿«Esa especie de caja metálica», Lorenzo? – preguntó Brunetti.
¿Es una forma avanzada de lenguaje cibernética para designar «unidad central»? – Le pareció que había conseguido disimular el orgullo que sentía por poder utilizar el término con tanta naturalidad.

–No -respondió Vianello sonriendo ampliamente-. Es un intento de convencer al *dottor* Franchi de que está tratando con un analfabeto informático... o quizá con dos, y de que a ninguno de nosotros le parecerá sospechoso tanto interés por recuperar el disco duro.

–¿Quieres decir antes de que caiga en nuestras manos? – preguntó Brunetti.

–Exactamente.

–¿Qué crees que habrá en el ordenador?

Vianello se encogió de hombros.

–Algo que él no quiere que veamos, eso seguro. Podrían ser las visitas falsas. – Vianello meditó unos momentos y añadió:- O puede que visite páginas o foros de internet poco recomendables.

–¿Hay manera de averiguarlo? – preguntó Brunetti.

¿Había sonreído Vianello?

–Yo no sabría -dijo y, sin dar tiempo a Brunetti de preguntar, añadió:- y la *signorina* Elettra, tampoco. – Observando la sorpresa de Brunetti prosiguió:- La unidad central está dañada, y ninguno de nosotros podría recuperar información de un disco en esas condiciones. Para eso hace falta un técnico.

–¿Y tú conoces a alguno? – apremió Brunetti.

–Yo no. Pero ella sí. – Por la cara de Vianello cruzó una expresión extraña: Brunetti había visto algo parecido en los rostros de los hombres que habían matado por celos-. Y no quiere decirme quién es. – Suspiró-. Supongo que querrá dárselo personalmente.

–Diré a Bocchese que se lo lleve -dijo Brunetti, con el pensamiento puesto en el disco duro, haciendo cábalas sobre su contenido. No sin cierta desolación, advirtió lo poco que daba de sí su imaginación-. Si ella lo lleva a ese técnico, ¿crees que él podrá sacar lo que haya en el disco? – preguntó finalmente a Vianello.

–Depende de lo dañado que esté -respondió el inspector. Y, hablando muy despacio, agregó-: La *signorina* Elettra dice que es muy bueno y que ha aprendido mucho de él.

–¿Y no hay algún indicio de quién puede ser?

–Por lo que yo sé, podría ser el ex gobernador de la Banca d'Italia -respondió Vianello. Y añadió con una sonrisa-: Ahora tiene mucho tiempo libre, ¿no?

Brunetti hizo como si no le hubiera oído.

Bocchese y los técnicos llegaron al cabo de unos veinte minutos, y Vianello y Brunetti estuvieron observándolos durante una hora mientras fotografiaban y espolvoreaban la puerta, los mostradores y los ordenadores en busca de huellas dactilares. Brunetti habló a los hombres de Bocchese de las manchas de sangre y del disco duro y les pidió que lo llevaran todo a la *questura*.

La *signora* Invernizzi volvió poco después de las doce y, de pie delante del mostrador, dejó que uno de los técnicos le tomara las huellas. El *dottor* Franchi llegó en aquel momento y, de mala gana, se sometió al proceso. Les preguntó cuándo iban a terminar, porque él quería limpiar y, a ser posible, abrir la farmacia al día siguiente. El ayudante de Bocchese le respondió que tenían para una hora, y Franchi dijo que traería a un *fabbro* para que cambiara la cerradura de la puerta lateral. Brunetti estaba atento a la conversación, por si la *signora* Invernizzi hablaba de la *porta blindata*, pero ella no dijo nada.

Cuando ambos se fueron, Brunetti volvió al despacho, en el que Bocchese estaba raspando una gota de sangre de la parte baja de la pared. A su lado, en el suelo, tenía una bolsa de pruebas, cerrada, que ya contenía el libro manchado.

–¿Ha examinado toda la habitación? – preguntó Brunetti cuando Bocchese levantó la mirada.

–Sí.

–¿Y?

–Hay alguien a quien no le cae bien este farmacéutico -fue la respuesta de Bocchese. Y, después de un momento-: O no le caen bien los farmacéuticos en general, o los ordenadores, o los medicamentos o, qué sé yo, las cajas registradoras.

–Siempre haciendo deducciones y procurando hacer encajar los indicios en un esquema general, ¿eh, Bocchese? – preguntó Brunetti riendo. Para el técnico, un cigarro era siempre un cigarro y una serie de hechos, una serie de hechos y no un motivo de especulación-. ¿Qué me dice de la sangre?

–Hay algo que parece un trozo de piel y una pizca de cuero debajo de este reborde de la parte trasera -dijo Bocchese señalando con las pinzas el punto de la caja de la unidad central en el que Brunetti había visto el rastro de sangre.

–¿Y eso significa? – Antes de que Bocchese pudiera responder, Brunetti dijo:- Si va a decirme que significa que hay un trozo de piel y un trozo de cuero, no dejaré que vuelva a afilar los cuchillos de cocina de Paola.

–Y a ella le dirá que yo me he negado, ¿no? – preguntó Bocchese.

–Sí.

–En tal caso -empezó Bocchese-, yo diría que, al no poder abrir del todo la caja con la palanqueta o con lo que fuera, trató de levantar el borde, se le rompió el guante y se hizo un corte en la mano.

–¿Grave?

Bocchese tardó en contestar a eso.

–Yo diría que no. Probablemente, fue un corte superficial. – Intuyendo el pensamiento de Brunetti, dijo:- No; yo no me molestaría en preguntar al hospital si hoy han cosido alguna mano. – Después de un momento, con audible desgana, Bocchese añadió:- Y diría que se trata de un individuo muy impaciente, además de muy enfadado.

–Gracias -dijo Brunetti-. Cuando haya tomado una muestra de la sangre de ahí -dijo señalando a la unidad central-, ¿me hará el favor de enviar el aparato a la *signorina* Elettra?

Como si esto le pareciera lo más natural del mundo, Bocchese asintió y volvió a concentrar la atención en la mancha de sangre.

Vianello estaba en la tienda, hablando con uno de los fotógrafos.

–¿Nos vamos ya? – preguntó.

Brunetti explicó al técnico que el dueño no tardaría en volver con un cerrajero. Al pasar con Vianello por delante de la puerta del despacho, el comisario saludó a Bocchese, que seguía de rodillas, inspeccionando una base de enchufe.

Ya en la calle, Vianello preguntó:

–¿Vamos andando? – y a Brunetti le pareció una magnífica idea.

El día, que había empezado brumoso, húmedo y desapacible, había decidido obsequiarse con una ración de sol. Sin deliberar, Brunetti y Vianello torcieron hacia la derecha y cruzaron el puente en dirección a *campo* San Fantin. Pasaron por delante del teatro sin verlo, ambos con prisa por llegar a Via XXII Marzo y a la Piazza, donde sin duda podrían gozar a sus anchas del calor que se barruntaba en el aire.

Cuando se acercaban a la Piazza, Brunetti iba mirando a la gente, mientras escuchaba a medias la disertación de Vianello sobre cómo se preserva la información en el disco duro de un ordenador y cómo puede recuperarse incluso mucho después de que el usuario crea que ha sido borrada.

Brunetti vio venir hacia ellos a un grupo de turistas a los que, instintivamente, identificó como del Este de Europa. Los observó mientras se cruzaba con ellos: cara descolorida; pelo rubio, natural o estimulado; calzado barato, poco más que de cartón; y chaqueta de plástico teñido y tratado infructuosamente para que pareciera piel. Brunetti siempre había sentido simpatía por esos turistas, porque ellos contemplaban realmente las cosas. Probablemente, no podían permitirse hacer grandes compras, pero miraban en derredor con respeto, veneración y visible deleite. Ropa barata, pelo mal cortado y bolsas de picnic, pero ¿quién sabía los sacrificios que habían tenido que hacer para venir? Al comisario le constaba que muchos de ellos pasaban dos noches durmiendo en el autocar, para poder estar aquí un solo día, paseando y mirando sin comprar. Qué distintos de los norteamericanos a los que nada impresiona porque, naturalmente, ellos han visto cosas más grandes y mejores, y de los europeos del Oeste, que también están de vuelta de todo, pero son muy sofisticados para dártelo a entender.

Cuando salieron a la Piazza, el inspector, que parecía no haber reparado en los turistas, dijo:

–Todo el mundo está asustado por lo de la gripe aviar, y nosotros tenemos más palomas que personas.

–¿Decías? – preguntó Brunetti, que aún pensaba en los turistas.

–Lo leí hace dos días en el periódico -dijo Vianello-. Nosotros somos unos sesenta mil, y la población de palomas, por lo menos, según el periódico, es de más de cien mil.

–No puede ser -protestó Brunetti con repugnancia. Y, más objetivamente-: ¿Quién va a poder contarlas? ¿Y cómo?

Vianello se encogió de hombros.

–Vete a saber cómo se calculan las cifras oficiales. – De pronto, se animó visiblemente, ya porque hubiera empezado a sentir el calor de la Piazza o porque se diera cuenta de lo absurdo del tema, y preguntó-: ¿Crees que el municipio tiene a gente trabajando a la que paga un sueldo para que vaya por ahí contando palomas?

Brunetti reflexionó un momento y respondió:

–Pero las palomas no se están quietas en el mismo sitio, ¿verdad? O sea que a algunas las habrán contado dos veces.

–O ninguna -sugirió Vianello y exclamó con súbito encono-: ¡Dios, cómo las detesto!

–Yo también -convino Brunetti-. Y la mayoría de la gente, me parece. Son asquerosas.

–Pero cuidado con tocar una sola -prosiguió Vianello, ahora con vehemencia-, o tendrás a todos los *animalisti* gritando que si la crueldad para con los animales y que si nuestra responsabilidad hacia todas las criaturas de Dios. – Levantó las manos con gesto de indignación o perplejidad. Brunetti iba a manifestar su sorpresa porque esas palabras salieran de boca del que en la *questura* se había erigido en defensor de las causas medioambientales, cuando su mirada se posó en la fachada de la Basílica y en sus cúpulas, absurdamente asimétricas, con toda su gloriosa imperfección.

Brunetti se paró y levantó la mano para apaciguar a Vianello. Con voz totalmente distinta, casi solemne, preguntó:

–¿No te parece que somos muy afortunados?

Vianello se volvió hacia Brunetti y siguió la dirección de su mirada hacia San Marcos, las banderas que ondeaban a la brisa y los mosaicos de los dinteles. El inspector estuvo un rato contemplando la iglesia y luego miró a la derecha, hacia San Giorgio, al otro lado del agua, con su ángel siempre vigilante. Con un ademán insólito en él, Vianello levantó el brazo y describió un arco que abarcaba tanto los edificios

que los rodeaban como los del otro lado del agua, se volvió hacia Brunetti y le dio dos rápidas palmadas en el brazo. Brunetti pensó que el inspector iba a decir algo, pero éste guardó silencio y echó a andar en dirección a la Riva degli Schiavoni y el soleado trayecto hacia la *questura*.

Decidieron parar a almorzar por el camino, pero no antes de haberse alejado de San Marcos dos puentes. Vianello conocía una pequeña *trattoria* en Via Garibaldi, donde tomaron *penne* con salsa de pimientos, *melanzane* a la parrilla y *pecorino affumicato*, seguidos de rollitos de pechuga de pavo rellenos de hierbas y panceta.

Durante el almuerzo, Vianello trató de explicar los principios operativos básicos del ordenador, pero a la mitad de los macarrones abandonó el intento.

—En fin -concluyó-, que ella se lo dé a ese individuo, y ya veremos lo que se puede hacer.

Ninguno quiso postre, a pesar de que el dueño les juró que las peras del pastel eran de sus árboles de Burano. Brunetti hizo una seña para pedir los cafés, sin dejar de pensar en el cuadro de la farmacia.

—Eso no ha podido hacerlo una persona normal -dijo repentinamente.

—Los vándalos no son personas normales -respondió Vianello-. Ni los drogadictos.

—Vamos, Lorenzo, piensa en lo que hemos visto. No se trata de unos chiquillos en un puente del ferrocarril con una pistola de pintura.

Llegaron los cafés y Brunetti estuvo mucho rato removiendo el azúcar, mientras recordaba los destrozos.

Vianello terminó su café y dejó la taza en el platillo.

—Está bien -dijo-. De acuerdo. Pero, ¿por qué va alguien a hacer una cosa así? Los médicos con los que está conchabado serían los menos interesados en hacer algo que nos llamara la atención.

—¿Estamos de acuerdo en que no es coincidencia, en que no se trata de un farmacéutico cualquiera, ni de una farmacia elegida al azar?

Vianello resopló para indicar lo remota que le parecía la posibilidad.

—Entonces, ¿por qué?

**–Confiemos en que el amigo de Elettra nos permita averiguarlo -
dijo el inspector, y levantó la mano para pedir la cuenta.**

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 18

El otoño avanzaba. Los días se acortaban y, cuando se atrasaron los relojes, oscureció aún más temprano. Como ocurría todos los años, durante los primeros días de horario de invierno, Paola estuvo irritable, y marido e hijos anduvieron con pies de plomo hasta que ella recuperó su buen humor habitual y la vida familiar pudo volver a su cauce.

Brunetti había centrado la atención en las investigaciones en curso, apartándola gradualmente del caso Pedrolli. Dos veces llamó a los servicios sociales, sin conseguir averiguar el paradero del niño. Sus informes fueron acortándose hasta cesar por completo, por falta de nuevos datos. Aun así, no dejaba de pensar en el *dottor* Pedrolli. Harto de dar rodeos para obtener información y de servirse de argucias para inducir a la gente a revelar lo que sabía, Brunetti buscó en su agenda el número del despacho de Marvilli y marcó.

–Marvilli.

–Capitán, aquí Guido Brunetti. Le llamo por el asunto del *dottor* Pedrolli.

–Lo siento, comisario, pero eso ya es agua pasada.

–¿Por qué?

–El caso está prácticamente cerrado.

–¿Puede decirme por qué, capitán?

–Porque se han retirado los cargos más graves.

–¿Y cuáles quedan?

–Sólo falsificación de documento oficial.

–¿El certificado de nacimiento?

–Sí. No creo que eso suponga más que una multa.

–Ya.

–¿Es eso todo, comisario?

–No. En realidad me gustaría hacerle una pregunta. Es por lo que le llamo.

–No creo poder responder más preguntas sobre este caso, comisario.

–Es una pregunta muy simple, capitán, como podrá comprobar.

–Adelante.

–¿Cómo se enteraron de lo de Pedrolli?

–Creí que eso ya se lo había dicho.

–No, capitán; no me lo dijo.

–Los documentos que me fueron entregados antes de la operación hacían mención de una llamada telefónica anónima.

–¿Una llamada telefónica anónima? ¿Quiere decir que alguien llama por teléfono, hace una acusación, y los *carabinieri* actúan?

–Me parece que he comprendido lo que usted no se ha permitido decir, comisario: que los *carabinieri* asaltan el domicilio particular de un ciudadano en respuesta a una llamada telefónica anónima. ¿Sigue ahí, comisario?

–Sí, capitán. ¿Me permite que repita la pregunta?

–Desde luego.

–¿Podría decirme por qué decidieron actuar en la forma en que lo hicieron, en respuesta a esta denuncia concreta?

–A pesar de los elegantes términos en que formula la pregunta, comisario, no creo que deba responderla, y menos ahora, cuando parece que las consecuencias serán escasas o nulas.

–Se lo agradecería, capitán. Más por satisfacer mi curiosidad personal que por otra cosa. Si se han retirado los cargos, entonces...

–Parece que lo de la curiosidad personal lo dice en serio, comisario.

–Completamente.

–En tal caso, puedo decirle que el comunicante, por lo menos, según el informe que yo leí, aportó información que demostraba que la adopción hecha por Pedrolli era ilegal.

–¿El comunicante?

–El informe hacía referencia a un hombre.

–Perdone la interrupción, capitán.

–No hay de qué... Al parecer, ese hombre dio el nombre de la mujer, el del hospital en el que había dado a luz y la fecha aproximada del parto. También mencionó que se había hecho un pago.

–¿Y eso fue suficiente?

–¿Suficiente para qué, comisario?

–Para convencerles de que el denunciante decía la verdad.

–Imagino, comisario, y es mera suposición, que el hecho de que conociera el nombre de la mujer y los otros detalles bastó para inducir a mis compañeros a investigar la acusación o, por lo menos, comprobar

si el nombre de esta mujer figuraba en el certificado de nacimiento del niño del *dottor* Pedrolli y, en tal caso, interrogarla acerca de las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo tardaron en hacer eso?

—¿Hacer qué, comisario?

—Interrogarla.

—No lo recuerdo con exactitud, pero me parece que la llamada se recibió aproximadamente una semana antes de que... antes de que fuéramos a casa del *dottor* Pedrolli. Entonces resultó que la comandancia de Verana estaba actuando en casos similares. Al parecer, no existe relación, es decir, el caso de Pedrolli no está relacionado con los otros.

—¿Así pues, por lo que respecta a Pedrolli, se trata de una desgraciada coincidencia?

—Sí, supongo que podríamos decirlo así, comisario.

—¿Y, para ustedes, una afortunada coincidencia?

—Si me permite la observación, comisario, al parecer, usted piensa que nosotros haríamos algo así sin estar seguros.

—Tiene razón, capitán.

—Nosotros no obramos con precipitación. Y, por si le interesa, yo soy padre. De una niña de un año.

—Los míos son mayores.

—No creo que eso cambie las cosas.

—Probablemente, no.

—¿Se sabe algo de él?

—¿Del *dottor* Pedrolli?

—Del niño.

—No. Ni se sabrá, y no debe extrañarle. Cuando un niño queda bajo la tutela de los servicios sociales, no se nos da más información.

—Comprendo. Una última pregunta, capitán, si me permite.

—Si está en mi mano.

—¿Existe algún medio por el que un día el *dottor* Pedrolli pudiera...?

—¿Ver al niño?

—Sí.

—No es probable. Yo diría que es imposible. El niño no es suyo.

—¿Cómo lo sabe, capitán? Si me permite la pregunta.

–¿Puedo decirle algo sin que se ofenda, comisario?

–Desde luego.

–Nosotros no somos una banda de gorilas.

–Yo no pretendía sugerir...

–Estoy seguro de que no, comisario. Sólo quería dejarlo claro. Eso, en primer lugar.

–¿Y en segundo lugar?

–Decirle que, antes de que se autorizara la operación, la madre declaró que el niño era de su marido y no del hombre cuyo nombre aparecía en el certificado de nacimiento.

–¿Lo dijo para recuperar al niño?

–Tiene usted un concepto muy idealista de la maternidad, comisario, si me permite la observación. La mujer dejó bien claro que ella no quería recuperar al niño. En realidad, es una de las razones por las que mis compañeros de Cosenza la creyeron.

–¿Esto influirá en la probabilidad de que la autoricen a quedarse en el país?

–Seguramente, no.

–Ah.

–Sí, comisario, «ah». Créame, el niño no es de Pedrolli. Eso lo sabíamos antes de entrar en su casa aquella noche.

–Ya. En fin... gracias, capitán. Ha sido una gran ayuda.

–Me alegro de que lo crea así, comisario. Si ha de servir para tranquilizar su mente, puedo enviarle copia de nuestro informe. ¿Se lo mando al despacho por e-mail?

–Si es tan amable.

–Ahora mismo, comisario.

–Gracias, capitán.

–No hay de qué darlas. *Arrivederci*.

–*Arrivederci, capitano.*

Antes de una hora, llegó una copia de la declaración hecha por la albanesa cuyo nombre figuraba en el certificado de nacimiento del niño de Pedrolli. Había sido firmada cuatro días antes del asalto de los *carabinieri* y comprendía dos días de interrogatorios. La mujer había sido localizada fácilmente por ordenador en Cosenza, donde, dos días después de inscribir al recién nacido como hijo de padre italiano, había

conseguido el *permesso di soggiorno*. Al ser interrogada, en un principio mantenía que el niño había sido enviado a Albania, a casa de los abuelos. Insistía en que era simple coincidencia que su marido, también albanés y residente ilegal, hubiera comprado un coche dos días después de que ella recibiera el alta del hospital. Él trabajaba de albañil, dijo la mujer, y llevaba meses ahorrando para el coche. Tampoco había relación alguna entre la desaparición del niño y el depósito de tres meses de alquiler de un apartamento que su marido hizo el mismo día de la compra del coche.

Más adelante, ella insistía en que el padre era un italiano cuyo nombre no recordaba y al que no acertaba a describir con exactitud, pero, cuando la amenazaron con el arresto y la deportación si mentía, se retractó y reconoció que un italiano que decía que su esposa no podía tener hijos se había puesto en contacto con ella semanas antes del parto. La primera versión sugería que el hombre la había encontrado por sus propios medios; nadie se lo había presentado. Pero, cuando se aludió de nuevo a la posibilidad de la deportación, ella dijo que se lo presentó uno de los médicos del hospital -no recordaba cuál-, que le dijo que quien deseaba hablar con ella también era médico. Cuando nació el niño, ella accedió a que el nombre del médico figurara en el certificado de nacimiento, porque creía que su hijo podría tener un futuro mejor si era educado como italiano, en una familia italiana. Finalmente, había reconocido que el hombre le había dado dinero, pero como regalo, no como pago. No; no recordaba la suma.

La mujer y su marido estaban ahora bajo arresto domiciliario, aunque al marido se le permitía ir a trabajar. La concesión del *permesso di soggiorno* de la mujer estaba pendiente de la decisión de un magistrado. Al acabar la lectura, Brunetti seguía sin comprender por qué quienquiera que había interrogado a la mujer se había dado por satisfecho tan fácilmente con la simple explicación de cómo Pedrolli había llegado hasta ella: lo mismo podía haber caído del cielo. «Se lo presentó uno de los médicos del hospital», dijo la mujer. Pero, ¿cuál? ¿Y por qué motivo?

Durante la lectura del informe, Brunetti había advertido que la madre, con una extraña y estremecedora afinidad con Bianca Marcolini, tampoco había manifestado interés por el niño ni por lo que

podiera haberle ocurrido. Guardó los papeles en el cajón de la mesa y se fue a su casa.

Antes de la cena, Brunetti aún consiguió volver a los viajes del *marquis* de Custine. Con el aristócrata francés de guía y compañero de viaje, se encontró en San Petersburgo, contemplando el alma rusa que, según observaba Custine, estaba «intoxicada de esclavitud». Brunetti dejó caer el libro abierto sobre las rodillas y estuvo considerando estas palabras hasta que Paola lo sacó de su ensoñación al sentarse a su lado.

–Se me ha olvidado decirte una cosa.

Brunetti volvió de Nevsk Prospekt y preguntó:

–¿Qué cosa?

–Es sobre Bianca Marcolini.

–Ah, gracias.

–He estado preguntando por ahí, pero no he averiguado mucho. La mayoría de la gente la conoce de oídas, por el padre, claro.

Brunetti asintió.

–También he preguntado a mi padre. Te dije que él lo conoce, ¿verdad?

Brunetti volvió a asentir.

–¿Y?

–Y me ha dicho que Marcolini es un hombre con el que hay que contar. Ha hecho su fortuna empezando de la nada. – Hizo una pausa y comentó:- Hay personas a las que eso aún les parece apasionante. – Había en su voz el desdén que experimentan al respecto los que han nacido ricos-. Dice mi padre que tiene amigos en todas partes: en el Gobierno local, en el regional y hasta en Roma. En pocos años, ha llegado a captar gran número de votos.

–Entonces, ¿para él sería fácil hacer retirar una noticia de los periódicos? – preguntó Brunetti.

–Juego de niños -dijo ella, frase que para Brunetti tuvo una resonancia triste.

–¿Y el matrimonio Pedrolli?

–Boda por todo lo alto y una pareja ideal. Ella trabaja de asesora financiera en un banco y él es ayudante del *primario* de Pediatría del Ospedale Civile.

Ninguno de estos datos parecía justificar la excitación que Brunetti creía percibir en la voz de su esposa y que, según le había enseñado la experiencia, era debida a revelaciones aún por llegar.

—¿Y la cruda realidad? — preguntó.

—El asunto del niño, por supuesto -dijo ella, y Brunetti comprendió que por fin iba a entrar en materia.

—Por supuesto -repitió él, y sonrió.

—Entre las amistades se rumoreaba que él había tenido una aventura, o menos que eso: un desliz, mientras estaba en un congreso en Cosenza. He preguntado a varias personas y todas coinciden.

—¿Tu padre también?

—No -respondió ella rápidamente, sorprendida de que él pudiera creer a su padre capaz de chismorrear. Y entonces explicó:- Esta tarde he estado hablando con mi madre. — Paola había adquirido por vía materna aquella curiosidad suya por las vidas ajenas, al igual que un día heredaría también las esmeraldas de la *contessa*.

—¿Así pues, ésa es la versión oficial? — preguntó él.

Ella tuvo que pensar un momento antes de contestar.

—Suen a verdad y la gente parece creerla. Después de todo, es la clase de historia que le gusta a la gente, ¿no? Es como un argumento de película, o de novela barata. El marido descarriado vuelve al hogar y la sufrida esposa lo perdona. No sólo lo perdona sino que acoge al retoño en el nido, para criarlo como si fuera suyo. Reconciliación conmovedora, amor renacido: Rhett y Escarlata otra vez juntos y para siempre. — Hizo una pausa y agregó:- Desde luego, queda mejor que decir que fueron al mercado, compraron un niño y se lo llevaron a casa.

—Estás más cáustica y más cínica que de costumbre, paloma mía - dijo Brunetti tomándole una mano y besándole las puntas de los dedos.

Ella retiró la mano, aunque con una sonrisa, y dijo:

—Gracias, Guido. — En tono más serio, continuó:- Como te decía, la gente parecía creerlo o, por lo menos, quería creerlo. Los Gamberini los conocen, y Gabi me dijo que fueron a cenar a su casa cuando hacía unos seis meses que tenían al niño, y no le pareció que la reconciliación fuera tan dulce.

—A ti te encantan los chismes, ¿verdad? — preguntó él, deseando que ella le hubiera traído una copa de vino.

–Sí, supongo que sí -respondió Paola, sorprendida por el descubrimiento-. ¿Crees que por eso me gusta tanto leer novelas?

–Probablemente -dijo él, y preguntó-: ¿Por qué no tan dulce?

–Gabi no lo dijo claramente. A veces la gente habla con medias palabras. Lo dio a entender más que por lo que dijo por cómo lo dijo. Ya sabes cómo es la gente.

«Ojalá lo supiera», pensó Brunetti.

–¿No hizo suposiciones acerca de la causa? Paola cerró los ojos y él observó cómo repasaba la conversación.

–Pues me parece que no.

–¿Una copa de vino? – preguntó él.

–Sí, y luego cenamos.

Él le besó la mano otra vez en señal de agradecimiento.

–¿Blanco o tinto? – preguntó.

Ella optó por el blanco, pensando probablemente en el *risotto* con puerros que tenían de primer plato. Hacía poco que los chicos habían empezado el curso, y durante la cena hablaron de lo que sus compañeros habían hecho en verano. Una niña de la clase de Chiara había pasado dos meses en Australia y estaba muy disgustada por haber cambiado verano por invierno y llegado a casa en otoño. Otra había estado trabajando en una heladería de la isla de Santorini, donde había adquirido unos aceptables conocimientos del alemán hablado. El mejor amigo de Raffi había ido de Terranova a Vancouver en plan mochilero, aunque las comillas con las que Raffi había encerrado la palabra «mochilero» sugerían viajes en tren y en avión.

Brunetti procuraba seguir el vaivén de la conversación que evolucionaba sobre la mesa, pero los miraba sin oír apenas lo que decían, embargado por una viva sensación de posesión: eran sus hijos, había en ellos una parte de él mismo, y esa parte pasaría a los hijos que tuvieran, y a la siguiente generación. Pero, por más que miraba, no distinguía en ellos ni atisbo de su propio físico: sólo Paola parecía hallarse reproducida. Ahí estaba su nariz, la textura de su pelo, con ese rizo rebelde encima de la oreja izquierda. Ahora mismo, Chiara había rebatido algo que le decía su hermano, con un ademán que era de Paola.

De segundo plato había *orata* al limón, razón de más para justificar la elección del vino blanco. Brunetti atacó el pescado, pero, a la mitad de la ración, volvió a fijar la atención en Chiara, que estaba despotricando de su profesora de inglés.

—¿Y el subjuntivo? ¿Sabéis qué me ha dicho cuando le he preguntado? —inquirió con una voz marcada por el recuerdo del asombro sentido, mirando alrededor de la mesa, para asegurarse de que sus oyentes estaban preparados para escandalizarse. Cuando se hubo cerciorado de que le prestaban atención, dijo: Que lo daríamos *next year*. -El sonido con que dejó el tenedor en el plato era expresión elocuente de su disgusto.

Paola meneó la cabeza con aire de conmiseración.

-*Next year* -repitió. Insensiblemente, se habían puesto a hablar en inglés-. *Unbelievable*.

Chiara se volvió hacia su padre, quizá con la esperanza de que él manifestara un asombro similar, y se quedó en suspenso, mirando su rostro impávido. Incluyó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Finalmente, en tono coloquial, como respondiendo a una pregunta que él le hubiera hecho, dijo:

—La he dejado en la escuela, papá. — En vista de que él no decía nada, añadió: No; hoy no la he traído.

Como el que sale de un trance, Brunetti dijo:

—Perdona, Chiara. ¿Qué es lo que no has traído hoy?

—Mi otra cabeza.

Descolocado, al no saber de qué se hablaba en la mesa mientras él estaba absorto mirando a sus hijos, Brunetti dijo:

—No te entiendo. ¿Qué otra cabeza?

—La que has estado buscando toda la noche, papá. Sólo quería decirte que no la he traído, y por eso no la ves. — Para subrayar sus palabras, se puso una mano a cada lado de la cabeza y agitó los dedos en el vacío.

Brunetti oyó la carcajada de Raffi y, al mirar a Paola, vio que sonreía.

—Ah, está bien -dijo, un poco molesto-. Confío en que la hayas dejado en sitio seguro.

De postre había peras.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 19

Al día siguiente por la tarde, Vianello entró en el despacho de Brunetti. Se reflejaba en su cara la satisfacción del que ha demostrado tener razón cuando algunos creían que estaba equivocado.

–Ha costado, pero merece la pena -dijo el inspector poniendo unos papeles en la mesa.

Brunetti entornó los ojos y levantó la barbilla en señal de interrogación.

–El amigo de la *signorina* Elettra -explicó Vianello.

Ella tenía muchos amigos, según sabía Brunetti, que, en este momento, no recordaba cuál de ellos podía estar colaborando en sus actividades extralegales.

–¿Qué amigo?

–El *hacker* -explicó Vianello, sorprendiendo a Brunetti por su manera de aspirar la «h»-. Al que dimos el disco duro. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Vianello agregó:- Sí, lo devolvimos al *dottor* Franchi al día siguiente, pero no sin que el amigo copiara todo el contenido.

–Ah, el amigo -dijo Brunetti alargando la mano hacia los papeles-. ¿Qué tenía Franchi en su ordenador?

–Nada de porno infantil ni compras por internet, desde luego -dijo Vianello sin moderar su sonrisa de tiburón tigre.

–¿Pero...? – preguntó Brunetti.

–Pero parece ser que ha encontrado la manera de meterse en el sistema informático de la ULSS.

–¿Y así es como programa las visitas? – preguntó Brunetti-. ¿Lo mismo que los otros farmacéuticos?

–Sí -asintió Vianello acercando una silla-. Él hace eso y los otros también -dijo en un tono que invitaba a Brunetti a seguir preguntando.

Y él así lo hizo.

–¿Y qué más hace cuando accede al sistema?

–Según el amigo de la *signorina* Elettra, parece haber encontrado la manera de saltarse el «*log-in*».

–¿Y eso quiere decir...?

–Eso le da acceso a otras partes del sistema -dijo Vianello, y se quedó pendiente de la reacción de Brunetti, como si esperase que el comisario diera un salto gritando: ¡Eureka!

Aunque temía que su confesión le hiciera desmerecer a ojos de Vianello, Brunetti comprendió que, en este caso, no podía dárselas de enterado, y dijo:

–Me parece que vale más que me expliques qué significa eso, Lorenzo.

El niño espartano al que el zorro le está devorando sus partes vitales no habría mantenido un gesto más impávido que el de Vianello.

–Eso significa que puede acceder al ordenador central y examinar la ficha de todas las personas de las que tenga el número de la ULSS.

–¿Sus clientes?

–Exactamente.

Brunetti apoyó el codo en la mesa y se acarició los labios mientras consideraba las implicaciones del caso. Entrar en esos archivos era disponer de toda la información sobre medicación, hospitalización y enfermedades, superadas o en tratamiento. Significaba que una persona no autorizada tenía acceso a aspectos privados, posiblemente confidenciales, de la vida de otra persona.

–Sida -dijo Brunetti. Tras una larga pausa, añadió-: Rehabilitación de drogadictos. Metadona.

–Enfermedades venéreas -sugirió Vianello.

–Abortos -agregó Brunetti-. Si son clientes suyos, sabe si están casados, conoce su vida familiar, dónde trabajan, qué amigos tienen.

–El simpático farmacéutico del barrio que te ha visto crecer -completó Vianello.

–¿Cuántos? – preguntó Brunetti.

–Ha curioseado en historiales clínicos de una treintena de clientes -dijo Vianello y, dando tiempo a que Brunetti midiera las implicaciones del caso, añadió-: El amigo dice que los archivos no podrá enviarnoslos hasta mañana.

Brunetti silbó ligeramente y volvió sobre la causa inicial del interés del inspector por las actividades del *dottor* Franchi.

–¿Y qué hay de las visitas?

–Durante los dos últimos años, ha programado más de un centenar.
– Antes de que Brunetti pudiera expresar asombro ante el número, Vianello agregó-: Eso supone sólo una a la semana.

Brunetti asintió.

–¿Y ese amigo de la *signorina* Elettra... tiene nombre? – preguntó.

–No -respondió Vianello con una voz extrañamente átona.

–¿Has comprobado cuántas de esas visitas se hicieron realmente? – pregunto Brunetti.

–Hasta esta mañana no le ha mandado la lista definitiva -dijo Vianello-. Parece ser que todas las visitas programadas por Franchi tuvieron lugar. – En vista de que Brunetti no decía nada, el inspector continuó-: Ella ha hecho la comprobación de los otros farmacéuticos. Uno había programado sólo diecisiete visitas en los dos últimos años y todas se hicieron: hemos hablado con los pacientes. En cuanto a Andrea, no colabora en el sistema, por lo que habrá que quitarlo de la lista. Por lo que se refiere al otro, ella ha comprobado el registro de visitas en los archivos de los hospitales de aquí y de Mestre y en casi todos los casos se indica que el paciente acudió a la visita programada. – Vianello casi no podía contener la excitación al decir-: Pero se da el caso de que uno de los farmacéuticos programó tres visitas para personas que no precisaban atención médica.

–Cuenta, Lorenzo -dijo Brunetti, para abreviar.

–Han muerto -dijo Vianello.

–¿De resultas de las visitas? – preguntó un asombrado Brunetti, que no se explicaba cómo podía haber ocurrido tal cosa sin que él se enterase.

–No; ya estaban muertos cuando las visitas fueron programadas - dijo Vianello despacio, regodeándose con el efecto de su revelación y, de paso, permitiendo a Brunetti asimilar la información, antes de proseguir-: Da la impresión de que el farmacéutico se volvió descuidado y empezó a teclear al azar números de clientes de la farmacia aunque hiciera tiempo que no los veía: quizá pensaba que se habían mudado o quizá... -y aquí Vianello introdujo la pausa que hacía siempre antes de soltar lo que él creía una bomba-... quizá empieza a perder la memoria. A su edad.

–¿Gabeti? – preguntó Brunetti.

–El mismo -respondió Vianello sonriendo de oreja a oreja.

–De acuerdo, Lorenzo -dijo Brunetti con una sonrisa-. Háblame de las visitas que programó para los difuntos.

–En cada caso, el doctor anotaba en el ordenador que había visitado al paciente, hecho el diagnóstico... siempre eran casos leves... y cargado el importe de la visita a la sanidad pública.

–Qué descuido -convino Brunetti-. O qué audacia. ¿Qué hay de los médicos?

–Son siempre los mismos tres y, en cada caso, registraron la visita y cargaron el importe -dijo Vianello. Casi a regañadientes, agregó-: Franchi no ha programado ninguna visita para esos tres médicos.

–Me gustaría saber qué hacía si no -dijo Brunetti-. ¿Por qué el amigo no puede enviarnos los archivos hasta mañana?

–Cosas de la informática -dijo Vianello.

–Tampoco soy un neandertal, ¿eh? – Aunque lo decía sonriendo parecía haberse picado.

–La *signorina* Elettra dice que es por la forma en que Franchi protegió los archivos: cada uno tiene una clave de acceso distinta, y luego hay que buscar el número del paciente con otra clave de acceso... ¿Quieres que continúe?

Ahora la sonrisa de Brunetti era de contricción.

–¿Mañana?

–Sí.

–¿Y mientras tanto?

–Mientras tanto, seguiremos llamando a los pacientes para los que Gabetti programó visitas y les preguntaremos si están satisfechos del tratamiento. Y luego habrá que pensar en pedir a los doctores que vengan a cambiar impresiones con nosotros.

Brunetti dijo:

–No; es preferible esperar hasta que sepamos lo que se trae entre manos Franchi. ¿Estás seguro de que no sospechó porque le retuvieras un día el ordenador?

Pareció que Vianello tenía que hacer un esfuerzo para no ponerse a dar palmadas de alegría cuando oyó la pregunta.

–Envié a Alvise a devolverlo -dijo.

Brunetti se echó a reír.

El inspector salió de la *questura* a las cinco, con la conciencia tranquila, pensando que no podía pretender que su esposa, que había dicho que le daría más información sobre Pedrolli, fuera a llevársela al despacho. De todos modos, reconocía Brunetti, lo que hubiera podido averiguar Paola, de poco serviría ya. Los cargos que pudieran formularse contra Pedrolli serían de los que se resuelven con un talonario de cheques o con un guiño del padre de Bianca Marcolini.

Brunetti, andando un poco a la aventura, se encontró al pie del puente que conducía a la entrada del *palazzo* Querini Stampalia. El hombre del mostrador, que lo conocía, rechazó con un ademán su gesto de pagar entrada.

Brunetti subió al primer piso del museo, que hacía tiempo que no visitaba. Cómo le gustaba contemplar aquellos retratos, no tanto por su calidad pictórica como por el parecido de muchos de los modelos con la gente a la que veía todos los días por la calle. Gerolamo Querini, retratado casi quinientos años atrás, era una réplica casi fotográfica de Vianello, es decir, de un Vianello varios años más joven. Miraba con agrado aquellos rostros, recreándose de antemano con la idea de volver a contemplarlos por el orden al que se había acostumbrado a lo largo de años.

Su favorito era *La presentación en el templo*, de Bellini, que dejó para el final, como siempre. Y vio al Niño en brazos del anciano Simeón, que lo devolvía a la Madre. La criatura tenía todo el cuerpo fajado, con los brazos pegados a los costados y sólo los dedos asomando. Brunetti volvió a pensar en el niño de Pedrolli, no menos indefenso, aunque por orden de la autoridad. En el cuadro, la Madre recibía al Niño con las dos manos, amparándolo, y la mirada que posaba en el sumo sacerdote, por encima del cuerpecito inmovilizado de su Hijo, era fría y escéptica. Por primera vez, Brunetti observó que aquel escepticismo estaba también en los rostros de los circunstantes, especialmente, en los ojos de un joven situado en el extremo de la derecha, que miraba al espectador como preguntando si alguien podía esperar que de aquello resultara algo bueno.

Bruscamente, Brunetti dio media vuelta y regresó a las otras salas, a mirar los retratos, esperando que los rostros más plácidos pintados

por Bombelli y Tiepolo borrarán la inquietud que había despertado en él la vista del Niño atado.

Durante la cena, Brunetti estuvo extrañamente ausente, moviendo la cabeza de arriba abajo cuando Paola o los chicos hablaban entre sí y sin apenas intervenir en la conversación. Después, volvió a la sala y a San Petersburgo, donde encontró al *marquis* en vena filosófica, diciendo de Rusia que era un lugar en el que «imperaba el gusto por lo superfluo entre gentes que aún desconocen lo necesario». Brunetti cerró los ojos, reconociendo la vigencia de esa observación.

Oyó los pasos de Paola y, sin abrir los ojos, dijo:

—Nada cambia. Nada en absoluto.

Ella, mirando el libro, dijo:

—Ya decía yo que nada bueno sacarías de esa lectura.

—Desde luego no es políticamente correcto lo que voy a decir y, menos, cuando los jefes de nuestras grandes naciones respectivas son tan amigos, pero da la impresión de que si entonces Rusia era un lugar horroroso, ahora no lo es menos. — Oyó un tintineo de cristal y, al abrir los ojos, vio que ella ponía dos vasitos en la mesita.

—Lee a Tolstoi -le aconsejó-. Él hará que te guste más.

—¿El país o la lectura? — preguntó Brunetti volviendo a cerrar los ojos.

—Es la hora del chismorreó -anunció ella, como si no hubiera oído la pregunta. Le dio unos golpecitos en los pies y se los apartó, para hacerse un sitio.

Él abrió los ojos y tomó la copa que ella le tendía. Bebió un sorbo, aspiró profundamente inhalando el aroma de la *grappa* y volvió a beber.

—¿Es la Gaia? — preguntó.

—Tenemos la botella desde Navidad. Si hay suerte, este año habrá otra. ¿Para cuándo quieres guardarla?

—¿Tú crees que habrá *grappa* en el cielo? — preguntó Brunetti.

—Como no hay cielo, tampoco habrá *grappa* -respondió ella, y añadió:- Razón de más para beberla mientras podamos.

—Estoy indefenso ante la fuerza de tu lógica -dijo Brunetti, que vació el vasito y se lo devolvió.

—Regreso enseguida.

–Está bien. – Él cerró los ojos otra vez.

Brunetti, más que ver, sintió que Paola se levantaba del sofá. La oyó alejarse, andar por la cocina y volver a la sala. Más tintineo de cristal, gorgoteo de líquido y su voz que decía:

–Toma.

De pronto, él sintió curiosidad por averiguar cuánto rato podía permanecer con los ojos cerrados y extendió la mano agitando los dedos. Ella le dio el vasito, y él oyó otro tintineo, otro gorgoteo y notó que el sofá cedía al sentarse ella.

-Salute -dijo Paola, y él bebió del vaso que no podía ver. Fue otro anticipo de cielo.

–Ahora cuenta -dijo él.

–Con mucho gusto -respondió Paola y, sin solución de continuidad, atacó:- Al principio, la gente creía que Pedrolli estaba incómodo y cohibido, temiendo que los demás se burlaran de él, pero cuando se dieron cuenta de que realmente estaba loco por su hijo, nadie pudo tomarlo a broma. Si algún comentario se hacía era benévolo, o así me lo han contado.

–¿Y la reconciliación entre Rhett y Escarlata, que decías que no era del todo satisfactoria?

–Yo sólo dije que me lo habían dicho -le rectificó ella-. Según varias personas, él siempre había sido el enamorado y ella la que se dejaba querer. Pero con el niño las cosas cambiaron.

–¿De qué manera? – preguntó él, intuyendo que la respuesta no sería la previsible, la de que la esposa desatendía al marido para volcarse en la criatura.

–Él transfirió su afecto al pequeño... o eso me han dicho -dijo ella, y Brunetti pudo comprobar una vez más el cuidado que tenía Paola en distanciarse de sus chismes.

–¿Y a quién transfirió su afecto la mujer? – preguntó él.

–Al niño no, por lo visto. Pero es comprensible, imagino, ya que no era suyo, y su marido empezaba a prestarle más atención que a ella.

–¿A pesar de que ella ya no deseara sus atenciones? – preguntó Brunetti.

Paola se inclinó hasta apoyar los codos en las rodillas de su marido.

–Eso no importa, Guido, y tú lo sabes.

–¿Qué no importa?

–Si las deseaba o no. Aún quería monopolizarlas.

–Eso no tiene sentido.

Como ella no decía nada, Brunetti abrió los ojos al fin y la miró. Vio que tenía la cara entre las manos y movía la cabeza de derecha a izquierda.

–Está bien. ¿Qué he dicho?

Ella lo miró fijamente.

–Aunque una mujer ya no desee las atenciones de su marido, no quiere que sean para otra persona -dijo.

–Pero si era su hijo, por Dios.

–Hijo de él -rectificó Paola, y añadió, recalcando las sílabas-: No de ellos, sino de él.

–Quizá ni eso -dijo Brunetti, y le habló del informe de los carabinieri.

–No importa quién fuera el padre biológico -insistió Paola-. Para Pedrolli, el niño es hijo suyo. Y, por lo que me han dicho hoy, sospecho que ella nunca lo vio así.

¿Qué había contado Pedrolli a su esposa? Ella afirmaba que le había dicho la verdad, pero ¿cuál era la verdad? Brunetti imaginaba que la albanesa, ante la amenaza de ser deportada, habría dicho a las autoridades lo que le parecía que deseaban oír y haría que la mirasen con más benevolencia. Si declaraba que el *dottor* Pedrolli le había prometido educar al niño como a su propio hijo, esto podía ser un atenuante, aunque sólo fuera porque indicaba que había influido en ella el deseo de asegurar el porvenir de su hijo. Tenía que aducir este motivo, independientemente de si había recibido dinero a cambio, antes que reconocer que había vendido a su hijo, sin preocuparse de a qué manos iba a parar.

¿Y Pedrolli? ¿Quedaba condenado a la vida de los padres cuyos hijos son víctimas de verdaderos secuestros? ¿Vivir siempre con la duda de si el niño está vivo o muerto? ¿Siempre tratando de descubrir la cara recordada en la cara de cada niño, de cada adolescente, de cada hombre de su misma edad?

–«Oh, perder todo el padre que había en mí» -dijo Brunetti.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

A Brunetti le estaba costando conciliar el sueño, y no era por la *grappa* sino porque no podía dejar de pensar en el niño Pedrolli. ¿Qué recuerdo le quedaría de aquellos primeros meses de vida? ¿Cómo le marcaría moralmente en el futuro el haber sido arrancado de un hogar en el que había conocido el cariño de una familia, y llevado a una institución pública?

En su duermevera, Brunetti se repetía que debía desentenderse, olvidar a Pedrolli, borrar de la memoria la imagen del hombre tendido en la cama del hospital y, sobre todo, olvidar al niño. Brunetti no estaba interesado en el aspecto legal ni en el biológico: le bastaba que Pedrolli hubiera reconocido al niño como hijo suyo y que la madre estuviera dispuesta a renunciar a él. Y que el médico amara al niño.

Lo que Brunetti no acababa de comprender eran los sentimientos de Bianca Marcolini, pero durante aquella larga noche de cavilaciones no se atrevió a despertar a Paola, que dormía plácidamente a su lado, para preguntarle qué debía de sentir una mujer. ¿Por qué había de saberlo Paola mejor que él? Si se lo preguntaba, probablemente, ella lo tacharía de machista: ¿por qué no ha de comprender un hombre los sentimientos de una mujer? Pero era esto precisamente lo que preocupaba a Brunetti: no haber visto en Bianca Marcolini ni asomo de lo que él creía que habían de ser los sentimientos de una mujer, creencia que, por cierto, seguramente le valdría las recriminaciones de su esposa. A juzgar por las impresiones recogidas por Paola, Bianca Marcolini no mostraba sentimientos maternos, algo que también al propio Brunetti había llamado la atención.

Poco antes de las seis, se le ocurrió una idea para tratar de descubrir algo más acerca de Bianca Marcolini y sus sentimientos hacia el niño. Entonces se durmió y, cuando despertó, la idea seguía presente. Se quedó mirando al techo. Sonaron tres campanadas: pronto serían las siete, y él se levantaría, haría café y traería una taza a Paola. Esta mañana ella tenía clase y le había pedido que la despertara antes de ir a trabajar.

Bueno, ahora era antes de ir a trabajar, ¿no?

–Paola -dijo. Esperó, volvió a llamarla y esperó un poco más.

Empezaron a sonar las campanadas de la hora. Brunetti lo interpretó como la señal de que ya podía despertarla. Se volvió, le puso la mano en el hombro y la sacudió suavemente.

–Paola -dijo otra vez.

Hubo un levísimo movimiento.

–Paola -repitió-. ¿Tu padre podría conseguirme una entrevista con Giuliano Marcolini?

Sonó la última campanada y el mundo se sumió otra vez en el silencio.

–Paola, ¿tu padre podría conseguirme una entrevista con Giuliano Marcolini?

El bulto de su lado se apartó. Él volvió a ponerle la mano en el hombro y el bulto se apartó más aún.

–Paola, ¿tu padre...?

–Si vuelves a decir eso, estrangulo a los niños.

–Son muy grandes.

Ella se revolvió y él pudo verle media cara, con ojo abierto.

–Te traeré café -dijo Brunetti amablemente, levantándose de la cama-. Y entonces hablaremos.

Le costó convencerla, pero al fin Paola accedió a llamar por teléfono a su padre para preguntarle si podría concertar la entrevista. Brunetti sabía que, en su calidad de policía, podía pedirla él mismo, pero comprendía que sería mejor recibido si la petición se hacía por mediación del *conte* Orazio Falier.

Paola dijo que llamaría a su padre por la tarde: el conde estaba en América del Sur y, antes de llamarle, ella tenía que averiguar dónde se encontraba exactamente, para calcular la diferencia horaria.

Brunetti, pensando en su suegro, se sintió momentáneamente desconcertado cuando, a media mañana, Vianello entró en su despacho anunciando:

–Pedrolli está en la lista.

Brunetti miró al inspector y preguntó:

–¿Qué lista?

–La del ordenador, la lista del *dottor* Franchi. Hace cuatro años que es cliente.

–¿De la farmacia?

–Sí.

–¿Pedrolli?

–Sí.

–¿Y Franchi ha visto su historial clínico? – Hasta este momento, Brunetti no reparó en la carpeta que Vianello traía en la mano.

–Aquí está todo -dijo el inspector, que se situó al lado de Brunetti, puso la carpeta en la mesa, la abrió y entresacó cuatro o cinco hojas del fajo que contenía. Brunetti vio párrafos cortos de letra muy pequeña, números y fechas. En la primera hoja, leyó términos en latín, más fechas y observaciones escuetas que no tenían sentido.

Vianello esparció los papeles en la mesa, para poder examinarlos al mismo tiempo.

–Abarca sólo siete años -dijo el inspector-. No se ha podido llegar más atrás.

–¿Por qué?

Vianello levantó una mano.

–¿Quién sabe? ¿Se extraviaron los archivos? ¿Aún no están informatizados? Elige.

–¿Lo has leído? – preguntó Brunetti.

–Los dos primeros párrafos -dijo el inspector, con la mirada en el tercero.

Juntos leyeron la primera hoja, la siguiente y las otras. Las visitas de Pedrolli a los especialistas en fertilidad habían empezado tres años antes, al cabo de un año de contraer matrimonio.

Al pie de dos de las hojas había lo que parecían informes de laboratorio: listas de nombres y columnas de números que no le decían nada. Brunetti reconoció las palabras «colesterol» y «glucosa», pero no tenía idea de lo que los números que aparecían a su lado significaban respecto de la salud de Pedrolli.

La última hoja era un informe enviado por e-mail a la ULSS por una clínica de Verona y fechado dos años atrás.

–«Probable malformación de los conductos espermáticos a causa de traumatismo sufrido en la adolescencia» -leyó Brunetti-. «Producción de espermatozoides normal, espermatozoides presentes en testículos, pero la obstrucción de los conductos provoca esterilidad total.»

–Pobre hombre -dijo Vianello.

La vida sexual del individuo es la esencia, la savia que alimenta el cotilleo. Descartada ésta, apenas te queda algo que comentar acerca de tus semejantes, por lo menos, algo que tenga interés, aparte de su dinero, su trabajo o su salud. Estas cosas pueden interesar a ciertas personas, pero ninguna posee el poder de fascinación de la conducta sexual y sus consecuencias. La aventura de Pedrolli y el consiguiente nacimiento del niño -y no digamos la generosidad de la esposa al aceptarlo- forzosamente tenían que ir de boca en boca.

Pero aquí estaba la prueba de que Pedrolli, dijera lo que dijera la gente, no podía ser el padre de la criatura, por lo que tenía que haberla adquirido por algún otro medio. No tenías más que soplar a la policía la palabra «estéril», para hacer que Pedrolli estuviera entre las personas investigadas por adopción ilegal de un niño al que no podía haber engendrado. Puesto que en el certificado de nacimiento figuraba su nombre junto al de la madre, ésta podría ser localizada con facilidad, y sólo era cuestión de tiempo que las fuerzas del Estado acudieran a salvar al niño. Una persona virtuosa, amante de la legalidad, se sentiría casi obligada a denunciar el hecho a las autoridades, ¿no? A no ser, desde luego, que mediara el pago de cierta cantidad, quizá, a intervalos regulares.

Brunetti agavilló las hojas, procurando no desordenarlas.

—¿Qué más tenemos ahí? —dijo señalando la carpeta.

—Pucetti y yo hemos encontrado casos de VIH y rehabilitación de drogadicción, y hasta de un cirujano con antecedentes de hepatitis B.

—Toda una mina -dijo Brunetti.

—Eso me temo -respondió Vianello.

—¿Los habéis visto ya todos?

—No, sólo la mitad. Pero he subido en cuanto he visto que Pedrolli era uno de los clientes de esa farmacia.

—Bien -dijo Brunetti-. ¿Cuántos estáis trabajando en esto?

—Sólo Pucetti y yo.

—¿Cómo sabéis qué es lo que encontráis? —preguntó Brunetti golpeando los informes médicos con el dorso de la mano.

—Él trabaja con uno de los ordenadores. Cuando encuentra algo que no sabe qué quiere decir, lo busca en el diccionario de Medicina.

—¿De dónde lo ha sacado?

–Está todo en un disco que nos envió el amigo, junto con las listas.
Pensó que nos facilitaría las cosas.

–Qué atento -observó Brunetti.

–Sí -dijo Vianello sin convicción.

–Continúa, a ver qué más encuentras. Yo repasaré esto otra vez.

Vianello se apartó de la mesa, pero no parecía decidido a marcharse.

–Anda, anda -dijo Brunetti señalando hacia la puerta-. Yo bajaré enseguida.

Miró los papeles, pero sin interés: ya había averiguado lo que le interesaba, en la primera lectura. Miró por la ventana. De pronto, se le había olvidado no sólo la hora del día sino hasta la estación del año en que estaba. Se levantó, fue a la ventana y la abrió. El aire era fresco, la hierba del jardín de enfrente estaba mustia y polvorienta, ansiosa de la lluvia que ya se respiraba en el ambiente. El reloj señalaba casi la una. Brunetti recogió los papeles y bajó a la sala de los agentes, donde se enteró de que Vianello y Pucetti habían salido a almorzar. Paola también estaría fuera, por lo que no había que pensar en almorzar en casa. Tratando de no sentirse dolido porque sus colegas se hubieran ido sin avisarle, volvió a su despacho.

Marcó el número de Ettore Rizzardi, el forense, del Ospedale Civile, con intención de dejarle un mensaje, y lo sorprendió que contestara el médico.

–Soy yo, Ettore.

–¿Hmm?

–Tenga también usted muy buenas tardes, *dottor* Rizzardi -dijo Brunetti, procurando imprimir en su voz toda la jovialidad de que era capaz.

–¿De qué se trata, Guido? – preguntó el médico-. Ahora mismo estoy ocupado.

–¿Malformación de los conductos del esperma a causa de un traumatismo sufrido en la adolescencia?

–Nada de hijos.

–¿En un ciento por ciento?

–Probablemente. ¿Algo más?

–¿Puede operarse?

–Quizá. ¿Más preguntas?

–Personales, no médicas -respondió Brunetti-. Sobre Pedrolli, el pediatra.

–Ya sé quién es -dijo Rizzardi con aspereza-. Le han quitado al hijo.

–¿Qué sabe de cómo tuvo ese hijo?

–Me dijeron que fue en Cosenza.

–¿Qué le dijeron exactamente?

–Ya le he dicho que estoy ocupado -dijo Rizzardi exagerando el tono de paciencia.

–En un minuto. Cuénteme lo que sepa.

–¿De Pedrolli?

–Sí.

–Que fue a un congreso médico en Cosenza y allí conoció a una mujer... cosas que pasan... después se enteró de que ella estaba embarazada. Hizo lo que debía y reconoció al niño.

–¿Usted cómo se enteró del caso, Ettore?

Después de una pausa, Rizzardi respondió:

–Supongo que se debió de correr la voz por el hospital.

–¿De quién partió el rumor?

–Guido -dijo Rizzardi con extrema cortesía-, de eso hace más de un año. No lo recuerdo.

–¿Y cómo se enteró Pedrolli? – preguntó Brunetti-. ¿Lo sabe?

–¿Cómo se enteró de qué?

–De que ella estaba embarazada. La mujer ni siquiera recordaba su nombre cuando la interrogaron. ¿Cómo pudo localizarlo? Él no le daría su tarjeta, ¿verdad? Entonces, ¿cómo lo encontró ella o cómo se enteró él de que estaba embarazada? – insistió Brunetti, cediendo a la curiosidad.

–No puedo contestar a ninguna de esas preguntas, Guido -dijo Rizzardi, otra vez con impaciencia.

–¿Podría enterarse?

–Preferiría no hacerlo -dijo Rizzardi, sorprendiéndolo-. Es un colega. – Entonces, como en desagravio, el médico sugirió-: ¿Por qué no viene y se lo pregunta?

–¿Está ahí?

–Esta mañana lo he visto en el bar. Y llevaba la bata, o sea que está trabajando -dijo Rizzardi. Brunetti oyó una voz de fondo, que parecía apremiante o irritada, y el médico añadió-: Tengo que dejarle -y colgó.

Brunetti estaba a punto de llamar a Vianello al móvil, con intención de reunirse con sus colegas para almorzar cuando sonó su propio *telefonino*.

-Pronto -dijo, y vio que era el número del despacho de Paola-. ¿Has dado con tu padre?

–No; él ha dado conmigo. Me ha dicho que, como no podía dormir por la diferencia horaria, llamaba para preguntar cómo estamos. Desde La Paz.

Normalmente, el nombre de la ciudad habría inducido a Brunetti a bromear y preguntar si su padre había ido a cerrar alguna transacción de cocaína, pero la creciente evidencia de que la mayoría de las llamadas hechas por los *telefonini*, si no todas, eran interceptadas y grabadas lo disuadió, y se contentó con un neutro:

–Ah.

–Te recibirá a las tres.

–¿Marcolini?

–Desde luego. No iba a ser mi padre -dijo ella, y colgó.

Esto dejaba a Brunetti menos de dos horas. Si conseguía hablar con Pedrolli enseguida, podría preparar mejor la entrevista con el suegro. Quizá hablando con Pedrolli podría hacerse una idea de si un hombre tan poderoso como Marcolini utilizaría su influencia para encontrar la manera de devolver el niño a Pedrolli y su esposa. Puesto que la madre biológica renunciaba a él, quizá las autoridades... Brunetti desechó el pensamiento. Pero no podía borrar la imagen del *dottor* Pedrolli haciendo como que acunaba al niño en los brazos vacíos, y el recuerdo le hizo caer víctima de su propio sentimentalismo.

Escribió una nota para Vianello, avisándole de que iba al hospital a hablar con Pedrolli y, de allí, a entrevistarse con Marcolini, y la dejó en la mesa del inspector. Al salir a la calle vio que empezaba a llover, volvió a entrar y agarró un paraguas del paragüero en el que el personal ponía los que se olvidaba el público.

Se alegraba de que lloviera, a pesar del inconveniente que ello pudiera suponer. El otoño había sido seco, lo mismo que el verano, y

Chiara, la supervisora del consumo de agua en la casa, había extremado su rigor. Brunetti, influido por las insistentes recomendaciones de su hija, ahora instaba a cerrar el grifo a los camareros que dejaban correr el agua sin necesidad, petición que invariablemente le valía miradas de asombro tanto del personal de la barra como de los clientes. Lo más sorprendente era la frecuencia con que tenía que hacer esta petición.

Llegó al hospital, abandonada ya toda pretensión de almorzar, y siguió los rótulos hasta Pediatría. El oído, más que la vista, le avisó de que se acercaba a su destino, al captar un berrido infantil que descendía por la escalera y aumentaba de volumen a medida que él iba subiendo.

La sala de espera estaba vacía, pero el sonido traspasaba las gruesas puertas dobles de la planta. Brunetti empujó las primeras y entró en el pasillo. Una enfermera que salía de una habitación fue hacia él rápidamente.

—Ya ha pasado la hora de visita -dijo alzando la voz para hacerse oír por encima del llanto.

Brunetti se sacó la credencial del bolsillo, se la mostró y dijo:

—Deseo hablar con el *dottor* Pedrolli.

—Está con un paciente -dijo ella secamente, y añadió-: ¿Es que aún no le han mortificado bastante?

—¿Cuándo estará libre? — preguntó Brunetti, imperturbable.

—No lo sé.

—¿Está en el hospital?

—Sí, en la 216.

—Entonces puedo esperar, ¿no? — preguntó Brunetti.

Ella, sin saber qué hacer, optó por marcharse, dejando a Brunetti en la puerta. Él advirtió entonces que los gritos del niño habían cesado y que cedía la tensión que sentía en el pecho.

Al cabo de un rato, de una habitación situada hacia la mitad del pasillo, salió un hombre con barba y con bata blanca que echó a andar en dirección a Brunetti. De haberlo visto en la calle, no hubiera reconocido a Pedrolli. El médico era más alto de lo que parecía estando en la cama del hospital, y el hematoma de la cara casi había desaparecido.

-¿Dottor Pedrolli? – preguntó Brunetti cuando el hombre se acercaba.

El médico, sobresaltado, levantó la mirada.

-¿Sí?

-Comisario Guido Brunetti -dijo, tendiendo la mano-. Vine a verlo cuando estaba en el hospital. – Con una sonrisa, añadió-: Quiero decir, como paciente.

Pedrolli le estrechó la mano.

-Sí, recuerdo su cara, pero poco más, lo siento. Fue cuando no podía hablar, me parece. – Su sonrisa era tensa, casi tímida. La voz, que Brunetti oía ahora por primera vez, era sonora y grave, de barítono.

-¿Podemos hablar un momento, *dottore*?

La mirada de Pedrolli era franca, diáfana, casi indiferente.

-Desde luego -dijo. Precedió a Brunetti por el pasillo hasta una de las últimas puertas a mano izquierda. Dentro Brunetti vio una mesa con un ordenador. Delante de la mesa estaban varias sillas puestas en fila. Las ventanas situadas detrás de la mesa daban al árbol horizontal que Brunetti había visto en su visita anterior. Una de las paredes estaba cubierta por una estantería llena de libros y revistas.

-Este sitio es tan bueno como cualquier otro -dijo Pedrolli, ofreciendo una silla a Brunetti. Él se sentó frente al comisario-. ¿Qué desea saber?

-Su nombre ha surgido en relación con una investigación, *dottore* -empezó Brunetti.

Casi maquinalmente, Pedrolli se llevó la mano a un lado de la cabeza.

-¿No es un eufemismo? – preguntó con una expresión que quería ser afable.

Brunetti sonrió a su vez y prosiguió:

-No tiene relación alguna con el asunto por el que vine a verle la última vez, *dottore*.

Pedrolli clavó los ojos en Brunetti y rápidamente desvió la mirada.

-Aquella investigación estaba, y sigue estando, en manos de los *carabinieri*. Yo he venido para preguntar por otra investigación que lleva a cabo mi departamento.

–¿La policía?

–Sí, *dottore*.

–¿Qué investigación, comisario? – preguntó Pedrolli, con un énfasis más que ligeramente irónico.

–Su nombre ha aparecido en relación con un asunto totalmente distinto. De eso he venido a hablarle.

–Ya -dijo Pedrolli-. ¿Podría ser más explícito?

–Se trata de un fraude que se ha cometido aquí, en el hospital -dijo Brunetti, optando por enfocar la cuestión desde este ángulo, antes de introducir la idea de que el médico podía estar siendo víctima de chantaje. Pedrolli se relajó ligeramente.

–¿Qué clase de fraude?

–Visitas falsas. – Vio que Pedrolli entornaba los párpados y prosiguió:- Al parecer, algunos médicos programan visitas para pacientes que saben que no han de poder visitarse; en algunos casos, los farmacéuticos programan las visitas, que se cargan a la sanidad pública, a pesar de que no se hacen. Por lo menos tres de los pacientes para los que se programaron visitas ya habían fallecido.

Pedrolli asintió y apretó los labios.

–Mentiría si le dijera que no había oído hablar de ello, comisario. Pero en mi departamento no ocurren esas cosas. De eso nos encargamos mi *primario* y yo.

Aunque su primer impulso fue creer al médico, Brunetti preguntó:

–¿Cómo lo hacen?

–Todos los pacientes que vienen a visitarse, mejor dicho, los padres, ya que nuestros pacientes son niños, han de firmar en el registro de la enfermera, la cual, cuando termina su turno, coteja el registro de los pacientes que han sido visitados por cada médico con la lista del ordenador. – Al observar la expresión de Brunetti, dijo:- Sí, es un sistema muy simple, apenas cinco minutos más de trabajo para la enfermera, pero elimina toda posibilidad de irregularidades.

–Da la impresión de que han implantado ustedes el sistema precisamente con esa finalidad, *dottore* -dijo Brunetti-. Si me permite la observación.

–Desde luego, comisario: ésa era la intención. – Pedrolli esperó un momento hasta que Brunetti lo miró-. En un hospital las noticias

vuelan.

–Ya veo -dijo Brunetti.

–¿Es todo lo que deseaba preguntarme? – dijo Pedrolli, disponiéndose a levantarse.

–No, *dottore*, hay algo más. Si me permite un momento.

Pedrolli volvió a dejarse caer en la silla.

–Por supuesto -respondió, pero miró el reloj al decirlo. De pronto, le sonaron las tripas ruidosamente, y él volvió a mirar a Brunetti con aquella sonrisa casi cohibida-. Aún no he almorzado.

–Trataré de no entretenerle mucho -dijo Brunetti, confiando en que sus propias tripas no empezaran a hacer coro a las del médico.

–*Dottore* -empezó-, ¿es usted cliente de la farmacia de *campo* Sant'Angelo?

–Sí; es la que está más cerca de mi casa.

–¿Hace años que compra allí?

–Desde que nos mudamos al barrio, hará unos cuatro años. Quizá un poco más.

–¿Conoce bien al farmacéutico? – preguntó Brunetti.

Pasó un rato antes de que Pedrolli respondiera, pronunciando las palabras cuidadosamente:

–Ah, el *dottor* Franchi, modelo de exquisita moral. – Y agregó:- Supongo que lo conozco tan bien como cualquier médico conoce a un farmacéutico.

–¿Podría explicarme por qué lo dice, *dottore*?

Pedrolli se encogió de hombros.

–El *dottor* Franchi y yo tenemos ideas distintas acerca de la debilidad humana -dijo con una sonrisa amarga-. Él es más severo que yo. – Acentuó la sonrisa y, en vista de que Brunetti no decía nada, prosiguió:- En cuanto a en qué medida lo conozco profesionalmente, yo le pregunto si mis pacientes van a recoger lo que les receto y, a veces, cuando he recomendado algún medicamento por teléfono, entro a firmarles la receta.

–¿Y para usted, *dottore*? ¿Compra cosas en esa farmacia?

–Lo normal, dentífrico y artículos para la casa. A veces, cosas que me pide mi esposa.

–¿Y sus propias recetas, se las despachan allí?

Pedrolli reflexionó largamente y al fin dijo:

–No; si alguna vez necesito un medicamento, lo consigo aquí, en el hospital.

Brunetti asintió.

Pedrolli sonrió, pero ya no con la sonrisa de antes.

–¿Me dirá por qué me hace estas preguntas, comisario?

Como si no le hubiera oído, Brunetti prosiguió:

–Durante todos estos años, ¿no ha despachado el *dottor* Franchi ninguna receta para usted?

Pedrolli miró al vacío.

–Quizá una vez, a poco de mudarnos. Tuve la gripe, y Bianca bajó a buscar la medicina. Me trajo algo, pero no recuerdo si necesitó receta.

Pedrolli desvió la mirada y entornó los ojos, tratando de recordar, pero, cuando iba a decir algo, Brunetti le atajó:

–Si necesitó receta, ¿la información se habría anotado en su historial clínico, *dottore*?

Pedrolli lo miró largamente y, de pronto, pareció quedarse yerto, con la mente en blanco. Al cabo de un momento, la vida volvió a su cara con una mirada, desviada al instante, que Brunetti no pudo descifrar.

–¿Mi historial clínico? – preguntó al fin, pero, en realidad, no lo dijo en tono de interrogación-. ¿Por qué le interesa, comisario?

Brunetti no veía razón para no explicárselo, sin mencionar el chantaje, desde luego.

–Estamos investigando el uso ilícito de información médica, *dottore*.

Se quedó observando la reacción de Pedrolli a esta insinuación, pero el médico se limitó a parpadear y encogerse de hombros antes de responder:

–Me parece que eso no me dice nada.

A Brunetti le parecía que, detrás de la expresión de serenidad que había asumido, el médico estaba analizando activamente lo que acababa de oír, considerando, quizá, las hipótesis hacia las que apuntaba.

El comisario se percató entonces de que aún no había aludido a las posibilidades de que Pedrolli recuperara al niño. Y, cambiando de registro, empezó:

–Ahora quisiera hablarle de su hijo.

Le pareció que su interlocutor ahogaba una exclamación. Desde luego, fue algo más fuerte que un suspiro, aunque la cara del médico permaneció impassible.

–¿Qué quiere saber de mi hijo? – preguntó, tratando de controlar la voz.

–Según mis informes, es poco probable que la madre biológica lo reclame. – Si Pedrolli comprendió la intención de estas palabras, no lo demostró, y Brunetti prosiguió-: Por ello, me gustaría saber si piensa usted llevar el caso a los tribunales.

–¿A los tribunales?

–Para pedir que se lo devuelvan.

–¿Cómo cree que podría conseguirlo, comisario?

–Su suegro es un hombre..., en fin, un hombre bien relacionado.

Quizá él podría... -Brunetti observaba la cara del médico, tratando de percibir alguna emoción, pero no la había.

Pedrolli miró el reloj y dijo:

–No quiero ser descortés, comisario, pero son cosas que sólo atañen a mi familia y a mí, y prefiero no hablar de ellas con usted.

Brunetti se puso en pie.

–Deseo que todo se arregle, *dottore*. Si en algo puedo ayudarle, hágamelo saber -dijo Brunetti tendiendo la mano.

Pedrolli se la estrechó brevemente, pareció ir a decir algo, pero guardó silencio.

Brunetti dijo que ya conocía el camino y se fue, pensando en parar a tomar algo antes de su entrevista con el suegro del médico.

CAPÍTULO 21

Brunetti entró en una *trattoria* situada al pie del segundo puente en el trayecto del hospital a *campo* Santa Marina. No había mesa libre, y tuvo que conformarse con un plato de *cicchetti* y un vaso de *vino novello*, en la barra. En torno flotaban conversaciones, que no oía, absorto como estaba recordando la sorpresa de Pedrolli ante la mención de su historial clínico. ¿O, quizá, ante la sugerencia de que podía haberse hecho de él un uso ilícito?

Los *fondi di carciofi* estaban deliciosos, y Brunetti pidió dos más, y también otra *polpetta*, con el correspondiente vaso de vino. Cuando terminó no había saciado el hambre pero, por lo menos, la había mitigado. Estas comidas a salto de mata eran uno de los gajes del oficio, además de las llamadas telefónicas de madrugada, como la recibida al principio de este caso. Pagó, salió y se encaminó hacia *campo* Santa Marina cortando por detrás de Miracoli.

No había hecho falta que Paola le dijera dónde estaba la sede del partido de Marcolini: todos los venecianos lo sabían, cualesquiera que fuesen sus tendencias políticas. La Lega Doge era uno de los partidos separatistas que, durante los últimos años, habían brotado en el Norte, alimentados por el primario cóctel de miedo, descontento y resentimiento que el cambio social había producido en Italia. Sus partidarios detestan a los inmigrantes, a las izquierdas y a las mujeres con igual ferocidad, a pesar de que los necesitan: a unos, para que trabajen en sus fábricas; a otros, para echarles la culpa de los males del país; y a las últimas, para demostrar su virilidad acostándose con ellas.

Giuliano Marcolini era el fundador de la Lega Doge: Brunetti se negaba a llamarlo «ideólogo», ya que el término sugería que el partido podía tener algo que ver con ideas. En un período de veinte años, Marcolini había convertido su pequeño negocio de accesorios para fontanería en una cadena de grandes tiendas: el propio Brunetti sabía que los trabajadores que cuatro años antes le habían reformado el cuarto de baño habían adquirido el material en un establecimiento Marcolini.

Hay millonarios que compran equipos de fútbol, los hay que adquieren esposa nueva o hacen reconstruir a la vieja, otros financian

hospitales o galerías de arte: a Brunetti le había caído en suerte vivir en un país en el que los ricos fundan partidos políticos. En clara imitación de otros partidos separatistas, la Lega Doge se había dotado de una bandera en la que campeaba un animal rampante; pero como el león ya estaba afiliado a otro partido, se reclutó al grifo, a pesar de ser un animal que aparece raramente en la historia de Venecia y es figura poco frecuente en la iconografía veneciana. Los colores del partido eran púrpura y amarillo, y el saludo, el puño alzado sobre la cabeza, en una actitud que recordaba el saludo del Black Power que hicieron unos atletas afroamericanos en las Olimpiadas de México 1968, lo cual no dejaba de resultar embarazoso, por lo menos, para las personas dotadas de cierto sentido histórico. Un socarrón periodista de la izquierda preguntó si el saludo era una alusión a la legendaria tacañería de los venecianos, y la primera aparición de las banderas y camisetas púrpura y amarillo coincidió, desgraciadamente, con la presentación de la colección de primavera de un conocido diseñador gay que había elegido los mismos colores para sus prendas.

Pero la vehemencia de la retórica de Marcolini y la fe de sus seguidores superaron esos contratiempos iniciales, y, seis años después de su fundación, la Lega Doge ya había conseguido la alcaldía de seis municipios del Véneto y numerosos puestos en los consejos municipales de Verona, Brescia y Treviso. En Roma, los políticos empezaban a prestar atención al *signor* Marcolini y a lo que la derecha llamaba sus «ideas», y la izquierda, sus «opiniones». Marcolini era cortejado por los políticos que creían que podía serles útil, lo que hacía pensar a Brunetti en la observación hecha a propósito de Hitler por el jefe de uno de los partidos políticos que serían barridos por el Führer: «Caramba, ese hombre sabe hablar: podríamos utilizarlo.»

Cuando salía a *campo* Santa Marina, Brunetti iba pensando en qué actitud adoptar. Brava, por supuesto; la del hombre muy hombre que no aguanta tonterías ni de las mujeres ni de los extranjeros, a menos, desde luego, que los extranjeros sean hombres y europeos y hablen una lengua civilizada como el italiano, aunque los hombres de verdad hablan dialecto, ¿no? De haber sabido aquella mañana que iría a ver a Marcolini, Brunetti se habría vestido para la ocasión, aunque no imaginaba cuál podía ser la indumentaria adecuada para presentarse

en la sede de la Lega Doge. Algo paramilitar y ligeramente prepotente: ¿las botas de Marvilli, quizá?

Pasó por delante del hotel y entró en Ramo Bragadin. La primera puerta de la derecha se abría a un patio desde el que una escalera conducía a las oficinas de la Lega Doge. En los bajos tenía el taller un marmolista, y Brunetti se preguntó cómo soportarían el ruido los vecinos de arriba. Pulsó el timbre y enseguida le abrió la puerta un joven bien rasurado que vestía americana de *tweed* y pantalón vaquero negro.

–Guido Brunetti -dijo el comisario sin mencionar el rango, tendiendo la mano-. Tengo una cita con el *signor* Marcolini. – Hablaba articulando las palabras con precisión, como el que no está habituado a expresarse en italiano.

El joven, que tenía la cara tan chupada que los ojos parecían aún más juntos de lo mucho que ya lo estaban, sonrió a su vez, estrechó la mano de Brunetti y respondió en dialecto:

–El *signor* Marcolini estará libre dentro de un momento, *signore*. Lo acompañaré a su despacho.

Brunetti acogió el cambio al dialecto con un audible suspiro de alivio, al ser relevado de la molestia de tener que hablar en una lengua extranjera.

Brunetti no habría podido adivinar cómo decoraría las oficinas de su partido político un magnate de la fontanería, pero lo que veía le parecía muy apropiado. Una de las paredes del corredor por el que lo conducía el joven, tenía ventanas por las que se veía la casa de enfrente y, mirando hacia atrás, *campo* Santa Marina. La otra pared estaba cubierta de pares de banderas de la Lega con las astas cruzadas, del tamaño de las que desfilan en el Palio y, por consiguiente, un poco grandes para este interior de techo no muy alto. Había también varios escudos, copias modernas de originales medievales, que parecían hechos de cartón piedra muy machacado. El joven llevó a Brunetti a una sala grande en cuyo techo se veía un fresco recién restaurado - excesivamente restaurado, quizá- que representaba un acontecimiento celestial para asistir al cual, por lo visto, era preceptivo desnudar no sólo las espadas sino también grandes extensiones de sonrosadas carnes femeninas. Firuletes de estuco blanco circundaban la escena con una

trémula orla, de donde partían volutas color pastel que apuntaban amenazadoramente hacia los ángulos de la habitación.

Seis sillas de una madera tan reluciente que casi parecía plástico estaban alineadas junto a una pared, bajo un cuadro con marco dorado de Víctor Manuel III pasando revista a las tropas, quizá antes de alguna catastrófica batalla de la Primera Guerra Mundial. Al mirar la escena, Brunetti reparó en que o bien el artista había añadido veinte centímetros al monarca o la mayoría de los combatientes italianos de la Primera Guerra Mundial eran enanos.

–Es antes de Caporetto -dijo el joven.

–Ah -dejó escapar Brunetti-. Una batalla trascendental.

–Y no será la última -dijo el joven con tanto fervor en la voz que Brunetti tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo con la boca abierta.

–No me cabe duda -dijo el comisario moviendo la cabeza de arriba abajo con hombría en dirección a la escena pintada.

Un sofá de peluche rojo, que parecía haber empezado sus días en un burdel francés, estaba arrimado a la pared del fondo, en la que había otros grabados, éstos, de batallas reales. Las armas eran diferentes, pero todas hacían caer de rodillas a un soldado que, con una mano, levantaba la bandera italiana y, con la otra, se oprimía el pecho a la altura del corazón.

En la mesita situada delante del sofá estaba una colección de panfletos púrpura y amarillo con el correspondiente grifo protector campeando en la bandera italiana de la portada. Brunetti los miró y sonrió al joven.

Antes de que alguno de ellos pudiera hablar, una voz gritó algo desde detrás de la puerta del extremo, lo que hizo adelantarse rápidamente al joven, mientras decía por encima del hombro:

–Ahora lo recibirá.

Brunetti lo siguió. El joven entró y dio un taconazo, sucedáneo coreográfico, estimó Brunetti, del saludo puño en alto.

–El *signor* Brunetti, *commendatore* -dijo, haciéndole entrar, y añadió incluso una reverencia.

Cuando Brunetti pasó por delante de él, el joven retrocedió hacia la sala y cerró la puerta. Brunetti le oyó alejarse taconeando y miró a la

figura que estaba poniéndose en pie, en la que reconoció al hombre al que había visto hablar con Patta en el hospital.

Brunetti disimuló la sorpresa llevándose la mano a los labios para aclararse la garganta. Volvió la cara, tosió una vez, luego otra, y siguió avanzando hacia la mesa, mientras se permitía sonreír tímidamente.

En otras culturas, se habría calificado a Giuliano Marcolini de obeso; los italianos, empero, favorecidos con una lengua que dispensa eufemismos con magnanimidad infinita, lo llamarían «robusto». Era de menor estatura que Brunetti, pero su ancho tórax y abultado abdomen hacían que pareciera aún más bajo. Llevaba un traje similar al de la primera vez que Brunetti lo había visto, pero ni las rayas grises verticales de éste disimulaban sus anchuras. La adiposidad le había alisado las arrugas de la cara, lo que hacía que no aparentara mucha más edad que Brunetti.

Marcolini tenía los ojos hundidos, ojos claros, de hombre del Norte; la cara bronceada, oscura como la de un árabe; las orejas grandes, que lo parecían aún más en aquella cabeza de pelo cortado a cepillo; la nariz larga y gruesa; y manos de campesino.

—Ah, comisario -dijo poniéndose en pie. Cruzó el despacho moviéndose con notable agilidad para un hombre de su corpulencia. Brunetti le dio la mano, mantuvo la sonrisa mientras aquel hombre trataba de triturarle todos los huesos y no sólo devolvió la presión sino que la aumentó. Su oponente abandonó con una sonrisa de admiración.

Marcolini indicó a Brunetti una silla idéntica a las de la antesala y acercó otra, situándola de cara a su visitante.

—¿Qué puedo hacer por usted, comisario? — preguntó Marcolini. Tenía detrás una mesa con carpetas, papeles, un teléfono y varios marcos de fotos de plata, de los que Brunetti sólo veía el dorso.

—Llamar a un médico para que me examine la mano -dijo Brunetti con una risa ahogada a la que trató de infundir jovialidad, mientras agitaba la mano.

Marcolini soltó una carcajada.

—Me gusta percibir el potencial de un hombre al que veo por primera vez -dijo-. Es la manera.

Brunetti se reservó la sugerencia de que una sonrisa cortés y unas palabras de presentación podrían servir para ese fin y serían menos

dolorosas.

–¿Y qué le ha parecido? – preguntó Brunetti, hablando en dialecto con un deje áspero en la voz.

–Me parece que podremos entendernos.

Brunetti se inclinó hacia su interlocutor, abrió la boca y la cerró, como si no pudiera decidirse a hablar.

–¿Qué? – apremió Marcolini.

–Pocas veces mi trabajo me permite hablar como un hombre de verdad -empezó Brunetti-. Quiero decir, abiertamente. Nosotros hemos de hablar con prudencia. Es necesario. Lo exige la profesión.

–¿Hablar de qué con prudencia? – preguntó Marcolini.

–Verá, no debo expresar una opinión que alguien pudiera tomar a mal, que pudiera considerarse ofensiva o agresiva. – Brunetti hablaba con sonsonete, como el que recita de mala gana una lección aprendida por obligación.

–¿Decir lo políticamente correcto? – apuntó Marcolini con malicia. Brunetti se echó a reír sin disimular el desdén.

–Sí, justo, lo políticamente correcto -convino recalcando las sílabas.

–¿Con quién han de tener prudencia? – preguntó Marcolini, como si la respuesta le interesara vivamente.

–Pues ya se lo puede figurar. Con los compañeros, con la prensa, con la gente a la que arrestamos.

–¿Han de tratarlos a todos por igual, hasta a los que arrestan? – preguntó Marcolini fingiendo sorpresa.

Brunetti respondió con una sonrisa que procuró hacer lo más astuta posible.

–Por supuesto. Todos somos iguales, *signor* Marcolini.

–¿Incluso los extracomunitarios? – preguntó Marcolini con burdo sarcasmo.

Brunetti se limitó a resoplar con repugnancia. Era el hombre que se siente amordazado, pero desea hacer saber a un espíritu afín lo que piensa de los extranjeros.

–Mi padre los llamaba negratas -reveló Marcolini-. Él combatió en Etiopía.

–También el mío estuvo allí -mintió Brunetti, cuyo padre había luchado en Rusia.

–Aquello empezó muy bien. Mi padre me decía que vivían como príncipes. Pero luego todo se vino abajo. – Marcolini no habría podido parecer más agraviado si aquello se lo hubieran arrebatado también a él.

–Y ahora los tenemos a todos aquí -dijo Brunetti con inquina, dejando caer sus cartas lentamente, una a una. Alzó las manos con ademán de asco e impotencia.

–¿No está afiliado, verdad? – preguntó Marcolini, que, al parecer, no creía necesario ser más explícito.

–¿A la Lega? – preguntó Brunetti-. No. – Hizo una pausa y agregó:- Por lo menos, oficialmente.

–¿Qué quiere decir? – preguntó Marcolini sorprendiéndolo.

–Que me parece lo más prudente no manifestar mis ideas políticas - dijo Brunetti, con la expresión de alivio del que por fin puede sincerarse. Pero agregó, para evitar confusiones-: Por lo menos, en mi trabajo; cuando estoy trabajando.

–Sí, comprendo -dijo Marcolini-. ¿Y qué le trae aquí, comisario? El conde Falier me ha llamado para preguntar si querría recibirle. Usted es su yerno, ¿verdad?

–Sí -dijo Brunetti con voz átona-. Precisamente, deseo hablarle de su yerno de usted.

–¿Qué hay de él? – preguntó Marcolini instantáneamente, con cierta curiosidad pero poco entusiasmo.

–Mi departamento intervino en su problema con los *carabinieri* - explicó Brunetti en un tono de voz que denotaba desagrado ante aquel recuerdo.

–¿De qué manera?

–La noche de la redada me llamaron para que fuera a verlo al hospital.

–Creí que se encargaban del caso los *carabinieri* -dijo Marcolini.

–En efecto, pero nuestra oficina no procesó el aviso de los *carabinieri*, y cuando ocurrió aquello nos llamaron a nosotros. – Con la voz de un burócrata irritado, Brunetti agregó:- El caso no era nuestro, pero recibimos la denuncia de que un ciudadano había sido agredido.

–¿Y ustedes acudieron?

–Desde luego. Cuando te llaman tienes que ir -dijo Brunetti, satisfecho de su perfecta imitación del pequeño tambor.

–Justo. Pero aún no me ha dicho cuál es el motivo de su visita.

–Ante todo, quiero ser totalmente franco con usted, *signore*.

El gesto de asentimiento de Marcolini fue de una sorprendente benevolencia.

–A mi superior no le gusta que nos hayamos visto involucrados en un asunto de los *carabinieri*, y me ha pedido que indague. – Aquí Brunetti hizo una pausa, como para cerciorarse de que Marcolini le seguía y, al ver que éste movía la cabeza de arriba abajo, prosiguió: Se nos han dado distintas versiones acerca de la procedencia de ese niño. Según una, se trata de un hijo que Pedrolli tuvo con una extracomunitaria a la que conoció en el Sur -dijo, pronunciando «extracomunitaria» y «Sur» con el desdén que el caso requería. Observó el efecto de esa entonación en Marcolini y agregó: Luego está la historia de que la mujer tuvo ese niño con su marido. – Aquí se detuvo, para dejar hablar a su interlocutor.

–¿Por qué quieren saber eso, comisario?

–Como ya le he dicho, *signore*, si no es hijo de Pedrolli, pensamos que deberíamos dejar el caso en manos de los *carabinieri*. -Sonrió y terminó: Pero, si es hijo suyo, la intervención de mis superiores, y de usted mismo, podría influir.

–¿Intervención? – preguntó Marcolini-. ¿Influir? No entiendo.

Brunetti adoptó una expresión de diáfana buena fe.

–Cerca de los servicios sociales, *signore*. Tal como van las cosas, es probable que el niño acabe en un orfanato. – Ésa era la realidad, a partir de la cual Brunetti seguía tejiendo su ficción-. Finalmente, quizá fuera posible, por el bien del niño, devolverlo a sus padres.

–¡Sus padres! – barbotó Marcolini con una voz sin vestigio de afabilidad-. Sus padres son una pareja de albaneses que entraron ilegalmente en el país. – Hizo una pausa efectista y subrayó: ¡Albaneses, por el amor de Dios!

Por toda respuesta, Brunetti imprimió en su cara una expresión de vivo interés, y Marcolini prosiguió:

–Probablemente, la madre debe de ser una especie de puta. Sea lo que sea, lo cierto es que no tuvo reparo en vender a su hijo por diez mil

euros. Así que será mejor para él que lo lleven al orfanato.

–Eso lo ignorábamos, *signore* -dijo Brunetti con gesto de reprobación.

–En este asunto hay muchas cosas que ustedes ignoran y que los *carabinieri* ignoran -dijo Marcolini con creciente indignación-. Eso de su aventura en Cosenza es cuento. Él asistía a no sé qué congreso y, mientras estaba allí, hizo un trato para comprar al niño. – Brunetti fingió un gesto de sorpresa, como si oyera esto por primera vez.

Marcolini se levantó y dio la vuelta a la mesa.

–Si realmente hubiera ocurrido lo que él dijo al principio, yo podría entenderlo. Un hombre tiene sus necesidades, y él estuvo allí toda una semana. Si se la hubiera tirado, lo comprendería. Por lo menos, sería hijo suyo. Pero Gustavo nunca ha sido de los que saben echar una cana al aire, y aquí se trata sólo de un pequeño bastardo albanés al que su madre puso en venta y que mi yerno, como un imbécil, compró y se trajo a casa.

Marcolini se levantó, tomó una de las fotos de encima de la mesa y se la puso en la mano a Brunetti.

–Mire, aquí lo tiene. El pequeño albanés.

Brunetti miró la foto y vio a Pedrolli, a su esposa y, entre los dos, a un niño de abundante flequillo, cara redonda y ojos oscuros. Marcolini fue hasta la pared y volvió.

–Tendría que haber visto a ese pequeño intruso, con su cabeza cuadrada de albanés, plana por detrás, como la tienen ellos. ¿Cree que yo quería que mi hija fuera su madre? ¿Imagina que yo iba a consentir que eso heredara todo lo que yo he conseguido, con tanto esfuerzo? – Recuperó la foto y la arrojó a la mesa cara abajo. Brunetti oyó romperse el cristal, pero Marcolini no debió de oírlo, o no debió de importarle, porque agarró otra foto y se la puso delante a Brunetti.

–Mire, ésta es Bianca, a los dos años. Ése es el aspecto que ha de tener una criatura. – Brunetti miró a una niña de abundante flequillo, cara redonda y ojos oscuros. No dijo nada, pero movió la cabeza de arriba abajo, para dar a entender que había captado lo que fuera que se suponía que tenía que detectar en la foto-. ¿Qué me dice? – inquirió Marcolini-. ¿No es ése el aspecto que ha de tener una criatura?

–Muy bonita, *signore*. Entonces y ahora.

–Y casada con un idiota -dijo Marcolini dejándose caer pesadamente en la silla.

–¿Y no está preocupado por ella, *signore*? -preguntó Brunetti, esforzándose por imprimir conmisericordia en la voz.

–¿Preocupado, por qué?

–Porque ella eche de menos al niño.

–¿Eche de menos? – preguntó Marcolini. Entonces miró al techo y lanzó una carcajada-. ¿Quién cree que me pidió que llamara por teléfono?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 22

Brunetti no fue capaz ni de intentar reprimir un gesto de asombro, y se quedó mirando a su interlocutor unos segundos con la boca abierta.

–Comprendo -dijo con voz opaca.

–¿A que le he dado una sorpresa? – dijo Marcolini con risa cavernosa-. Bueno, confieso que también ella me la dio a mí. Yo pensaba que se había encariñado con el crío, y por eso no decía nada, aunque, según iba creciendo, más albanés lo veía yo. Porque no era como nosotros -dijo con convicción-. Y no me refiero a mí, a Bianca o a mi esposa: es que no parecía italiano.

Marcolini miró al comisario, para comprobar que le escuchaba con atención. Así era, por supuesto, y Brunetti procuraba aparentar que le escuchaba, además, con aprobación.

–Pero yo callaba porque, en fin, ella parecía quererlo, y yo me habría guardado de decir o hacer algo que pudiera disgustarla o afectar a nuestra relación.

–Desde luego -dijo Brunetti con una sonrisa amistosa, de padre a padre. Y apremió-: ¿Pero...?

–Pero un día, estando ella en casa, en mi casa, nuestra casa, quiero decir, el periódico hablaba del caso de la rumana que había vendido a su hijo. En el Sur -especificó Marcolini con displicencia-. Ahí es donde ocurren todas esas cosas. Esa gente no sabe lo que es el honor.

Brunetti asintió, como si nunca hubiera oído verdad más grande.

–Yo hice un comentario. Me repelía aquello, pero enseguida temí haber hablado más de la cuenta. Y entonces mi hija me dijo que ellos habían hecho lo mismo, en fin, que ella pensaba que Gustavo lo había hecho. Que él en modo alguno podía ser el padre. – Marcolini se interrumpió, para comprobar, una vez más, que Brunetti lo seguía, y Brunetti no se perdía palabra.

»Juro que, hasta aquel momento, yo creía que el niño era de Gustavo y que su aspecto se debía a que había salido a la madre, porque su influencia era más fuerte. Como ocurre con los negros, que basta una pizca de sangre para que los genes predominen. – Por su

manera de hablar, parecía Mendel explicando la génesis de sus guisantes.

»Pero entonces Bianca me explicó lo ocurrido. Un colega, un compañero de carrera que trabajaba en Cosenza, tenía una paciente que iba a dar a luz y que quería, en fin, dar a la criatura.

–¿En adopción? – preguntó un Brunetti falsamente ingenuo.

–Llámelo así, si quiere -dijo Marcolini con sonrisa cómplice-.

Gustavo habló con su amigo y con la mujer, al regresar se lo explicó a Bianca, y ella accedió porque Gustavo decía que era la única posibilidad de tener un bebé. Ella no quería, me dijo, pero él la convenció. A su edad ya no les permitirían adoptar a un recién nacido, a un niño mayor, quizá, pero no a un bebé, y todas las pruebas indicaban que no podían tener hijos. – Marcolini se interrumpió y soltó una risa áspera y corta como un ladrido-. Es lo único para lo que nos ha servido que Gustavo sea médico: por lo menos, puede entender los números de los análisis. Y Bianca accedió.

–Comprendo -murmuró Brunetti-. ¿Y él se trajo al niño?

–Sí. Allá abajo es fácil hacer esas cosas. Él se presentó en el Anagrafe, dijo que el niño era hijo suyo, y la mujer lo corroboró con su firma. – Marcolini lanzó al techo una mirada que a Brunetti le pareció melodramática y prosiguió-: Es probable que ella ni siquiera sepa leer, pero firmó el documento, y el niño pasó a ser de él. Y Gustavo le dio diez mil euros. – El furor de Marcolini ya no era melodramático sino auténtico-. Hasta mucho después no dijo a Bianca cuánto había pagado. El muy imbécil. – Por su expresión era evidente que tenía algo que añadir, y Brunetti permaneció quieto, con una expresión de intenso interés en la cara.

»Por el amor de Dios, también habría podido conseguirlo por menos. El otro sujeto, el de la rumana, lo consiguió por un *permesso di soggiorno* y una vivienda para la madre. Pero no, el *dottor* Gustavo tenía que dárselas de gran señor y pagar diez mil euros. – Marcolini, falto de palabras, alzó las manos y prosiguió-: Probablemente, ella se los habrá gastado en droga o los habrá enviado a la familia en Albania. Diez mil euros -repitió, claramente incapaz de expresar su indignación con suficiente contundencia.

»Y, cuando lo trajo, yo enseguida le vi la pinta, pero creí que era la influencia de la madre. Usted puede pensar que todos los recién nacidos se parecen, pero aquél... Se veía que no era de los nuestros. Esos ojitos, esa cabeza... -Marcolini meneó la suya con incredulidad, y Brunetti asintió y lanzó un pequeño sonido gutural, animando al hombre a seguir hablando.

»Pero Bianca es mi hija -prosiguió Marcolini, y a Brunetti le pareció que ahora hablaba tanto consigo mismo como con su oyente-. Y yo pensaba que también ella deseaba a ese niño. Pero aquel día me dijo lo que sentía en realidad y que el niño para ella no era más que una carga, algo que debía cuidar y que en realidad no deseaba. Era Gustavo el que estaba loco por el crío y en cuanto llegaba a casa le faltaba tiempo para ponerse a jugar con él. A su mujer casi no le prestaba atención, el niño lo era todo, y eso a ella no podía gustarle.

-Comprendo -dijo Brunetti.

-Entonces le dije: «Como lo que hoy viene en el periódico, ¿eh?», refiriéndome a lo que habíamos estado comentando. Yo quería decir que Gustavo había conseguido el niño de la misma manera, pero Bianca pensó que me refería a la manera en que la policía lo había descubierto.

-¿Una llamada telefónica? -preguntó Brunetti, con la expresión del que se siente muy ufano por tan brillante deducción.

-Sí; una llamada telefónica a los *carabinieri*.

-Y entonces ella le pidió que hiciera la llamada, imagino -dijo Brunetti, sabiendo que no podría creerlo hasta que se lo oyera decir a Marcolini.

-Sí; que llamara y les dijera que Gustavo había comprado al niño. Como en el certificado de nacimiento figuraba el nombre de la madre, les sería fácil dar con ella.

-Y así fue, ¿verdad? -preguntó Brunetti, esforzándose por infundir a su voz una nota de aprobación y hasta de entusiasmo.

-Yo no tenía idea de lo que ellos harían al enterarse -dijo Marcolini-. Supongo que Bianca tampoco, Dijo que aquella noche estaba aterrada, que pensó que eran terroristas, ladrones o algo por el estilo. - A Marcolini le temblaba un poco la voz al referirse al

sufrimiento de su hija-. Yo no esperaba que asaltaran la casa de aquel modo.

–Por supuesto -convino Brunetti.

–Sólo Dios sabe el miedo que debió de pasar.

–Tuvo que ser espantoso -se permitió agregar el comisario.

–Sí. Yo no quería eso, *per carita*.

–Es comprensible, desde luego.

–Y supongo que tampoco tenían por qué ser tan brutales con Gustavo -agregó Marcolini con voz neutra.

–No; desde luego que no.

Las nubes se abrieron y la voz de Marcolini se hizo más cálida.

–Pero resolvió el problema, ¿verdad? – preguntó. Y entonces, como si recordara con quién estaba hablando, dijo-: Puedo confiar en usted, ¿no?

Brunetti estiró los labios en una ancha sonrisa.

–Ni que decir tiene, *signore*. Al fin y al cabo, su padre y el mío combatieron juntos. – Y entonces, atónito por el descubrimiento, añadió-: Además, usted no hizo nada ilegal.

–¿Verdad que no? – preguntó con una sonrisa maliciosa Marcolini, quien, evidentemente, debía de hacer tiempo que había sacado la misma conclusión. Extendió el brazo y dio a Brunetti un viril achuchón en el hombro.

De pronto, el comisario comprendió que sería fácil conseguir que Marcolini siguiera hablando. No tenía más que preguntar para que Marcolini respondiera, quizá hasta con sinceridad. Era un fenómeno frecuente, que Brunetti había observado en las personas a las que interrogaba acerca de los delitos que se les imputaban. El punto de inflexión llegaba cuando el sujeto creía haber conquistado la simpatía del interrogador y, a su vez, depositaba su confianza en él. A partir de ahí, las personas confesaban, incluso, delitos sobre los que no se les interrogaba, casi como si estuvieran dispuestas a hacer cualquier cosa para conservar la benevolencia del oyente. Pero Marcolini, tal como él mismo había declarado con autocomplacencia, no había cometido ningún delito. Al contrario, actuando como un buen ciudadano, lo había denunciado a la policía.

Este pensamiento hizo que Brunetti se pusiera en pie. Fiel al papel que estaba representando, dijo:

–Le agradezco el tiempo que me ha dedicado, *signor* Marcolini. – Haciendo un esfuerzo, tendió la mano-. Informaré al *questore* de lo que me ha manifestado.

El hombre se levantó y estrechó la mano que le tendía Brunetti. Le sonrió amistosamente, se volvió y fue hacia la puerta. Mientras miraba aquella espalda ancha, vestida con ropa cara, Brunetti sintió el impulso de darle un buen golpe. Se vio a sí mismo derribándolo al suelo, pero comprendió que de nada serviría, si no era capaz de pisotearlo, y sabía que eso no podría hacerlo. De modo que se limitó a cruzar el despacho detrás de Marcolini.

El hombre abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar paso al comisario. Marcolini levantó una mano y Brunetti advirtió que iba a darle una palmada en el hombro o a oprimirle el brazo. La idea lo horrorizó y comprendió que no podría soportarlo. Al pasar por delante de Marcolini, dio dos pasos rápidos para rehuir el contacto, luego se volvió y esbozó un gesto de sorpresa, como si hubiese esperado verlo más cerca.

–Muchas gracias por su tiempo, *signore* -dijo exprimiendo una última sonrisa.

–No hay de qué darlas -dijo Marcolini asentando el cuerpo sobre los talones y cruzando los brazos-. Encantado de ser útil a la policía.

Brunetti notó un sabor metálico en la boca, musitó unas palabras que ni él mismo entendió y salió del edificio.

CAPÍTULO 23

En la calle, Brunetti se sintió asaltado por una horda de furias que siseaban: «Dieciocho meses, dieciocho meses, dieciocho meses.» Habían tenido con ellos al niño dieciocho meses, y entonces Bianca Marcolini había pedido a su padre que hiciera que se lo llevaran de su casa, como si fuera un mueble que le estorbaba o un electrodoméstico que había adquirido a prueba y decidido devolver a la tienda.

Si, cuando uno de sus hijos tenía dieciocho meses, Paola le hubiera dicho que era del cartero, del basurero o del cura párroco, él no lo habría querido menos por ello. Brunetti se llamó al orden: ya estaba otra vez poniéndose de ejemplo, como si en el mundo no hubiera más patrones de conducta.

Siguió andando hacia la *questura*, pero, por más que se esforzaba, no conseguía acallar aquellas voces. Tan ensimismado llegó que estuvo a punto de chocar con Patta, que en aquel momento salía por la puerta principal.

–Ah, Brunetti -dijo el *vicequestore*-. ¿Viene de alguna gestión?

Brunetti asumió una expresión de agobio profesional.

–Sí, *dottore*, pero no quiero retrasarlo de la suya.

–¿Qué otra cortés explicación dar al hecho de que el jefe se iba a su casa dos horas antes de la reglamentaria?

Brunetti prefería que Patta no se enterase de sus actividades y, menos aún, de que había estado haciendo preguntas al jefe de un partido político emergente en el Véneto. Patta creía que los únicos que tenían derecho a hacer preguntas a los políticos eran los camareros; los demás debían mantenerse a la expectativa.

–¿Qué clase de gestión? – preguntó Patta.

Brunetti, recordando la descripción que el *marquis* de Custine hacía de los funcionarios de aduanas del puerto de San Petersburgo, dijo:

–Se ha recibido la denuncia de que los funcionarios del puerto aceptan sobornos y ponen trabas a los que no los pagan.

–Nada nuevo -dijo Patta con impaciencia, acabó de calzarse los guantes y se fue.

En el primer piso, Brunetti fue a la sala de los agentes y se alegró de ver allí a Vianello y Pucetti. No pensaba en si habrían descubierto algo

acerca del farmacéutico ni en si podrían ayudarle a resolver el caso: Brunetti se alegraba, simplemente, de estar en compañía de personas que sabía compartirían su visceral repugnancia hacia lo que Marcolini acababa de contarle.

Entró en la sala sin decir nada. Vianello levantó la cabeza y sonrió, y otro tanto hizo Pucetti. Sus escritorios estaban llenos de papeles y carpetas, y Pucetti tenía tinta en la barbilla. Brunetti sintió una emoción extraña que le impedía hablar: dos hombres completamente normales, haciendo su trabajo.

Ahora bien, la sonrisa de Vianello era la del depredador que acaba de vislumbrar el flanco moteado de un gamo en el linde del calvero.

—¿Qué hay? — preguntó Brunetti.

—¿Has visto a la *signorina* Elettra? — preguntó el inspector. Brunetti observó en Pucetti una sonrisa parecida.

—No. ¿Por qué?

—Anoche, la compañera del *signor* Brunini recibió una llamada telefónica.

Brunetti tardó unos segundos en procesar la información: llamada recibida en el *telefonino* que había comprado, cuyo número había dado a la clínica: número del *signor* Brunini y teléfono al que la *signorina* Elettra había quedado encargada de contestar.

—¿Y?

—El comunicante dijo que creía poder ayudar al *signor* Brunini y, por supuesto, también a la *signorina*.

—¿Eso es todo? — preguntó Brunetti.

—La *signorina* Elettra no ha podido contener la emoción al recibir la noticia. — Como Brunetti no respondiera, el inspector prosiguió: No hacía más que repetir: «Un bebé, un bebé...», hasta que el hombre dijo que sí, que estaba hablando de un bebé.

—¿Y ahora qué? ¿Dejó un número?

Vianello ensanchó la sonrisa.

—Más que eso. Accedió a encontrarse con ella y con el *signor* Brunini. Ella me ha dicho que, mientras quedaban en la hora y el sitio, no hacía más que llorar.

Brunetti tuvo que sonreír a su vez.

—¿Y?

–No sabía qué querrías hacer -dijo Vianello. Marvilli se había comportado honrada y hasta generosamente con ellos: lo menos que podían hacer era devolverle el favor dándole una información que podía ayudarle en su carrera. Por otra parte, nunca estaba de más contar con un amigo en los *carabinieri*. Habría podido llamarle él, pero Brunetti prefería que hiciera la llamada Vianello: así no daría tanto la impresión de que estaba pagándole un favor personal.

–El caso pertenece a los *carabinieri* -dijo Brunetti al fin-. ¿Querrás llamar a Marvilli?

–¿Y la cita?

–Explícale la situación. Si quieren que vayamos nosotros, iremos. Que decidan ellos.

–De acuerdo -dijo Vianello, pero no extendió el brazo hacia el teléfono-. No es hasta pasado mañana -añadió.

Brunetti carraspeó y abordó el asunto que lo había llevado allí:

–¿Habéis terminado con los nombres que estaban en el ordenador de Franchi?

–Ahora mismo -dijo Vianello-. Hemos repasado los historiales y encontrado una docena que contienen información que podría ser interesante para ciertas personas.

«Qué exquisita diplomacia se gasta hoy el inspector», pensó Brunetti.

–¿Quieres decir ser motivo de chantaje? – preguntó.

Pucetti se echó a reír y dijo a Vianello:

–Ya le he dicho que era mejor hablar claro.

Vianello prosiguió:

–Creo que podríamos repartirnos los historiales e ir a ver a la gente.

–¿No se puede hacer por teléfono? – preguntó Pucetti con extrañeza.

Brunetti se adelantó a hablar sin dar tiempo a Vianello de responder, consciente de la clase de información que podían contener los historiales.

–El primer contacto, sí; para averiguar si hay motivo, después habrá que ir personalmente. – Señaló las carpetas-. ¿Hay algo que sea delito?

Vianello extendió la mano con un ligero balanceo.

–Dos de ellos toman muchos tranquilizantes, pero eso sería culpa del médico, no suya, creo yo.

Parecía un asunto muy leve.

–¿No hay nada mejor? – preguntó, y comprendió que la palabra no podía ser menos apropiada.

–Me parece que yo tengo algo -dijo Pucetti, titubeando.

Los otros dos hombres vieron al joven agente rebuscar entre las carpetas que tenía encima de la mesa y extraer una.

–Es una norteamericana -empezó.

«Una mechera», fue lo primero que pensó Brunetti, pero enseguida comprendió que ésta no era la clase de información que podía tener un farmacéutico.

–En realidad, quizá se trate del marido -matizó Pucetti.

Vianello suspiró audiblemente, y Pucetti prosiguió: -Durante los dos últimos años, la mujer ha estado en Pronto Soccorso cinco veces. Los otros no dijeron nada.

–La primera vez, fractura del tabique nasal -dijo Pucetti abriendo la carpeta y deslizando el índice por la primera hoja. Pasó a la segunda-. Tres meses después, un profundo corte en la muñeca. Dijo que se le había roto una copa en el fregadero.

–Ya -murmuró Vianello.

–A los seis meses, volvió con dos costillas rotas. – Se caería rodando por la escalera, imagino -apuntó Vianello.

–Justo -respondió Pucetti. Pasó otra hoja y dijo-: Después, una rodilla, rotura de ligamentos: se cayó en un puente.

Ni Brunetti ni Vianello hablaban. El crujido de la siguiente hoja sonó con fuerza en el silencio.

–Luego, el mes pasado, se dislocó un hombro.

–¿V volvió a caer por la escalera? – preguntó Vianello.

Pucetti cerró la carpeta.

–No lo dice.

–¿Son residentes? – preguntó Brunetti.

–Tienen un apartamento, pero vienen como turistas -respondió Pucetti-. Ella paga las facturas del hospital en metálico.

–Entonces, ¿cómo ha ido a parar al ordenador del farmacéutico? – preguntó Brunetti.

–La primera vez fue a comprar analgésicos a la farmacia -dijo Pucetti.

–Le habrá hecho falta un montón -musitó Vianello.

Haciendo caso omiso de la observación de Vianello, Pucetti terminó su explicación:

–Por eso está en el ordenador.

Brunetti consideró la conveniencia de intervenir en el caso y desistió.

–Empecemos por los venecianos o, por lo menos, los italianos, a ver si conseguimos que nos digan algo. Si comprenden que estamos enterados del motivo del chantaje, quizá hablen. Y quizá descubramos quién destrozó la farmacia.

–Están las muestras de la sangre -les recordó Vianello, aunque sin grandes esperanzas de que hubiera resultados-. Sería más fácil si pudiéramos cotejar las muestras con la sangre de alguna de esas personas. Las tiene Bocchese desde el día del asalto a la farmacia.

–O algún laboratorio -dijo Brunetti. Agarró el teléfono y marcó el número de Bocchese. El técnico contestó.

–¿Y esas muestras de sangre? – preguntó Brunetti.

–Estoy bien, gracias, *dottore*. ¿Y usted? También yo me alegro de oírle.

–Perdone, Bocchese, pero tenemos prisa.

–Ustedes siempre tienen prisa, comisario. Nosotros, los científicos, nos tomamos las cosas con más calma. Por ejemplo, tenemos que esperar a que las muestras nos lleguen de los laboratorios, y eso nos enseña a tener paciencia.

–¿Cuándo las tendrán?

–Los resultados tenían que haber llegado ayer -dijo Bocchese.

–¿No podría usted llamarles?

–¿Y preguntarles qué?

–Si pueden decirle lo que encontraron en la sangre.

–Si tuvieran los resultados, me los habrían enviado por e-mail.

–De todos modos, ¿hará el favor de llamar y preguntarles si ya los tienen? – preguntó Brunetti, procurando mantener la voz lo más plácida y cortés posible.

–Desde luego. Encantado. ¿Quiere que le llame cuando sepa algo?

–Si es tan amable -dijo Brunetti.

Bocchese resopló y colgó.

Ninguno de los otros dos se molestó en preguntar, sabedores del personal y soberano régimen de trabajo de Bocchese, pautado y conocido sólo por él mismo.

Brunetti colgó el teléfono con estudiada paciencia.

–Los caminos del Señor son infinitos -fue todo lo que se le ocurrió decir.

–¿Cómo lo enfocamos? – preguntó Vianello, sin mostrar ni la menor curiosidad por los caminos del Señor.

–¿Conocéis a alguna de las personas de la lista? – preguntó Brunetti.

Vianello asintió levantando una carpeta. Pucetti tuvo que buscar un poco más.

–Veamos -dijo Brunetti, repasando la lista de nombres. Reconoció dos, el de una compañera de Paola a la que había visto una vez y el de un cirujano del hospital que había operado a la madre de un amigo suyo.

Vista la hora, acordaron que lo mejor sería que cada uno llamara a sus conocidos y concertara una cita para el día siguiente. Brunetti subió a su despacho y leyó las carpetas. Al *dottor* Malapiero le habían recetado L-dopa por primera vez tres años antes. Hasta Brunetti sabía que éste era el fármaco más utilizado en el tratamiento de los primeros síntomas de Parkinson.

Por lo que se refería a Daniela Carlon, la colega de Paola, Brunetti la había visto en una ocasión, un encuentro casual durante el cual él y Paola se habían sentado con ella a tomar café. La conversación había resultado mucho más agradable de lo que él esperaba: al principio, no le había parecido muy atractiva la idea de asistir como oyente a una conversación entre una profesora de Literatura Inglesa y una profesora de Persa, pero, al descubrir que Daniela había pasado años en el Próximo Oriente con su marido, un arqueólogo que seguía trabajando en Siria, Brunetti sintió que se le despertaba el interés. Al poco rato, él y Daniela estaban hablando de Arriano y de Quinto Curcio, mientras Paola escuchaba en silencio, eclipsada por una vez en materia de libros aunque no molesta por ello.

Constaba en el historial clínico de Daniela Carlon que hacía dos meses había estado ingresada en el hospital, para un aborto. El feto se hallaba en el tercer mes de gestación. Por lo que Brunetti recordaba de aquella conversación, que había tenido lugar poco antes, el marido llevaba ocho meses en Siria.

El comisario decidió hacer en primer lugar la llamada más fácil y, por la esposa del médico, se enteró de que el *dottor* Malapiero estaba en Milán y no regresaría hasta dentro de dos días. No dejó mensaje y dijo que volvería a llamar.

Daniela contestó al teléfono y, después de un momento de extrañeza porque fuera Brunetti y no Paola quien llamaba, preguntó:

–¿Qué sucede, Guido?

–Deseo hablar contigo.

La pausa que siguió se prolongó hasta sugerir implicaciones embarazosas.

–Asunto de trabajo -agregó Brunetti, incómodo.

–¿Trabajo tuyo o mío?

–Mío, lamentablemente.

–¿Por qué lamentablemente? – preguntó ella.

Ésa era precisamente la situación que Brunetti deseaba evitar: mantener semejante conversación por teléfono, sin poder observar las reacciones ni estudiar las expresiones de ella mientras hablaban.

–Porque se trata de algo relacionado con una investigación.

–¿Una investigación policial? – preguntó ella sin ocultar el asombro-. ¿Qué puede tener que ver conmigo una investigación policial?

–No estoy seguro, y por eso preferiría hablar de ello personalmente -dijo Brunetti.

–Pues yo prefiero hablar ahora -dijo ella, ya con la voz áspera.

–¿No podría ser mañana por la mañana? – sugirió él.

–Mañana por la mañana voy a estar ocupada -dijo ella sin dar explicaciones. Como Brunetti no decía nada, prosiguió-: Mira, Guido, no se me ocurre por qué ha de querer hablar conmigo la policía, pero reconozco que siento curiosidad.

Brunetti sabía cuándo una persona no iba a dejarse convencer.

–De acuerdo -dijo-. Se trata de tu historial médico.

–¿Qué le pasa a mi historial médico? – preguntó ella con frialdad.

–En él consta una interrupción de embarazo practicada hace tres meses.

–Sí.

–Daniela -empezó Brunetti, sintiéndose como un sospechoso-, lo que deseo averiguar es si alguien...

–¿Si alguien lo sabe? – terminó ella, con encono-. ¿Además de ese gusano de farmacéutico?

Brunetti sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Esforzándose por controlar la voz, preguntó:

–¿Te llamó?

–Llamó a la madre de Luca. ¡La llamó a ella! – estalló Daniela-. Le preguntó si estaba enterada de lo que había hecho su nuera, si sabía que su nuera, embarazada, había ido al hospital y había matado a la criatura.

Los dedos de Brunetti oprimieron el teléfono. La mujer se echó a llorar y él estuvo escuchando sus sollozos durante más de un minuto. Al fin dijo:

–Daniela, Daniela, ¿me oyes? ¿Puedo hacer algo? – No hubo otra respuesta que más sollozos, y Brunetti pensó en llamar a Paola para pedirle que fuera a casa de Daniela, pero se resistía a involucrar a Paola, ni quería que su mujer supiera que él había hecho aquella llamada.

Al cabo de un rato, Daniela dejó de llorar, y Brunetti la oyó aspirar profundamente y luego sonarse, sonido que le resultó extrañamente tranquilizador. De nuevo, llegó la voz de Daniela:

–Fue algo...

–Eso no me importa -cortó Brunetti en un tono demasiado alto-. De eso no quiero saber nada, Daniela. No es asunto mío, ni de la policía.

–Entonces, ¿por qué me has llamado? – preguntó ella. Aún estaba furiosa pero, por lo menos, ya no lloraba.

–Deseo saber qué quería el *dottor* Franchi.

–Sabe Dios lo que quería -dijo ella ásperamente-. Que todo el mundo fuera un castrado y un santurrón como él.

–¿Habló contigo?

–Ya te lo he dicho, llamó a mi suegra. No me llamó a mí, la llamó a ella. ¿Te enteras?

–¿Pidió dinero?

–¿Dinero? – Ella se echó a reír, con un sonido que se confundía con el del llanto-. No; no quería nada, ni dinero, ni sexo, nada. Sólo quería que la pecadora fuera castigada.

–Lo lamento, Daniela. – Quería decir que lamentaba tanto su dolor como haber indagado en él.

–Yo también lo lamento -respondió ella-. ¿Algo más?

–Es suficiente.

–¿No quieres saber lo que ocurrió?

–Ya te he dicho que no es asunto mío.

–Entonces adiós, Guido. Siento que hayamos tenido que hablar de esto.

–Yo también lo siento, Daniela -dijo él, y colgó el teléfono.

CAPÍTULO 24

La voz de Daniela lo había dejado roto. Brunetti soltó el teléfono con suavidad, como temiendo que también pudiera romperse. Se levantó y, sigiloso como un ladrón, bajó la escalera y salió del edificio. Hacía unos días, la lluvia había lavado las calles, pero ya volvía a haber polvo y tierra; los sentía bajo las suelas de los zapatos, o quizá sólo lo imaginaba, quizá las calles estaban limpias y la suciedad residía en las cosas que su trabajo le descubría. Los transeúntes que se cruzaban con él tenían aspecto de gente normal, inocente, entera y algunos hasta parecían contentos.

Al entrar en *campo* Santa Marina, Brunetti se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo contraído como en un nudo largo y prieto. Se paró frente a la *edicola* y se quedó mirando a través del cristal las portadas de las revistas expuestas, mientras movía los hombros tratando de relajarlos. Tetas y culo. Hacía varios meses, Paola había vuelto a sugerirle que dedicara un día a contar las veces que veía tetas y culo: en diarios, en revistas, en anuncios de los *vaporetti*, en los escaparates de las más diversas tiendas. Decía que eso le ayudaría a comprender la actitud de algunas mujeres respecto de los hombres. Y, en este momento, él se encontraba frente a una bien nutrida muestra, aunque, curiosamente, la vista de aquellas bonitas carnes lo reconfortaba. Qué hermosura de tetas y qué gusto debía de dar sentir en la palma de la mano la curva de ese culito. Cuánto mejor eso que el sórdido y cerril oscurantismo con el que acababa de tropezarse. Así pues, vengan tetas y vengan culos que animen a la gente a tener niños y a quererlos.

La idea de tener niños le hizo recordar a Daniela Carlon, aunque habría preferido no pensar ahora en lo que ella le había dicho. Con los años, había comprendido sobre el aborto que él sólo podía tener una opinión gratuita, y que su sexo lo descalificaba para emitir voto al respecto. Ello en modo alguno afectaba su criterio ni sus viscerales sentimientos, pero el derecho a decidir correspondía a las mujeres, y él tenía que acatar su decisión y callar. Por otro lado, eso era pura retórica y poco o nada tenía que ver con el desgarró que había percibido en la voz de Daniela.

Notó un roce en la pierna y vio que un perro de tamaño mediano y color canela le olfateaba el zapato mientras se restregaba contra su pantorrilla. El animal lo miró con una especie de sonrisa y volvió a concentrarse en el zapato. Al otro extremo de la correa estaba un niño apenas más alto que el perro.

-¡*Milli*, quieta! – oyó gritar a una voz femenina. Una mujer se acercó al niño y le quitó la correa de la mano-. Perdón, *signore*, es una perrita muy joven.

-¿Y le gustan los zapatos? – preguntó Brunetti, al que lo absurdo de la situación había puesto de buen humor.

La mujer se rió enseñando unos dientes perfectos en una cara bronceada.

-Eso parece -dijo. Tendió la mano a su hijo-. Ven, Stefano. Llevaremos a *Milli* a casa y le daremos una galleta.

El niño extendió la mano libre y ella, de mala gana, le devolvió la correa.

La perrita debió de notar el cambio de mano, porque emprendió un alegre trote levantando mucho las patas traseras, como hacen los perros jóvenes y llevando al niño a remolque, aunque no tan aprisa como para hacerle caer.

Él se quedó gratamente distraído un momento, hasta que sus pensamientos volvieron al *dottor* Franchi. ¿Qué expresión había utilizado Pedrolli al referirse a él? ¿«Exquisitamente moral»? Semejante opinión era señal de que Pedrolli había oído comentarios, o al propio farmacéutico hablar de sus clientes, del mundo en general o de algún tema en particular, en términos que permitieran al oyente hacer deducciones. Brunetti recordó la mirada de sorpresa que la *signora* Invernizzi había lanzado a Franchi cuando éste se refirió a la incapacidad de los drogadictos para ayudarse a sí mismos.

¿Era el *dottor* Franchi un camaleón que se reservaba sus opiniones cuando creía que podían ofender a la persona cuya estima valoraba y no le importaba revelarlas a los que consideraba inferiores? Brunetti había conocido a muchas personas que se comportaban de este modo. ¿Sería ésa una de las razones por las que la gente se casaba, para tener libertad de decir lo que pensaban y ahorrarse la terrible fatiga de llevar doble vida? Entonces, ¿y Bianca Marcolini? ¿Cómo sería su vida

si un día su marido se enteraba de lo que su padre había hecho a instancias de ella? Había sido fácil conseguir que Marcolini admitiera que había hecho aquella llamada, incluso que se ufanara de ella. La mujer debía de comprender que, antes o después, su marido se enteraría de lo que había sucedido en realidad. No; no de lo sucedido sino por qué había sucedido. De pronto, Brunetti comprendió que Pedrolli nunca sabría lo que le había ocurrido al niño; sólo por qué le había ocurrido.

Notó que volvía a tener los hombros agarrotados. Seguía delante de la *edicola* mirando con la boca abierta los desnudos de las portadas. En un momento de fría lucidez, comprendió lo que había querido decir Paola: una colección de mujeres desnudas e indefensas, en espera de la atención que el hombre se dignara concederles.

Su mirada, atrapada por el espectáculo, fue hacia la izquierda hasta posarse en una hilera de portadas muy coloristas, cada una de las cuales mostraba a una mujer con los pechos al aire en una postura de sumisión: unas estaban atadas con correas, otras con cuerdas y otras con cadenas. Las había con cara de miedo o de placer, pero todas parecían excitadas.

Apartó la mirada y se volvió hacia el *palazzo* Dolfín.

—Ella tiene razón -dijo entre dientes.

—¿Piensa quedarse todo el día ahí plantado hablando solo? — oyó preguntar a una voz destemplada. Desvió la mirada de la fachada del edificio y se volvió. El vendedor de prensa estaba a menos de un metro de él, con la cara colorada—. ¿Qué? ¿Piensa quedarse ahí todo el día? — repitió—. ¿Y ahora qué? ¿Va a meterse las manos en los bolsillos?

Brunetti levantó una mano para defenderse, para explicar, pero la dejó caer y se alejó, salió del *campo* y se dirigió a su casa.

Él había oído decir que las personas que tienen una mascota suelen encontrarla en la puerta al llegar a casa, que los animales tienen un sexto sentido que les avisa de la llegada del que sin duda ellos consideran su mascota humana. Cuando Brunetti llegó a lo alto de la escalera y fue a sacar las llaves, la puerta se abrió y en el vano apareció Paola. Él no ocultó la alegría que le producía verla.

—¿Un mal día? — preguntó ella.

—¿Cómo lo sabes?

–Te he oído subir la escalera, tus pasos eran los de un hombre muy cansado, y he pensado que quizá te animara si te abría la puerta y te decía cuánto me alegro de verte en casa.

–¿Sabes? Tienes mucha razón en eso de las tetas y los culos de las revistas -soltó él.

Ella ladeó la cabeza y estudió su expresión.

–Entra, Guido. Me parece que necesitas un vaso de vino.

Él sonrió.

–¿Yo te doy la razón sobre algo que llevamos décadas debatiendo, y lo único que se te ocurre es ofrecerme un vaso de vino?

–¿Pues qué querías?

–¿Qué te parecería un poco de tetas y culo? – preguntó él echándole mano.

Después de cenar, él la siguió al estudio. Había bebido poco vino con la cena y ahora lo único que deseaba era sentarse, hablar y escuchar lo que ella tuviera que decir sobre algo que aún no sabía cómo llamar: quizá el desastre Pedrolli fuera la definición más adecuada.

–¿El farmacéutico de *campo* Sant'Angelo? – preguntó ella cuando él hubo acabado de referir los hechos, intentando seguir el orden cronológico, pero temiendo haberse embarullado.

Brunetti estaba sentado al lado de ella, con los brazos cruzados.

–¿Lo conoces?

–No; esa farmacia no me pilla de paso. Además, es uno de esos *campi* en los que casi nunca te paras. Sólo cruzas para ir a Accademia o a Rialto. Ni siquiera he entrado en la tienda que está al lado del puente, a comprar una de esas camisas de algodón.

Brunetti enfocó el *campo* en su plano mental de la ciudad, primero desde el puente y después desde la calle della Mandola. Un restaurante en el que no había comido nunca, una galería de arte, la inevitable agencia de la propiedad inmobiliaria, la *edicola* con el anuncio del chocolate Labrador. Lo sacó de sus divagaciones topográficas la voz de Paola que preguntaba:

–¿Tú crees que él haría eso? ¿Llamar a la gente para contar cosas de sus clientes?

–Yo pensaba que lo que las personas podían llegar a hacer tenía un límite -dijo Brunetti-. Pero ya no. Con los estímulos adecuados, todos

somos capaces de cualquier cosa. – Se quedó escuchando el eco de sus propias palabras, comprendió en qué medida eran consecuencia de los sucesos del día y dijo rápidamente: No; eso no es cierto, ¿verdad?

–Espero que no -respondió Paola-. Pero, ¿no ha tenido que prestar juramento, como los médicos, de no revelar ciertas cosas?

–Creo que sí. Pero ese hombre es muy listo para hacer eso abiertamente. No; bastaría con que llamara por teléfono para interesarse por la salud de una persona: «¿Daniela ya ha salido del hospital?» «¿Hará el favor de decir a Egidio que tiene que renovar la receta?» Y, si esas llamadas sacan a la luz algo embarazoso o vergonzoso, sólo sería porque el bueno del farmacéutico de la familia se interesaba por sus clientes.

Paola reflexionó un momento, se volvió hacia su marido y le puso la mano en el brazo.

–Y así es como debe de verse él. Si alguien le preguntara, él podría mantener ante la otra persona y ante sí mismo que sólo lo guiaba un exceso de celo.

–Probablemente.

–Cochino canallita.

–Como la mayoría de los moralistas -dijo Brunetti con fatiga.

–¿No puedes hacer nada respecto a eso, o respecto a él? – preguntó ella.

–Me parece que no -respondió Brunetti-. Una de las extrañas particularidades del asunto es que, por sórdidos y repugnantes que sean los hechos, la única ilegalidad que ha cometido Franchi es leer esos historiales, y él diría, y creería, que lo hacía por el bien de sus clientes. Como también Marcolini cumplía con su deber de buen ciudadano. Lo mismo que su hija, imagino. – Brunetti siguió pasando revista a los hechos-. Y la violencia que los *carabinieri* utilizaron con Pedrolli tampoco se considerará criminal. Aquella noche, tenían una orden judicial para efectuar arrestos. Llamaron a la puerta, pero los Pedrolli no les oyeron. Y Pedrolli admite haber atacado primero al *carabiniere*.

–Cuánta aberración y cuánto sufrimiento -dijo Paola.

Se quedaron en silencio un rato. Finalmente, Brunetti se levantó, fue a la sala, recogió su ejemplar de las *Lettere dalla Russia* y volvió al estudio. En el poco rato que él había estado ausente, Paola se había

esparcido sobre el sofá como el agua en el surco, con un libro en las manos, pero encogió las piernas para hacerle sitio.

–¿Son tus rusos? – preguntó al ver el libro.

Él se sentó y empezó a leer desde donde había terminado la noche antes. Paola estuvo un momento mirando su perfil, estiró las piernas por encima de las de él y siguió leyendo.

Al día siguiente el tiempo empeoró, con un brusco descenso de la temperatura, seguido de una lluvia torrencial, fenómenos que limpiaron las calles, primero, de turistas y, luego, de todo resto de suciedad. Horas después, las sirenas anunciaron la primera *acqua alta* del otoño, agravada por una violenta *bora* que entró del noreste.

Un malhumorado Brunetti, provisto de paraguas, sombrero, botas e impermeable, llegó a la *questura* y se paró en la entrada, ofreciendo lo que él consideraba una *brutta figura*, para sacudirse el agua como un perro. Al mirar en derredor, observó que el suelo estaba mojado, por lo menos, en un metro a la redonda. Andando pesadamente y sin ganas de hablar con nadie, subió a su despacho.

Dejó el paraguas apoyado en la pared detrás de la puerta. Si se escurría agua al parquet, allí no se vería. Colgó el impermeable en el *armario*, arrojó el empapado sombrero al estante superior y se sentó para quitarse las botas. Cuando por fin se instaló detrás de su mesa estaba sudoroso e irritado.

Sonó el teléfono.

–¿Sí? – contestó con singular hosquedad.

–¿Cuelgo y vuelvo a llamar cuando haya tenido tiempo de salir a tomar café? – preguntó Bocchese.

–Daría lo mismo y, probablemente, antes de llegar al bar me llevaría el *acqua alta*.

–¿Tan fuerte viene? – preguntó el técnico-. Yo he llegado temprano y aún no estaba muy mal.

–Se calcula que alcanzará el máximo dentro de una hora. Y sí, es fuerte.

–¿Se ahogará algún turista?

–No me tiente, Bocchese. Ya sabe que tenemos los teléfonos intervenidos y lo que digamos puede ser denunciado a la Junta de Turismo. – De pronto, se sintió más animado, ya fuera por la insólita

jovialidad de Bocchese o por la idea del turista ahogado-. ¿Qué tiene que decirme?

–VIH -dijo el técnico y, agregó en el silencio resultante-: Tengo muestras de sangre seropositiva. Para ser más exactos, tengo los resultados del laboratorio, ¡por fin!, según los cuales la muestra que les envié es B negativo, un tipo relativamente raro y VIH positivo, lo cual es menos raro de lo que sería de desear.

–¿La sangre de la farmacia?

–Sí.

–¿Se lo ha dicho a alguien?

–No. Acabo de recibir el e-mail. ¿Por qué?

–No hay razón. Hablaré con Vianello.

–No será suya la sangre, ¿verdad? – dijo Bocchese con voz neutra. La pregunta afectó de tal modo a Brunetti que no pudo menos que gritar:

–¡¿Qué dice?!

Siguió un largo silencio al otro extremo y Bocchese dijo con voz contrita:

–No he querido decir eso. Con una sola muestra, no se puede saber de quién es.

–Pues dígalo así -dijo Brunetti, todavía gritando-. Y no gaste esas bromas. No tienen gracia -añadió con voz áspera, sorprendido por el acceso de cólera que le había provocado el técnico.

–Perdón -dijo Bocchese-. Es deformación profesional, supongo. Sólo vemos trocitos de personas, muestras de personas, y a veces bromeamos sobre ellas, olvidando a las personas.

–Está bien -dijo Brunetti y, en tono más sereno-: Hablaré con él.

–No le... -empezó el técnico, pero Brunetti cortó:

–Le diré que tenemos los resultados -y suavizando la voz, añadió-: No se preocupe. Es todo lo que le diré. Veremos si coincide con la sangre de alguna de las personas de la lista.

Bocchese le dio las gracias, se despidió cortésmente y colgó.

Brunetti bajó en busca de Vianello.

Les bastaron unos minutos para encontrar la concordancia de la sangre y un par de llamadas telefónicas para descubrir el posible móvil. Piero Cogetto era un abogado recién separado de su compañera,

también abogada, con la que había vivido durante siete años. No tenía antecedentes de consumo de drogas y nunca había sido arrestado.

Una vez Vianello tuvo ese indicio, con otras dos llamadas pudo completar la historia: al enterarse de que Cogetto era seropositivo, su compañera lo dejó. Ella decía que se había separado de él por su infidelidad, no por la enfermedad, pero los que la conocían recibían la explicación con escepticismo. La segunda persona con la que habló Vianello dijo que la mujer siempre había mantenido que se había enterado de la enfermedad de Cogetto porque alguien se lo mencionó por error.

Después de informar de sus averiguaciones a Brunetti y Pucetti, Vianello preguntó:

–¿Qué hacemos ahora?

–Siendo seropositivo no puede ir a la cárcel -dijo Brunetti-. Pero si, por lo menos, conseguimos que confiese que causó los destrozos de la farmacia, podremos cerrar el caso del vandalismo y darlo por resuelto.

– Entonces se dio cuenta de que estaba hablando como Patta y agradeció que los otros no lo mencionaran.

–¿Crees que lo admitirá? – preguntó Vianello.

Brunetti se encogió de hombros.

–¿Por qué no? Las muestras de sangre coinciden, y una prueba de ADN confirmaría la coincidencia. Pero es abogado, y sabe que siendo seropositivo no podemos hacerle nada. – De pronto, sintió cansancio y deseó que todo aquello hubiera terminado.

–Si fue él, yo lo comprendería -dijo Pucetti.

–¿Y quién no? – convino Vianello, aceptando tácitamente la idea de que el *dottor* Franchi era la persona que había cometido el «error»-. Iré a hablar con él, si quieres -se ofreció, dirigiéndose a Brunetti. Y a Pucetti-: Podrías venir, y así verías lo que es hablar con una persona que sabe que no puede ser arrestada.

–De esas las hay a montones -dijo Pucetti con gesto impasible.

CAPÍTULO 25

Le gustaba estar aquí, en el laboratorio, trabajando, preparando las fórmulas que ayudarían a las personas a recuperar la salud. Le gustaba el método, botes y frascos, alineados en el orden preciso, obedientes a su voluntad, según el procedimiento que él consideraba óptimo. Le gustaba la sensación que experimentaba al desabrocharse la bata para sacar, del bolsillo del chaleco, la llave del armario. Siempre vestía traje completo, dejaba la americana en el despacho, colgada de una percha, y se ponía la bata encima del chaleco. Jersey, nunca: chaleco y corbata. ¿Cómo iba el público a saber que él era un profesional, un *dottore*, si no se presentaba vestido correctamente?

Los otros no pensaban así. Él ya había comprendido que no tenía poder para imponer a rajatabla sus normas en materia de indumentaria, pero no transigía con que las mujeres llevaran la falda más corta que la bata, había prohibido las bambas a todo el personal y sólo toleraba las sandalias a las mujeres, y en verano. Un profesional debía vestir como es debido. Adónde iríamos a parar si no.

Deslizó la cadena de oro entre los dedos hasta encontrar la llave del armario de tóxicos. Se puso en cuclillas y abrió la puerta metálica, escuchando con agrado el suave chasquido de la cerradura. ¿Había en Venecia otro farmacéutico que se tomara tan en serio su responsabilidad para con los clientes? Recordaba que, años atrás, había visitado a un colega que le había invitado a pasar al cuarto de los preparados. Cuando ellos entraron, el cuarto estaba vacío y él había visto que la puerta del armario de los tóxicos estaba abierta y con la llave en la cerradura. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para abstenerse de señalar el grave riesgo que suponía semejante negligencia. Allí podía entrar cualquiera: un niño que se suelta de la mano de su madre, un descuidero, un drogadicto... y Dios nos libre de lo que podía ocurrir. ¿Era una película o era una novela, en la que una mujer entra en una farmacia y se traga arsénico que alguien ha dejado olvidado? U otro veneno, no recordaba cuál. De todos modos, la mujer era mala, por lo que quizá le estuvo bien empleado.

Sacó el frasco del ácido sulfúrico, enderezó las piernas y lo depositó cuidadosamente en el mostrador. Luego, despacio, lo arrimó a la pared,

para mayor seguridad. Repitió la operación con otros frascos, que fue alineando, con las etiquetas hacia adelante, claramente legibles. Eran envases pequeños: arsénico, nitroglicerina, belladona y cloroformo. Puso dos a la derecha y dos a la izquierda del ácido, de manera que la etiqueta de la calavera y las tibias quedara bien a la vista. La puerta del laboratorio estaba cerrada, como la tenía siempre: los otros sabían que debían llamar y pedir permiso antes de entrar. Él así lo había dispuesto.

La receta estaba en el mostrador. Hacía años que la *signora* Basso padecía aquella dolencia gástrica, y él había preparado la fórmula ocho veces por lo menos, de manera que en realidad no necesitaba mirar la receta, pero un buen profesional no juega con estas cosas, y menos tratándose de algo tan delicado. Sí; las dosis eran las mismas: ácido clorhídrico y pepsina en proporción de una parte por dos, veinte gramos de azúcar y doscientos cuarenta gramos de agua. Lo que variaba de una a otra receta era el número de gotas que el *dottor* Prina prescribía para tomar después las comidas y que dependía del resultado de cada análisis. Él era responsable de la exacta elaboración de la solución que debía suplir, en el estómago de la *signora* Basso, la falta de jugos gástricos.

La pobre mujer llevaba años sufriendo aquella afección que, según el *dottor* Prina, era cosa de familia, y merecía toda su atención y simpatía, no sólo por ser también feligresa de la parroquia de Santo Stefano y miembro de la cofradía del Rosario, lo mismo que su madre, sino también porque, además de cumplir con sus obligaciones de buena cristiana, soportaba su cruz en silencio. No era como aquel glotón de Vittorio Priante, con su papada y sus pies planos. Cuando entraba en la farmacia, no sabía hablar más que de comida, comida y comida, de vino y de *grappa*, y más comida. Seguro que había mentido al médico acerca de sus síntomas, para que le recetara la solución ácida para la digestión. O sea que, además de glotón, era embustero.

Pero la profesión imponía estas obligaciones a quien pretendía ejercerla escrupulosamente. Él podía alterar la solución, haciéndola más fuerte o más suave, pero eso sería traicionar su sagrada tarea. Por mucho que el *signor* Priante mereciera ser castigado por sus excesos y sus mentiras, el castigo estaba en las manos de Dios y no en las suyas.

Sus clientes recibirían de él la atención que había jurado dedicarles; nunca permitiría que su criterio personal condicionara su trabajo. Eso sería antiprofesional, inconcebible. No obstante, el *signor Priante* debería emular su templanza en la mesa. Su madre se la había inculcado, al igual que la moderación en todo. Hoy, martes, cenarían *gnocchi*, que ella hacía con sus propias manos, pechuga de pollo a la plancha y una pera. Nada de excesos. Y un vasito de vino, blanco.

Por inmoral, por lasciva que fuera la conducta de sus clientes, él no consentiría que sus principios éticos afectaran a su conducta profesional. Nunca se le ocurriría faltar a su juramento, ni siquiera en un caso como el de la hija de la *signora Adami*, una niña de quince años a la que ya habían recetado medicamentos contra enfermedades venéreas en dos ocasiones. Ello sería, además de pecado, una falta de profesionalidad, y ambas cosas eran anatema para él. Pero la madre tenía derecho a saber el camino que llevaba su hija y adónde podía conducirla. Una madre debe velar por la pureza de su hija, eso era indiscutible. Por consiguiente, él tenía la obligación de procurar que la *signora Adami* conociera los peligros a los que se exponía la jovencita; era un deber moral, el cual nunca podía dissociarse de su deber profesional.

Era indignante pensar en un sujeto como Gabetti, deshonor de toda la profesión, por su codicia. ¿Cómo podía ser capaz de traicionar la confianza que el sistema sanitario había depositado en él, programando visitas falsas? Y qué escándalo que unos doctores, doctores en Medicina, se prestaran a semejante corruptela. *Il Gazzettino* de esta mañana daba la noticia en primera plana, con una foto de la farmacia de Gabetti. ¿Qué pensaría la gente de los farmacéuticos, si uno de ellos era capaz de semejante ruindad? Y, una vez más, la ley sería burlada. El hombre era muy viejo para ser enviado a la cárcel, y todo se resolvería discretamente. Una pequeña multa, quizá la inhabilitación, pero no sería castigado, y esta clase de delitos, como todos los delitos, merecían castigo.

Abrió uno de los armarios superiores y bajó un bol de cerámica, el mediano, que solía usar para las mezclas de 250 cc. De uno de los armarios de abajo sacó un frasco vacío color marrón y lo dejó en el mostrador. Tomó unos guantes de látex del armario superior y se los

puso. Del armario de los tóxicos extrajo la botella de ácido clorhídrico, la depositó en el mostrador, desenroscó el tapón de vidrio y lo dejó en una fuente de cristal que tenía para este fin.

La química no es un proceso aleatorio, reflexionaba, sino que sigue las leyes establecidas por Dios, al igual que toda la Creación. Seguir esas leyes es participar, en pequeña escala, del poder que Dios ejerce sobre el mundo. Mezclar sustancias por el debido orden -primero ésta, luego la otra- es seguir el plan de Dios, y dispensarlas a los pacientes es hacer que cumplan la función que Él les ha asignado.

La jeringuilla estaba en el cajón de arriba, en su envoltorio de plástico transparente, lista para su único uso. Él rompió la bolsa; accionó el émbolo un par de veces arriba y abajo, aspirando y expulsando aire para comprobar el buen deslizamiento; insertó la aguja en el frasco del ácido, que sujetaba con firmeza por la base con la mano izquierda; y, lentamente, tiró del émbolo, inclinando la cabeza para leer las cifras del costado. Con cuidado, sacó la aguja, la enjugó en la boca del frasco y la situó sobre el bol de cerámicas. Quince gotas, ni una más.

Contaba once cuando oyó ruido a su espalda. ¿La puerta? ¿Quién abriría sin llamar? No podía apartar la mirada del extremo de la jeringuilla, porque si se descontaba tendría que limpiar el bol y empezar de nuevo, y no quería verter ni aun aquella ínfima cantidad de ácido en los desagües de la ciudad. No faltarían los que se rieran de tantas precauciones, pero quién sabía el daño que podían causar quince gotas de ácido clorhídrico.

La puerta se cerró, más suavemente de como se había abierto, en el momento en que la última gota caía en el bol. Al girarse, vio a uno de sus clientes, aunque más que cliente podía considerarlo colega, ¿no?

—Ah, *dottor* Pedrolli -dijo sin poder ocultar el asombro-. Es una sorpresa verlo aquí. — Lo expresó de este modo, para no ofender a un médico, un hombre al que sus estudios y responsabilidades situaban a un nivel superior al suyo propio. Le trataba de usted, deferencia que reservaba a todos los médicos, por años que hiciera que los conocía. Fuera de la farmacia, quizá habría preferido tutearlos, por afinidad profesional, pero ellos seguían llamándole de usted y, con los años, él se había acostumbrado al tratamiento. Lo consideraba una señal de

respeto hacia él y su posición, y había llegado a enorgullecerle. Se quitó los guantes, los echó a la papelería y tendió la mano al médico.

–Deseo hablar con usted, *dottor* Franchi -dijo el recién llegado en voz baja después de estrecharle la mano. El *dottor* Pedrolli parecía alterado, lo que era insólito, ya que siempre le había parecido un hombre tranquilo.

–¿Quién le ha dejado entrar? – preguntó Franchi, procurando hablar con suavidad, en tono de curiosidad más que de irritación. Sólo una emergencia podía inducir a un empleado suyo a desobedecer sus instrucciones respecto a la puerta.

–El *dottor* Banfi, su colega. Le he dicho que quería hablar con usted acerca de un paciente.

–¿Qué paciente? – preguntó el farmacéutico, alarmado al pensar que uno de sus clientes pudiera estar grave. Empezó a repasar mentalmente los nombres de los niños a los que él sabía que atendía el *dottor* Pedrolli: quizá se trataba de un caso de larga enfermedad, y, sabiendo quién era, tal vez podría ganar unos segundos preciosos en la preparación de la medicina y prestar un buen servicio a un enfermo.

–Mi hijo -dijo Pedrolli.

Esto no tenía sentido. Él se había enterado, con el consiguiente asombro, de la visita de los *carabinieri* y de todo lo sucedido en casa del *dottor* Pedrolli. Aquel niño ya no podía ser considerado un paciente.

–Creí que... -empezó Franchi, y entonces se le ocurrió que podían haberle devuelto al niño-. ¿Es que ha...? – No supo cómo terminar la frase.

–No -dijo Pedrolli con su voz serena que sonó con fuerza en esa habitación de pequeñas dimensiones-. No -repitió el médico, con gesto sombrío-. Es definitivo.

–Lo lamento, pero no entiendo -dijo Franchi, reparando ahora en la jeringuilla que tenía en la mano, la dejó en el mostrador, procurando que el extremo de la aguja no tocara la superficie. Vio que Pedrolli observaba el movimiento y recorría con mirada de experto los frascos del mostrador. El médico, como buen profesional, sabría apreciar la disciplina y el orden riguroso de su laboratorio, espejo de la disciplina y el rigor de su ordenada vida.

–Estoy preparando una fórmula de pepsina para una paciente - explicó en respuesta a una pregunta inexistente de Pedrolli, esperando que el médico observara su discreción al omitir el nombre de la paciente. Señalando los frascos alineados junto a la pared, dijo-: No he querido sacar un frasco del fondo del armario teniendo otros delante, y los he sacado todos. Por seguridad. – Un médico sabría valorar esta precaución, estaba seguro.

Pedrolli asintió, con aparente indiferencia.

–Yo también soy cliente suyo, ¿verdad? – preguntó, para sorpresa del farmacéutico.

–Sí. Desde luego -respondió Franchi. Le parecía un cumplido que un médico, un profesional como él, pero de rango superior, reconociera que se contaba entre sus clientes. No obstante, la clienta era la esposa. Y el niño, claro, aunque ya no.

–Por eso he venido -dijo el *dottor* Pedrolli, volviendo a sorprenderlo.

–Sigo sin comprender -dijo Franchi. ¿Podía la pérdida sufrida haber alterado el equilibrio mental de este hombre? Ay, pobre, pero quizá era comprensible, después del disgusto.

–Usted debe de tener mi ficha, ¿no? – preguntó Pedrolli, para mayor desconcierto del farmacéutico.

–Por supuesto, *dottore* -respondió Franchi-. Tengo las fichas de todos mis clientes. – Le gustaba considerarlos sus pacientes, pero comprendía que tenía que llamarlos clientes, para demostrar que sabía cuál era su sitio en el orden de las cosas.

–¿Podría explicarme cómo es que la tiene, *dottore*? -preguntó Pedrolli.

–¿Que la tengo? – repitió Franchi estúpidamente.

–Mi ficha médica.

Pero él había dicho sólo «ficha», no «ficha médica». Este hombre no le había entendido.

–No es que quiera rectificarle, *dottore* -empezó, aunque sí quería-, pero tengo su ficha de cliente de la farmacia -dijo eligiendo cuidadosamente las palabras-. No sería correcto que yo tuviera su ficha médica. – Y era verdad; decirlo así no era mentir.

Pedrolli sonrió, pero no con una sonrisa tranquilizadora.

–No es eso lo que me han dicho.

–¿Lo que le ha dicho quién? – preguntó un ofendido Franchi.
¿Acaso él, un profesional, un hombre que contaba entre sus clientes a jueces, abogados, ingenieros y médicos, había de consentir semejante acusación?

–Alguien que lo sabe.

Franchi se puso colorado.

–No puede entrar aquí haciendo semejantes acusaciones. –
Entonces, recordando el estatus de la persona a la que se dirigía, moderó el tono de voz-. Eso es impropio. E injusto.

Pedrolli dio un pequeño paso atrás y, curiosamente, con la distancia pareció aumentar la diferencia de estatura. Ahora el médico dominaba claramente al farmacéutico.

–A propósito de acusaciones impropias e injustas, *dottor* Franchi - empezó Pedrolli con voz razonable y paciente-, quizá podríamos hablar de Romina Salvi.

Franchi tardó unos segundos en componer el gesto y preparar la voz.

–¿Romina Salvi? Es clienta mía, pero no sé qué puede importar...

–Hace seis años que toma litio, según tengo entendido -dijo el médico con una sonrisa leve, de las destinadas a infundir confianza en el paciente.

–Tendría que consultar la ficha para estar seguro -dijo Franchi.

–¿De que toma litio o de que hace seis años?

–De una y otra cosa. De las dos.

–Ya.

–Es que no sé a qué viene todo esto, *dottore* -dijo Franchi con vehemencia-. Y, si me permite, seguiré con lo que estaba haciendo. No me gusta hacer esperar a mis clientes.

–Romina iba a casarse con Gino Pivetti, un técnico del laboratorio del hospital. Pero la madre de él se enteró de lo del litio y la depresión, y se lo dijo a su hijo. Él no sabía nada. Romina no se lo había dicho por miedo a que la dejara.

–No comprendo qué tiene que ver eso conmigo -interrumpió Franchi. Sacó otro par de guantes, confiando en que su ostensible deseo de volver al trabajo impresionara a su visitante y le hiciera comprender que era inútil proseguir la conversación y que había llegado el

momento de irse. Porque el *dottor* Franchi no podía decir claramente a un doctor en Medicina que se marchara.

–Y así fue, el chico la dejó, y ya no habrá hijos maniaco-depresivos que perturben el divino plan de perfección.

La cortesía impidió a Franchi responder que era mejor así: las criaturas de Dios debían emular Su Perfección, no transmitir una enfermedad que desbaratara el plan divino. Destapó el frasco vacío y dejó el tapón cabeza abajo, para eliminar todo peligro de contaminación del mostrador, aunque la posibilidad era remota.

–Hace tiempo que pienso en eso, *dottor* Franchi -dijo Pedrolli, ya con más animación-, desde que me enteré de que mi ficha médica estaba aquí y recordé toda la información que contiene.

Con intención de dar a entender lo poco que le faltaba para perder la paciencia, Franchi se acercó el bol unos centímetros, como si se dispusiera a empezar a preparar la solución y dijo:

–Lo siento, *dottore*, pero nada de esto tiene sentido. – Levantó la mano y abrió un armario, bajó el frasco de pepsina, la suspensión que era el siguiente ingrediente del preparado. Desenroscó el tapón y lo dejó en otra bandeja de cristal.

–¿Y Romina Salvi? ¿Tiene algún sentido para usted que alguien, con una llamada telefónica, le destrozara la vida? – preguntó Pedrolli.

–Su vida no está destrozada -dijo Franchi, abandonando ya todo intento de disimular su impaciencia. Tomó la jeringuilla y la apartó cuidadosamente-. Quizá se haya roto su compromiso, pero eso no le destrozará la vida.

–¿Por qué no? – preguntó Pedrolli con repentina cólera-. ¿Porque sólo se trata de sentimientos? ¿Porque nadie está en el hospital? ¿Porque nadie ha muerto?

De pronto, Franchi sintió que ya no aguantaba más, que estaba harto de hablar de sentimientos y vidas destrozadas. Una vida que sigue la senda del Señor no puede ser una vida destrozada. Miró a Pedrolli.

–Ya le he dicho, *dottore*, que no entiendo de qué me habla. Pero sí entiendo que la *signorina* Salvi padece una enfermedad que podría transmitir a sus hijos, por lo que quizá sea preferible que se haya roto ese compromiso.

–¿Con ayuda de usted, *dottore*? -preguntó Pedrolli.

–¿Por qué dice eso? – preguntó Franchi con aparente indignación.

–Según la madre de Gino, alguien le preguntó si no estaba preocupada por sus futuros nietos. Ellos viven en *campo* Manin, ¿verdad? Así pues, ésta debe de ser su farmacia. ¿Y de dónde si no había de recibir ella esa muestra de interés?

–Yo no hablo de mis clientes -dijo Franchi con la absoluta convicción del hombre que nunca miente ni murmura.

Pedrolli lo miró largamente, estudiando su cara con tanta intensidad que Franchi, pare rehuir su mirada, volvió al trabajo. Rasgó el envoltorio de otra jeringuilla con un ruido áspero, eco de su furor. Bombeó aire para probar el deslizamiento del émbolo e insertó el extremo en el frasco pequeño. Lentamente, empezó a aspirar el líquido.

–Usted no haría eso, ¿verdad? – preguntó Pedrolli, asombrado de haber tardado tanto en comprender-. Usted no mentiría ni hablaría de sus clientes, ¿eh?

Eso no merecía comentario, pero Franchi volvió la cabeza lo justo para decir, no sin irritación por la vaguedad del otro:

–Por supuesto que no.

–Pero sí llamaría por teléfono si creyera que un cliente hacía algo que usted consideraba inmoral, ¿verdad? – Pedrolli hablaba despacio, como si fuera haciendo deducciones-. Eso sí lo haría, lo mismo que advirtió a la madre de Gino. Decir, no diría nada. Sólo mostraría su preocupación y mencionaría lo que la causaba, y ellos ya sabrían a qué atenerse. – Se quedó mirando al hombre que tenía delante como si lo viera por primera vez, después de tantos años de conocerlo.

Franchi, agotada la paciencia, empuñó la jeringuilla como si fuera un cuchillo y apuntó al otro hombre. ¿Qué significaba esto y por qué estaba el *dottor* Pedrolli tan interesado por aquella mujer? Paciente suya no era, desde luego.

–Claro que lo haría -dijo al fin, cediendo a la cólera-. ¿Acaso no es un deber moral? ¿No es lo que hacemos todos, cuando vemos la maldad, el pecado y la mentira, y está en nuestra mano impedirlos?

Pedrolli no habría quedado más atónito si el otro le hubiera clavado la jeringuilla. Levantó la mano con la palma hacia Franchi y dijo con voz tensa:

–¿Impedirlos y nada más? ¿Y, si ya es tarde para impedirlos, cree que hay que castigarlos?

–Naturalmente -dijo Franchi, como el que explica una cuestión de exquisita simplicidad-. Los pecadores deben ser castigados. El pecado merece castigo.

–¿Siempre y cuando nadie acabe en el hospital o muerto?

–Exactamente -dijo Franchi con su habitual meticulosidad-. Si se trata sólo de sentimientos, no importa.

Volvió a su trabajo. Un hombre sereno, competente, entregado a sus tareas profesionales.

¿Quién sabe lo que Pedrolli vio en aquel momento? ¿Un niño con un pijama de patitos que se aplastaba la nariz con el dedo? ¿Y quién sabe lo que oía? ¿Una vocecita que decía «papá»? Lo que importa es lo que hizo. Dio un paso adelante y, con un brusco movimiento, empujó al farmacéutico hacia un lado. Franchi, atento a la jeringuilla, para no clavarse la aguja, dio un traspiés, cayó sobre una rodilla y respiró con alivio al haber conseguido mantenerla apartada de su cuerpo.

Entonces levantó la mirada hacia Pedrolli, pero sólo vio el frasco grande que venía hacia él entre las manos del médico, y el líquido que brotaba, y su propia mano que se interponía. Luego todo fue oscuridad y dolor.

CAPÍTULO 26

–Lamento, *dottore*, que esta conversación haya de ser distinta de las anteriores. – Lo comprendo.

–La primera vez fui a verlo al hospital porque usted había sido víctima de un delito, y la segunda, para pedirle información sobre una persona de la que se sospechaba que había delinquido. Pero hoy debo decirle que se le interroga en relación con un delito del que está acusado y que nuestra conversación está siendo grabada en cinta magnetofónica y en vídeo. El inspector Vianello está presente en calidad de observador y al final de la conversación será presentada a usted una transcripción de la misma para que la firme... ¿Lo ha entendido, *dottore*? Debe responder en voz alta, *dottore*. Para la grabación.

–Ah, perdón. Lo siento, no prestaba atención.

–¿Quiere que repita lo que he dicho?

–No es necesario. Lo he entendido.

–Antes de empezar, *dottore*, ¿desea beber algo? ¿Un vaso de agua? ¿Café?

–No, gracias.

–Si desea fumar, ahí tiene un cenicero.

–Gracias, comisario, pero no fumo. Aunque si alguno de ustedes...

–Gracias, *dottore*. ¿Empezamos?

–Cuando quiera.

–La mañana del dieciséis, ¿fue usted a la farmacia del *dottor* Mauro Franchi de *campo Sant'Angelo*?

–Sí.

–¿Podría decirme por qué fue?

–Porque quería hablar con el *dottor* Franchi.

–¿De un asunto profesional, relacionado con algún paciente suyo, quizá?

–No; cuestión personal.

–¿Podría ser más explícito?

–Digamos que fui para hablarle de un paciente, pero suyo, no mío. También hablamos de una clienta suya, que no era paciente mía.

–¿Puede decirme quién es esa mujer, *dottore*?

–Prefiero no decírselo. En realidad, ella no tiene nada que ver con todo esto.

–Creo que eso debo decidirlo yo, *dottore*.

–Le comprendo, comisario, pero aun así no voy a dar su nombre.

–¿Me dirá, por lo menos, por qué quería hablar de ella con el *dottor Franchi*?

–Hmm, supongo que eso puedo decírselo. Conozco a su *fidanzato*, es decir, su *ex fidanzato*. Es amigo mío.

–¿Qué más puede decirme de ella?

–Estaba pensando en la manera de expresarlo. Los dos jóvenes estaban prometidos. Pero la madre de mi amigo se enteró de que la muchacha tenía una enfermedad que podía ser transmitida a sus hijos. Ellos querían tener hijos, ¿comprende?

–Lo siento, *dottore*, pero no comprendo por qué había de querer hablar con el *dottor Franchi* sobre eso.

–¿No se lo he dicho? Perdón. Es que el joven y su madre viven cerca de *campo Sant'Angelo*.

–¿Y?

–¿No comprende, comisario? ¿No comprende lo que ocurrió?

–Lo siento, pero mi función es hacer preguntas, no dar respuestas. La información debe darla usted.

–Claro. En realidad, esto no es una conversación, ¿verdad?

–En realidad, no, *dottore*.

–Resulta fácil olvidarlo.

–Supongo que sí.

–¿Por dónde íbamos, comisario?

–Usted me decía dónde viven su amigo y la madre.

–Sí, eso. Justo detrás de *campo Sant'Angelo*. O sea, que el *dottor Franchi* es su farmacéutico. Y fue el *dottor Franchi* quien habló de la enfermedad de la muchacha a la madre de mi amigo.

–¿Tiene pruebas de ello, *dottore*?

–En realidad, no. Pero, durante nuestra conversación, el *dottor Franchi* dijo que él creía tener el derecho moral de prevenir el mal y de contribuir a castigarlo. Y eso me hizo pensar que fue él quien se lo hizo saber a la madre de mi amigo, previendo cómo reaccionaría ella.

–¿Admitió él habérselo dicho, *dottore*?

–Explícitamente, no. Pero era fácil deducirlo.

–¿Se puede decir, pues, que lo que dijo el *dottor* Franchi le hizo pensar que él había revelado esta información a la madre del hombre con el que esa mujer iba a casarse.

–Sí.

–¿Cuál fue su reacción a esto, *dottore*?

–De indignación. Esa muchacha ha estado... muy mal a consecuencia de la ruptura con su *fidanzato*.

–¿Y él?

–Ah, eso es distinto.

–¿Qué quiere decir?

–Él ya está comprometido con otra, y la nueva *fidanzata* está embarazada.

–¿Y la otra, la anterior *fidanzata*, lo sabe?

–No quiero ser descortés, comisario, pero ¿imagina usted que, en esta ciudad, es posible que no se haya enterado?

–Comprendo, sí. ¿Y cómo reaccionó a la noticia, lo sabe, *dottore*?

–Se ha vuelto... se ha puesto peor.

–¿Algo más?

–Creo que ya es bastante. Prefiero no decir más.

–Bien, *dottore*. Ha dicho que había ido a la farmacia a hablar de un paciente del *dottor* Franchi. ¿Puede decirme quién es?

–Era.

–¿Cómo?

–Era, ya no es paciente del *dottor* Franchi.

–¿Se ha mudado de domicilio?

–En cierto modo.

–Perdone, *dottore*, pero me parece que no le sigo.

–Era mi hijo, comisario. Mi hijo Alfredo. Era paciente de la farmacia del *dottor* Franchi. Pero ya no lo es, porque ya no está conmigo.

–Comprendo. Gracias, *dottore*. ¿Podría decirme por qué fue a hablar de su hijo con el *dottor* Franchi?

–Me temo que resulte complicado responder a eso, comisario.

–Tómese todo el tiempo que estime necesario.

—Sí. Sí. Gracias. Lo intentaré. Podría empezar diciendo que hace nueve años que trabajo en el Ospedale Civile. Pediatría. Pero ¿por qué le digo esto? Usted ya lo sabe, desde luego. En dos ocasiones, antes del incidente ocurrido con la madre de mi amigo, ya había oído hablar del *dottor* Franchi. Se decía que daba información a personas que... que no tenían derecho a ella. Información médica, datos que el *dottor* Franchi había averiguado por su actividad profesional, acerca de enfermedades, hábitos o afecciones de sus clientes. Lo cierto es que, de algún modo que nunca llegaba a aclararse o explicarse, y en honor a la verdad, he de reconocer que nunca fue confirmado, la información llegaba a conocimiento de determinadas personas.

—¿Habla de chantaje, *dottore*?

—Nada de eso, por Dios. El *dottor* Franchi es tan incapaz de hacer chantaje como de estafar a un cliente con el cambio. Él es un hombre honrado. Y eso es lo malo. Él decide lo que está bien y lo que es pecado, y cuando una persona hace algo que él considera pecado, cree que debe ser castigada. No, comisario, no hablo de hechos concretos que yo sepa; como le he dicho, no he oído más que rumores y alusiones, ya sabe cómo habla la gente. Es más bien que sé la clase de hombre que es, su manera de pensar y su convicción de que tiene el deber de defender la moral pública. Como le he dicho, lo había oído en dos ocasiones, pero siempre eran comentarios vagos, cosas que alguien sabía por alguien a quien se lo habían contado. Nada que pudiera demostrarse... ni desmentirse. Por eso, cuando supe que la madre de mi amigo, que debía de ser clienta de la farmacia, tenía conocimiento de información médica, comprendí que la fuente tenía que ser el *dottor* Franchi.

—¿Lo dedujo en aquel momento?

—¿Qué momento?

—En el que la madre de su amigo recibió la información.

—No. Fue después.

—¿Cuándo fue?

—Después. Cuando me puse a pensar en todo eso.

—¿Pero no tenía usted pruebas? ¿No le dijo algo la madre de su amigo?

—No; no tenía pruebas. Por otra parte, si me permite la observación, comisario, las pruebas pertenecen más a su campo de acción que al

mío. Estaba seguro, lo que viene a ser lo mismo, imagino.

—Ah.

—¿No está de acuerdo?

—Poco importa que yo esté de acuerdo o no, *dottore*; mi tarea consiste en conseguir que explique usted lo sucedido.

—Comprendo.

—Iba a decirme por qué fue a hablar al *dottor* Franchi acerca de su hijo.

—Sí, es cierto. Pero es difícil recordar qué es lo que le estaba diciendo. Son tantas las cosas que hay que decir y pensar.

—Le escucho.

—Mi hijo, sí. Bueno, no tiene sentido que siga fingiendo que era hijo mío, es decir, mi hijo biológico. La madre era una albanesa a la que conocí en Cosenza.

—¿Conoció, *dottore*?

—Bueno, me la presentaron, si lo prefiere. Un conocido, preferiría no dar su nombre, sabía que estaba embarazada y que pensaba renunciar al niño. Me la presentó y yo acepté sus condiciones.

—¿Condiciones económicas, *dottore*?

—Desde luego. Era lo único que le interesaba. No me gusta tener que reconocerlo, comisario, pero ella no quería más que el dinero. No creo que el niño le importara.

—Es lamentable.

—Bien. Consiguió el dinero, diez mil euros, y deseo que le sirvan de ayuda.

—Una actitud generosa, *dottore*.

—¿Qué mal había hecho ella en realidad? ¿Nacer en un país pobre, venir a un país rico, quedarse embarazada de una criatura no deseada y entregarla a alguien que la deseaba? Podría haber sido peor, porque tomó el dinero pero no volvió a por más.

—Creo que aún no comprendo por qué fue usted a hablar de esto con el *dottor* Franchi.

—Por favor, comisario, no se haga el tonto. Desde que he entrado en esta habitación, no se trata más que de por qué fui a ver al *dottor* Franchi. En realidad, el hecho más trascendental de mi vida, y sin duda de mi futuro, será por qué fui a ver al *dottor* Franchi.

–Dice usted, *dottore*, que no se trata más que de por qué fue usted a verlo. ¿Podría explicármelo?

–Por algo que usted me dijo.

–Perdone, no entiendo.

–Usted me dijo que él tenía mi ficha médica.

–No, *dottore*; yo le pregunté si en su ficha médica estaría registrada alguna receta que le hubiera despachado la farmacia.

–Y también mencionó el uso indebido de información.

–Es cierto, pero fue porque, en aquel momento, como le he dicho antes, teníamos razones para creer que el *dottor* Franchi podía estar haciendo chantaje.

–Eso ni pensarlo.

–No sabía que lo conociera usted tanto.

–Lo suficiente para descartar esa posibilidad.

–Así pues, ¿fue usted a la farmacia a hablar de su hijo?

–Sí, comisario. ¿Ha visto mi ficha médica?

–Sí.

–¿Puede decirme dónde?

–Estaba en el ordenador del *dottor* Franchi.

–Me lo figuraba. Entonces, ¿por qué me dijo que él no la tenía?

–Yo nunca he dicho tal cosa, *dottore*. La primera vez que hablamos, es decir, la primera vez que pudo usted hablarme, le pregunté si en su ficha podía constar cierta información. No le dije que él la tuviera.

–Pero la tenía.

–Sí. Pero, si excluimos la posibilidad del chantaje, tenemos que deducir que no la utilizó.

–¿Que no la utilizó? Desde luego, comisario, no creo que sea usted tan ingenuo. Pues claro que la utilizó. Allí está escrito, con toda claridad, para que hasta el más idiota pueda enterarse: «esterilidad total». Ésta es una ciudad pequeña, comisario. Además, el *dottor* Franchi y yo, en cierta medida, trabajamos en el mismo ramo.

–No le sigo, *dottore*.

–Quiero decir que él podía estar al corriente de los chismorreos del hospital. Hasta aquí podrá seguirme, comisario. Él debió de enterarse de mi supuesta aventura durante el congreso y de su ilícito fruto, como diría él. No debían de faltar los que se rieron cuando llevé a Alfredo a

mi casa, pero él no haría eso, qué va: el *dottor* Franchi se contentaría con sentir compasión por el pobre pecador. Pero imagine cuál debió de ser su estupor cuando, al leer mi historial médico, descubrió que yo no era culpable de adulterio sino de engañar al Estado. Sin duda, un hombre tan virtuoso y de tan estricta moral como el *dottor* Franchi lo consideraría un pecado no menos abominable.

—Me parece que se equivoca, *dottore*.

—¿Cómo que me equivoco? Alfredo no era hijo mío: yo quebranté la ley al mentir en un documento oficial declarando que era su padre, y mentí al afirmar que había roto mi promesa matrimonial. Sólo Dios sabe qué es lo que más ofendió su retorcido concepto de la moral.

—Me parece que se equivoca, *dottore*.

—No me equivoco. Él es una de esas personas. Le gusta imponer sus ideas a los demás y goza al ver que los pecadores son castigados. No hay más que ver cómo está Romina por su culpa: una zombie que todos los días entra y sale del frenopático del *palazzo* Boldù, atontada por los medicamentos. Y todo por querer casarse y tener hijos cuando el *dottor* Franchi piensa que los maníaco-depresivos no deben casarse ni tener hijos. Y supongo que también decidió que los que mienten, tampoco. Cerdo degenerado.

—*Dottore*, por favor. Eso no sirve de nada.

—No, ya lo sé. Pero es un cerdo y ha recibido su...

—¿Usted lo ha visto, *dottore*?

—No, por supuesto. He estado aquí desde que ocurrió.

—Desde luego. Yo sí lo he visto.

—¿Dónde?

—En el hospital.

—¿Y?

—No saben lo que podrán hacer. Tienen que esperar a que se cicatrice. Hablan de injertos. Pero...

—¿Pero qué?

—Eso no es el mayor problema.

—¿Pues cuál es?

—Los ojos.

—¿Los dos?

–Uno lo ha perdido. El otro, quizá puedan salvarlo, con un trasplante. Y luego está la mano.

–Sí, trató de protegerse la cara.

–Debió de ser un movimiento instintivo. Podría haber sido mucho peor.

–¿Quiere decir, si yo no le hubiera metido la cara en la pila al chorro del agua?

–Sí.

–Fue lo primero que se me ocurrió, algo tan instintivo como su gesto para protegerse la cara. Quizá por ser médico. Cosas que haces sin pensar: es tu primera reacción al ver a un herido. Entonces te sale lo que te inculcan en la facultad. Al verle, recordé que lo único que se puede hacer es echar agua y dejarla correr.

–Los médicos dicen que eso facilitará el injerto.

–Ya.

–*Dottore*, creo que debo decirle una cosa. Usted no me va a creer. Pero es la verdad, por más que se resista a aceptarla.

–¿Sobre Franchi?

–Hasta cierto punto.

–¿Qué punto?

–Él no lo denunció a los *carabinieri*.

–¿Cómo puede decir tal cosa? ¿Cómo lo sabe?

–Fue una llamada anónima, eso es cierto. Pero no del *dottor* Franchi.

–No le creo. La madre no quería al niño; además, si quería más dinero, sabía dónde encontrarme. A mí no me llamó, ni tenía por qué haber llamado a los *carabinieri*. Además, eso le habría traído problemas, y ella lo sabía. No pudo ser ella.

–No llamó ella.

–¿Lo ve? Es lo que yo digo.

–Sí.

–¿Y quién fue entonces? ¿Quién se lo dijo?

–*Dottore*, lo siento, pero fue su suegro. Sí, me hago cargo de que es un trauma, pero me consta, porque él me lo dijo. Hablé con él hace unos días. Me lo dijo y yo le creo.

—¿Giuliano? *Oddio*, ¿por qué? ¿Por qué iba él a quitarnos a nuestro hijo?

—Quizá porque no le parecía que fuera su hijo.

—¿Qué quiere decir?

—Quizá le era difícil ver al niño como hijo de ustedes.

—Comisario, usted no me dice la verdad. O no me dice todo lo que sabe. Si habló usted con él, y él se lo dijo, también le diría por qué lo hizo. Él siempre se ufana de lo que hace, y también se habría ufano de esto. Además, Bianca nunca le perdonaría que...

—Creo que ya tiene usted bastante, *dottore*.

—¿Bastante qué?

—Que ya ha soportado bastante dolor.

—No soy el único. ¿Por qué no me lo dice todo, comisario, para que podamos terminar esta conversación?

—Su suegro me dijo que no había sido idea suya.

—Oh, no. No puede usted pretender que yo crea eso. Ella lo quería. Era su hijo, en todo menos en el parto. Ella lo quería. Era su madre. Su niño. Ella lo veía crecer... ¿Qué dice, comisario? ¿Quiere que siga creyendo que me miente?

—Yo no he dicho nada, *dottore*. Ni mentira ni acusación. No he sugerido siquiera que haya sido su esposa: lo ha dicho usted.

—Entonces Franchi no...

—No, *dottore*. Él pudo hablar con la madre de su amigo, y sabemos de otros casos en los que reveló información de historiales médicos a terceros.

—¿Se lo ha preguntado?

—Se lo pregunté, pero no respondió.

—Calla lo mismo que yo, ¿eh?

—Quizá, hasta cierto punto. Pero creo que, en su caso, se debe a que no puede hablar.

—¿Por qué?

—Por las vendas. Y me dijeron que tiene quemaduras en la boca.

—Dios mío, Dios mío. ¿Qué va a ocurrir ahora?

—¿A quién?

—A él.

—Hay que esperar.

—¿Y a mí?

—Eso dependerá de su abogado.

—¿He de tener abogado?

—Sería lo más conveniente.

—Pero, ¿es obligatorio?

—No. Tiene derecho a defenderse usted mismo, si lo desea. Pero no sería una buena decisión.

—No se puede decir que yo haya tomado decisión alguna que sea buena, ¿verdad?

—No.

—Creo que lo mejor será que vuelva a donde estaba.

—No le entiendo.

—Cuando usted fue a verme al hospital aquella primera vez, yo no podía hablar. Luego me volvió la voz. Yo no fingía, comisario. La voz me volvió al cabo de unos días. Pero esta vez creo que no quiero hablar porque no tengo nada más que decir.

—No comprendo... *Dottore*, de verdad que no comprendo. *Dottor Pedrolli*, ¿me escucha? *Dottore*, ¿me oye? *Dottore*... Está bien. Vianello, abra la puerta, por favor. Llevaremos al *dottore* de vuelta a su celda.

-

*** Sigla de Cassa di risparmio di Venezia. (N. de la t.)**

*** El asesinato de un niño en la aldea italiana de Cogne (2002) desató una gran polémica, no sólo porque se culpaba a la madre -que se declaró inocente-, sino también debido al tratamiento que le otorgaron los medios de comunicación. (N. de la t.)**

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

25/12/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com